

Libros del Asteroide 



Graham Greene
El final del affaire

Traducción de Eduardo Jordá

Epílogo de Mario Vargas Llosa



Graham Greene

El final del affaire

Epílogo de Mario Vargas Llosa

Traducción de Eduardo Jordá

Libros del Asteroide 

Índice

Portada

Libro primero

1

2

3

4

5

6

7

Libro segundo

1

2

3

4

5

6

7

8

Libro tercero

1

2

3

4

5

6

7

Libro cuarto

1

2

Libro quinto

1

2

3

4

5

6

7

8

Epílogo

Milagros en el siglo XX. El fin de la aventura de Graham Greene

Colofón

Primera edición, 2019

Título original: *The End of the Affair*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Verdant SA, 1951

© de la traducción, Eduardo Jordá, 2019

© del epílogo, «Milagros en el siglo xx. El fin de la aventura de Graham Greene», *Obra Completa VIII*, Mario Vargas Llosa, 1999.

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Alamy/Cordon Press

Imagen del autor: © National Portrait Gallery, London

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-91-1

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

AC.

En el corazón del hombre hay lugares que aún no existen, y
para que puedan existir entra en ellos el dolor.

LÉON BLOY

LIBRO PRIMERO

1

Una historia no tiene ni principio ni fin: uno elige arbitrariamente un momento de la experiencia desde el cual mirar hacia delante o hacia atrás. He dicho «uno elige» con el impreciso orgullo del escritor profesional al que, en las pocas ocasiones en que se le ha tomado en serio, se le ha elogiado por su pericia técnica, pero ¿elijo por voluntad propia la oscura noche de enero de 1946, cuando vi a Henry Miles cruzando el parque bajo un vasto río de lluvia, o más bien esa imagen me ha elegido a mí? Según las reglas de mi oficio, lo apropiado, y lo correcto, es empezar justo ahí, pero si en aquel momento hubiera creído en Dios, también debería haber creído en una mano que me daba un golpecito en el codo y me insinuaba: «Habla con él, aún no te ha visto».

Porque ¿qué razón había para que yo hablara con él? Si el odio no es una palabra demasiado exagerada para usarla en relación con un ser humano, yo odiaba a Henry, y también odiaba a su mujer, Sarah. Y él, supongo, tuvo que empezar a odiarme después de los hechos de aquella noche; del mismo modo que tuvo que odiar a su mujer y a ese otro en cuya existencia, por fortuna, ni él ni yo creíamos en aquellos días. Así que esta es una historia de odio mucho más que de amor, y si en algún momento digo algo a favor de Henry o de Sarah se puede confiar en mí: escribo en contra de mis prejuicios porque mi orgullo profesional me impulsa a elegir la casi-verdad por encima, incluso, de mi casi-odio.

Me resultó raro ver a Henry en una noche como aquella: era muy comodón y después de todo —o eso pensaba yo— tenía a Sarah. Para mí, la comodidad es como un recuerdo equivocado en el lugar o en el momento equivocados: si uno está solo, prefiere la incomodidad. Y había un exceso de comodidad en la habitación que yo tenía alquilada en el lado malo del parque —el que daba al sur—, amueblada con los desechos olvidados por los anteriores inquilinos. Se me había ocurrido dar una vuelta bajo la lluvia y tomarme una copa en el pub local. El estrecho vestíbulo de mi casa, atiborrado

de trastos, estaba lleno de sombreros y abrigos de desconocidos —el hombre que vivía en el segundo piso había invitado a cenar a unos amigos— y cogí por error un paraguas que no era mío. Luego cerré la puerta con vidriera y bajé con cuidado los escalones que, en 1944, habían recibido el impacto de una bomba y que aún seguían sin reparar. Tenía motivos para recordar aquel suceso y el hecho de que la vidriera —sólida y fea, de estilo victoriano— hubiera resistido la explosión con la misma entereza que demostraron tener nuestros abuelos.

En cuanto empezaba a cruzar el parque me di cuenta de que llevaba un paraguas equivocado —tenía un agujero por el que se colaba la lluvia y me estaba empapando el cuello de la gabardina—, y fue entonces cuando vi a Henry. Me hubiera resultado muy fácil esquivarlo: no llevaba paraguas y a la luz de la farola pude darme cuenta de que la lluvia no le dejaba ver nada. Los negros árboles sin hojas no le ofrecían protección alguna: se desparramaban a su alrededor como cañerías rotas, así que la lluvia resbalaba por su oscuro sombrero de ala dura y se derramaba a chorros sobre su abrigo negro de funcionario. Si yo hubiera pasado por delante de él no me habría visto; además, podría haberme asegurado de que no me viera apartándome medio metro de su camino; pero le dije: «Henry, ¿no se te ve el pelo!», y noté que sus ojos se iluminaban como si fuésemos viejos amigos.

—Bendrix —dijo afectuoso, a pesar de que todo el mundo se inclinaría a pensar que era *él*, y no yo, quien tenía motivos para odiarme.

—Henry, ¿qué haces aquí con esta lluvia?

Hay hombres frente a los que uno siente el deseo irreprimible de tomarles el pelo; hombres cuyas virtudes no poseemos.

Contestó con evasivas:

—Quería que me diera el aire.

Tuvo que agarrarse el sombrero cuando una súbita ráfaga de lluvia y viento estuvo a punto de llevárselo volando hacia el lado norte del parque.

—¿Cómo está Sarah? —pregunté, porque podría parecer raro que no lo hiciera, aunque nada podría haberme alegrado más que oír que estaba enferma, triste o que se estaba muriendo. En aquellos días yo pensaba que cualquier padecimiento suyo podría aliviar el mío, que si ella se moría podría sentirme libre: así ya no tendría que imaginar todas las cosas que imaginaba en las

innobles circunstancias en que me encontraba. Incluso pensé que podría haber llegado a tomarle aprecio al pobre tonto de Henry si Sarah estuviera muerta.

—Ah, ha ido a dar una vuelta —contestó, y al hacerlo puso de nuevo en marcha el demonio interior que me hizo recordar otras noches, cuando Henry debió de contestar lo mismo y solo yo sabía dónde estaba Sarah.

—¿Quieres tomar una copa? —le pregunté, y ante mi sorpresa se puso a caminar a mi lado. Hasta aquel día nunca habíamos tomado una copa juntos, a no ser que estuviéramos en su casa.

—Hace mucho que no te veo, Bendrix.

Por alguna razón todo el mundo me llama por mi apellido. A juzgar por el uso que mis amigos hacen de mi nombre de pila, no sirvió de nada que las ínfulas literarias de mis padres les impulsaran a bautizarme con el pretencioso nombre de Maurice.

—Sí, mucho tiempo.

—Caray, debe de haber pasado más de un año.

—Desde junio del 44 —contesté.

—Tanto tiempo, vaya, vaya...

Qué idiota, pensé, si no veía nada raro en un intervalo tan largo como un año y medio. Entre los dos «lados» de nuestras vidas no había más separación que unos quinientos metros de hierba. ¿Nunca se le había ocurrido preguntarle a Sarah: «¿Cómo le va a Bendrix?», «¿qué tal si invitamos a cenar a Bendrix?». ¿Nunca había detectado que las respuestas de su mujer eran elusivas, forzadas, reticentes? Yo había desaparecido de forma tan abrupta como una piedra que se hunde en un estanque. Supongo que las ondas inquietaron a Sarah durante una semana o quizá un mes, pero la venda que tapaba los ojos de Henry estaba muy bien sujeta. Yo odiaba esa venda a pesar de haberme beneficiado de ella, pues sabía que otros también podrían haber hecho lo mismo.

—¿Ha ido al cine? —pregunté.

—No, no, casi nunca va al cine.

—Antes iba.

El pub Pontefract Arms seguía exhibiendo la decoración navideña, con guirnaldas y campanas de papel de color lila y naranja, como reliquias de la

alegría comercial. La joven encargada apoyó los pechos en la barra y lanzó una mirada de desdén hacia sus clientes.

—Bonito —dijo Henry sin pensar lo que decía, y miró a su alrededor con aire perdido, como de timidez, buscando un lugar donde dejar su sombrero. Tuve la impresión de que el lugar más parecido a un pub que conocía era el figón cerca de Northumberland Avenue en el que almorzaba con sus colegas del ministerio.

—¿Qué quieres tomar?

—No me vendría mal un whisky.

—A mí tampoco, pero tendremos que conformarnos con una copa de ron.

Nos sentamos a una mesa y empezamos a toquetear los vasos: nunca había tenido mucho de qué hablar con Henry. Dudo que me hubiera tomado la molestia de conocerlo a él o a Sarah si en 1939 yo no hubiera empezado a escribir una novela que tenía como protagonista a un funcionario de alto rango. Una vez, en el transcurso de un debate con Walter Besant, Henry James dijo que una muchacha con el suficiente talento solo necesitaba pasar frente a la ventana del regimiento de la Guardia Real y asomarse a echar un vistazo al comedor para escribir una novela sobre la brigada entera, pero me temo que en algún momento de ese proceso la chica vería necesario acostarse con uno de los guardias para captar bien los detalles. Y no es que yo llegara a acostarme con Henry, pero sí hice lo que más cerca estaba de ello, y la primera noche que llevé a cenar a Sarah tenía el deliberado propósito, concebido a sangre fría, de estudiar la mente de la esposa de un alto funcionario. Ella no tenía ni idea de mis intenciones. Estoy seguro de que creía que yo estaba interesado en su vida familiar, y quizá eso fue lo que despertó su simpatía por mí. ¿A qué hora desayunaba Henry?, le pregunté. ¿Iba a la oficina en metro, en autobús o en taxi? ¿Por la noche se llevaba trabajo a casa? ¿Tenía un maletín con el escudo de la casa real? Nuestra amistad surgió a causa de mi interés: a ella le encantaba que alguien se tomara en serio la vida de Henry. Henry era importante para ella, pero importante en el sentido en que podría serlo un elefante, solo por el tamaño: hay ciertas clases de importancia que están irremisiblemente condenadas a no ser tomadas en serio. Henry era un importante subsecretario del Ministerio de Pensiones, que poco después se convertiría en el Ministerio de Seguridad Interior. Seguridad Interior: más

adelante me burlaría de ese nombre, en esos momentos en que odias a quien tienes al lado y buscas cualquier excusa para hacerle daño... Y hasta llegó el día en que le conté a Sarah que solo había elegido a Henry para parodiarlo, como modelo de un personaje ridículo que iba a ser el elemento cómico de mi libro. Fue entonces cuando mi novela dejó de gustarle. Ella era muy leal a Henry (eso nunca podré negarlo), y en esas horas confusas en que el demonio se apoderaba de mi mente y hasta el inofensivo Henry me caía mal, yo usaba la novela para inventarme episodios demasiado groseros para ser puestos por escrito... Una vez, después de que Sarah pasara la noche entera conmigo (había tenido tantos deseos de que eso sucediera como el escritor que aspira a ponerle el punto final a su novela), eché a perder nuestro encuentro al decirle por casualidad una palabra que hizo añicos el estado de ánimo que a veces me parecía, durante varias horas, un amor perfecto. Hacia las dos caí en un sueño huraño y me desperté a las tres; entonces desperté a Sarah poniéndole la mano sobre el brazo. Creo que mi intención era arreglar las cosas, hasta que mi víctima giró hacia mí su soñoliento rostro, hermoso y lleno de confianza. Ella ya se había olvidado de nuestra discusión, pero yo hallé en su olvido un nuevo motivo de enfado. Qué retorcidos somos los seres humanos, y eso que dicen que hemos sido hechos a semejanza de un Dios; pero me cuesta mucho hacerme a la idea de un Dios que no sea tan sencillo como una ecuación perfecta, tan claro como el aire. Le dije: «He estado despierto dándole vueltas al capítulo quinto. ¿Henry toma granos de café para refrescarse el aliento antes de una reunión importante?». Dijo que no con la cabeza y empezó a llorar, y yo fingí, evidentemente, no haber entendido el motivo de su llanto: tan solo le había hecho una pregunta sobre el personaje; era un asunto que me preocupaba, no un ataque contra Henry, ya que hasta la gente más distinguida a veces tomaba granos de café... Y continué así. Estuvo llorando un rato y luego se quedó dormida. No tenía problemas para conciliar el sueño, y yo me tomaba su facilidad para quedarse dormida como un nuevo motivo de ofensa.

Henry se bebió el ron muy deprisa, dejando vagar la vista, abatido, por las guirnaldas de papel rosas y lilas.

—¿Habéis pasado una buena Navidad? —le pregunté.

—Ha estado muy bien, muy bien —contestó.

—¿En casa? —Henry alzó la vista como si el tono de mi voz le hubiera sonado raro.

—¿En casa? Sí, claro.

—¿Sarah está bien?

—Sí.

—¿Quieres otro ron?

—Ahora me toca invitar a mí.

Mientras Henry iba a buscar las copas, fui al lavabo. Las paredes estaban llenas de frases garabateadas: «Que te jodan, patrón, a ti y a tu esposa tetona». «Para todos los chulos y las putas, una feliz sífilis y unas prósperas purgaciones». Volví deprisa a la alegría de las guirnaldas de papel y del tintineo de los vasos. A veces me veo demasiado reflejado en los demás. Eso me llena de inquietud, y entonces siento un enorme deseo de creer en los santos y en las virtudes heroicas.

Le repetí a Henry las dos frases que había leído en los servicios. Quería escandalizarle, pero me sorprendió que se limitara a contestar:

—Los celos son una cosa horrible.

—¿Te refieres a la frase de la esposa tetona?

—A las dos. Cuando te sientes desdichado, envidias a los que son felices.

Eso no era lo que uno imaginaba que Henry podía haber descubierto en el Ministerio de Seguridad Interior. Y ahí, en esa misma frase, la amargura vuelve a brotar de mi pluma. Qué aburrida e inerte resulta esta amargura. Si pudiera, escribiría con amor, pero si pudiera escribir con amor yo sería otro hombre: un hombre que nunca habría perdido el amor. Y de pronto, al otro lado de la brillante superficie de cerámica de la mesa, sentí algo, no una cosa tan exagerada como el amor, pero tal vez algo así como la presencia de un compañero de desgracias.

—¿Te sientes desdichado? —le pregunté a Henry.

—¡Estoy preocupado, Bendrix!

—Cuéntame.

Supongo que el ron le había desatado la lengua, ¿o es que era consciente de algunas de las cosas que yo sabía de él? Sarah era una mujer leal, pero en una relación como había sido la nuestra uno no puede evitar enterarse de un

par de cosas... Yo sabía que Henry tenía un lunar a la izquierda del ombligo porque una marca de nacimiento en mi cuerpo se lo había recordado a Sarah; yo sabía que era miope pero que no quería ponerse las gafas delante de desconocidos (y yo seguía siendo lo suficientemente desconocido para él como para no haberlo visto nunca con las gafas puestas); yo sabía que le gustaba tomarse una taza de té a las diez; incluso conocía las costumbres que tenía cuando se iba a la cama. ¿Era consciente de que sabía tantas cosas de él que una revelación más no iba a cambiar nuestra relación?

—Estoy preocupado por Sarah, Bendrix.

La puerta del pub se abrió y pude ver la lluvia golpeando la farola. Un hombre diminuto y jovial se metió a toda prisa en el local y exclamó: «¿Cómo están todos?». Nadie le contestó.

—¿Está enferma? Creí que habías dicho que...

—No, no está enferma. O al menos no creo que lo esté. —Miró con tristeza a su alrededor. Aquel no era su entorno. Noté que tenía los ojos congestionados. Tal vez llevaba demasiado tiempo sin ponerse las gafas: siempre hay tantos desconocidos alrededor... O quizá eran los efectos de haber estado llorando.

—Bendrix, no puedo hablar aquí. —Se expresó como si alguna vez hubiera tenido la costumbre de charlar conmigo—. Vente a casa.

—¿Habrás vuelto Sarah ya?

—No lo creo.

Pagué las copas, y eso me demostró que Henry no se encontraba bien, porque nunca aceptaba que le invitaran. Él era quien siempre tenía el dinero listo para pagar el taxi cuando los demás aún estábamos rebuscando en el bolsillo. Los caminos del parque estaban anegados por la lluvia, pero la casa de Henry no quedaba lejos. Abrió la puerta, que tenía un montante de abanico de estilo Reina Ana, y llamó: «Sarah, Sarah». Yo deseaba oír una respuesta y al mismo tiempo temía oírla, pero nadie contestó.

—No ha vuelto aún. Pasa al estudio.

Yo no había estado nunca en su estudio. Yo de quien era amigo era de Sarah, y cuando veía a Henry siempre era en territorio de ella: en su caótica sala de estar, en la que ningún objeto casaba con un estilo concreto y en la que todo parecía haber sido colocado esa misma semana porque no se permitía

que nada permaneciese allí como señal de un estilo decorativo pretérito o de un sentimiento olvidado. En la salita todo parecía muy usado, mientras que en el estudio de Henry ahora me daba cuenta de que casi nada parecía haber sido usado jamás. Pensé que nadie había abierto los tomos de Gibbon y que los tomos de Scott estaban allí porque probablemente habían pertenecido a su padre, igual que la copia en bronce del Discóbolo. Pero él se encontraba más a gusto en su estudio porque era suyo, era su posesión. Con envidia y con amargura, pensé: si uno posee algo sin miedo a perderlo, puede permitirse el lujo de no usarlo jamás.

—¿Whisky? —preguntó Henry. Me acordé de sus ojos y me pregunté si ahora bebería más que en los viejos tiempos. Y en verdad los whiskies que sirvió fueron dobles muy generosos.

—¿Qué es lo que te preocupa, Henry? —Hacía tiempo que había abandonado la novela sobre el alto funcionario; ahora ya no necesitaba documentarme sobre el personaje.

—Sarah —dijo.

¿Me habría asustado oírle decir aquella frase, justo de la misma manera, dos años atrás? No, creo que más bien me habría llenado de júbilo, ya que al fin y al cabo uno se harta de vivir un engaño condenado al fracaso. Por eso habría aceptado luchar a campo abierto, aunque solo fuera porque de esa forma hubiera tenido la posibilidad, por pequeña que fuese, de haber ganado gracias a algún error en la táctica elegida por él. Nunca en mi vida ha habido otro momento, ni antes ni después, en que yo haya tenido tantos deseos de ganar. Ni siquiera he sentido un deseo igual de poderoso cuando me he propuesto escribir un buen libro.

Alzó la vista, me miró con aquellos ojos congestionados y dijo:

—Bendrix, tengo miedo.

Ya no podía mirarlo por encima del hombro. Henry se había licenciado en la escuela del sufrimiento; y desde que había recibido el aprobado en la misma facultad que yo, por primera vez podía considerarlo un igual. Recuerdo que tenía en su escritorio una de esas fotos antiguas en color sepia: un retrato de su padre enmarcado al estilo Oxford, y al mirarlo pensé en el parecido que había entre los dos (la foto se había tomado a la misma edad, más o menos a los cuarenta y pico), y al mismo tiempo en lo distinto que era Henry de su

padre. Y lo que los diferenciaba no era el bigote, sino el aire victoriano de confianza en sí mismo de su padre, esa sensación de sentirte en el mundo como en tu propia casa y de saber cómo desenvolverte en él. De repente volví a experimentar una amistosa sensación de camaradería. Y sentí mucho más afecto por él del que podría haber sentido por su padre (que había trabajado en el Ministerio de Hacienda). Los dos éramos a la vez compañeros y desconocidos.

—¿Y de qué tienes miedo, Henry?

Se sentó en una cómoda butaca como si alguien le hubiera dado un empujón.

—Bendrix —dijo asqueado—, siempre he pensado que las peores cosas, las cosas más horribles que puede hacer un hombre son...

En otro momento yo habría estado en ascuas; pero lo más raro de todo, para mí —y lo más infinitamente insoportable—, era la serenidad que me otorgaba la inocencia.

—Sabes que puedes confiar en mí, Henry.

Pensé que era posible que ella hubiera guardado alguna carta, aunque yo le había escrito muy pocas. Es un riesgo profesional que corremos los escritores. Las mujeres suelen exagerar la importancia de sus amantes y nunca prevén ese día aciago en que una carta indiscreta aparece en un catálogo de autógrafos, marcada como «interesante» y valorada en cinco chelines.

—Entonces échale un vistazo a esto.

Me tendió una carta escrita con una letra que no era la mía.

—Vamos, léela —dijo Henry.

Era de un amigo de Henry y decía: «Sugiero que el hombre al que quieres echarle una mano solicite la ayuda de un tipo llamado Savage, en el 159 de Vigo Street. Me pareció un tipo discreto y eficaz, y sus empleados me dieron la impresión de ser mucho menos repugnantes de lo que habitualmente suelen ser esos tipos».

—No entiendo nada, Henry.

—Le escribí a este hombre diciéndole que un conocido mío me había pedido consejo sobre una agencia de detectives. Es horrible, Bendrix. Se ve que se ha dado cuenta de que era una treta.

—¿Quieres decir que...?

—No he hecho nada al respecto, pero la carta está en mi escritorio recordándome... Parece tan estúpido, ¿no?, que yo pueda confiar del todo en que ella no va a coger jamás esa carta a pesar de que entra aquí una docena de veces al día. Y al mismo tiempo, no puedo confiar en que... Ahora ha salido a dar una vuelta. Una *vuelta*, Bendrix.

La lluvia le había mojado la chaqueta y acercó la manga a la chimenea de gas.

—Lo siento.

—Para Sarah siempre has sido un amigo muy especial, Bendrix. Y siempre se dice, ya sabes, que el marido es la última persona en enterarse de la clase de mujer que... Esta noche, al verte en el parque, he pensado que, si te lo comentaba y tú te reías de mí, a lo mejor podría quemar la carta.

Allí estaba Henry, sentado en la butaca, con el brazo mojado extendido y apartando la vista de mí. Nunca había tenido menos ganas de echarme a reír, y aun así me habría encantado poder reírme, de haber sido capaz de hacerlo.

—No es una situación de la que uno pueda reírse, aunque sea una pura *fantasía* pensar que...

—¿Es una fantasía? —me interrumpió, ansioso—. Entonces crees que soy tonto, ¿no?

Un segundo antes me habría echado a reír de buena gana, pero ahora, cuando solo podía mentirle, resucitaron los viejos celos. ¿Están marido y mujer tan unidos en una sola carne que cuando uno odia a la mujer también tiene que odiar a su marido? La pregunta de Henry me recordó lo fácil que había resultado engañarle: tan fácil que casi llegó a parecerme un cómplice en la infidelidad de su mujer, del mismo modo que el hombre que deja un fajo de billetes a la vista en una habitación de hotel se delata él solo como cómplice de un robo. Sentí que lo odiaba por las mismas razones que en otro momento me habían resultado muy útiles para mi amor.

La manga de su chaqueta soltaba vapor delante de la chimenea y repitió, sin mirarme:

—Está claro que crees que soy tonto.

Y entonces fue cuando habló mi demonio.

—Oh, no, no lo creo, Henry.

—¿Entonces te parece que es... posible?

—Claro que es posible. Sarah es humana.

—Y yo que creía que eras su amigo... —respondió indignado, como si yo hubiera escrito la carta.

—Pero es que tú la conoces mucho mejor de lo que yo he podido llegar a conocerla.

—En cierta forma —dijo en tono sombrío, y supe que estaba pensando en la forma en que yo había llegado a conocerla mucho mejor que él.

—Henry, me has preguntado si creo que eres tonto. Y lo único que te he dicho es que no hay nada estúpido en la idea que se te ha metido en la cabeza. Tampoco he dicho nada en contra de Sarah.

—Lo sé, Bendrix. Lo siento. Últimamente no logro dormir bien. Me despierto en mitad de la noche sin saber qué hacer con esta condenada carta.

—Quémala.

—Ojalá pudiera. —Todavía la tenía en la mano y por un momento llegué a pensar que iba a prenderle fuego.

—O ve a ver al señor Savage —dije.

—Pero ante él no puedo fingir que no soy el marido. Imagínate, Bendrix, lo que es estar sentado delante de una mesa de despacho, en una silla en la que se han sentado todos los demás maridos celosos y contando la misma historia... ¿Crees que hay una sala de espera en la que la gente que entra y sale se encuentra cara a cara?

Aquella pregunta me dejó sorprendido: casi hacía de Henry una persona imaginativa. Sentí que mi superioridad quedaba en entredicho y que se despertaba en mí el viejo deseo de tomarle el pelo.

—¿Por qué no dejas que vaya yo? —dije.

—¿Tú?

Me pregunté por un instante si había ido demasiado lejos, si incluso Henry podría haber empezado a sospechar algo.

—Sí —dije, coqueteando con el peligro, porque ¿qué importaba ahora que Henry descubriera una parte del pasado? Eso sería beneficioso para él y tal vez le enseñaría a controlar un poco mejor a su mujer.

—Podría simular que soy un amante celoso —continué—. Los amantes celosos son más respetables y menos ridículos que los maridos celosos. Cuentan con el apoyo de la gran literatura. Los amantes traicionados no

resultan cómicos, sino trágicos. Piensa en Troilo. Si voy a ver al señor Savage, no tengo por qué perder mi *amour-propre*.

La manga de Henry ya se había secado, pero él seguía con el brazo extendido frente al fuego y se le estaba empezando a chamuscar la tela.

—¿De veras harías eso por mí, Bendrix?

Había lágrimas en sus ojos, como si nunca hubiera imaginado esta suprema demostración de amistad, que tal vez consideraba inmerecida.

—Claro que sí. Y se te está quemando la manga, Henry.

Se miró el brazo como si perteneciera a otra persona.

—Esto es una locura —dijo—. Vaya cosas he estado pensando. Primero te cuento todo esto y luego te pido que hagas una cosa así. No, uno no puede usar a un amigo para espiar a su esposa. Y mucho menos pedirle a ese amigo que se haga pasar por su amante.

—Sí, estas cosas no se hacen, como tampoco se deberían hacer cosas como cometer adulterio, robar o huir del fuego enemigo. Pero resulta que estas cosas que no deben hacerse se hacen todos los días, Henry. Forman parte de la vida moderna. Yo mismo he hecho muchas cosas de esas.

—Eres un buen tipo, Bendrix. Me hacía falta una charla en condiciones... para aclarar las ideas.

Esta vez sí que acercó la carta a las llamas del gas. Cuando hubo dejado los últimos restos en el cenicero, dijo:

—Se llama Savage, y la dirección es el 159 o el 169 de Vigo Street.

—Olvídate de eso —dijo Henry—. Olvídate de todo lo que te he dicho. Eran tonterías. Últimamente tengo unas jaquecas terribles. Tendré que ir al médico.

—Alguien ha abierto la puerta —dijo—. Sarah ha vuelto.

—No, debe de ser la doncella. Esta tarde ha ido al cine.

—Pues parecen los pasos de Sarah.

Se dirigió a la puerta y la abrió, y automáticamente su rostro adoptó una expresión de gentileza y afecto. Siempre me había irritado aquella reacción mecánica ante la presencia de Sarah porque no significaba nada: uno no tiene que alegrarse en todo momento por la presencia de una mujer, ni siquiera si está enamorado de ella, y eso que Sarah me había dicho, y yo la creí, que ellos dos nunca habían estado enamorados. En mi opinión, había mucha más

emoción en mis reacciones de odio y desconfianza hacia Sarah. Al menos para mí era una persona que tenía su propia autonomía, y no un objeto que formase parte del mobiliario de una casa, como un jarrón de porcelana que debiera ser manejado con sumo cuidado.

—Sa-rah —dijo—. Sa-rah. —Fue separando las sílabas con una afectación insoportable.

¿Cómo puedo lograr que un desconocido vea a Sarah en el instante preciso en que se detuvo en el vestíbulo, al pie de las escaleras, y luego se volvió hacia nosotros? La única forma en que he sido capaz de describir a mis personajes de ficción ha sido a través de sus actos. Siempre he opinado que el lector de una novela debería poder imaginarse como le diera la gana al personaje. Por eso no me gusta suministrar definiciones prefabricadas. Pero ahora me siento traicionado por mi propia técnica, porque no quiero que ninguna otra mujer sustituya a Sarah: quiero que el lector vea una frente amplia y una boca decidida, y la forma exacta del cráneo, pero lo único que puedo ofrecer es una figura borrosa que se da la vuelta con un impermeable empapado y dice: «¿Sí, Henry?», y luego añade: «¿Tú?». Siempre me llamaba «tú». «¿Eres tú?», decía cuando llamaba por teléfono, «¿Seguro que podrás, tú?», «¿Seguro que lo harás, tú?», «¿Es así, tú?». Así que durante esos instantes llegué a imaginar, como un idiota, que en el mundo solo había un único «tú», y que ese tú era yo.

—Me alegro de verte —dije. La frase formaba parte de uno de mis periodos de odio—. ¿Has salido a dar una vuelta?

—Sí.

—¡Vaya noche! —exclamé, procurando sonar acusatorio, y Henry añadió, con aparente preocupación:

—Estás empapada, Sarah. A este paso, un día te vas a morir de una pulmonía.

En el transcurso de una conversación, un lugar común extraído de la sabiduría popular puede sonar como un tañido fúnebre, pero aunque los dos hubiéramos sabido que Henry decía la verdad, me pregunto si alguno de nosotros podría haber llegado a sentir una preocupación verdadera en medio de aquella situación en que Sarah nos hacía temblar de nerviosismo, desconfianza y odio.

2

No sabría decir cuántos días pasaron. La antigua agitación había vuelto a instalarse en mí, y en un estado tan tenebroso uno ya no está en condiciones de contar los días, del mismo modo que un ciego no puede percibir los cambios de luz. ¿Fue el séptimo día o fue el vigésimo primero cuando decidí la línea de acción que iba a seguir? Ahora, tres años después, guardo un recuerdo borroso de las noches en vela que pasé al borde del parque, junto al estanque o bajo el pórtico de la iglesia dieciochesca, vigilando su casa desde lejos con la vaga esperanza de que se abriera la puerta y Sarah bajase por aquellos peldaños, siempre tan bien fregados, que no habían sufrido ningún daño. Pero ese momento jamás llegó. Pasaron los días lluviosos y llegaron las hermosas noches de helada, pero como en una casita meteorológica estropeada ni el hombre ni la mujer volvieron a aparecer más. Tampoco volví a ver a Henry cruzando el parque al anochecer. Quizá le daba vergüenza lo que me había contado, puesto que era un hombre muy convencional. Escribo el adjetivo con un deje burlón, pero si hago examen de conciencia descubro que no siento nada más que admiración y confianza por lo convencional, como pasa con esos pueblos que uno ve desde la autopista y cuyas casitas con muros de piedra y techumbre de paja siempre parecen anunciar tranquilidad y reposo.

Recuerdo haber soñado a menudo con Sarah en aquellos días o semanas que pasé sumido en la oscuridad. A veces me despertaba con una sensación de dolor; otras veces, de placer. Cuando una mujer ocupa los pensamientos de uno durante todo el día, lo mejor es no soñar jamás con ella. Yo estaba intentando escribir un libro que se me resistía por completo. Escribía mis quinientas palabras diarias, pero los personajes no llegaban a cobrar vida; al fin y al cabo, la escritura depende en gran medida de lo que ocurre en la superficie de la vida diaria. A veces, aunque uno esté preocupado con las compras y la declaración de Hacienda y las conversaciones oídas por casualidad, el flujo de la conciencia sigue imperturbable su curso, resolviendo problemas y haciendo planes para el futuro. Uno se sienta frente al escritorio,

abatido e impotente, y de pronto las palabras empiezan a fluir como si llegaran desde el aire; las situaciones que parecían inexorablemente atascadas en un callejón sin salida se ponen en marcha: el trabajo se ha hecho solo mientras uno dormía o hacía la compra o charlaba con los amigos. Pero en mi caso el odio y la desconfianza, esa violenta pasión por destruir a los demás, eran mucho más poderosos que mi libro: el inconsciente se centraba en ellas y no en escribir, hasta que una mañana me desperté sabiendo que aquel día, como si lo hubiera decidido la noche anterior, iba a hacerle una visita al señor Savage.

Qué raras son las profesiones en las que confía la gente. Uno confía en su abogado, en su médico y también —imagino— en su cura si es católico, pero ahora yo tenía que añadir a la lista a mi detective privado. La idea de Henry de que los demás clientes te escudriñaban no era cierta. La oficina tenía dos salas de espera, y a mí me hicieron pasar, a solas, a una de ellas. Aquel local no tenía nada que ver con lo que uno esperaba encontrarse en Vigo Street: la antesala desprendía el aire rancio del despacho de un procurador, en tanto que la sala de espera ofrecía un aspecto mucho más moderno, como la de un dentista, gracias a los ejemplares de *Harper's Bazaar*, *Life* y de algunas revistas de moda francesas. El hombre que me hizo pasar a su despacho, demasiado atento y demasiado bien vestido, me ofreció una silla que acercó a la chimenea y luego cerró la puerta con sumo cuidado. Me sentí como el paciente de una consulta y supongo que en realidad lo era, pues estaba tan enfermo como para necesitar un tratamiento de choque contra los celos.

Lo primero que me llamó la atención en el señor Savage fue su corbata, que pertenecía, según creo, a una antigua sociedad de exalumnos; después me fijé en lo bien rasurada que tenía la cara y en la fina capa de polvos que se la cubría; y luego me detuve en su frente, en la que el pelo ya empezaba a ralearse, pero que brillaba como un faro que anunciaba comprensión, simpatía y violentos deseos de serle útil al cliente. Noté que al estrecharme la mano hizo girar mis dedos de un modo extraño. Supongo que era una señal de que era masón; si yo hubiera sabido contestar aquel saludo del modo adecuado, habría recibido un trato especial por su parte.

—Señor Bendrix —dijo—, siéntese. Creo que esta es la silla más cómoda de todas.

Ahucó un cojín para mí y se mantuvo cortésmente a mi lado, de pie, hasta que conseguí acomodarme en el asiento. Luego acercó una silla de respaldo recto y se sentó a mi lado como si fuera a tomarme el pulso.

—Y ahora cuéntemelo todo con sus propias palabras —dijo.

No logré imaginar qué otras palabras podría haber usado que no fuesen las mías. Me sentí violento y lleno de amargura: no había acudido a su oficina en busca de simpatía, sino para conseguir una ayuda eficaz a cambio de dinero, siempre que el precio no fuese demasiado alto.

—¿Podría decirme cuánto cobra por seguir a alguien?

El señor Savage se puso a acariciar con cuidado su corbata a rayas.

—No se preocupe de eso ahora, señor Bendrix. Cobro tres guineas por la primera consulta, pero si no desea continuar, no le cobro nada, nada en absoluto. La mejor publicidad, ya sabe usted —introdujo el cliché como si fuera un termómetro— es un cliente satisfecho.

En una situación habitual, supongo que todos nos comportamos del mismo modo y usamos las mismas palabras.

—Se trata de un caso muy sencillo —dije.

Antes de empezar a hablar, yo ya tenía claro —y eso me enfurecía— que el señor Savage sabía todo lo que tenía que saber sobre mi caso. Nada de lo que yo le contara le sonaría raro, y nada de lo que él pudiera averiguar iba a ser muy distinto de lo que ya había averiguado docenas de veces en aquel mismo año. Siempre hay algún médico que se sorprende por el caso particular de un paciente, pero el señor Savage era un especialista que trataba una sola enfermedad y que conocía todos y cada uno de sus síntomas.

—Tómese su tiempo, señor Bendrix —dijo con horrible amabilidad.

Al igual que todos sus pacientes, yo también me sentía cada vez más confuso.

—No tengo gran cosa que contar —le expliqué.

—Ah, eso déjemelo averiguar a mí. Basta con que me ponga en antecedentes sobre el estado de ánimo, la atmósfera. Doy por sentado que estamos hablando de la señora Bendrix, ¿no?

—No exactamente.

—Entonces ¿se trata de alguien que se hace pasar por una persona con ese nombre?

—No, no, se está usted equivocando por completo. Se trata de la esposa de un amigo mío.

—Y ese amigo, ¿le ha enviado a usted a verme?

—No.

—En ese caso, ¿esa señora y usted mantienen quizá una relación... íntima?

—No. Solo la he visto una vez desde 1944.

—Me temo que no entiendo nada. Usted me dijo que había que seguir a alguien.

Hasta entonces no me había dado cuenta de lo mucho que me enfurecía aquel hombre.

—¿Qué pasa? —exclamé—, ¿es que uno no puede amar u odiar a alguien durante todo ese tiempo? No se equivoque: soy un cliente celoso. No pretendo ser distinto de los demás clientes que tiene usted, pero en mi caso ha habido un desajuste temporal.

El señor Savage posó la mano sobre la manga de mi chaqueta como si yo fuera un niño muy irritable.

—No hay nada deshonoroso en los celos, señor Bendrix. Yo siempre los considero la prueba del verdadero amor. Pero dígame, esa señora de la que estamos hablando, ¿hay razones para creer que está manteniendo una relación íntima con otra persona?

—Su marido cree que le engaña. Esa mujer se está viendo a escondidas con alguien. Miente cuando dice dónde ha estado. Y tiene... secretos.

—Ah, sí, secretos.

—Pero a lo mejor no hay nada malo en eso.

—Señor Bendrix, de acuerdo con mis largos años de experiencia, eso significa casi invariablemente que sí lo hay.

Como si ahora me hubiera tranquilizado lo suficiente como para seguir con el tratamiento, el señor Savage volvió a su escritorio y se dispuso a tomar notas. Nombre. Dirección. Profesión del marido. Dejando el lápiz suspendido en el aire antes de continuar con las notas, el señor Savage me preguntó:

—¿El señor Miles está al corriente de esta entrevista?

—No.

—En ese caso, ¿el señor Miles no debería darse cuenta de la presencia de nuestro hombre?

—Por supuesto que no.

—Eso supone una complicación.

—A lo mejor le enseñe sus informes dentro de un tiempo. Pero todavía no lo sé.

—¿Podría suministrarme algunos datos sobre el hogar de los Miles? ¿Tienen doncella?

—Sí.

—¿De qué edad?

—No sé, de unos treinta y ocho años.

—¿Sabría decirme si tiene pretendientes?

—No. Y tampoco sé cómo se llama su abuela.

El señor Savage me dirigió una sonrisa condescendiente: por un segundo pensé que iba a levantarse del escritorio y darme otra palmadita.

—Veo, señor Bendrix, que no tiene usted experiencia en materia de investigaciones. Una doncella es muy importante: puede decirnos muchísimas cosas sobre las costumbres de su ama, siempre, claro está, que quiera contárnoslas. Le sorprendería saber la cantidad de cosas que acaban siendo *relevantes* incluso en las investigaciones más sencillas.

Aquella misma mañana, el señor Savage parecía querer demostrármelo al llenar páginas y más páginas con sus apretujados garabatos. En cierto momento interrumpió el interrogatorio y me preguntó:

—¿Le molestaría que, si fuera estrictamente necesario, nuestro hombre pasara por su casa?

Le contesté que no me importaba, pero de inmediato sentí que aquello sería como dejar entrar una enfermedad contagiosa en mi casa.

—Preferiría que no viniera.

—Claro, claro, lo entiendo.

Y ciertamente, creo que en verdad lo entendía. Podría haberle dicho que la presencia de su hombre significaría para mí lo mismo que una capa de polvo sobre los muebles o una mancha de hollín en mis libros, y nada de eso le hubiera provocado sorpresa ni irritación. Tengo la manía de escribir en folios a un solo espacio: un simple borrón, una mancha de té bastan para que

el folio quede inutilizado. Se me ocurrió la disparatada idea de que debería guardar mis folios bajo llave por si se presentaba un visitante no deseado.

—Sería más fácil para mí si me avisara con tiempo —dije.

—Por supuesto que sí, aunque eso no siempre es posible. ¿Podría darme su dirección, señor Bendrix, y su número de teléfono?

—No tengo línea privada. Es una extensión de la línea de mi casera.

—Todos mis empleados son personas de extrema discreción. ¿Quiere que le enviemos los informes una vez a la semana o preferiría esperar a recibir el resultado final de la investigación?

—Envíelos una vez a la semana. A lo mejor no hay resultado final. Es posible que no haya nada que investigar.

—¿Ha ido usted con frecuencia al médico sin que al final haya habido nada que investigar? Señor Bendrix, cuando un hombre necesita hacer uso de nuestros servicios, eso significa casi invariablemente que hay algo que investigar.

Imagino que tuve suerte de que me tocara un tipo como el señor Savage. Lo habían recomendado por ser menos desagradable de lo que solían ser sus colegas de profesión, pero a pesar de ello, la seguridad que aquel hombre tenía en sí mismo me pareció detestable. De todos modos, si se piensa bien, ¿no resulta muy poco respetable el oficio de espiar a los inocentes, ya que los amantes son siempre inocentes? Los amantes no han cometido ningún delito y están convencidos, en lo más profundo de su alma, de que no han hecho nada malo «mientras sea yo el único perjudicado»: ese es el viejo dicho que todos tienen en la punta de la lengua, y el amor, además, les sirve de excusa para todo lo que hacen. Así es como razonan los amantes, y así razonaba yo en los tiempos en que estaba enamorado.

Cuando pasamos al tema de los honorarios, el señor Savage exigió un precio asombrosamente moderado: tres guineas al día más gastos, «siempre que sean estrictamente necesarios». Me explicó que los gastos incluían «un café de vez en cuando, y a veces nuestro hombre tiene que tomarse una copa». Hice una broma tonta afirmando que yo no era muy partidario del whisky, pero el señor Savage no se dio cuenta del chiste. «Conozco un caso —me dijo— en el que la investigación de todo un mes se salvó porque nuestro hombre se tomó un whisky doble a su debido tiempo: para nuestro cliente, fue el whisky más

barato de toda su vida.» Me explicó que algunos clientes querían un justificante diario de gastos, pero le dije que a mí me bastaba con uno semanal.

Todo se desarrolló muy deprisa. Y cuando volví a salir a Vigo Street, aquel tipo casi había logrado convencerme de que aquella entrevista era algo que tarde o temprano les sucedía a todos los hombres.

3

«¿Hay algo más que pueda contarme y que le parezca relevante?», recuerdo que me preguntó el señor Savage. Para un detective es igual de importante que para un novelista acumular un material repleto de trivialidades antes de elegir la pista correcta. Pero qué difícil es elegir esa pista y descubrir cuál es el tema adecuado. La gigantesca presión del mundo exterior nos aplasta como *une peine forte et dure*. Y ahora que estoy escribiendo mi propia historia, el problema sigue siendo el mismo, solo que peor, ya que se presentan muchos más hechos cuando uno no tiene que inventárselos. ¿Cómo puedo desenterrar al personaje humano que yace sepultado bajo este cargante decorado: el periódico de la mañana, la comida diaria, los atascos de tráfico rumbo a Battersea, las gaviotas que llegaban desde el Támesis en busca de pan, y el comienzo del verano de 1939 —uno de aquellos veranos radiantes y sentenciados a muerte de antes de la guerra— centelleando en el parque donde los niños hacían navegar sus barquitos? Una vez hasta llegué a preguntarme si habría podido descubrir, haciendo un gran esfuerzo de memoria, al futuro amante de Sarah entre los invitados de aquel cóctel que dio Henry. Cuando nos vimos por primera vez estábamos tomando un pésimo jerez sudafricano por culpa de la guerra de España. Me fijé en Sarah, creo yo, porque parecía feliz: en aquellos años la sensación de felicidad llevaba mucho tiempo moribunda a causa de la tormenta que se avecinaba. Uno la percibía entre los borrachos y entre los niños, pero en casi nadie más. Sarah me gustó desde el primer momento porque dijo que había leído mis libros y ya no volvió a hablar más del asunto: me trató como a un ser humano y no como a un escritor. Yo no tenía ni idea de que iba a enamorarme de ella, sobre todo porque era muy hermosa, y las mujeres hermosas, si también son inteligentes, provocan en mí un profundo sentimiento de inferioridad. No sé si los psicólogos han inventado ya el nombre de complejo de Cophetua, pero a mí siempre me ha costado mucho sentir deseo sexual si no va acompañado por una sensación de cierta superioridad, física o intelectual. Lo único que vi en ella en aquella primera

ocasión fue su belleza y su felicidad, y la forma en que tocaba a todo el mundo con las manos, como si quisiera de veras a la gente. De las cosas que me dijo, aparte de la afirmación con la que inició su charla, solo consigo recordar una cosa: «Usted parece odiar a mucha gente». Tal vez yo había estado hablando mal de mis colegas escritores. La verdad es que no me acuerdo.

Vaya verano aquel. No voy a intentar precisar en qué mes exacto ocurrió aquello —eso significaría recordar unos hechos rodeados de demasiado sufrimiento—, pero recuerdo haber salido de la calurosa sala atiborrada de gente, después de haber bebido demasiado jerez de pésima calidad, y haber dado un paseo por el parque con Henry. El sol caía a plomo sobre el parque y la hierba amarilleaba. Las casas, a lo lejos, eran casas de un grabado victoriano, pequeñas y silenciosas y con los contornos muy bien delimitados; apenas si se oía un niño llorando muy lejos de allí. La iglesia del siglo xviii parecía un juguete en mitad de una isla de hierba, un juguete que se podía dejar a la intemperie, en la oscuridad, con la certeza de que el tiempo seco iba a durar para siempre. Era la hora en la que se le hacen confianzas a los extraños.

—Qué felices podríamos ser todos —me dijo.

—Sí.

Sentí un enorme apego por él al verlo allí, en mitad del parque, lejos del cóctel, con lágrimas en los ojos.

—Tiene usted una casa muy bonita.

—La encontró mi mujer.

Solo hacía una semana que lo había conocido, justamente en otra recepción. En aquellos días Henry trabajaba en el Ministerio de Pensiones y yo lo había acribillado a preguntas con objeto de documentarme para mi novela. Dos días después llegó la invitación. Más tarde me enteré de que Sarah le había inducido a mandarla.

—¿Lleva mucho tiempo casado? —pregunté.

—Diez años.

—Su mujer me ha parecido encantadora.

—Es una gran ayuda para mí —dijo.

Pobre Henry. Pero ¿por qué tengo que decir pobre Henry? ¿No fue él quien al final demostró tener las mejores cartas del juego, las cartas de la

bondad, de la humildad y de la confianza?

—Tengo que volver —dijo—. No puedo dejarle todo el trabajo a ella, Bendrix.

Puso la mano sobre mi brazo como si nos conociéramos desde hacía un año. ¿Había sido ella la que le había enseñado ese gesto? Quienes forman un matrimonio acaban pareciéndose mucho. Volvimos a su casa caminando uno al lado del otro, y al abrir la puerta del salón vi reflejadas en un espejo, en un rincón, a dos personas que se separaban como si acabaran de besarse: una de ellas era Sarah. Miré a Henry. O no lo había visto o no le había importado verlo; y si no era así —pensé—, qué desdichado tenía que ser aquel hombre.

Aquella imagen, ¿era de las que el señor Savage consideraba relevantes? Según descubrí más tarde, aquel hombre no era un amante de Sarah ni acababa de darle un beso; era uno de los colegas de Henry en el ministerio, cuya mujer se había fugado, una semana antes, con un marino mercante. Sarah lo había conocido aquel mismo día, y es altamente improbable que aquel hombre siguiera formando parte del mismo escenario del que yo había sido tan firmemente excluido. El amor no tarda tanto tiempo en manifestarse.

Me gustaría poder omitir las referencias a aquel tiempo pasado, porque al escribir acerca del año 1939 siento que regresa todo mi odio. El odio parece actuar sobre las mismas glándulas que el amor; incluso genera los mismos actos. Si no nos hubieran enseñado a interpretar la historia de la Pasión, ¿habríamos sido capaces de adivinar, juzgando solo por sus actos, si la persona que amaba a Jesús era el celoso Judas o el cobarde Pedro?

4

Cuando llegué a casa después de haber ido a ver al señor Savage y mi casera me dijo que había llamado la señora Miles, sentí la misma euforia que me asaltaba cuando oía cerrarse la puerta de la entrada y sonaban sus pasos en el vestíbulo. Tuve la descabellada esperanza de que, al haberme visto unos pocos días antes, se hubiera despertado en Sarah no el amor, por supuesto, sino un sentimiento, un recuerdo que a mí me pudiera servir de algo. En aquellos días yo creía que, si pudiera tenerla de nuevo —por muy breve, vulgar e insatisfactorio que fuera todo—, volvería a recuperar la paz de espíritu. Así podría limpiarme de ella hasta expulsarla de mi sistema nervioso, de modo que fuera yo quien la abandonara después, y no ella a mí.

Tras dieciocho meses de silencio, se me hizo raro volver a marcar aquel número: Macaulay 7753. Y más raro fue tener que buscarlo en mi agenda porque no recordaba bien el último dígito. Mientras sonaba el tono de llamada, me pregunté si Henry habría vuelto ya del ministerio y qué le diría si él contestaba el teléfono. Pero luego me di cuenta de que ya no tenía que ocultar la verdad. Las mentiras me habían abandonado y me sentí muy solo, como si ellas hubieran sido mis únicos amigos en este mundo.

La voz de una doncella altamente cualificada repitió el número y me lo clavó en el tímpano.

—¿Está la señora Miles? —pregunté.

—¿La señora Miles?

—¿No es Macaulay 7753?

—Sí.

—Quisiera hablar con la señora Miles.

—Se ha equivocado de número.

La doncella colgó. Nunca se me había pasado por la cabeza que las cosas sin importancia también cambiaban con el paso del tiempo.

Busqué el número de Henry Miles en el listín, pero el número que aparecía era el antiguo: el listín llevaba más de un año sin actualizar. Iba a

llamar a información cuando el teléfono sonó de nuevo. Era Sarah.

—¿Eres tú? —preguntó algo cohibida.

Nunca me había llamado por mi nombre, y ahora que ya no podía envolver sus palabras en el viejo afecto perdido, parecía desorientada.

—Bendrix al aparato.

—Soy Sarah. ¿No te han dado el recado?

—Ah, iba a llamarte, pero tenía que terminar un artículo. Por cierto, me parece que he perdido tu número. Debe de estar en la guía, ¿no?

—No, aún no. Lo hemos cambiado: ahora es Macaulay 6204. Mira, quería pedirte una cosa.

—¿Cuál?

—Nada importante. Me gustaría almorzar contigo, eso es todo.

—Claro que sí, me encantaría. ¿Cuándo quedamos?

—¿Te iría bien mañana?

—No, mañana no. Es que tengo que terminar el artículo.

—¿Qué tal el miércoles?

—¿Podría ser el jueves?

—Sí —dijo, y casi pude imaginar su decepción reflejada en aquel monosílabo: así es como nos traiciona el orgullo.

—Entonces nos vemos en el Café Royal a la una.

—Eres muy amable —dijo, y por su tono de voz supe que estaba diciendo la verdad—. Hasta el jueves.

—Hasta el jueves.

Me quedé quieto con el teléfono en la mano, contemplando mi odio como si fuera un hombre feo y estúpido al que uno desearía no haber conocido. Marqué su número y supongo que la pillé antes de que tuviera tiempo de haberse alejado del teléfono.

—Sarah, mañana me va bien. Había olvidado una cosa. A la misma hora y en el mismo sitio.

Me quedé quieto, con los dedos todavía posados sobre el silencioso auricular, pensando que ahora al fin tenía algo que esperar con impaciencia. Y me dije a mí mismo: lo recuerdo, esto que ahora siento es esperanza.

5

Coloqué el periódico sobre la mesa y me puse a leer la misma página una y otra vez porque no quería mirar hacia la puerta. No paraba de entrar gente y yo no quería parecer una de esas personas que, al levantar y bajar continuamente la cabeza, dejan ver a las claras su impaciencia. ¿Qué clase de cosas esperamos con ansiedad para que luego nos sintamos todos tan atrapados por la desilusión? En el periódico de la tarde venía la típica noticia de un crimen y la crónica de una disputa parlamentaria a cuenta del racionamiento de golosinas, y ella llevaba ya cinco minutos de retraso. Tuve tan mala suerte que me pilló consultando la hora en el reloj. Oí su voz que decía:

—Lo siento, he cogido el autobús y había un atasco.

—El metro es más rápido —contesté.

—Ya lo sé, pero no quería llegar tan rápido.

Con frecuencia me desconcertaba diciendo la verdad. En los viejos tiempos, cuando estábamos enamorados, yo hacía todo lo posible para que me dijera algo más que la simple verdad: que nuestro *affaire* no terminaría nunca o que algún día nos casaríamos... Y aunque no la habría creído, me hubiera gustado oírle decir esas cosas, tal vez por la simple satisfacción de poder refutarlas yo mismo. Pero nunca se dignó representar esa comedia de las mentiras, aunque a veces, cuando menos me lo esperaba, echaba por tierra mi desconfianza con una declaración que contenía tanto cariño y tantas promesas... Recuerdo que una vez, cuando me sentía desdichado porque ella acababa de reconocer que nuestra relación se acabaría algún día, le oí decir, con incrédula felicidad:

—Nunca, nunca he amado a un hombre como te amo a ti, y nunca volveré a amar tanto a nadie.

Al oírlo, pensé que ella, sin saberlo, también jugaba a decir mentiras.

Se sentó a mi lado y pidió una cerveza.

—He reservado una mesa en Rules —dije.

—¿Por qué no nos quedamos aquí?

—Antes siempre íbamos a Rules.

—Sí.

Quizá dábamos la impresión de estar muy tensos, porque me di cuenta de que habíamos llamado la atención de un hombrecito sentado en un sofá, no muy lejos de nosotros. Me puse a mirarle fijamente para obligarle a apartar la vista, cosa que resultó muy fácil. El hombre, que llevaba un bigote muy largo y tenía ojos de cervatillo, se apresuró a desviar la mirada. Al hacerlo, derribó con el codo el vaso de cerveza, que se derramó por el suelo. Aquello lo dejó muy confuso. Me sentí mal porque se me ocurrió que podría haberme reconocido por las fotografías que salían en los periódicos, y a lo mejor hasta podría ser uno de mis lectores. Sentado a su lado había un niño pequeño. Qué cruel es humillar a alguien en presencia de su hijo. El niño se puso rojo como la grana cuando llegó corriendo el camarero y el padre empezó a pedirle disculpas con una vehemencia innecesaria.

—Vamos donde tú digas —le dije a Sarah.

—Es que desde entonces no he vuelto a ir allí.

—Al fin y al cabo, ese restaurante nunca te gustó demasiado.

—¿Sigues yendo?

—Me pilla cerca. Voy dos o tres veces por semana.

Se puso en pie de improviso y dijo: «Vamos». De repente la asaltó un ataque de tos. Fue un ataque demasiado violento para un cuerpo tan frágil como el suyo. A causa de las convulsiones, la frente se le llenó de sudor.

—Eso tiene mala pinta.

—No es nada, no te preocupes. Lo siento.

—¿Cogemos un taxi?

—Prefiero ir andando.

Subiendo por Maiden Lane, a mano izquierda, hay un portal y una verja frente a los que pasamos sin dirigirnos la palabra. Después de haber comido juntos por primera vez, el día que le pregunté acerca de las costumbres de Henry y ella descubrió con agrado mi interés, la había besado allí mismo, con cierta torpeza, de camino al metro. No sé por qué lo hice; tal vez aquella imagen que había visto en el espejo se me había metido en la cabeza, porque no tenía intención de cortejarla: de hecho, no tenía el menor propósito de

volver a verla. Era tan hermosa que no lograba excitarme con la idea de que pudiera ser accesible para mí.

Cuando nos sentamos a la mesa, se nos acercó uno de los antiguos camareros.

—Hace mucho que no lo vemos por aquí, señor —dijo.

Me arrepentí de haberle mentado a Sarah.

—Ah —respondí—, es que ahora como en la planta de arriba.

—Y también hace mucho que no la vemos a usted, señora.

—Casi dos años —respondió Sarah, con esa exactitud que a veces me resultaba odiosa.

—Pero recuerdo bien que usted solía tomar una jarra de cerveza grande.

—Tiene usted muy buena memoria, Alfred.

El rostro del hombre se iluminó al oír aquello. Sarah siempre sabía cómo llevarse bien con los camareros.

La llegada de la comida interrumpió nuestra deprimente chachara. Hasta que terminamos de comer no me reveló por qué había querido verme.

—Quería almorzar contigo —dijo— porque quiero que me hables de Henry.

—¿De Henry? —repetí, procurando no delatar la decepción que sentía.

—Estoy preocupada por él. ¿Cómo lo viste la otra noche? ¿Se comportó de forma rara?

—Yo no le vi nada raro —dije.

—Me gustaría pedirte, aunque sé que estás muy ocupado, que quedaras con él de vez en cuando. Creo que está muy solo.

—¿En su relación contigo?

—Ya sabes que nunca se ha fijado mucho en mí. Al menos durante estos años.

—A lo mejor ha empezado a fijarse en ti desde que pasas tanto tiempo fuera de casa.

—Casi no salgo —dijo—, sobre todo ahora.

Otro acceso de tos interrumpió su frase. Cuando el ataque remitió, Sarah ya había decidido los siguientes movimientos de la partida, aunque no fuese muy propio de ella esquivar la verdad.

—¿Estás escribiendo un nuevo libro? —preguntó.

Era como si me estuviese hablando un desconocido, esa clase de desconocidos que uno se encuentra en un cóctel. Sarah ni siquiera me había hecho esa pregunta trivial el día que nos conocimos, cuando tomábamos aquel jerez sudafricano.

—Sí, claro.

—El último no me gustó mucho.

—Fue muy complicado escribirlo en aquel momento..., ya sabes, cuando faltaba poco para que llegara la paz.

Debería haber añadido que en aquel momento la paz también se estaba alejando por completo de mí.

—A veces me daba miedo que retomaras aquella vieja idea tuya, esa que yo odiaba tanto. Muchos hombres lo hubieran hecho.

—Me lleva un año escribir un libro. Es un trabajo demasiado duro como para encima convertirlo en una venganza.

—Si supieras qué pocos motivos había para la venganza...

—Estoy bromeando, claro. Nos lo pasamos muy bien juntos. Somos adultos: sabíamos que todo se terminaría algún día. Y ahora, mira, podemos hablar de Henry como amigos.

Pagué la cuenta y salimos a la calle. Veinte metros más abajo estaban el portal y la verja. Me detuve en la acera y dije:

—Supongo que vas al Strand.

—No. Voy a Leicester Square.

—Yo voy al Strand. —Se paró frente al portal. La calle estaba desierta —. Tengo que dejarte aquí. Me alegro de haberte visto.

—Sí.

—Llámame cuando tengas un rato libre.

Me acerqué a ella. Mis pies rozaron la verja. «Sarah», dije. Apartó bruscamente el rostro, como para ver si se acercaba alguien, como si quisiera saber si aún le quedaba tiempo, pero cuando volvió a mirarme tuvo otro ataque de tos. Dobló el cuerpo frente al portal y tosió y tosió. Se le enrojecieron los ojos. Con el abrigo de piel que llevaba parecía un pequeño animal acorralado.

—Lo siento.

—Tienes que ir al médico —dije con amargura, como si me hubieran robado algo que era mío.

—Es solo un resfriado. —Me tendió la mano y añadió—: Adiós, Maurice.

El nombre era como un insulto. Contesté: «Adiós», pero no le toqué la mano. Me alejé muy deprisa sin volver la vista atrás, intentando aparentar que tenía cosas que hacer y que me alegraba de irme. Cuando oí el nuevo ataque de tos, me hubiera gustado ponerme a silbar una canción, algo que sonara alegre, aventurero, feliz, pero no tengo ningún oído para la música.

6

Cuando se es joven, uno se fabrica unos hábitos de trabajo que vayan a durar toda la vida y resistan toda clase de catástrofes. Durante veinte años he producido quinientas palabras al día, cinco días a la semana. Puedo escribir una novela al año, y eso me deja tiempo para la revisión y las correcciones del texto mecanografiado. Siempre he sido muy metódico, y cuando cumplo con mi cuota de trabajo la interrumpo aunque esté en mitad de una escena. De vez en cuando, durante la jornada matinal, hago el recuento de los cientos de palabras que he escrito y anoto el resultado al margen del texto. Ningún impresor tiene que calcular los gastos de impresión de mis libros, ya que en la primera página de mi manuscrito siempre figura el recuento exacto: 83.374 palabras. Cuando era joven ni siquiera una historia de amor podía alterar mi rutina. La historia de amor tenía que empezar después de comer, y por muy tarde que me acostara —siempre que fuese en mi propia cama—, antes de irme a dormir revisaba lo que había escrito por la mañana, y luego me dormía con todo eso en la cabeza. La guerra apenas alteró mis hábitos de trabajo. Una pierna coja me libró de alistarme en el ejército, y cuando me integré en la Defensa Civil, mis compañeros se alegraron mucho al saber que nunca quería quedarme con los turnos de vigilancia de las mañanas, que solían ser los más tranquilos. Eso me granjeó una inmerecida fama de hombre entregado a la causa, cuando en realidad yo solo estaba entregado a la causa de mi escritorio, de mis folios y del lento y metódico cupo de palabras que fluían de mi pluma. Solo Sarah logró alterar la disciplina que me había impuesto. Los bombardeos siguieron fieles a su ritmo nocturno, tan adecuado para mí, con la excepción de las incursiones diurnas de los primeros tiempos y, más tarde, de las V1 de 1944. Sin embargo, lo más frecuente era que yo solo pudiera ver a Sarah por las mañanas, ya que ella solía pasar las tardes en compañía de sus amigas, que después de haber hecho las compras se reunían un rato para cotillear antes del toque de queda nocturno. A veces venía a verme aprovechando un hueco entre

dos colas de la compra, así que hacíamos el amor entre la cola de la verdulería y la del carnicero.

A pesar de todo eso, era muy fácil retomar el trabajo incluso en estas circunstancias. Cuando uno es feliz, está dispuesto a soportar cualquier clase de disciplina. Fue la desdicha la que truncó mis hábitos de trabajo. Cuando empecé a darme cuenta de que nos peleábamos a menudo, cuando descubrí que la irritación nerviosa me impulsaba con demasiada frecuencia a meterme con ella, tuve la certeza de que nuestra relación estaba condenada al fracaso. El amor se había convertido en un *affaire* amoroso con principio y final. Y si yo podía citar el momento preciso en que se había iniciado, también sabía que algún día podría señalar el momento exacto en que había llegado a su fin. Cuando ella se iba de casa no podía concentrarme en el trabajo, ya que me dedicaba a repasar lo que nos habíamos dicho, y eso me llenaba de rabia o de remordimiento. Y además, en todo momento yo era perfectamente consciente de que estaba forzando el ritmo, de modo que acabaría expulsando de mi vida la única cosa que amaba en este mundo. Fui feliz mientras pude engañarme pensando que nuestro amor iba a perdurar; incluso creía que yo era una persona con la que resultaba fácil convivir y que ello hacía posible la supervivencia de nuestro amor. Pero si el amor tenía que morir, prefería que lo hiciera con la mayor rapidez posible. Era como si nuestro amor fuera una criatura diminuta, atrapada en un cepo, desangrándose poco a poco. No me quedaba más remedio que cerrar los ojos y retorcerle el pescuezo.

Durante todo ese tiempo no pude trabajar. Una gran parte del trabajo del novelista, como ya he dicho, tiene lugar en el inconsciente, y es en esas profundidades donde se escribe la última palabra antes de que aparezca sobre el papel. No es que inventemos los detalles de nuestra historia, sino que los recordamos. La guerra no alteró lo que pasaba en esas grutas submarinas, pero ahora ocurría algo que tenía una importancia infinitamente mayor que la guerra y que mi novela: la muerte del amor. Y todo sucedía como en un relato: la palabra desconsiderada que hacía llorar a Sarah —y que parecía haber ascendido espontáneamente a mis labios— se había ido afilando en las grutas submarinas. Mi novela se demoraba; pero mi amor, como la inspiración, avanzaba a toda velocidad hacia el final.

No me extrañó que no le hubiera gustado mi último libro. Lo escribí en contra de mi voluntad, sin ayuda ninguna y sin otro motivo que mi necesidad de ganarme la vida. Los críticos dijeron que era obra de un artesano, y que esa pericia era lo único que sobrevivía en mí de mi vieja pasión. Pensé que tal vez la pasión regresaría con una nueva novela y que mi entusiasmo resucitaría al recordar lo que yo nunca había sabido de forma consciente, pero durante la semana que siguió a mi almuerzo con Sarah en el Rules fui incapaz de trabajar. Y ahí está otra vez ese yo, yo, yo, como si esta fuera mi historia y no la de Sarah, y la de Henry, y por supuesto también la de ese tercero en discordia, ese al que yo odiaba sin saber nada de él, o incluso sin creer lo más mínimo en su existencia.

Intenté trabajar durante la mañana, pero no pude. Luego bebí demasiado en el almuerzo y eché a perder la tarde. Cuando se hizo de noche me situé junto a la ventana, con las luces apagadas, y me puse a mirar las ventanas encendidas del lado norte, al otro lado de la llana extensión del parque a oscuras. Hacía mucho frío y mi chimenea de gas solo lograba calentarme si me pegaba a ella, aunque entonces también me achicharraba. Unos copos de nieve pasaron remoloneando frente a las farolas y acabaron repicando en la ventana con gruesos dedos húmedos. No oí el timbre. Mi casera llamó a la puerta y dijo: «Hay un tal señor Parkis que quiere verlo», indicando con el uso del artículo el rango de la visita. Nunca había oído aquel nombre, pero le dije que lo hiciera pasar.

Me pregunté dónde había visto antes aquellos discretos ojos contritos y aquel largo bigote, ya pasado de moda y ahora empapado por el mal tiempo. Encendí la lamparita del escritorio y el hombre se acercó, intentando escudriñar la penumbra con sus ojos miopes.

—¿El señor Bendrix? —preguntó.

—Sí.

—Aquí Parkis —dijo, como si aquello significara algo para mí, y luego añadió—: Al servicio del señor Savage, señor.

—Ah, sí. Siéntese. Fúmesse un cigarrillo.

—No, no, señor —dijo—. Nunca lo hago estando de servicio, a no ser que me facilite la tarea de ocultarme.

—Pero ¿ahora está de servicio?

—En cierto modo sí, señor. Acaban de relevarme durante media hora para que le entregue mi informe. El señor Savage me dijo que usted quería un informe semanal, incluidos los gastos por los servicios prestados.

—¿Tiene usted algo nuevo que informar?

Yo no sabía muy bien si lo que sentía era decepción o curiosidad.

—Ciertamente el informe no es una hoja en blanco, señor —comentó, mientras se sacaba del bolsillo una gran cantidad de sobres y papeles y buscaba el mío.

—Haga el favor de sentarse. Me hace sentir incómodo.

—Como usted quiera, señor. —Al sentarse pudo verme mejor—. ¿No nos hemos visto antes, señor?

Yo ya había sacado la primera hoja del sobre: era una relación de gastos, escrita con una bonita caligrafía escolar.

—Escribe usted con letra muy clara —dije.

—Es mi hijo. Lo estoy entrenando para que aprenda el oficio. —Se apresuró a añadir—: A él no lo incluyo en los gastos, señor, salvo en el caso de que me sustituya como está haciendo ahora.

—¿Ahora lo está sustituyendo su hijo?

—Solo mientras yo le entrego el informe.

—¿Qué edad tiene?

—Ya ha cumplido los doce —dijo, como si su hijo fuera un reloj—. Un chico es muy útil y solo cuesta un tebeo de vez en cuando. Nadie se fija en él. Y a los chicos les encanta espiar. Es algo innato en ellos.

—Me parece un trabajo muy raro para un niño.

—Bueno, señor, él no se da cuenta del significado real de lo que hace. En el supuesto de que se hiciera necesario irrumpir en un dormitorio, yo no se lo permitiría.

Leí:

18 de enero

Dos periódicos vespertinos 2 peniques

Regreso en metro 1 chelín/8 peniques

Café. Salón de té Gunters 2 chelines

Me estuvo observando con atención mientras yo leía.

—El salón de té era más caro de lo que me imaginaba —dijo—, pero pedí lo más barato que podía tomarme sin llamar la atención.

19 de enero

Trayectos en metro 2 chelines/4 peniques

Botellines de cerveza 3 chelines

Cóctel 2 chelines/6 peniques

Pinta cerveza amarga 1 chelín/6 peniques

Volvió a interrumpir mi lectura.

—La cerveza me da un poco de apuro, señor, porque tiré el vaso debido a un descuido. Pero estaba un poco nervioso porque tenía algo nuevo que informar. Ya sabe usted, señor, que a veces hay semanas y semanas muy decepcionantes, pero en esta ocasión, al segundo día...

Ahora ya me acordaba de él y de su hijo abochornado. Leí bajo la entrada del 19 de enero (de un simple vistazo ya había podido ver que el 18 de enero solo tenía un informe de movimientos intrascendentes): «La persona en cuestión fue en autobús a Piccadilly Circus. Parecía inquieta. Subió por Air Street hacia el Café Royal, donde la estaba esperando un caballero. Mi chico y yo...»

El hombre no paraba de importunarme.

—Ya se habrá dado cuenta, señor, de que los informes están escritos con letra distinta. Nunca permito que mi hijo redacte los informes que tratan de temas confidenciales.

—Se ocupa usted muy bien de él.

«Mi chico y yo —leí— nos sentamos en un sofá adyacente. La persona en cuestión y el caballero mantenían una relación muy estrecha. Se trataban con afectuosa falta de ceremonia y hasta creo que en una ocasión se cogieron la mano por debajo de la mesa. No estoy completamente seguro de este pormenor, pero la mano izquierda de la persona en cuestión se perdió de vista, al igual que la mano derecha del caballero, lo que suele indicar una maniobra de esta naturaleza. Tras una breve conversación de carácter íntimo, se dirigieron a pie hacia un restaurante tranquilo y apartado conocido por sus

clientes como Rules y, escogiendo un reservado con sofá en vez de una mesa, pidieron dos chuletas de cerdo.»

—¿Es importante mencionar las chuletas de cerdo?

—Podrían ser características identificatorias, señor, en caso de que se recurriera a menudo a ellas.

—Entonces, ¿no logró identificar al hombre?

—Usted mismo lo verá, señor, si sigue leyendo.

«Estaba tomándome un cóctel en el bar cuando oí la comanda de las chuletas de cerdo, pero no logré extraer ni de los camareros ni de la señora que atendía el bar la identidad del caballero. Aunque formulé mis preguntas con aire vago y despreocupado, sin duda alguna suscitaron cierta curiosidad, así que decidí marcharme de allí. No obstante, al haber logrado trabar amistad con el vigilante de la entrada de servicio del Vaudeville Theatre, pude mantener el restaurante bajo observación.»

—¿Cómo logró trabar amistad con el vigilante? —pregunté.

—En la barra del pub Bedford Head, señor, sabiendo que las personas en cuestión se estarían ocupando según lo previsto de las chuletas de cerdo, y acompañándolo después de vuelta al teatro, que tiene una entrada de servicio...

—Conozco el lugar.

—He intentado, señor, reducir el informe a lo esencial.

—Lo ha hecho usted muy bien.

El informe continuaba: «Tras el almuerzo, las personas en cuestión recorrieron juntas Maiden Lane y se despidieron frente a un colmado. Tuve la impresión de que eran presa de una poderosa emoción, y se me ocurrió que se estaban despidiendo para siempre: lo que supondría un final feliz, si se me permite decirlo, con respecto a esta investigación».

—¿Me disculpa usted el tono personal? —me interrumpió una vez más, ansioso.

—Claro que sí.

—Incluso en nuestra profesión, señor, a veces nos sentimos conmovidos, y a mí me gustó la señora, quiero decir, la persona en cuestión.

«Dudé entre seguir al caballero o a la persona en cuestión, pero concluí que mis instrucciones no me permitían tomar la primera opción. Tomé, por lo

tanto, la segunda. La persona en cuestión caminó hasta Charing Cross con aire muy nervioso. Luego se metió en la National Portrait Gallery, pero solo estuvo allí durante breves minutos...»

—¿Hay alguna otra cosa importante?

—No, señor. Creo que lo único que buscaba era un sitio donde sentarse, porque enseguida se metió en una iglesia.

—¿En una iglesia?

—Una iglesia católica, señor, en Maiden Lane. Encontrará todos los detalles en el informe. Pero no entró a rezar. Solo se sentó.

—¿Y eso cómo lo sabe?

—Como es natural, seguí a la persona en cuestión. Me arrodillé en un reclinatorio a pocas filas de donde ella estaba. Así yo aparentaba ser un fiel que actuaba *bona fide*. Y puedo asegurarle, señor, que no rezó. No es católica, ¿no?

—No, no lo es.

—Lo que quería era sentarse en la penumbra hasta tranquilizarse un poco.

—A lo mejor esperaba a alguien.

—No, señor. Solo estuvo tres minutos en la iglesia y no habló con nadie. Si le interesa mi opinión, lo único que quería era echarse a llorar.

—Pudiera ser. Pero se equivoca usted en lo de las manos, señor Parkis.

—¿Qué manos, señor?

Avancé un poco para que la luz me diera en la cara.

—Ni siquiera llegamos a rozarnos las manos.

Después de soltar la indirecta sentí lástima de aquel hombre, ya que había aterrorizado a alguien de por sí muy tímido. Parkis se quedó mirándome con la boca un poco abierta, como si acabara de recibir una cuchillada y estuviera esperando, paralizado, que llegara la siguiente.

—Supongo que esta clase de errores suceden a menudo, señor Parkis. El señor Savage debería habernos presentado.

—Oh, no, señor —dijo abatido—, ha sido culpa mía.

Agachó la cabeza y se quedó quieto, mirando el sombrero que tenía entre las piernas. Intenté animarlo.

—No pasa nada. Y si mira las cosas desde fuera, hasta tiene su lado divertido.

—Pero yo estoy dentro, señor.

Giró el sombrero entre las manos y luego prosiguió con una voz tan marchita y desolada como el parque que teníamos delante.

—El señor Savage no me preocupa: es la persona más comprensiva que se pueda hallar en esta profesión. El que me preocupa es mi hijo. Se había hecho una idea muy favorable de mí. —Rebuscó entre las simas de su desdicha una sonrisa humillada y temerosa—. Ya sabe usted la clase de cosas que leen los chicos, señor: tebeos de Nick Carter y cosas así.

—¿Por qué tendría que enterarse de esto?

—Uno no puede hacer trampas con un niño, señor, y él hace muchas preguntas. A su debido tiempo querrá saber cómo he llegado a esa conclusión. Y eso es lo que está aprendiendo ahora, a sacar sus propias conclusiones.

—¿Y no podría decirle que yo conseguí identificar al hombre, solo eso, y que ese hombre no me interesaba en absoluto?

—Le agradezco mucho que sugiera eso, señor, pero debo mirar las cosas desde todos los ángulos. No quiero decir que no pudiera llegar a decirle eso a mi hijo; ahora bien, ¿qué pensaría si alguna vez se cruzara con usted en el transcurso de la investigación?

—Es una posibilidad muy remota.

—Pero es una eventualidad que podría ocurrir, señor.

—¿Y por qué no lo deja en casa a partir de ahora?

—Eso empeoraría las cosas, señor. El chico no tiene madre y además ahora mismo está de vacaciones, y yo siempre me he propuesto instruirlo durante las vacaciones... Por supuesto que cuento con la aprobación del señor Savage. No, señor, me he portado como un tonto y debo reconocerlo. Ojalá no fuera tan concienzudo, pero el chico se lo toma muy a pecho si meto la pata. Un día, el señor Prentice —el ayudante del señor Savage, un hombre más bien duro de roer— me dijo: «Ya has vuelto a meter la pata, Parkis», y lo dijo en presencia de mi hijo. Eso fue lo que lo puso en guardia.

Se levantó con un aire de enorme resolución (¿quiénes somos nosotros para juzgar la valentía de los demás?) y me dijo:

—Siento haberle entretenido con mis problemas, señor.

—Me lo he pasado muy bien, señor Parkis —dije sin asomo alguno de ironía—. Y procure no preocuparse. Su hijo se parece a usted.

—Ha heredado la inteligencia de su madre, señor —dijo con tristeza—. Y ahora debo irme. Hace mucho frío ahí fuera, aunque le he buscado un sitio resguardado antes de entrar aquí. Pero el chico se toma tan en serio su trabajo que estoy seguro de que habrá cogido frío. ¿Le importaría firmar la hoja de gastos con sus iniciales, señor, si está usted de acuerdo con ellos?

Desde la ventana vi cómo se alejaba, con su gabardina de tela fina con el cuello subido y el ala del sombrero bien baja. Seguía nevando, y cuando pasó frente a la tercera farola parecía un pequeño muñeco de nieve ya muy manchado de barro. Extrañado, descubrí que durante diez minutos no había pensado ni en Sarah ni en mis celos. Había vuelto a ser una persona casi tan normal como para pensar en las desgracias de otro.

7

Los celos —o eso he creído siempre— existen únicamente si también existe el deseo. Los autores del Antiguo Testamento eran muy aficionados a usar la frase «un Dios celoso», y tal vez esa era la forma tosca e indirecta en que expresaban su fe en el amor que Dios sentía por los hombres. Pero supongo que hay varias clases de deseo. Mi deseo de entonces estaba más cerca del odio que del amor; y yo tenía fundadas razones para pensar, por lo que Sarah me había contado una vez, que Henry hacía mucho tiempo que había dejado de sentir cualquier clase de deseo sexual por ella. Pero aun así, creo que en aquellos días estaba tan celoso como yo. Henry sentía el deseo apremiante de alguien que le hiciera compañía, pero por primera vez en su vida se veía excluido de la confianza de Sarah, y eso lo llenaba de preocupación y de creciente ansiedad, pues no sabía ni lo que estaba ocurriendo ni lo que iba a ocurrir. Así pues, vivía en medio de una constante inquietud. En ese sentido, su tormento era mucho peor que el mío. Yo al menos tenía la seguridad de no poseer nada: lo único que tenía era lo que había perdido, mientras que él aún poseía la presencia de Sarah en la mesa, el sonido de sus pasos en la escalera, el abrir y cerrar de puertas, el beso en la mejilla. Dudo que por entonces tuviera nada más, pero eso era muchísimo para alguien que se estaba muriendo de hambre. Y lo que tal vez empeoraba las cosas era que él había disfrutado de una seguridad que yo nunca había poseído. Cómo no iba a ser así, si justo en el momento en que el señor Parkis se alejaba de mi casa cruzando el parque, él ni siquiera se había enterado de que Sarah y yo habíamos sido amantes. Y cuando escribo esa palabra, mi mente regresa inexorablemente, en contra de mi voluntad, al punto mismo en el que empezó el dolor.

Tras aquel primer y torpe beso en Maiden Lane, pasó una semana entera antes de que volviera a llamar a Sarah. Durante nuestro almuerzo, ella había comentado que a Henry no le gustaba el cine y que por eso apenas veía películas. En el cine Warner habían estrenado la adaptación de una de mis novelas, y así, en parte para alardear y en parte porque creía que la cortesía

me obligaba a prolongar aquel beso —y en parte porque también seguía interesado en la vida matrimonial de un alto funcionario—, le pedí a Sarah que fuera al cine conmigo.

—Imagino que no es una buena idea invitar también a Henry —le dije.

—Por supuesto que no —contestó ella.

—¿Y por qué no viene a cenar con nosotros después de la película?

—Tiene mucho trabajo pendiente del ministerio. Hay un liberal de las narices que la semana que viene va a presentar una interpelación parlamentaria sobre las pensiones de viudedad.

De modo que podría decirse que fue un diputado liberal —creo que era un galés apellidado Lewis— quien nos preparó la cama aquella noche.

La película no era buena. Hubo momentos en que se me hizo muy doloroso ver cómo unas situaciones que habían sido tan reales para mí se convertían en tópicas vulgaridades cuando se trasladaban a la pantalla. Lamenté haber elegido aquella película para ir a verla con Sarah. Al principio le dije: «Eso no es lo que yo había escrito», pero no podía pasarme la película repitiendo la misma frase. Ella me rozó afectuosamente la mano, y desde aquel momento seguimos con los dedos inocentemente entrelazados, como hacen los niños y los enamorados. Sin embargo, súbita e inesperadamente, la película cobró vida durante unos pocos minutos. Me olvidé entonces de que aquella historia era mía y de que los diálogos eran míos, y de pronto me conmovió una escena intrascendente que tenía lugar en un restaurante barato. El amante había pedido filete con cebollas, pero la chica no se atrevía a pedir lo mismo porque su marido odiaba el olor a cebolla, y el amante, al darse cuenta de lo que significaba aquella vacilación, se sentía dolido y enojado al pensar en el abrazo inevitable que el marido iba a darle a la chica cuando regresara a casa. La escena era redonda: yo había querido transmitir la pasión a través de un episodio vulgar que careciera de toda retórica en la acción o en los diálogos, y la cosa funcionaba a las mil maravillas. Durante unos segundos me sentí feliz: aquello era escribir y no había nada en el mundo que me interesara más. Quise volver a casa y leer de nuevo aquella escena; quise ponerme a trabajar y escribir otra escena nueva. Y lamenté —cómo lo lamenté— haber invitado a cenar a Sarah Miles.

Después de la película —habíamos vuelto a Rules y acababan de traernos los filetes— ella me dijo:

—Pero había una escena que sí habías escrito tú.

—¿La de las cebollas?

—Sí.

En aquel mismo momento el camarero depositó una fuente de cebollas sobre la mesa. Aquella noche ni siquiera se me había pasado por la cabeza que pudiera sentir deseo por Sarah.

—¿A Henry le molesta la cebolla? —le pregunté.

—Sí, no la soporta. ¿A ti te gusta?

—Sí.

Me sirvió cebollas en el plato y luego se sirvió ella.

¿Es posible enamorarse por un plato de cebollas? En verdad parece muy improbable, pero yo podría jurar que fue justo entonces cuando me enamoré de ella. Es evidente que hubo otras razones aparte de las cebollas: la repentina certeza de estar frente a una mujer individual y frente a una franqueza que tiempo después iba a hacerme alternativamente feliz y desdichado. Bajé la mano y la puse sobre su rodilla, y entonces su mano también descendió por debajo de la mesa y se aferró a la mía.

—Es un buen filete —dije.

Su contestación fue para mí pura poesía.

—Es el mejor que he comido en mi vida.

No hubo ni persecución ni seducción. Dejamos el succulento filete en el plato y un tercio de la botella de clarete y salimos a Maiden Lane con la misma intención en nuestras mentes. Nos besamos en el mismo sitio en el que nos habíamos besado la primera vez, frente al portal y la verja.

—Estoy enamorado —dije.

—Yo también.

—Ahora ya no podemos volver a casa.

—No.

Cogimos un taxi en la estación de Charing Cross y le pedí al taxista que nos llevara a Arbuckle Avenue. Ese era el nombre en clave —en referencia a los escándalos del actor Fatty Arbuckle— que algunos daban a Eastbourne Terrace, la calle junto a la estación de Paddington donde había varios hoteles

con nombres aparentemente lujosos: el Ritz, el Carlton y otros por el estilo. Esos hoteles siempre tenían las puertas abiertas y se podía encontrar una habitación libre a cualquier hora del día para ocuparla únicamente durante una o dos horas. Hace una semana volví a esa calle. La zona donde se levantaban los hoteles había quedado destrozada por las bombas; el lugar donde aquella noche habíamos hecho el amor ya no era más que un soplo de aire. En su momento se llamaba Hotel Bristol. En el vestíbulo había un tiesto con un helecho gigante; una encargada con el pelo teñido de azul nos llevó a la mejor habitación que tenía: una estancia eduardiana con una gran cama de matrimonio con molduras doradas y cortinones de terciopelo rojo y un espejo de cuerpo entero. (La gente que se alojaba en Arbuckle Avenue no necesitaba camas separadas). Recuerdo muy bien todos aquellos detalles triviales: la encargada que nos preguntó si íbamos a quedarnos toda la noche; los quince chelines del precio de la habitación; el contador de la estufa eléctrica que solo aceptaba monedas de un chelín y que no pudimos poner en marcha porque no teníamos monedas sueltas..., pero eso es todo lo que consigo recordar. He olvidado el aspecto que tenía Sarah aquella primera vez y lo que hicimos, salvo que los dos estábamos muy nerviosos e hicimos muy mal el amor. No nos importó: ahora ya habíamos empezado, y eso era lo importante; por entonces todavía teníamos toda la vida por delante. Ah, sí, hay otra cosa que recuerdo muy bien: en el umbral de la puerta de nuestra habitación (una habitación que solo fue «nuestra» durante media hora), cuando volví a besarla y le dije lo mucho que odiaba la idea de que tuviera que regresar a casa con Henry, Sarah me contestó:

—No te preocupes, está muy liado con las pensiones de viudedad.

—Pero odio la idea de que pueda besarte —dije.

—No lo hará; no hay nada que odie más que la cebolla.

La acompañé a su casa, al otro lado del parque. La luz del estudio de Henry se filtraba por la ranura de la puerta. Subimos al piso de arriba. Nos abrazamos en la salita, incapaces de separarnos.

—En cualquier momento va a subir —dije.

—Lo oiremos —repuso ella. Y luego añadió con terrible lucidez—: Hay un escalón que siempre rechina.

No tuve tiempo de quitarme el abrigo. Nos dimos un beso y oímos el escalón que rechinaba, y pude ver con tristeza la calma reflejada en su rostro cuando entró Henry.

—Estábamos esperando a que subieras a servirnos una copa.

—Claro. ¿Qué quiere tomar, Bendrix? —me preguntó Henry.

Le dije que no quería beber nada; tenía trabajo pendiente.

—Creía haberle oído decir que usted no trabajaba nunca de noche.

—Bueno, lo que tengo que hacer no cuenta como trabajo: es solo una reseña.

—¿De un libro interesante?

—No demasiado.

—Me gustaría poseer ese talento que tiene usted para expresar lo que siente.

Sarah me acompañó a la puerta y volvimos a besarnos. En aquel momento era Henry el que me gustaba, no Sarah. Era como si todos los hombres del pasado y todos los hombres del porvenir proyectaran su sombra sobre el presente.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

Era muy rápida en detectar el significado oculto de un beso, el susurro que de pronto resonaba en la mente.

—Nada —contesté—. Te llamaré mañana por la mañana.

—Será mejor que te llame yo —dijo.

Y entonces pensé: cuidado, cuidado, qué bien sabe llevar un *affaire* como este. Y entonces volví a acordarme del escalón que siempre —«siempre» era la palabra que había usado— rechinaba cuando alguien subía.

LIBRO SEGUNDO

1

La infelicidad es mucho más fácil de narrar que la felicidad. Con la desdicha nos hacemos conscientes de la propia existencia, aunque sea a través de un egoísmo monstruoso: este dolor me pertenece solo a mí, este nervio que se retuerce es mío y de nadie más. Pero la felicidad, por el contrario, nos aniquila: nos hace perder nuestra identidad. Los santos han usado a veces los términos del amor humano para describir sus visiones de Dios, y por eso mismo —imagino— podríamos usar los de oración, meditación y contemplación para explicar la intensidad del amor que sentimos por una mujer. En realidad, nosotros también renunciamos a la memoria, al entendimiento, a la inteligencia, y también experimentamos las privaciones, la *noche oscura*,* y a veces, como recompensa, recibimos una especie de paz. El mismo acto del amor en ocasiones se denomina «la pequeña muerte», y los amantes a veces experimentan esa pequeña paz.

Resulta curioso que ahora me halle escribiendo estas frases como si amara lo que en realidad odio. A veces no puedo reconocer mis propios pensamientos. ¿Qué sé yo de frases como «la noche oscura del alma» o de la plegaria, si solo soy capaz de rezar una sola oración? Simplemente me ha tocado heredar esas frases, igual que esos maridos que se tienen que quedar, a causa de la muerte, con la herencia inútil de los vestidos de una mujer, con sus perfumes, con sus cremas... Pero a pesar de todo eso, aquella paz existió...

Así es como recuerdo los primeros meses de la guerra. Por cierto, ¿hubo también una paz de mentira justo antes de la guerra, igual que hubo una guerra de mentira en los primeros meses de la contienda? Ahora nos parece que los tiernos brazos de la buena voluntad y de las palabras de apaciguamiento nos tranquilizaron durante aquellos meses de incertidumbre y de angustiosa espera; pero la paz, creo yo, tuvo que verse forzosamente alterada, incluso en aquella época, por la desconfianza y por los malentendidos. Y al igual que aquella primera noche volví a casa sin sentir júbilo alguno, sino más bien tristeza y resignación, así también regresé una vez y otra vez con la certeza de ser uno

más entre muchos hombres: en mi caso, por el momento, un amante afortunado. Aquella mujer, a la que yo amaba de forma tan obsesiva que, si me despertaba de noche, al instante me encontraba con una imagen suya en mi pensamiento y en mi sueño interrumpido, parecía entregarme todo su tiempo. Pero a pesar de todo eso, yo no podía depositar confianza alguna en ella: en el acto del amor podía sentirme arrogante, pero una vez a solas me bastaba mirarme al espejo para percibir mis dudas en forma de un rostro arrugado o de una pierna coja, y entonces me preguntaba: ¿por qué yo? Y además siempre surgían impedimentos para que nos viéramos: citas con el dentista o con la peluquera, noches en las que Henry daba un cóctel en su casa o los días que pasaban los dos a solas. No servía de nada decirme a mí mismo que Sarah no tendría ninguna posibilidad de traicionarme en su casa (con el egoísmo propio de los enamorados, ya había empezado a usar ese verbo que sugería un deber inexistente), mientras Henry trabajaba en sus pensiones de viudedad o planificaba la distribución de máscaras antigás —porque al cabo de un tiempo lo trasladaron de ministerio— y supervisaba el diseño del modelo reglamentario para el estuche de cartón. ¿No sabía yo que era posible, si el deseo apremiaba, hacer el amor en las circunstancias más peligrosas? La desconfianza crece con los éxitos del enamorado. ¿Cómo no iba a ser así, si la siguiente vez que nos vimos todo sucedió de un modo que a mí me habría parecido imposible?

Me desperté entristecido al comprobar que todavía resonaba en mi mente el comentario que demostraba que Sarah se andaba con mucho cuidado, pero a los tres minutos de haberme despertado, su voz al teléfono disipó por completo esa emoción. Nunca en la vida, ni antes ni después de ella, he conocido otra mujer capaz de alterar un estado de ánimo mediante una simple conversación telefónica, y bastaba que ella entrase en una estancia o pusiera su mano junto a la mía para que surgiera de inmediato la confianza absoluta que se desvanecía en cuanto ella se marchaba de nuevo.

—Hola —dijo—, ¿estabas durmiendo?

—No. ¿Cuándo podré verte? ¿Esta misma mañana?

—Henry se ha resfriado. Se ha quedado en casa.

—Ojalá pudieras venir aquí.

—Tengo que quedarme con él para contestar al teléfono.

—¿Por un resfriado?

La noche anterior había sentido afecto y simpatía por Henry, pero ahora él ya se había convertido en un enemigo que me impacientaba y al que deseaba denigrar y pisotear con el mayor disimulo posible.

—Se ha quedado sin voz.

Sentí una malévola alegría por lo absurda que era su enfermedad: un alto funcionario que se había quedado sin voz y tenía que susurrar afónico sus infructuosas instrucciones sobre las pensiones de viudedad.

—¿No hay forma de que nos veamos? —insistí.

—Pues claro que sí.

Durante unos instantes hubo un silencio al otro lado de la línea y creí que se había cortado la comunicación. Dije: «Hola, hola», pero todo se debía a que ella había estado buscando una solución, y lo había hecho con mucho cuidado, muy deprisa y con total serenidad, así que pudo darme al momento la respuesta oportuna.

—A la una le subiré la comida en una bandeja. Nosotros podríamos comernos unos sándwiches en la salita de estar. Le diré que quieres hablar de la película o de esa historia que estás escribiendo.

En cuanto colgó el teléfono, la sensación de confianza se esfumó y me pregunté cuántas veces en su vida habría planificado las cosas de aquella misma manera. Cuando llegué a su casa y llamé al timbre me sentí como un enemigo, o más bien como un detective que espiara sus palabras igual que Parkis y su hijo iban a espiar sus movimientos al cabo de unos pocos años. Pero entonces se abrió la puerta y la confianza se restableció por completo.

En aquellos días nunca hubo que plantearse quién deseaba a quién; simplemente compartíamos el mismo deseo. Henry, con su albornoz de lana verde, bien recostado sobre dos mullidos almohadones, estaba tomando su almuerzo en la bandeja, mientras que, en la habitación de abajo, sobre el suelo de parqué, con un solo cojín por todo apoyo y la puerta entornada, nosotros hacíamos el amor. Cuando llegó el momento, tuve que taparle la boca con suavidad para amortiguar ese extraño y furioso grito de abandono, por miedo a que Henry lo oyera desde el piso de arriba.

Qué raro se me hacía pensar que al principio mi única intención había sido averiguar lo que se ocultaba en su cerebro. Me acurruqué en el suelo, a su

lado, y la miré como si nunca más fuera a verla: aquellos cabellos de un marrón incierto como un charco de licor sobre el parqué; el sudor en la frente; los pesados jadeos, como si hubiera participado en una carrera y ahora, como una joven atleta, estuviera agotada por la victoria.

Pero justo entonces rechinó el peldaño de la escalera. Por un instante ninguno de nosotros fue capaz de moverse. Los sándwiches reposaban, intactos, sobre la mesa; las copas seguían vacías. Sarah susurró:

—Ya ha bajado.

Corrió a sentarse en una silla y se puso un plato sobre el regazo y una copa a su lado.

—¿Y si nos ha oído cuando ha pasado por delante? —dije.

—Seguro que no se ha dado cuenta de lo que estaba pasando.

Debí de poner cara de incredulidad, ya que Sarah comentó con sombría ternura:

—¡Pobre Henry! Nunca le ha pasado. Ni una sola vez en estos diez años.

De todos modos, no podíamos estar completamente seguros de estar a salvo. Nos quedamos en silencio, escuchando, hasta que el peldaño volvió a crujir de nuevo. Mi voz me sonó falsa y cascada cuando dije, en un tono tal vez demasiado elevado:

—Me alegra que le gustase la escena de las cebollas.

En ese momento, Henry se asomó por la puerta. Llevaba una bolsa de agua caliente envuelta en una funda de franela gris.

—Hola, Bendrix —susurró.

—No hacía falta que bajaras a coger la bolsa —dijo Sarah.

—No quería molestarte.

—Estábamos hablando de la película que vimos anoche.

—Espero que tenga usted todo lo que necesite —me dijo en un murmullo. Echó una ojeada a la botella de clarete que Sarah había sacado para mí.

—Deberías haberle dado la de la cosecha del veintinueve —musitó en su voz unidimensional, y desapareció de nuevo, agarrando la bolsa de agua caliente envuelta en la funda de franela gris. Volvimos a quedarnos a solas.

—¿Te preocupa? —le pregunté, y ella negó con la cabeza.

En realidad yo no sabía muy bien lo que había querido decir. Supuse, imagino, que al ver a Henry ella habría sentido remordimientos, pero Sarah

poseía una fórmula extraordinaria para eliminar los remordimientos. A diferencia de todos nosotros, Sarah no vivía acechada por el sentimiento de culpa. Para ella, cuando uno hacía una cosa, la hacía y ya está: el remordimiento desaparecía en el mismo momento de realizar el acto. Y por eso mismo le habría parecido una tontería que el enfado de Henry, si nos hubiera pillado, durara más allá de un acceso transitorio de rabia. Siempre se ha dicho que los católicos pueden librarse en el confesionario de la hipoteca del pasado; y en ese sentido se podría haber dicho que Sarah era una católica de nacimiento, aunque creía en Dios tan poco como yo. O al menos eso pensaba entonces, aunque ahora me pregunto si realmente era así.

Si este libro mío no toma un rumbo preciso es porque me he perdido en una región inexplorada. No tengo mapas. A veces me pregunto si lo que escribo aquí es cierto. Aquella tarde, cuando me confesó de repente, sin que yo le hubiera preguntado nada: «Nunca he amado a un hombre, nunca he amado nada como te amo a ti», sentí una confianza inquebrantable en ella. Fue como si, sentada en la silla con un sándwich mordisqueado en la mano, se estuviera abandonando de una forma tan absoluta como lo había hecho, cinco minutos antes, sobre el suelo de parqué. Casi todos nosotros vacilamos a la hora de hacer una declaración tan contundente, ya que al fin y al cabo todos recordamos y prevemos y dudamos. Pero ella no dudaba. Para ella solo contaba el momento presente. Se dice que la eternidad no es una extensión del tiempo sino una ausencia de tiempo, y en ocasiones me daba la impresión de que su abandono bordeaba ese extraño punto matemático de lo incesante, ese punto que no tiene amplitud alguna porque no ocupa ningún espacio. ¿Y qué importaba el tiempo, con todo el pasado y con todos los hombres que ella podría haber conocido de tiempo en tiempo (y ya vuelve a aparecer la palabreja), o todo el futuro en el que ella volvería a hacer la misma declaración y la frase seguiría siendo cierta? Y cuando le contesté que yo también la quería a ella de la misma manera, el mentiroso fui yo, no ella, porque yo nunca pierdo la conciencia del tiempo que fluye. Para mí, el presente nunca está aquí; siempre está en el año pasado o en la semana que viene.

Tampoco mentía cuando dijo: «Nunca volveré a amar así a nadie». Pero el tiempo tiene contradicciones que no existen en el plano matemático. Y

además, ella poseía una capacidad para el amor que yo no poseía: yo no podía bajar por completo el telón sobre un momento concreto, no era capaz de olvidar ni era capaz de dejar de temer. Incluso al hacer el amor, yo era como un policía que estuviera recogiendo información sobre un crimen que aún no se había cometido, y cuando siete años más tarde abrí la carta de Parkis, conservaba las pruebas en mi memoria, cosa que agravó indeciblemente mi amargura.

2

«Apreciado señor», decía la carta, «me alegra poder comunicarle que mi chico y yo hemos establecido contacto amistoso con la empleada doméstica del número diecisiete. Ello ha permitido el avance de la investigación a mucha mayor velocidad, porque de vez en cuando puedo echar un vistazo a la agenda de la persona en cuestión y así obtener información sobre sus movimientos. Del mismo modo, puedo inspeccionar día a día el contenido de su papelería, del cual le adjunto una muestra interesante que le ruego me devuelva con los comentarios pertinentes. La persona en cuestión también lleva un diario desde hace varios años, pero hasta el momento la empleada doméstica —a la que por razones de seguridad me referiré en adelante como «mi amiga»— no ha podido ponerle las manos encima, dado que la persona en cuestión guarda el susodicho diario bajo llave, cosa que pudiera o no pudiera constituir una circunstancia sospechosa. Además de la prueba importante que se adjunta, la persona en cuestión parece dedicar una gran cantidad de tiempo a no ajustar sus compromisos a lo estipulado en la agenda, cosa que debería considerarse un subterfugio, por mucho que personalmente me oponga a juzgar de forma tendenciosa o a arrojar una sombra de sospecha sobre una investigación de esta naturaleza en la que la verdad absoluta es lo único deseable por el bien de todas las partes implicadas».

La tragedia no es lo único que nos hace daño; lo grotesco también tiene sus armas letales, sus indecorosas y ridículas armas. Hubo momentos en que me entraron ganas de estrujar los ampulosos, divagatorios e inútiles informes del señor Parkis y metérselos en la boca delante de su propio hijo. Era como si en mi intento de atrapar a Sarah (pero ¿con qué propósito? ¿Para hacerle daño a Henry o para hacérmelo a mí?) yo hubiera dejado que un payaso se entrometiera en nuestra intimidad. Intimidad: la palabra misma apesta a los informes del señor Parkis. ¿No había escrito una vez: «Aunque no tenga una prueba directa de que se produjera una situación de intimidad en el número dieciséis de Cedar Road, la persona en cuestión dio muestras inequívocas de

actuar de forma engañosa»? Pero todo eso ocurrió más tarde. En ese informe en concreto lo único que descubrí fue que Sarah tenía apuntadas una cita con el dentista y otra con la modista, pero al final no había acudido a ninguna de las dos, si es que esas citas alguna vez llegaron a ser reales. Además, había eludido la vigilancia. Y luego, cuando le di la vuelta al burdo informe de Parkis, escrito a mano con tinta violeta en una hoja de libreta barata, con su afilada caligrafía de plumín Waverley, descubrí la letra redondeada de la propia Sarah. No imaginaba que me fuera tan fácil reconocerla al cabo de casi dos años.

No era más que un pedacito de papel sujeto con un clip al dorso del informe. Llevaba una A marcada en tinta roja. Y bajo la A, el señor Parkis había escrito: «Importante en relación con posibles acciones futuras que todas las pruebas documentales sean devueltas para ser archivadas». Una mano amorosa había rescatado el papelito de la papelera y lo había alisado con sumo cuidado. Y todo indicaba que lo escrito en aquel papelito parecía dirigirse a un amante: «No tengo ninguna necesidad de escribirte ni de hablar contigo, tú lo sabes todo antes de que yo pueda decir una sola palabra, pero cuando alguien ama, siente la necesidad de actuar de la misma forma en que ha actuado siempre. Sé que tan solo estoy empezando a amar, pero ahora quiero abandonarlo todo y abandonar a todo el mundo y quedarme solo contigo. Y solo el temor y la costumbre me impiden hacerlo. Querido mío...» La nota terminaba ahí. Ahora que aquel papel me miraba desafiante, no pude dejar de pensar que ya había olvidado hasta la última palabra de todas las notas que Sarah me había enviado. ¿Acaso no las habría conservado si alguna vez hubieran revelado un amor tan incondicional como el de aquella nota, aunque por miedo a que yo pudiera conservarlas ella siempre procurase escribir «entre líneas», como me dijo una vez? Pero este último amor se había liberado de la jaula de las líneas y se había negado a ocultarse detrás de ellas. Nosotros teníamos una palabra en clave: «cebollas». En nuestra correspondencia, aquella palabra representaba discretamente nuestra pasión. El amor se convirtió en «cebollas», incluso el acto mismo se convirtió en «cebollas». «Ahora quiero abandonarlo todo y abandonar a todo el mundo y quedarme solo contigo.» Pensé con odio que aquel abandono también incluía las cebollas, las cebollas que tanto habían significado en mis tiempos.

Anoté «Sin comentarios» en el pedacito de papel, lo volví a meter en el sobre y se lo envié al señor Parkis, pero cuando me desperté en mitad de la noche aún podía recitar la nota de arriba abajo, y la palabra «abandono» se me presentaba en forma de un sinfín de imágenes físicas. Yacía sin poder dormir, mientras los recuerdos, uno detrás de otro, me atormentaban con su carga de odio y de deseo: los cabellos que se esparcían sobre el parque cuando crujía el escalón, el día que fuimos de excursión al campo y nos metimos en una zanja que no se veía desde la carretera y pude distinguir el resplandor de la escarcha entre la fronda de sus cabellos dispersos sobre el suelo helado, el tractor que llegó traqueteando justo en el momento de su arrebato y el hombre que pasó sin girar la cabeza. ¿Por qué será que el odio no consigue matar el deseo? Hubiera dado cualquier cosa por recuperar el sueño. De haber creído posible hallar a alguien que sustituyera a Sarah me habría comportado como un escolar; pero hubo un tiempo en que intenté encontrar a esa sustituta, y no funcionó.

Soy un hombre celoso. Ya sé que resulta estúpido escribir esta frase en lo que, imagino, no es más que una larga crónica de mis propios celos: celos de Henry, celos de Sarah y celos de ese tercero en discordia al que el señor Parkis perseguía con tanta torpeza. Ahora que todo eso pertenece al pasado, solo siento celos de Henry cuando los recuerdos se vuelven demasiado nítidos (porque juro que, si nos hubiéramos casado, gracias a la lealtad de Sarah y a mi deseo, podríamos haber sido felices durante toda la vida), pero perduran aún los celos que siento hacia mi rival, al que describo con una palabra melodramática que resulta inadecuada para expresar el insoportable grado admiración, de confianza y de éxito del que siempre ha disfrutado. A veces pienso que ese tercero en discordia ni siquiera me habría considerado un elemento más del decorado, y entonces siento un enorme deseo de llamar su atención y de gritarle al oído: «No puedes ignorarme. Estoy aquí. Pasara lo que pasara después, Sarah antes me amaba a mí».

Sarah y yo solíamos discutir mucho sobre los celos. Yo sentía celos incluso de su pasado, del que ella me hablaba con toda franqueza siempre que salía a relucir, con aquellos *affaires* que no significaron nada para ella (salvo tal vez el deseo inconsciente de hallar ese espasmo final que Henry había sido tan deplorablemente incapaz de provocar). Ella se mostraba tan leal hacia sus

amantes del pasado como lo era con Henry, pero lo que debería haberme proporcionado algo de consuelo (ya que eso significaba que también iba a mostrarse leal conmigo en el futuro) me llenaba en cambio de rencor. Hubo un tiempo en que ella se reía de mi rencor y se negaba a reconocer que fuera sincero, del mismo modo que se negaba a reconocer su propia belleza, y me enfurecía que se negara a sentir celos de mi pasado o de mi posible futuro. Yo me negaba a creer que el amor pudiera adoptar cualquier otra forma que no fuese la mía. Y así, medía el amor por la magnitud de mis celos, y con arreglo a esa medida era evidente que ella no me amaba en absoluto.

Las discusiones siempre adoptaban la misma forma, y solo voy a describir una ocasión en particular porque esa vez la pelea terminó en un acto: un acto estúpido que no nos llevó a ninguna parte, salvo a esa duda que siempre me asalta cuando me pongo a escribir: la sensación de que quizá, después de todo, ella tuviera razón y yo estuviera equivocado.

Recuerdo haber dicho, muy enfadado:

—Esto es por la resaca de tu antigua frigidez. Una mujer frígida nunca puede ser celosa, y tú aún tienes que ponerte al día con las emociones normales de los seres humanos.

Me enfureció que no quisiera discutir conmigo.

—Puede que tengas razón —dijo—. Lo único que quiero es que seas feliz. Odio que te sientas desdichado. Y no me importa lo que hagas, con tal de que eso te haga feliz.

—Solo buscas una excusa. Si me acostara con alguien más, pensarías que tú también puedes hacer lo mismo. Y en cualquier momento.

—Eso no tiene nada que ver. Solo quiero que seas feliz, eso es todo.

—Entonces, ¿me ayudarías a que me acostara con alguien más?

—A lo mejor sí.

La inseguridad es lo peor que puede sentir un enamorado; a veces, hasta el matrimonio más aburrido y árido parece mucho más deseable. La inseguridad retuerce los significados y envenena la verdad. En una ciudad sitiada, cada centinela es un posible traidor. Antes incluso de que apareciera el señor Parkis, yo ya intentaba saber lo que hacía Sarah: la pillaba diciendo pequeñas mentiras o evasivas que en realidad no delataban sino el miedo que sentía hacia mí. Porque yo convertía cada mentira suya en una traición, y hasta

en sus frases más sinceras veía un significado oculto. Y como no podía soportar la idea de que llegara a rozar a otro hombre, temía esa idea durante las veinticuatro horas del día y llegaba a ver una posible intimidad de Sarah incluso en el movimiento más fortuito de su mano.

—¿Querías que yo fuera feliz en vez de desdichada? —me preguntó con lógica insoportable.

—Preferiría estar muerto o verte muerta a ti —contesté— antes que verte con otro hombre. No estoy loco. El amor humano normal y corriente es así. Pregúntaselo al primero que pase. Todo el mundo te dirá lo mismo, si es que ama a alguien, claro está. —Y entonces no pude evitar lanzarle una indirecta cruel—: Cualquiera persona que esté enamorada es celosa.

Estábamos en mi habitación. Habíamos llegado en un buen momento, al atardecer de un día de primavera, con intención de hacer el amor. Por una vez teníamos varias horas libres y yo las malgasté en una pelea que al final impidió que hiciéramos el amor. Sarah se sentó en la cama y dijo:

—Lo siento. No quería que te enfadaras. Espero que al final tengas razón.

Pero yo no quise dejarla en paz. La odiaba porque deseaba creer que no me amaba: en el fondo quería expulsarla de mi sistema nervioso. ¿Qué clase de agravios, me pregunto ahora, tenía yo contra ella, tanto si me amaba como si no? Me había sido fiel durante casi un año, me había hecho sentir un alto grado de placer, había soportado mi malhumor, ¿y qué le había dado yo a cambio, aparte de algún placer efímero? Me había metido en ese *affaire* siendo muy consciente de lo que hacía, sabiendo que se terminaría algún día; pero a pesar de todo eso, cuando la inseguridad —esa fe racional en el futuro inevitable— me invadía como si fuera una nube de melancolía, yo me ponía a atormentarla una y otra vez, como si quisiera traer el futuro hasta mi propia puerta y hacer de él un huésped prematuro y no deseado. Mi amor y mi miedo actuaban como si fueran mi conciencia. Si hubiéramos creído en el pecado, nuestra conducta apenas habría sido distinta.

—Tú estarías celosa de Henry —dije.

—No, nunca lo estaría. Eso que dices es ridículo.

—Pero si vieras que tu matrimonio está amenazado...

—Nunca lo estará —dijo lúgubrementemente.

Me tomé sus palabras como un insulto, así que salí de la habitación, bajé las escaleras y salí a la calle. ¿Será esto el fin, me pregunté, haciendo teatro ante mí mismo? Pero no tengo por qué volver atrás. Si consigo expulsarla de mi sistema nervioso, ¿por qué no me busco un matrimonio tranquilo y amable que pueda durar y durar? Si lo encuentro, no me sentiré celoso porque no amaré lo suficiente; pero al menos me sentiré seguro, y mi autocompasión y mi odio podrán caminar de la mano, por el parque, al atardecer, como dos disminuidos psíquicos sin vigilante alguno que les siga los pasos.

Cuando he empezado a escribir he dicho que esta era una historia de odio, pero ahora no estoy seguro del todo. Tal vez mi odio sea tan defectuoso como mi amor. Ahora mismo acabo de dejar de escribir y, al levantar la vista, me he visto reflejado en el espejo que tengo encima del escritorio. Y en ese momento he pensado: ¿es ese el verdadero rostro del odio? Porque lo que he visto me ha recordado esa clase de rostro que todos hemos visto cuando éramos niños: ese rostro que nos miraba desde el escaparate de una tienda, con nuestras propias facciones desdibujadas a causa de nuestro aliento, mientras escudriñábamos con ansia los radiantes objetos que había en el interior y que todos sabíamos que nunca podrían ser nuestros.

Debió de ser en mayo de 1940 cuando tuvimos esa pelea. La guerra nos había ayudado de muchas maneras, tanto que casi empecé a considerarla una cómplice traicionera y de mala reputación que cooperaba con nuestro *affaire*. (Deliberadamente solía poner en mi boca la sosa cáustica de esa palabra, *affaire*, con su implicación de un principio y un final.) Creo que por aquel entonces Alemania había invadido ya los Países Bajos; la primavera, como un cadáver, empezaba a desprender el olor dulzón de la destrucción inminente, pero lo único que me preocupaba eran dos hechos de carácter práctico: que Henry había sido trasladado al Ministerio de Seguridad Interior y trabajaba hasta muy tarde; y que mi casera se había mudado al sótano por miedo a las incursiones aéreas, así que aquella mujer ya no acechaba desde el piso de arriba para vigilar desde la barandilla la posible llegada de visitas indeseables. Mi propia vida no se había visto alterada en absoluto gracias a mi cojera (tengo una pierna un poco más corta que la otra como consecuencia de un accidente infantil). Solo cuando empezaron los bombardeos creí

necesario alistarme como vigilante de la defensa antiaérea. Por el momento, era como si hubiera logrado evadirme por completo de la guerra.

Aquella tarde, cuando llegué a Piccadilly, estaba aún invadido por el rencor y la desconfianza. Lo que más deseaba en el mundo era hacerle daño a Sarah. Quería abordar a una mujer y llevármela a casa y acostarme con ella en la misma cama en la que había hecho el amor con Sarah. Era como si supiera que la única forma de hacerle daño fuese hacerme daño a mí mismo. A aquella hora estaba oscureciendo y las calles estaban tranquilas, aunque arriba, en el cielo, se movían los haces de luz de los reflectores antiaéreos. No se podían distinguir los rostros de las mujeres apostadas en los portales o a la entrada de los refugios todavía vacíos. Para que los clientes las vieran, tenían que hacer señales con las linternas como si fueran luciérnagas. Subiendo por Sackville Street, las lucecitas se encendían y apagaban. Me pregunté qué estaría haciendo Sarah en aquel momento. ¿Se habría ido a casa o estaría esperando por si acaso se me ocurría volver?

Una mujer me alumbró con la linterna.

—¿Quieres venirte a casa conmigo, cariño? —me preguntó.

Dije que no moviendo la cabeza y seguí adelante. Más arriba había una chica hablando con un hombre. Cuando se alumbró con la linterna para que el hombre la viera, pude entrever algo joven, oscuro y feliz que aún no había sido echado a perder: un animal que todavía no sabía que vivía en cautividad. Pasé de largo, pero luego volví atrás y me acerqué a ellos. Al aproximarme, el hombre se fue y yo me dirigí a la chica.

—¿Quieres tomar una copa? —le pregunté.

—¿Y luego te vienes a casa conmigo?

—Sí.

—Me vendrá bien tomar algo, pero deprisa.

Fuimos al pub que había al final de la calle. Pedí dos whiskies, y mientras ella bebía apenas pude verle el rostro porque todavía tenía el de Sarah en mi mente. En cualquier caso, era más joven que Sarah: debía de tener unos diecinueve años, era más guapa y hasta se podría decir que estaba menos echada a perder, pero solo porque en ella había muchas menos cosas que pudieran estropearse. Descubrí que lo único que quería de ella era un poco de compañía, la misma que pudiera darme un perro o un gato. Me contó que tenía

un bonito apartamento en la última planta del edificio que había a unos pocos pasos de allí, y cuánto tenía que pagar de alquiler, y la edad que tenía, y dónde había nacido, y que antes había trabajado un año de camarera en un café. Me contó que no se iba a casa con el primero que se cruzaba con ella, pero que enseguida había visto que yo era un caballero. Me contó que tenía un canario llamado Jones en honor al caballero que se lo había regalado. Empezó a hablar de lo difícil que era encontrar hierba cana para su canario en Londres. Pensé: si Sarah está todavía en mi habitación, puedo llamarla por teléfono. Oí que la chica me preguntaba si podía conseguirle comida para su canario en caso de que yo tuviera un jardín.

—¿No le molesta que se lo pida, verdad? —me dijo.

Al mirarla por encima de mi vasito de whisky pensé en lo raro que era no sentir ningún deseo por ella. Como si, de repente, después de tantos años de promiscuidad, me hubiera hecho adulto. La pasión que sentía por Sarah había eliminado para siempre mi lujuria. A partir de aquel momento ya no podría volver a disfrutar de una mujer si no estaba enamorado de ella.

Sin embargo, era evidente que no era el amor lo que me había llevado hasta aquel pub. Mientras cruzaba el parque me había dicho a mí mismo que era el odio lo que me impulsaba, y eso mismo es lo que me digo ahora, mientras escribo este relato sobre Sarah e intento expulsarla para siempre de mí, porque siempre me había dicho a mí mismo que solo me podría olvidar de ella si se moría.

Salí del pub y dejé a la chica con el whisky a medio terminar y un billete de una libra que ponía a salvo su orgullo, y fui caminando por New Burlington Street hasta una cabina telefónica. No tenía una linterna, así que encendí una cerilla detrás de otra hasta que conseguí marcar el número. Luego oí el tono de llamada y pude imaginar el lugar donde reposaba el teléfono, sobre mi escritorio. Sabía exactamente cuántos pasos tendría que dar Sarah para llegar hasta él si estaba sentada en un sillón o tumbada en la cama. Aun así, dejé sonar el teléfono durante medio minuto en la habitación vacía. Después llamé a casa de Sarah y la doncella me dijo que no había llegado aún. La imaginé caminando por el parque durante el apagón obligatorio impuesto por la defensa antiaérea; en aquellos días no era un lugar muy seguro, y al mirar mi reloj, pensé que de no haber sido un idiota habríamos tenido tres horas para

pasarlas juntos. Volví a casa solo e intenté leer un libro, pero me pasé todo el tiempo esperando la llamada de teléfono que nunca sonó. El orgullo me impidió volver a llamarla. Al final me fui a dormir y me tomé una dosis doble de somníferos, y a la mañana siguiente me despertó la voz de Sarah al teléfono, hablando conmigo como si no hubiera pasado nada. Era como si la paz absoluta hubiera vuelto a reinar entre nosotros, pero en cuanto colgué, el diablo que yo tenía instalado en mi mente me aguijoneó con la idea de que aquellas tres horas perdidas no habían significado nada para ella.

Nunca he logrado explicarme cómo es posible que la gente que se traga la gigantesca improbabilidad de un Dios hecho a su imagen y semejanza se deje engatusar también por un diablo hecho a su imagen y semejanza. He llegado a conocer muy bien cómo se comporta el demonio cuando se apodera de mi imaginación. No hubo ni una sola frase de Sarah que pudiera desmentir sus taimadas dudas, aunque él siempre esperaba a que ella se hubiera ido para expresarlas. Provocaba nuestras peleas mucho antes de que sucedieran, porque no era enemigo de Sarah, sino enemigo del amor. ¿Y no es el diablo justamente eso? Tal como yo lo veo, si existiera un Dios que nos amara, el diablo se vería impulsado a destruir hasta la réplica más torpe y más defectuosa de ese amor. ¿No le daría miedo que arraigara en nosotros la costumbre de amar? ¿Y no procuraría atraparnos por todos los medios convirtiéndonos en traidores, para que así le ayudáramos a extinguir todo vestigio del amor? Si hay un Dios que nos utiliza y que fabrica sus santos a partir de nuestro pobre material humano, el diablo también debe de tener sus propias ambiciones; y por eso mismo se le debe de pasar por la cabeza adiestrar a una persona como yo —o incluso como el pobre Parkis— para que nos convirtamos en sus santos, siempre dispuestos a asumir el fanatismo necesario para destruir el amor dondequiera que lo veamos.

3

Lo digo porque en el siguiente informe de Parkis pude detectar un sincero entusiasmo por las jugarretas del diablo. Por fin había podido husmear el rastro del amor y ahora se dedicaba a seguirlo, con el hijo pisándole los talones como si fuera un perro de caza. Ahora ya había descubierto dónde pasaba Sarah tanto tiempo; y más aún, estaba seguro de que las visitas eran furtivas.

Tuve que reconocer que el señor Parkis había demostrado ser un detective sagaz. Con ayuda de su hijo, consiguió que la doncella de los Miles saliera de su casa justo cuando «la persona en cuestión» caminaba por Cedar Road en dirección al número dieciséis. Sarah se detuvo a charlar con la doncella, que tenía el día libre, y la doncella le presentó al joven Parkis. Luego Sarah siguió su camino y dobló la esquina, donde la estaba esperando el propio Parkis. El detective la vio recorrer un breve trecho y luego volver atrás. Cuando Sarah comprobó que la doncella y el joven Parkis se habían perdido de vista, llamó al timbre del número dieciséis. El señor Parkis se puso entonces a la tarea de averiguar quién vivía en ese número. No le resultó fácil, porque el edificio estaba dividido en apartamentos independientes y él no sabía aún a cuál de los tres timbres había llamado Sarah. Prometía un informe definitivo en poco tiempo. Todo lo que tenía que hacer, la próxima vez que Sarah se encaminara en la misma dirección, era llegar antes que ella y espolvorear los tres timbres con un polvo especial. «Por supuesto, aparte de la muestra A, no hay ninguna prueba de conducta inapropiada por parte de la persona en cuestión. Si a consecuencia de estos informes se requirieran tales pruebas en vistas a un posible proceso legal, se haría necesario, tras un periodo razonable, seguir a la persona en cuestión hasta el interior del apartamento. En este caso sería imprescindible un segundo testigo que pudiera identificar a la persona. No es necesario sorprender a la persona en mitad del acto mismo. Los tribunales suelen considerar suficientes un cierto desorden de la ropa y un cierto grado de nerviosismo.»

El odio se parece mucho al amor físico: tiene sus clímax y sus periodos de calma. ¡Pobre Sarah!, llegué a pensar, pues al leer el informe de Parkis creí que aquel momento había sido el orgasmo de mi odio y que ahora ya había quedado satisfecho. También llegué a sentir lástima de ella, rodeada como estaba por todas partes. Sarah no había hecho nada más que entregar su amor, y allí estaban el señor Parkis y su hijo espiando cada uno de sus movimientos, confabulándose con su doncella, echando polvos especiales en los timbres y planeando una irrupción violenta que turbara lo que tal vez fuese el único periodo de paz que disfrutaba entonces. Estuve a punto de hacer pedazos el informe y de ordenar suspender la vigilancia de los espías. Y quizá lo hubiera hecho de no ser porque un día, en el club de medio pelo del que era socio, abrí un ejemplar del *Tatler* y vi la foto de Henry. Henry era ahora una persona de mucho éxito. En la última entrega de condecoraciones con motivo del cumpleaños real, había recibido el nombramiento de Oficial de la Orden del Imperio Británico por sus servicios en el ministerio; también había sido nombrado presidente de una comisión parlamentaria. Y allí estaba, en la gala de estreno de una película titulada *La última sirena*, pálido y con los ojos desorbitados bajo los focos, con Sarah a su lado cogida del brazo. Ella agachaba la cabeza para evitar los flashes, pero me resultó muy fácil reconocer los cabellos tupidos que siempre costaba mucho desenredar con los dedos. De repente quise alargar la mano y tocarla, acariciarle el pelo de la cabeza y el otro pelo secreto, quise que estuviera tendida a mi lado, quise poder girar la cabeza sobre la almohada y hablar con ella, quise el olor y el sabor apenas perceptible de su piel; pero allí estaba Henry, enfrentándose a las cámaras de la prensa con la complacencia y la seguridad de un jefe de negociado.

Me senté bajo una cabeza de ciervo, regalada por sir Walter Besant en 1898, y le escribí una nota a Henry. Le dije que tenía cosas importantes que contarle y que me gustaría almorzar con él cualquier día que le viniera bien de la semana próxima. Cosa muy típica de Henry, telefoneó con celeridad y al mismo tiempo me propuso almorzar con él (nunca he conocido un hombre al que le costara tanto dejarse invitar). No recuerdo con exactitud qué excusa puso, pero sí sé que me irritó mucho. Creo que dijo que en su club tenían un oporto muy bueno, pero la causa real era que le molestaba mucho sentirse en

deuda con alguien, aunque fuera la deuda minúscula de una invitación a comer. Poco podía imaginar lo minúscula que iba a ser su deuda. Eligió un sábado y ese día mi club estaba casi vacío. Los periodistas no tienen periódico que preparar, los inspectores de educación han vuelto a sus hogares en Bromley o en Streatham, y por lo que respecta a los clérigos, nunca sé muy bien lo que estarán haciendo, como no sea quedarse en su casa a preparar el sermón dominical. En cuanto a los escritores (que fueron los fundadores del club), casi todos ellos están colgados en la pared: Conan Doyle, Charles Garvice, Stanley Weyman, Nat Gould, con el añadido de algún rostro ocasional algo más ilustre y más conocido. En cuanto a los escritores vivos, pueden contarse con los dedos de una mano. Si siempre me he sentido a gusto en ese club, es porque resulta muy poco probable encontrarse con un colega de oficio.

Recuerdo que Henry, en un gesto de inocencia, pidió un filete vienés. Creo que no tenía ni idea de lo que estaba pidiendo y que en realidad se esperaba un escalope a la vienesa. Jugando en campo contrario, no se atrevió a hacer ningún comentario sobre el plato y de algún modo logró engullir aquel rosado mejunje empapado en grasa. Recordé su pomposo aspecto frente a los fotógrafos y no hice nada por prevenirle cuando de postre pidió un budín diplomático. Durante el terrorífico almuerzo (aquel día la cocina del club se superó a sí misma) nos esforzamos por no hablar de nada en concreto. Henry hizo lo que pudo por dar una apariencia de secreto de Estado a las deliberaciones de una comisión parlamentaria que cada día se debatían en los periódicos. Fuimos a tomar café al salón, y cuando nos acomodamos frente a la chimenea, descubrimos que estábamos completamente solos en medio de una gran extensión de sofás negros de pelo de caballo, todos vacíos. Pensé en lo adecuados que eran para la situación los cuernos de venado que decoraban las paredes, y al poner los pies sobre el anticuado guardafuegos, acorralé a Henry en un rincón de la chimenea. Removí el café con la cucharilla y dije:

—¿Cómo está Sarah?

—Muy bien —respondió Henry en tono evasivo. Probó su copa de oporto con atención y desconfianza: aún no se había repuesto, imagino, de su filete vienés.

—¿Sigues preocupado?

Desvió desconsoladamente la vista.

—¿Preocupado?

—Estabas preocupado. Me lo dijiste.

—Ya no me acuerdo. Pero ella está muy bien —comentó con voz débil, como si le hubiera preguntado por la salud de Sarah.

—¿Llegaste a contactar con aquel detective?

—Ojalá te hubieras olvidado de todo eso. No estaba pasando por un buen momento, ¿sabes?, y además ya se estaba gestando la comisión parlamentaria. Estaba desbordado de trabajo.

—¿Recuerdas que me ofrecí para ir a verlo en tu lugar?

—Supongo que los dos estábamos un poco tensos.

Se puso a mirar las viejas astas de ciervo que colgaban sobre su cabeza y entrecerró los ojos mientras hacía el esfuerzo de leer el nombre de la persona que las había donado. Hizo un comentario estúpido:

—Se ve que tenéis un montón de cabezas.

Pero yo no quise que se me escapara.

—Fui a verlo al cabo de unos días.

Henry dejó la copa sobre la mesita.

—Bendrix, no tenías ningún derecho...

—Yo corro con todos los gastos.

—Eso es tener una cara dura monstruosa.

Se puso en pie, pero yo lo tenía acorralado y no podía pasar sin recurrir a un acto de violencia, y la violencia no figuraba entre los rasgos de carácter de Henry.

—Supongo que te hubiera gustado saber que ella no tenía nada que ocultar —dije.

—No había nada que ocultar ni ninguna duda que aclarar. Y ahora deja que me vaya, por favor.

—Creo que deberías leer los informes.

—No tengo la menor intención.

—Entonces supongo que tendré que leerte las partes que tratan de sus visitas furtivas. La carta de amor que escribió se la devolví al detective para que la archivara en el expediente. Querido Henry, te ha tomado el pelo como a un tonto.

Creí que iba a pegarme. Si lo hubiera hecho, le habría devuelto el golpe con enorme placer a ese bobo al que Sarah había permanecido estúpidamente fiel durante tantos años, pero en aquel instante entró en la sala el secretario del club. Era un hombre de larga barba gris y llevaba el chaleco manchado de sopa. Tenía aspecto de poeta victoriano, pero en realidad solo había escrito unas breves elegías en recuerdo de los perros que había tenido. («Por siempre Fido» había sido un gran éxito en 1912.)

—Ah, Bendrix —dijo—, hacía mucho que no lo veía por aquí.

Se lo presenté a Henry, y el secretario comentó con la rapidez de un peluquero:

—Estoy al día de todos los informes.

—¿Qué informes?

Por una vez en su vida, el trabajo no era lo que Henry tenía en mente cuando oyó pronunciar esa palabra.

—Los de la comisión parlamentaria.

Cuando el secretario por fin se marchó, Henry continuó hablando.

—Y ahora, por favor, dame de una vez los informes y déjame pasar.

Imaginé que había sopesado el asunto mientras el secretario estaba con nosotros, así que le di el último informe. Lo arrojó inmediatamente a la chimenea y avivó el fuego con el atizador. No pude evitar pensar que aquel gesto delataba una gran dignidad.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunté.

—Nada.

—Pero los hechos siguen ahí. Es imposible quemarlos.

—Al infierno con los hechos —dijo Henry. Nunca antes le había oído una expresión vulgar.

—En todo caso puedo darte una copia en papel carbón.

—¿Vas a hacer el favor de dejarme pasar? —insistió Henry.

El demonio había hecho su trabajo y yo me sentía libre del veneno. Retiré las piernas del guardafuegos y le dejé pasar. Salió directamente del club y se olvidó el sombrero, aquel distinguido sombrero negro que yo había visto chorrear cuando cruzábamos el parque: desde entonces parecía haber pasado un siglo, aunque en verdad solo habían transcurrido unas pocas semanas.

4

Pensé que podría alcanzarlo, o al menos divisarlo caminando por delante de mí a lo largo del extenso tramo de Whitehall, así que me llevé su sombrero conmigo, pero no logré verlo por ninguna parte. Volví sobre mis pasos sin saber adónde dirigirme. Hoy en día, lo peor que nos ocurre con el tiempo es que lo tenemos en abundancia. Eché un vistazo en la pequeña librería que hay cerca de la estación de metro de Charing Cross y me pregunté si Sarah, en ese mismo momento, estaría alargando la mano hacia el timbre espolvoreado con el polvo especial, en Cedar Road, mientras el señor Parkis esperaba a la vuelta de la esquina. Si hubiera podido retroceder en el tiempo, creo que lo hubiera hecho y habría dejado que Henry, cegado por la lluvia, pasara de largo en el parque. Pero empiezo a dudar de que yo, por muchas cosas que haga, pueda llegar a alterar el curso de los acontecimientos. Ahora, Henry y yo, a nuestra manera, somos aliados; pero ¿nos hemos aliado también en contra de una marea infinita?

Crucé la calle, pasé frente a los puestos ambulantes de venta de fruta y llegué a Victoria Gardens. No había mucha gente sentada en los bancos, bajo el azote del viento desapacible, y casi al instante vi a Henry, aunque me costó unos segundos reconocerlo. Al aire libre y sin sombrero, parecía haberse unido al vasto grupo de los anónimos y los desposeídos, esa gente que vive en los suburbios más pobres y a la que nadie conoce: el viejo que echa migas de pan a los gorriones, la mujer con un paquete envuelto en papel de estraza con la marca de Swan & Edgar. Estaba sentado con la cabeza gacha, mirándose los zapatos. Llevo tanto tiempo sintiendo lástima de mí mismo, centrándome únicamente en mí, que se me hizo raro sentir compasión de mi enemigo. Sin decir nada, dejé el sombrero sobre el banco, a su lado, y me hubiera alejado enseguida de allí de no ser porque él levantó la vista y me di cuenta de que había estado llorando. Debía de llevar mucho tiempo viajando por un territorio desconocido. Las lágrimas pertenecen a un mundo distinto del de las comisiones parlamentarias.

—Lo siento, Henry —dije. Qué fácil nos resulta creer que podemos desembarazarnos de la culpa mediante un simple acto de contrición.

—Siéntate —dijo Henry con la autoridad de sus lágrimas, y le obedecí.

—Llevo un tiempo dándole vueltas. Dime, Bendrix, ¿llegasteis a ser amantes?

—¿Cómo puedes imaginar eso...?

—Es la única explicación que se me ocurre.

—No sé de qué estás hablando.

—Es la única excusa, Bendrix. ¿No te das cuenta de que has hecho algo que es... monstruoso?

Mientras hablaba, miró dentro del sombrero para comprobar el nombre del fabricante.

—Supongo que piensas que soy un completo idiota, Bendrix, por no haberme dado cuenta. ¿Por qué no quiso abandonarme?

¿Era yo quien tenía que instruirle sobre el carácter de su esposa? El veneno empezaba a influir de nuevo en mí.

—Tienes un sueldo muy bueno que nadie te va a quitar —le dije—. Te has convertido en un hábito para ella. Eres la garantía de su seguridad.

Escuchó con atención, muy serio, como si yo fuera un testigo llamado a declarar frente a la comisión parlamentaria y hablara bajo juramento. Seguí diciendo, lleno de amargura:

—Para nosotros no fuiste ningún problema, ni tampoco lo fuiste para los demás.

—Entonces, ¿hubo otros?

—A veces llegué a pensar que lo sabías todo, pero que no te importaba. Y a veces me hubiera gustado poder aclararlo todo contigo, como estamos haciendo ahora, cuando ya es demasiado tarde. Quería decirte lo que pensaba de ti.

—¿Y qué pensabas?

—Que eras su chulo. Hacías de alcahuete conmigo, antes habías hecho de alcahuete con los demás, y ahora estás haciendo de alcahuete con el último de la lista. Eres el chulo eterno. ¿Por qué no te enfadas, Henry?

—Pero yo no sabía nada.

—En ese caso, tu ignorancia era la que estaba chuleando a Sarah. La chuleabas por no haber aprendido jamás a hacer el amor con ella, cosa que la obligaba a ir a buscarlo a otra parte. La chuleabas al concederle tantas oportunidades... Y la chuleabas por ser un pelmazo y un idiota, de modo que ahora alguien que no es ni pelmazo ni idiota está jugueteando con ella en Cedar Road.

—¿Por qué te dejó?

—Porque me convertí en un pelmazo y un idiota. Pero yo no nací siéndolo, Henry. Tú me creaste. Y como ella no quería abandonarte, me convertí en un pelmazo que la aburría con sus quejas y sus celos.

—La gente admira tus libros.

—Y también opina de ti que eres un parlamentario de primera. Pero ¿a quién le importa nuestro trabajo?

Dijo, abatido: «Pues para mí eso es lo único que importa», mientras miraba los cúmulos grises que pasaban sobre la ribera meridional del río. Las gaviotas volaban casi a ras de agua sobre las barcazas, y bajo la luz invernal, la torre de la fábrica de perdigones se elevaba, sombría, entre los almacenes destruidos. El hombre que echaba migas de pan a los gorriones se había ido, igual que la mujer con el paquete envuelto en papel de estraza. Los vendedores de fruta, frente a la estación de metro, gritaban como animales en el crepúsculo. Fue como si el mundo entero estuviera echando los cierres metálicos; al poco rato todos seríamos abandonados a nuestras propias fuerzas.

—Ya me extrañaba a mí que no hubieras venido a vernos durante todo este tiempo —dijo Henry.

—Supongo que, de alguna manera, habíamos llegado al final del amor. Ya no había nada más que pudiéramos hacer juntos. Contigo, ella hacía la compra y cocinaba y se iba a dormir, pero conmigo solo podía hacer el amor.

—Te tiene mucho cariño —dijo, como si se sintiera obligado a consolarme él a mí, como si mis ojos fueran los que habían sido arrasados por las lágrimas.

—Pero el cariño no basta.

—A mí me bastó.

—Yo quería que el amor continuara y continuara y que no disminuyera jamás...

Nunca le había hablado a nadie como le estaba hablando a Henry, con la única excepción de Sarah, pero la respuesta de Henry no fue como la de ella.

—Pero eso no forma parte de la naturaleza humana —dijo—. Uno tiene que conformarse con...

Eso no era lo que Sarah había dicho, y allí, sentado al lado de Henry en Victoria Gardens, viendo cómo agonizaba el día, recordé el final de todo el *affaire*.

5

Me había dicho, y fueron casi las últimas palabras que oí salir de sus labios antes de que regresara empapada de aquella cita suya: «No debes tener miedo. El amor no se termina nunca. Y aunque no nos veamos...»

Aquel día ella ya había tomado su decisión, aunque yo no me enteré hasta el día siguiente, cuando el teléfono no me mostró nada más que la silenciosa boca abierta de alguien al que acaban de encontrar muerto.

—Querido mío, querido mío —me dijo—, la gente ama a Dios toda su vida, ¿no?, a pesar de que nunca lo ha visto.

—Pero ese amor es distinto del nuestro.

—A veces pienso que no existe ninguna otra clase de amor.

Supongo que debería haberme dado cuenta de que Sarah se hallaba ya bajo la influencia de un desconocido: antes, en la época en que nos conocimos, ella nunca había hablado así. Los dos habíamos aceptado con suma felicidad eliminar a Dios de nuestras vidas. En otra ocasión, mientras yo iluminaba con la linterna el vestíbulo destruido para que ella pudiera encontrar la salida, me dijo:

—Todo saldrá bien si nos amamos lo suficiente.

—Ya no puedo darte nada más —repliqué—. Ya te lo he dado todo.

—Eso nunca se sabe, eso nunca se sabe.

Los cristales de las ventanas astilladas crujían bajo nuestros pies. Solo había resistido el viejo montante victoriano de cristal emplomado que había sobre la puerta de entrada. En los lugares cubiertos de polvo, los cristales eran de un color tan blanco como el hielo que los niños extraen en bloques de los campos anegados o de las cunetas de los caminos. Me dijo de nuevo: «No tengas miedo». Y sé que no se estaba refiriendo a las nuevas armas que, cinco horas después, seguían llegando desde el sur, zumbando como abejas.

Estábamos en junio de 1944, y esa fue la primera incursión de lo que más tarde se conocerían como las V1. Ya habíamos perdido la costumbre de los ataques aéreos. Aparte de un breve periodo en febrero de 1944, no habíamos

vuelto a sufrir bombardeos desde que el *blitz* fue perdiendo fuerza tras las enormes oleadas de 1941. Cuando empezaron a sonar las alarmas y llegaron los primeros robots, creímos que unos pocos aviones habían logrado sortear nuestras defensas nocturnas. Una hora más tarde aún no había sonado la señal de fin de peligro y empezamos a sentirnos algo así como indignados. Recuerdo haberle dicho a Sarah: «Se están volviendo perezosos. Se ve que últimamente han tenido muy poco trabajo». Y justo en ese momento, tendidos los dos en la cama, a oscuras, vimos el primer robot. Pasó en vuelo rasante sobre el parque, y creímos que era un avión en llamas y que el extraño zumbido sordo que emitía era el sonido de un motor averiado. Luego llegó otro y luego otro más. Fue entonces cuando cambiamos de opinión sobre el trabajo de nuestra defensa antiaérea. «Los están cazando como si fueran pichones —dije— y los alemanes están locos si nos siguen atacando.» Pero siguieron llegando, durante horas, incluso cuando ya había empezado a amanecer, hasta que por fin nos dimos cuenta de que se trataba de algo nuevo.

Acabábamos de meternos en la cama cuando empezó la incursión aérea. No nos importó. En aquella época la muerte no nos importaba, y en los primeros días hasta llegué a rezar para que nos alcanzara una devastadora aniquilación que nos impidiera para siempre tener que levantarnos, vestirnos, y que yo tuviera que vigilar la luz de su linterna desvaneciéndose al otro lado del parque como la luz trasera de un coche que se aleja. A veces me he preguntado si la eternidad, después de todo, no será más que la infinita prolongación del momento de la muerte. Y aquel hubiera sido el momento que yo habría elegido, y que ahora seguiría eligiendo si ella estuviera viva: el momento de la absoluta confianza y del placer absoluto, el momento en el que era imposible discutir porque era imposible pensar. Me he quejado de las precauciones de Sarah, y he comparado con amargura el uso que hacíamos de la palabra «cebolla» con el papelito que el señor Parkis rescató de la papelera, pero leer el mensaje que le dirigía a mi ignoto sucesor me habría dolido menos si no hubiera sabido cómo Sarah era capaz de entregarse a alguien. No, las V1 no nos afectaron hasta que terminamos de hacer el amor. Yo había soltado todo lo que tenía dentro de mí, y estaba tendido boca arriba, con la cabeza apoyada sobre su vientre; conservaba en mi boca el sabor de su cuerpo, tan tenue y escurridizo como el agua, cuando uno de los robots se

estrelló contra el parque y oímos el ruido de los cristales astillados que llegaba desde el lado sur.

—Creo que deberíamos bajar al sótano —dije.

—Pero allí está tu casera, y yo no quiero ver a nadie.

Tras la posesión llega la ternura de la responsabilidad, cuando uno se olvida de que no es más que un amante que no es responsable de nada.

—Puede que hoy no esté. Iré a echar un vistazo.

—No te vayas, por favor, no te vayas.

—Solo será un segundo.

Era una frase que seguíamos usando en aquellos días, aunque todos sabíamos que el segundo podía durar toda la eternidad. Me puse el albornoz y busqué mi linterna, pese a que apenas me hacía falta, porque el cielo ya se había empezado a teñir de gris y en la penumbra de nuestro cuarto podía distinguir el perfil de Sarah.

—Date prisa —me dijo.

Mientras bajaba corriendo las escaleras oí que se acercaba otro robot, y luego el expectante silencio repentino que anunciaba que el motor había dejado de funcionar. Aún no habíamos tenido tiempo de descubrir que ese era el momento de mayor peligro y que había que apartarse de todos los cristales y tirarse al suelo. No llegué a oír la explosión, y cuando me desperté al cabo de cinco segundos, o cinco minutos, me encontraba en un mundo completamente distinto. Creí que aún estaba de pie y me sorprendió la oscuridad que había a mi alrededor: alguien parecía estar clavándome un puño helado en la mejilla y sentía en la boca el gusto salado de la sangre. Mi mente, durante unos momentos, no sintió nada más que cansancio, como si acabara de llegar de un largo viaje. No recordaba nada de Sarah y estaba libre por completo de cualquier rastro de ansiedad, celos, inseguridad u odio: mi mente era una página en blanco sobre la cual alguien había estado a punto de escribir un mensaje de felicidad. Y yo estaba seguro de que, cuando recuperara la memoria, el mensaje se escribiría por sí mismo y yo sería feliz.

Pero cuando recuperé la memoria no ocurrió nada de eso. En primer lugar, me di cuenta de que estaba tendido boca arriba, y lo que tenía encima de mí, impidiendo el paso de la luz, era la puerta delantera. Los escombros de la explosión habían hecho que la puerta se quedara suspendida a unos pocos

centímetros de mi cuerpo, aunque lo raro fue que más tarde descubrí que tenía magulladuras desde los hombros hasta las rodillas, como si me hubiera marcado con su sombra. El puño que se me había incrustado en la mejilla era la manecilla de porcelana, que además me había destrozado dos dientes. Después, por supuesto, me acordé de Sarah y de Henry y del temor de que se acabase el amor.

Salí como pude de debajo de la puerta y me sacudí el polvo. Grité para saber si había alguien en el sótano, pero estaba vacío. A través del marco reventado de la puerta se veía la luz grisácea del amanecer y noté un gran vacío que parecía surgir del recibidor arrasado: me di cuenta de que el árbol que hasta entonces filtraba el paso de la luz había dejado de existir y que ni siquiera quedaban rastros del tronco arrancado. Los vigilantes de la defensa antiaérea, a lo lejos, hacían sonar los silbatos. Subí al piso de arriba. El primer tramo de escaleras se había quedado sin barandilla y estaba cubierto por un palmo de escayola, aunque el edificio, teniendo en cuenta lo que era habitual en aquellos tiempos, no había sufrido daños importantes: fueron nuestros vecinos los que sufrieron el impacto directo de la bomba. La puerta de mi dormitorio estaba abierta. Caminé por el pasillo y vi a Sarah. Se había levantado de la cama y estaba acurrucada en el suelo, presa del miedo, supongo. Parecía ridículamente joven, como una niña desnuda.

—Nos hemos librado por los pelos —dije.

Se volvió a toda prisa y me miró con temor. No me había dado cuenta de que mi albornoz estaba lleno de desgarrones y todo cubierto de polvo y escayola. El pelo también se me había quedado blanco de escayola y tenía manchas de sangre en la boca y en las mejillas.

—Ah, Dios mío —dijo—, estás vivo.

—Pareces decepcionada.

Se levantó y fue a buscar la ropa.

—No tiene sentido que te vayas ahora —le dije—; seguro que dentro de nada suena la sirena del fin del peligro.

—Tengo que irme.

—Nunca caen dos bombas en el mismo sitio —añadí, pero lo dije sin pensar bien lo que decía; aquella afirmación era una leyenda urbana que a menudo había demostrado ser falsa.

—Estás herido.

—No, solo he perdido dos dientes, nada más.

—Ven aquí. Voy a limpiarte la cara.

Había terminado de vestirse antes de que yo pudiera decir nada más: nunca he conocido a una mujer que fuera capaz de vestirse tan deprisa como ella. Me lavó la cara con mucho cuidado, muy despacio.

—¿Qué hacías tirada en el suelo? —pregunté.

—Rezaba.

—¿A quién?

—A cualquier cosa que pueda existir.

La seriedad de Sarah me daba miedo. Procuré bromear un poco para hacerle cambiar de humor.

—Hubiera sido más práctico que bajaras al piso de abajo.

—He bajado —dijo.

—No te he oído.

—No había nadie. Y no supe dónde estabas hasta que vi un brazo tuyo saliendo de debajo de la puerta. Creí que estabas muerto.

—Podrías haber venido a comprobarlo.

—Lo he hecho, pero no he podido levantar la puerta.

—Pero si quedaba un hueco libre... La puerta no me ha atrapado del todo. Y si me hubieras tocado, seguro que habría recuperado el conocimiento.

—No entiendo lo que dices. Estaba segura de que estabas muerto.

—Entonces no había muchos motivos para rezar, ¿no? —Quise bromear de nuevo—. A no ser que suplicas un milagro.

—Cuando has perdido todas las esperanzas —dijo— es cuando rezas para que haya un milagro. Los milagros les ocurren a los desesperados ¿no?, y en ese momento estaba desesperada.

—Quédate hasta que suene la sirena.

Dijo que no con la cabeza y salió del dormitorio. La seguí escaleras abajo y, en contra de mi voluntad, empecé a meterme con ella.

—¿Nos vemos esta tarde?

—No, no puedo.

—¿Y mañana?

—Henry vuelve mañana.

Henry, Henry, Henry: aquel nombre se había colado en nuestra relación y echaba a perder todo atisbo de felicidad o de diversión o de júbilo, recordándonos que el amor muere y que al final acaban imponiéndose el afecto y la rutina.

—No debes tener miedo —dijo—, el amor no se termina nunca...

Pasaron casi dos años entre aquel encuentro en el pasillo y la noche en que dijo: «¿Tú?».

6

Después de aquello conservé la esperanza durante algunos días. Creí que solo era una coincidencia que nadie cogiera el teléfono, pero cuando una semana más tarde me topé con la doncella y le pregunté por los Miles, me contó que la señora se había ido al campo. Entonces me dije que las cartas se suelen perder en tiempos de guerra. Una mañana tras otra, al oír llegar al cartero, decidía quedarme en el piso de arriba hasta que mi casera me traía el correo. Pero ni siquiera entonces me atrevía a mirar las cartas: de algún modo tenía que evitar la desilusión y mantener viva la esperanza durante el mayor tiempo posible; así que solo leía las cartas cuando había llegado al final del montón y estaba seguro de que no había ninguna de Sarah. Luego la vida se marchitaba hasta el siguiente reparto postal de las cuatro de la tarde, y después había que prepararse para una nueva noche de angustia.

Durante una semana no le escribí. Me lo impedía el orgullo, hasta que una mañana logré superarlo y le escribí una carta ansiosa y amarga, marcando en el sobre, que iba dirigido a la dirección del otro lado del parque, las palabras «Urgente» y «Reenviar a nueva dirección destinatario». Pero no tuve respuesta, y entonces abandoné toda esperanza y recordé con exactitud lo que ella me había dicho: «La gente ama a Dios toda su vida, ¿no?, a pesar de que nunca lo han visto». Y entonces pensé con rabia: siempre le gusta verse favorecida en su propio espejo, y por eso mezcla la religión con el abandono de un amante para que parezca un acto noble. Nunca reconocerá que ahora prefiere acostarse con X.

Ese fue el peor momento de todos. Mi trabajo consiste en imaginar, en pensar en imágenes. Cincuenta veces al día, al igual que todas las veces que me despertaba de noche, se levantaba el telón y empezaba el espectáculo. Siempre era el mismo: Sarah haciendo el amor, Sarah haciendo con X las mismas cosas que habíamos hecho juntos, Sarah besando de esa forma tan peculiar que tenía, Sarah arqueándose en el acto del amor hasta que soltaba aquel grito que sonaba dolorido, Sarah abandonándose después del amor. Por

la noche tomaba somníferos, pero nunca logré encontrar unos que me hicieran dormir hasta el amanecer. De día solo conseguía distraerme con la llegada de los robots, y por unos instantes, los que mediaban entre el silencio y el estallido, lograba dejar de pensar en Sarah. Pasaron tres semanas y las imágenes seguían siendo tan nítidas y tan frecuentes como el primer día, y nada parecía indicar que fueran a desvanecerse alguna vez. Empecé a pensar en serio en suicidarme. Incluso llegué a fijar un día, y guardé las pastillas para dormir con algo así como un atisbo de esperanza. Me decía que no tenía por qué soportar aquello por tiempo indefinido. Pero llegó el día y el espectáculo siguió su curso, pero yo no me maté. Y no fue por cobardía, sino por culpa de un recuerdo en concreto: el recuerdo del aire desilusionado que tenía el rostro de Sarah cuando entré en el dormitorio después del estallido de la VI. ¿No resultaba evidente que Sarah, en el fondo de su corazón, había deseado mi muerte para que su nuevo *affaire* con X la atormentara menos, ya que ella tenía una especie de conciencia elemental? De modo que, si ahora me mataba, ella ya no tendría ninguna necesidad de sufrir por mí; pero si yo seguía vivo, después de los cuatro años que habíamos pasado juntos, incluso estando con X, lo más probable es que alguna vez volviera a sufrir por mí. No quise darle esa satisfacción. Si hubiera sabido el modo, habría procurado aumentar sus preocupaciones hasta hacerlas intolerables, pero mi impotencia me enfurecía. Cómo llegué a odiarla.

Por supuesto que el odio se termina igual que se termina el amor. Al cabo de seis meses me di cuenta de que no había pensado en Sarah en todo el día y había sido feliz. Pero el odio aún no se había agotado del todo, porque fui corriendo a una papelería a comprar una postal, con la idea de escribir un mensaje de júbilo que pudiera —¿quién sabe?— causarle un dolor fugaz. En cuanto hube escrito la dirección de Sarah perdí el deseo de hacerle daño y tiré la postal a la calle. Sin embargo, me extrañó que el encuentro con Henry hubiera reavivado el odio. Y recuerdo haber pensado, mientras abría el siguiente informe del señor Parkis, que ojalá el amor pudiera reavivarse de la misma manera.

El señor Parkis había hecho un buen trabajo: los polvos del pulsador habían funcionado y había podido localizar el apartamento en cuestión. Era el apartamento del piso superior del número dieciséis de Cedar Road, y sus

ocupantes eran una tal Miss Smythe y su hermano, de nombre Richard. Me pregunté si Miss Smythe era una hermana tan complaciente como lo era Henry como marido, y mi latente esnobismo se inflamó a causa del apellido Smythe, con esa *y* y esa *e* final. Pensé: ¿tan bajo ha caído Sarah que tiene que verse con un Smythe en Cedar Road? ¿Era ese hombre el último en la larga lista de amantes que ella había tenido en los dos últimos años, o cuando yo lo viera (porque había decidido verlo de una forma mucho menos vaga que a través de los informes de Parkis) me encontraría con el hombre por quien ella me había abandonado en junio de 1944?

—¿Debo llamar al timbre, entrar de sopetón y enfrentarme a él como un marido engañado? —le pregunté al señor Parkis (por sugerencia suya, habíamos quedado en la cafetería de un cine ABC porque iba a venir con su hijo y no podía llevarlo a un bar).

—No soy partidario de hacer eso —dijo el señor Parkis, echando la tercera cucharada de azúcar en su té. Su hijo se había sentado a una mesa desde la que no podía oírnos, con un refresco de naranja y un bollo. Observaba a todos los que entraban y se sacudían la fina capa de nieve aguada de sus sombreros y de sus abrigos, vigilándolos atentamente con sus vivaces ojos pardos como si más tarde tuviera que escribir un informe sobre ellos (y quizá tenía que hacerlo, ya que aquello formaba parte del entrenamiento ideado por su padre).

—Mire usted, señor —dijo Parkis—, a menos que quiera declarar en un juicio, eso complicaría mucho las cosas en los tribunales.

—No quiero ir a los tribunales.

—¿Preferiría una solución por acuerdo amistoso?

—Más bien por falta de interés —dije—. Nadie puede montar un escándalo con un tipo que se llama Smythe. Me conformaría con poder verlo, eso es todo.

—El método más sencillo, señor, sería hacerse pasar por el revisor de la electricidad.

—No puedo presentarme disfrazado con una gorra de plato.

—Comprendo sus sentimientos, señor. Eso es algo que siempre procuro evitar. Y también me gustaría que el chico evitara esas cosas cuando llegue el momento. —Los tristes ojos de Parkis seguían cada movimiento de su hijo—.

Quería un helado, pero le he dicho que no, no con este frío. —Tiritó un segundo como si la idea del helado le hubiera provocado un estremecimiento. Por un segundo no supe lo que pretendía decir cuando añadió—: Cada profesión tiene su dignidad, señor.

—¿Me prestaría usted a su hijo? —sugerí.

—Si me asegura usted que no va a ocurrir nada desagradable, señor —contestó dubitativo.

—No voy a entrar cuando la señora Miles esté en el apartamento. Le aseguro que la escena será apta para menores.

—Pero ¿por qué quiere llevarse al chico, señor?

—Haré como que nos hemos equivocado de dirección y luego diré que el chico se encuentra mal. A la fuerza tendrán que dejarme entrar un rato.

—El chico sería muy capaz de hacerlo —dijo orgulloso el señor Parkis—, y además no hay quien se resista a Lance.

—¿Se llama Lance?

—Sí, por Sir Lancelot, o Lanzarote, el caballero de la Tabla Redonda.

—Qué extraño. Lancelot protagonizó un episodio bastante desagradable.

—Pero encontró el Santo Grial —dijo el señor Parkis.

—No. El que encontró el Grial fue Galahad. A Lancelot lo pillaron en la cama con la reina Ginebra.

¿Por qué nos asalta el deseo de burlarnos de los inocentes? ¿Es por la envidia que sentimos de ellos?

El señor Parkis miró abatido a su hijo como si lo hubiera traicionado.

—No lo sabía —dijo con tristeza.

7

Al día siguiente, para fastidiar al padre, invité al chico a un helado en High Street antes de ir a Cedar Road. Henry Miles daba un cóctel en su casa —así me había informado el señor Parkis— y no había moros en la costa. Me entregó a su hijo después de estirarle bien la ropa. El chico llevaba puestas sus mejores galas, en honor a su estreno en público con un cliente, en tanto que yo llevaba las peores. Mientras comía el helado de fresa, se le cayó un poco y le manchó el traje. Yo esperé en silencio hasta que se terminó la última cucharada y entonces le pregunté:

—¿Quieres otro?

Dijo que sí con la cabeza.

—¿También de fresa?

—Vainilla —dijo, y añadió tras una larga pausa—: Por favor.

Se tomó el segundo helado con gran ímpetu y relamió la cuchara como si quisiera eliminar cualquier rastro de huellas dactilares. Luego cruzamos el parque, cogidos de la mano, y llegamos a Cedar Road como si fuéramos padre e hijo. Ni Sarah ni yo tenemos hijos, pensé. ¿No habría sido mucho mejor que nos casáramos y tuviéramos hijos y viviéramos tranquilamente juntos en medio de una dulce y tediosa calma, en vez de esta historia clandestina de lujuria y celos y los informes de Parkis?

Llamé al timbre del apartamento del piso superior de Cedar Road.

—Recuerda que te encuentras mal —le insistí al chico.

—¿Y si me dan un helado? —comentó. Parkis lo había entrenado para estar siempre alerta.

—No te lo darán.

Supuse que Miss Smythe era quien nos había abierto la puerta. Era una mujer de mediana edad con esa clase de fatigado pelo canoso tan frecuente entre las señoras que presiden los bazares solidarios.

—¿Vive aquí el señor Wilson?

—No, me temo que...

—¿Sabe si vive en el piso de abajo?

—En este edificio no vive ningún Wilson.

—Vaya —dije—, he venido hasta aquí con el chico desde muy lejos y ahora resulta que no se encuentra bien.

No me atreví a mirar al chico, pero por la forma en que lo estaba observando Miss Smythe, estuve seguro de que estaba representando su papel con gran profesionalidad: el señor Savage, orgulloso, le habría permitido integrarse en su equipo.

—Que pase y se siente —dijo Miss Smythe.

—Muy amable, gracias.

Me pregunté cuántas veces había entrado Sarah por aquella puerta que daba a un salón abarrotado. Y allí estaba yo ahora, en el hogar de X. El sombrero marrón de tela flexible que vi colgado de un perchero era probablemente suyo. Los dedos de mi sucesor —los dedos que tocaban a Sarah— tocaban a diario la manecilla de la puerta que llevaba a la llama amarillenta de una chimenea de gas, a las lámparas de tulipa rosa que iluminaban la palidez de una tarde de nieve gris, a aquel exceso de fundas de cretona demasiado holgadas.

—¿Quiere que le dé al niño un vaso de agua?

—Muy amable. —Recordé que ya había dicho eso antes.

—¿O preferiría un refresco de naranja?

—No se moleste, señora.

—Un refresco de naranja —dijo el chico con determinación, y de nuevo hubo una larga pausa hasta que por fin añadió—: Por favor.

La mujer salió por una puerta. Al quedarnos solos me atreví a mirar al chico: parecía realmente enfermo, medio desplomado sobre el sofá de cretona. Si no me hubiera guiñado el ojo, habría llegado a pensar que...

Miss Smythe regresó con el refresco de naranja.

—Da las gracias, Arthur —dije.

—¿Se llama Arthur?

—Arthur James —dije.

—Es un nombre muy anticuado.

—Somos una familia anticuada. A su madre le gustaba mucho Tennyson.

—Entonces ella está...

—Sí —dije, y la mujer miró al niño con lástima.

—Debe de ser un consuelo para usted.

—Y también una preocupación. —Empecé a sentirme avergonzado. Aquella mujer no sospechaba nada, ¿y qué diablos estaba haciendo yo allí? No había logrado conocer a X, y aunque lo hubiera llegado a conocer, ¿me sentiría más feliz por haberle puesto rostro al hombre que se acostaba con Sarah? Cambié de táctica.

—Debería presentarme: me llamo Bridges.

—Y yo Smythe.

—Tengo la sensación de que nos hemos visto antes.

—No lo creo. A mí nunca se me olvida una cara.

—A lo mejor nos hemos visto en el parque.

—Es verdad que a veces voy allí con mi hermano.

—¿No será por casualidad el señor John Smythe?

—No —contestó—, se llama Richard. ¿Qué tal se encuentra el niño?

—Peor —dijo el hijo de Parkis.

—¿Cree que deberíamos tomarle la temperatura?

—¿Podría darme más refresco de naranja?

—Eso no le puede hacer daño —dijo Miss Smythe—. Pobre muchacho, a lo mejor tiene fiebre.

—Ya la hemos molestado demasiado, señora.

—Mi hermano no me perdonaría que no los tratase bien. Le encantan los niños.

—¿Está en casa?

—Llegará en cualquier momento.

—¿De vuelta del trabajo?

—Bueno, en realidad él trabaja los domingos.

—¿Clérigo? —pregunté con secreta perversidad, a lo que ella contestó con un desconcertante: «No exactamente».

Una mirada de inquietud cayó como un telón entre nosotros dos y ella se resguardó tras esa mirada, volviendo a sus preocupaciones personales. Luego se levantó y justo en ese momento se abrió la puerta del salón y entró X. Tuve la impresión, en la penumbra del recibidor, de que era un hombre con un bonito rostro de actor: un rostro que se miraba demasiado en los espejos, cosa

que lo contaminaba de vulgaridad, y pensé afligido y sin satisfacción alguna: ojalá Sarah hubiera tenido mejor gusto. El hombre avanzó hacia la luz de las lámparas. Las gruesas marcas de nacimiento amarillentas que le cubrían la mejilla izquierda casi parecían un signo de distinción. Vi enseguida que me había apresurado al juzgarlo mal: en realidad no podía obtener satisfacción alguna al mirarse en el espejo.

—Mi hermano Richard —dijo Miss Smythe—. Y este es el señor Bridges. El hijo del señor Bridges no se encuentra bien. Les pedí que entraran.

Richard me estrechó la mano sin dejar de mirar al chico: noté que tenía la mano seca y caliente.

—Yo ya he visto a este chico antes.

—¿En el parque?

—Pudiera ser.

Tenía un aspecto demasiado imponente para aquel recibidor: desentonaba con la cretona. ¿Se sentaba la hermana en aquel lugar, mientras ellos dos, en otra habitación...? ¿O la enviaban a hacer recados mientras hacían el amor?

Bueno, ahora que ya había visto al hombre, yo no tenía nada más que hacer allí, como no fuera averiguar algunas cuestiones que se me habían ocurrido al verlo: ¿dónde se habían conocido? ¿Fue Sarah la que dio el primer paso? ¿Qué había visto en él? ¿Cuánto tiempo llevaban siendo amantes y con qué frecuencia se veían? Ella había escrito cosas que yo me sabía de memoria: «No tengo ninguna necesidad de escribirte ni de hablar contigo... Sé que tan solo estoy empezando a amar, pero ahora quiero abandonarlo todo y abandonar a todo el mundo y quedarme solo contigo». Miré la mancha de nacimiento en la mejilla de aquel hombre y pensé: no podemos estar seguros de nadie, un jorobado, un tullido, cualquiera es capaz de apretar el gatillo y disparar al amor.

—¿A qué se debe la visita? —preguntó de repente, interrumpiendo mis pensamientos.

—Ya se lo he dicho a Miss Smythe. Hay un cierto señor Wilson...

—A usted no lo recuerdo, pero a su hijo sí. —Hizo el ademán frustrado de tocar la mano del niño. Vi que en sus ojos había algo así como una ternura abstracta—. No tenga miedo de mí. Estoy acostumbrado a que la gente venga a verme. Le aseguro que lo único que pretendo es ser útil a los demás.

—La gente suele ser demasiado tímida —intervino Miss Smythe.

Yo no tenía ni la menor idea de lo que estaban diciendo.

—He venido a ver a un hombre llamado Wilson.

—Usted ya se ha dado cuenta de que yo sé que ese hombre no existe.

—Si me dejase ver la guía telefónica, podría buscar su dirección...

—Siéntese —dijo, y se quedó mirando al chico con aire sombrío.

—Tengo que irme. Arthur ya se encuentra mejor y Wilson... —La ambigüedad de aquel hombre me estaba poniendo nervioso.

—Puede irse si así lo desea, por supuesto, pero ¿podría dejarme un rato al chico, aunque solo fuese media horita? Me gustaría hablar con él.

Se me ocurrió que había reconocido al ayudante de Parkis y quería someterlo a un interrogatorio.

—Si quiere preguntarle algo a él, también me lo puede preguntar a mí —respondí.

Cada vez que volvía hacia mí la mejilla libre de marcas, mi odio iba en aumento. Y cada vez que me mostraba la fea mejilla con la mancha cutánea, el odio se esfumaba y yo no podía creerme nada, del mismo modo que no podía creerme que la lujuria se desatara entre aquellas fundas de cretona estampada mientras Miss Smythe tomaba el té. Pero la desesperación siempre sabe encontrar una respuesta, y fue la desesperación quien me preguntó: ¿preferirías que fuera amor en vez de lujuria?

—Usted y yo somos demasiado mayores —dijo—. Pero los maestros y los sacerdotes ya han empezado a corromper al chico con sus mentiras.

—No sé de qué demonios está usted hablando —exclamé, y me apresuré a añadir, dirigiéndome a Miss Smythe—: Lo siento, señora.

—¿Ve usted? Ya está hablando de demonios —dijo—. Y si yo le hubiera molestado a usted, seguro que habría dicho «Por el amor de Dios».

Me dio la impresión de que había escandalizado a aquel hombre. Debía de ser un clérigo no conformista: Miss Smythe había dicho que trabajaba los domingos. Qué atrozmente raro me resultaba que aquel hombre fuese el amante de Sarah. Pero de repente sentí que aquella idea disminuía la importancia de Sarah. Su historia de amor se convertía en una broma, y hasta la misma Sarah se transformaba en una anécdota divertida que podría contar en la próxima fiesta a la que me invitaran. Por un segundo me sentí libre de ella.

—No me encuentro bien —dijo el chico—. ¿Podrían darme más refresco de naranja?

—Hijo mío —contestó Miss Smythe—, no creo que sea una buena idea.

—Insisto en que tenemos que irnos. Han sido ustedes muy amables. — Procuré no apartar la vista de la mancha de nacimiento.— Lo siento mucho si le he ofendido. De verdad que ha sido sin querer. Me temo que no comparto su fe religiosa.

Me miró sorprendido.

—Pero si yo no tengo fe. No creo en nada.

—Ah, pensaba que se había molestado al oírme decir...

—Odio las trampas con las que se quiere atrapar a la gente. Disculpe usted si no me he expresado bien. Ya sé que a veces voy demasiado lejos, señor Bridges, pero me preocupa que ciertas palabras convencionales, como por ejemplo «adiós», susciten ciertas ideas entre la gente. Ojalá que un nieto mío llegara a creer alguna vez que una palabra como «Dios» significaba para nosotros lo mismo que una palabra en swahili.

—¿Tiene usted nietos?

—No tengo hijos —contestó taciturno— y por eso le envidio el suyo. Tener hijos es una gran obligación y una gran responsabilidad.

—¿Qué quería preguntarle al chico?

—Quería que se sintiese aquí como en su casa para que algún día volviera. Hay tantas cosas que uno desea contarle a un niño. Quería hablarle de cómo empezó a existir el mundo. Y de la muerte. Y quería hacer que olvidara todas las mentiras que le cuentan en el colegio.

—Son muchas cosas para decirlas en media hora.

—Pero uno puede dejar una semilla plantada.

—Eso viene en los Evangelios —contesté con malicia.

—Ah, sí, yo también me he dejado corromper. No hace falta que me lo recuerde.

—¿Viene la gente aquí a verlo... a escondidas?

—Le sorprendería saber cuánta gente viene aquí —dijo Miss Smythe—. La gente anhela oír un mensaje de esperanza.

—¿De esperanza?

—Sí, de esperanza —dijo Smythe—. ¿No se da cuenta de la cantidad de esperanza que habría en el mundo si supiéramos que no tenemos nada más que lo que existe aquí delante? Sin retribuciones futuras, sin recompensas, sin castigos. —Su rostro adquiría una nobleza insensata cuando una de las dos mejillas quedaba oculta—. Si fuera así, empezaríamos a hacer que este mundo fuera un lugar como el cielo.

—Pero antes tendría que explicar un montón de cosas —dije.

—¿Me permite que le enseñe mi biblioteca?

—Es la mejor biblioteca de temas racionalistas que hay en el sur de Londres —dijo Miss Smythe.

—No necesito convertirme, señor Smythe. No creo en nada, salvo de cuando en cuando.

—Pero es que justamente tenemos que aprender a enfrentarnos con esos «de cuando en cuando».

—Lo raro es que esos «de cuando en cuando» sean los momentos de esperanza.

—El orgullo se suele disfrazar de esperanza. Igual que el egoísmo.

—No creo que eso tenga nada que ver. Es algo que ocurre de repente, sin motivo alguno, a causa de un aroma, un...

—Ah —dijo Smythe—, conozco esos argumentos fabricados con flores, esos argumentos que hablan del designio superior, todas esas historias del reloj y del relojero... Pero eso está muy pasado de moda. Hace veinticinco años que Schwenigen refutó todo eso. Permítame que le enseñe...

—Hoy no puedo. Tengo que llevarme el niño a casa.

De nuevo volvió a hacer aquel ademán de ternura frustrada, como un amante que acaba de ser rechazado. Me pregunté de repente de cuántos lechos de moribundos lo habían expulsado. Descubrí que yo también deseaba transmitirle un mensaje de esperanza, pero justo entonces volvió a aparecer la otra mejilla y tan solo vi en él el rostro arrogante de un actor. Yo prefería ver en aquel hombre al ser digno de lástima, inadecuado, caduco. Los filósofos que estaban de moda eran Ayer, Russell, pero dudaba de que aquel hombre tuviera muchos positivistas lógicos en su biblioteca. Sin duda tendría solamente a los fanáticos, no a los imparciales.

Ya en la puerta —noté que no usaba ese término tan peligroso, «adiós»— decidí disparar directamente contra su bonita mejilla.

—Debería conocer usted a una amiga mía, la señora Miles. Está muy interesada en...

Me detuve ahí mismo. El disparo había dado en el blanco. La mancha se inflamó hasta alcanzar un rojo mucho más acusado, y oí que Miss Smythe exclamaba «Pero ¡cómo se atreve usted a decir eso!», mientras su hermano se alejaba bruscamente de allí. No me cupo ninguna duda de que le había causado dolor, pero un dolor que compartíamos él y yo. Empecé a desear haber errado el tiro.

Al salir, el chico se puso malo de verdad en la primera alcantarilla que vimos. Mientras vomitaba, yo me pregunté si aquel hombre también la habría perdido a ella. ¿Es que la historia no iba a terminar jamás? ¿Tendría que ponerme ahora a seguirle los pasos al nuevo Y?

8

—Fue muy fácil, señor —dijo Parkis—. ¡Había tanta gente! La señora Miles creyó que yo era uno de los amigos del ministerio de su marido, y el señor Miles creyó que yo era uno de los amigos de su mujer.

—¿Fue una buena recepción? —pregunté, recordando de nuevo la primera vez que nos vimos y la imagen de Sarah con aquel desconocido.

—Altamente satisfactoria, diría yo, aunque la señora Miles no parecía encontrarse muy bien. Tenía una tos muy fuerte, señor.

Escuché a Parkis con sumo placer. Quizá en aquel cóctel no había habido besos en la alcoba ni tocamientos de ningún tipo. Dejó sobre mi escritorio un paquete envuelto en papel de estraza y dijo con orgullo:

—Sabía cómo llegar a su dormitorio porque me lo había dicho la doncella. Si alguien me hubiera preguntado adónde iba, habría dicho que al lavabo, pero nadie se fijó en mí. Y allí estaba, justo encima del secreter: aquel mismo día la persona en cuestión debía de haber escrito algo en él. Por descontado que la persona en cuestión puede mostrarse muy cautelosa y ocultar ciertas cosas, pero mi experiencia con los diarios me dice que siempre acaban delatando algo. La gente se inventa sus claves secretas, señor, pero al final siempre acabamos descifrándolas. Y si se ocultan ciertas cosas y no se consignan en los diarios, al final siempre acabamos descubriendo qué cosas eran.

Mientras Parkis hablaba, desenvolví el paquete y abrí el libro.

—Está en la naturaleza humana, señor, que si uno lleva un diario, lo haga para recordar las cosas que ha hecho. Si no es así, ¿para qué habría de escribirlo?

—¿Lo ha ojeado usted? —pregunté.

—He comprobado su naturaleza, señor, y al leer una entrada percibí que la señora en cuestión no pertenece al grupo de los precavidos.

—Pero el diario no es de este año —dije—. Es de hace dos.

Por un instante se quedó desconcertado.

—De todos modos, me servirá para lo que quiero —añadí.

—Y nos servirá para lo que buscamos, señor, si la señora no ha omitido nada.

El diario estaba escrito en un libro de contabilidad, con la letra redonda que ya me resultaba familiar atravesada por las dos grandes líneas verticales rojas y azules. No había entradas diarias y pude tranquilizar a Parkis.

—Cubre varios años.

—Supongo que algo la ha impulsado a sacarlo para volver a leerlo.

¿Es posible, me pregunté, que algún recuerdo mío y de nuestro *affaire* hubiera cruzado su mente aquel mismo día, que algo hubiera turbado su tranquilidad?

—Me alegra mucho tener el diario, mucho —le dije a Parkis—. ¿Sabe?, creo que ya podemos saldar nuestras cuentas.

—Espero que haya quedado usted satisfecho, señor.

—Estoy muy satisfecho.

—Pues confío en que se lo diga al señor Savage, señor. Siempre le llegan los malos informes de los clientes, pero nadie escribe nunca un buen informe sobre nosotros. Cuanto más satisfecho está el cliente, más tiende a olvidarlo todo y a desentenderse de nosotros. Aunque, la verdad sea dicha, es comprensible.

—Le enviaré una carta.

—Le agradezco mucho, señor, que haya sido tan amable con el chico. Se puso un poco malo, es verdad, pero ya sabe lo difícil que es marcar el límite de los helados con un niño como Lance. Y encima usted se los daba sin que él tuviera que abrir la boca.

Yo tenía muchas ganas de leer el diario, pero Parkis no se iba. Quizá no confiaba de verdad en que yo me acordara de él y quería dejar una impresión más duradera de sus ojos de perro apaleado y de su mísero bigote.

—Ha sido una gran satisfacción para mí trabajar para usted, señor, si es que se puede hablar de satisfacción cuando se trata de circunstancias tan desafortunadas. No siempre trabajamos para caballeros de verdad, ni siquiera cuando tienen títulos. Una vez trabajé con un par del reino, señor, que sufrió un acceso de furia cuando le entregué mi informe, como si yo fuera la persona

culpable. Eso es algo sumamente desalentador, señor. Cuanto mejor trabajas, más quiere el cliente olvidarse para siempre de ti.

Yo deseaba olvidarme para siempre de Parkis, así que sus palabras despertaron en mí un sentimiento de culpabilidad. Ya no podía obligarle a marcharse.

—Lo he pensado bien, señor, y me gustaría dejarle un pequeño recuerdo, sabiendo, claro está, que eso es justamente lo que ustedes no quieren recibir.

Qué extraño resulta caerle bien a alguien: una cosa así despierta inmediatamente una cierta lealtad. Así que mentí a Parkis.

—Nuestras conversaciones siempre han sido muy agradables.

—Y eso que empezaron, señor, de una forma muy poco propicia, con aquel error estúpido.

—¿Llegó a contárselo a su hijo?

—Sí, señor, pero lo hice al cabo de unos días, después de nuestro éxito con el cesto de los papeles. Así el impacto fue más leve.

Miré el diario y leí: «Qué feliz. M. regresa mañana». Me pregunté por un instante quién sería ese M. Y qué extraño se hace, y qué poco habitual, que uno haya sido amado, que la presencia de uno llegue a marcar la diferencia entre la felicidad y el aburrimiento en la vida de otra persona.

—Pero si no le molestara recibir un recuerdo, señor...

—Claro que no me molestaría, Parkis.

—He traído algo, señor, que podría resultarle de interés y que hasta podría serle útil.

Sacó del bolsillo un objeto envuelto en papel de seda y lo empujó tímidamente hacia mí sobre el escritorio. Lo desenvolví. Era un cenicero barato que llevaba la inscripción Hotel Metropole, Brightlingsea.

—Tiene su historia, señor. Seguro que se acuerda usted del caso Bolton.

—Pues la verdad es que no.

—En su momento causó un gran escándalo, señor. Lady Bolton, su doncella y su amante. Los pillaron a los tres juntos. Ese cenicero estaba en la mesilla de noche, junto a la cama. En el lado de la dama, señor.

—Seguro que tendrá usted un pequeño museo de recuerdos.

—Debería habérselo dado al señor Savage, ya que él mostraba un interés especial en el caso, pero ahora me alegro de no haberlo hecho. Gracias a esa

inscripción, señor, cuando sus amigos hagan un comentario al apagar el cigarrillo, usted ya podrá tener preparada la respuesta: el caso Bolton. Seguro que todos querrán saber más cosas de ese caso.

—Suenan a historia sensacionalista.

—Simple naturaleza humana, señor, ¿no cree?, y simple amor humano. De todos modos, yo me quedé muy sorprendido porque no me esperaba un tercero en discordia. Y además, la habitación no era ni muy amplia ni muy estilosa. La señora Parkis estaba viva por aquel entonces, pero no quise contarle los detalles. Había cosas que le desagradaban mucho.

—Le agradezco mucho su recuerdo —dije.

—Si los ceniceros pudieran hablar, señor.

—Y que lo diga.

Tras haber expresado aquel pensamiento tan profundo, hasta el mismo Parkis terminó de hablar. Me dio por última vez la mano, un tanto pegajosa (quizá había entrado en contacto con la mano de Lance), y se fue. No era esa clase de persona que uno espera volver a encontrarse en la vida. Fue entonces cuando abrí el diario de Sarah. Al principio se me ocurrió ir directamente a la entrada de aquel día de junio de 1944 en el que acabó todo, y después de haber descubierto la razón que explicase lo sucedido, seguro que habría otros muchos días que me permitirían descubrir con exactitud, al cotejarlos con las entradas de mi diario, cómo se había ido extinguiendo el amor de Sarah. Tenía la intención de tratar aquel diario como debe tratarse un documento más de un caso —en realidad, como uno de los casos investigados por Parkis—, pero no poseía la calma necesaria para ello, puesto que descubrí, al abrir el diario, que nada era como yo me esperaba. El odio, la suspicacia y la envidia me habían arrastrado tan lejos de ella que leí sus palabras como si fueran la declaración de amor de una desconocida. Me esperaba un sinfín de pruebas en su contra —¿no la había pillado mintiendo en multitud de ocasiones?—, pero ahora tenía delante de mí, por escrito, y expresada de una forma que yo debía creerme a la fuerza (a diferencia de lo que ella me decía de viva voz, y que nunca era de fiar), la respuesta completa que lo explicaba todo. Porque fueron las dos últimas páginas las que leí primero, y luego volví a leerlas, al terminar, para asegurarme del todo. Es muy raro descubrir que le aman a uno, y más aún creer en ello, sobre todo cuando sabemos que los demás no pueden

encontrar en nosotros nada comparable al amor que se siente por los padres o por un Dios.

LIBRO TERCERO

1

... no nos quedó nada, cuando terminamos, salvo Tú. A ninguno de los dos. Podría haberme pasado toda la vida derrochando un poquito de amor, escatimándolo por aquí y por allá y entregándoselo a un hombre u otro. Pero incluso la primera vez, en aquel hotel cerca de Paddington, gastamos todo lo que teníamos. Tú estabas allí, enseñándonos a malgastar igual que le enseñaste al hombre rico, para que un día no nos quedara nada más que el amor que sentimos por Ti. Pero Tú eres demasiado bueno para mí. Cuando te pido dolor, me das paz. Dásela también a él. Dale mi paz, ya que él la necesita mucho más que yo.

12 de febrero de 1946.

Hace dos días tuve una gran sensación de paz y serenidad y amor. La vida prometía volver a ser feliz, pero anoche soñé que estaba subiendo por una escalinata para ver a Maurice, que estaba en la cima. Yo seguía siendo feliz porque cuando llegara a la cima íbamos a hacer el amor. Le grité que estaba llegando, pero no me contestó la voz de Maurice: fue la de un desconocido que retumbó como las sirenas de niebla que avisan a los barcos que han extraviado el rumbo, y eso me asustó. Pensé: se ha ido de su apartamento y se ha marchado de aquí y no sé dónde está, y al bajar las escaleras, el agua me llegaba a la cintura y el recibidor estaba envuelto en niebla. Y entonces me desperté. Ahora ya no estoy tranquila. Lo quiero como lo quería en los viejos tiempos. Quiero comer sándwiches con él. Quiero estar tomando una copa en un bar con él. Estoy cansada y no quiero sufrir más dolor. Quiero a Maurice. Quiero un amor corruptible y humano y normal. Amado Dios, sabes que necesito querer tu dolor, pero no lo quiero ahora. Apártalo de mí por un tiempo y dámelo en otro momento.

Después de leer esa parte empecé a leer el diario desde el principio. Sarah no había escrito todos los días y yo no tenía intención de leer todas

las entradas. Las películas que había visto con Henry, los restaurantes, las fiestas: toda esa vida de la que yo no sabía nada todavía era capaz de hacerme mucho daño.

2

12 de junio de 1944.

A veces me canso de intentar convencerlo de que lo amo y de que lo amaré siempre. Él se abalanza sobre mis palabras y las retuerce como un picapleitos. Sé que le asusta el desierto que se extendería a nuestro alrededor si nuestro amor se acabase, pero él no se da cuenta de que a mí me pasa lo mismo. Lo que él dice en voz alta es lo mismo que yo me digo a mí misma en silencio y voy anotando aquí. ¿Qué puede uno construir en el desierto? En ocasiones, al final de un día en el que hemos hecho el amor muchas veces, me pregunto si será posible que el sexo se acabe, y sé que él se está preguntando lo mismo y teme llegar a ese punto en el que empieza el desierto. ¿Qué hacemos en el desierto si nos perdemos el uno al otro? ¿Cómo seguimos viviendo después de una cosa así?

Está celoso del pasado, del presente y del futuro. Su amor es como un cinturón de castidad medieval: solo cuando está conmigo, dentro de mí, se siente seguro. Ojalá pudiera hacer que se sintiera siempre seguro, porque entonces podríamos vivir en paz, felices los dos, y no de forma salvaje y desordenada, y así el desierto desparecería de nuestra vista. Tal vez para toda la vida.

Si uno pudiera creer en Dios, ¿podría esa fe llenar el desierto?

Siempre he querido gustar y ser admirada. Siento una terrible inseguridad si un hombre se vuelve contra mí o si pierdo un amigo. Ni siquiera quiero perder a mi marido. Lo quiero todo, todo el tiempo, en todas partes. Tengo miedo del desierto. Dios te ama, dicen en las iglesias, Dios está en todas partes. Pero la gente que se cree eso no necesita la admiración de nadie, ni necesita acostarse con un hombre, porque se siente a salvo. Pero yo no puedo inventarme una fe que no siento.

Hoy, durante todo el día, Maurice ha sido muy cariñoso conmigo. Me dice a menudo que nunca ha amado a otra mujer tanto como me ama a mí. Se cree que repitiendo esa frase va a lograr que yo me la crea. Pero si me la creo

es porque yo lo amo a él exactamente del mismo modo. Si dejara de amarlo, dejaría de creer en su amor. Si amara a Dios, también creería en su amor por mí. Y no basta con necesitarlo. Primero tenemos que amar, no sé de qué manera. Pero lo necesito, sí, ¡cómo lo necesito!

Durante todo el día estuvo muy cariñoso. Solo una vez, cuando salió a relucir el nombre de otro hombre, vi que sus ojos se apartaban de mí. Cree que todavía me acuesto con otros hombres, pero si lo hiciera, ¿qué importancia tendría? Si alguna vez se va con una mujer, ¿acaso me quejo yo? No le privaría de una distracción en el desierto si allí no pudiéramos tenernos el uno al otro. A veces pienso que, llegado el caso, se negaría a darme incluso un vaso de agua: me obligaría a vivir en un aislamiento tan absoluto que estaría sola, sin nada ni nadie, como un ermitaño, aunque los ermitaños nunca estuvieran solos del todo, según dicen. Pero estoy tan confusa... ¿Qué estamos haciendo el uno con el otro? Porque yo sé que estoy haciendo con él exactamente lo mismo que él me está haciendo a mí. A veces somos muy felices, pero al mismo tiempo nunca hemos sido tan desdichados en toda nuestra vida. Es como si esculpiéramos juntos la misma estatua y la estuviéramos tallando con nuestra propia desdicha. Pero ni siquiera conozco el diseño que debo seguir.

17 de junio de 1944.

Ayer fui con él a su casa e hicimos las cosas de siempre. No me atrevo a anotarlas, pero me gustaría hacerlo, porque ahora, cuando escribo, ya es mañana y me da miedo llegar al final del día de ayer. Mientras continúe escribiendo, ayer es hoy y los dos todavía estamos juntos.

Ayer, mientras le esperaba, había varios oradores en el parque: los del Partido Laborista Independiente y del Partido Comunista, y el hombre que solo se dedica a contar chistes, y también había un hombre que atacaba el cristianismo: hablaba en nombre de la Sociedad Racionalista del Sur de Londres, o algo por el estilo. Habría sido un hombre apuesto de no ser por la marca de nacimiento que le desfiguraba una mejilla. Había muy poca gente escuchándolo y nadie se burlaba de él. Arremetía en su discurso contra algo que ya estaba muerto, y me pregunté por qué se tomaba la molestia de hacerlo. Lo escuché durante unos minutos: estaba rebatiendo todos los argumentos que

probaban la existencia de Dios. Yo no sabía que hubiera tantos argumentos, salvo esta cobarde necesidad de no sentirme sola.

De pronto me asaltó el temor de que Henry hubiese cambiado de idea y me hubiese puesto un telegrama avisándome de que estaría en casa. Nunca sé qué es lo que me da más miedo: sentirme desilusionada o que Maurice se sienta desilusionado. En cualquier caso, siempre actúa del mismo modo y acabamos peleándonos. Yo me enfado conmigo misma y él se enfada conmigo. Volví a casa y no había ningún telegrama, así que llegué diez minutos tarde a mi cita con Maurice. Ya había empezado a enfadarme para enfrentarme a su enfado, pero cuando llegué, de improviso, él estuvo muy cariñoso conmigo.

Nunca habíamos tenido tanto tiempo, de día, para nosotros solos, y además nos quedaba toda la noche por delante. Compramos lechuga y panecillos y la ración de mantequilla, ya que no queríamos comer mucho y hacía mucho calor. Ahora también hace calor; la gente dice: qué verano más hermoso, y yo voy en tren a reunirme con Henry en el campo, y todo se ha terminado para siempre. Tengo miedo: esto es el desierto, y no hay nada ni nadie en kilómetros y kilómetros a la redonda. Si estuviera en Londres podrían matarme en cualquier momento, pero si estuviera en Londres me metería en una cabina y marcaría el único número que me sé de carrerilla. Muchas veces me olvido del mío, y supongo que Freud diría que quiero olvidarlo porque también es el número de Henry. Pero yo amo a Henry y quiero que sea feliz. Solo que hoy le odio porque él es feliz y yo no lo soy y Maurice tampoco, y ni siquiera se ha dado cuenta de nada. Lo único que me dice es que se me ve cansada y él lo atribuye a la maldición de «esos días del mes»: por lo visto, ahora ni siquiera se molesta en llevar la cuenta del periodo.

Al atardecer empezaron a sonar las sirenas de alarma; me refiero al atardecer de ayer, pero ¿qué importa eso ahora? En el desierto no existe el tiempo. Claro que puedo escaparme del desierto cuando quiera: mañana mismo puedo tomar un tren de regreso y llamarlo por teléfono. Es probable que Henry se quede en el campo, así que podríamos pasar la noche juntos. Al fin y al cabo, una promesa no es una cosa tan importante, y más aún si es una promesa que he hecho a alguien a quien no he visto nunca y en quien realmente no creo. Nadie sabrá que he roto esa promesa, nadie salvo Él o yo, y Él no

existe, ¿no es cierto? No puede existir. No es posible que exista un Dios misericordioso al mismo tiempo que existe esta desesperación.

Si volviera atrás, ¿dónde estaríamos nosotros dos? Donde estábamos ayer antes de que sonaran las alarmas, y donde estábamos el año anterior. Furiosos con el otro por miedo a que todo terminase, y preguntándonos qué haríamos con nuestras vidas cuando ya no nos quedara nada más. Pero ahora ya no tengo que hacerme más preguntas y ya no tengo nada que temer. He llegado al final. Pero, amado Dios, ¿qué voy a hacer con este deseo de amar?

¿Por qué escribo «amado Dios»? No es un ser amado, o desde luego no lo es para mí. Y si existe, fue él quien puso esta promesa en mi mente y le odio por haber hecho esto. Sí, le odio. Cada pocos minutos, el tren va dejando atrás una iglesia de piedra gris y un pub: el desierto está lleno de iglesias y tabernas. Y de sucursales de grandes almacenes, y de hombres que van en bicicleta, y de hierba y de vacas y de chimeneas de fábricas. Se ven a través de la arena como se ven los peces en el agua de una pecera. Y Henry está esperando también en la pecera, levantando el morro para que le dé un beso.

No hicimos caso a las sirenas de alarma. No nos importaban. No nos asustaba morir de aquella manera. Pero luego resultó que el ataque aéreo duró mucho más de la cuenta. No fue un bombardeo normal: los periódicos no están autorizados a decirlo, pero todo el mundo lo sabe. Era esa cosa nueva sobre la que ya nos habían advertido. Maurice bajó para ver si había alguien en el sótano. Tenía miedo de que me pasara algo a mí y yo tenía miedo de que le pasara algo a él. Y yo sabía que iba a pasar algo.

A los dos minutos de haberse ido se produjo una explosión en la calle. El dormitorio de Maurice está en la parte trasera de la casa y no se vio muy afectado, salvo que el impacto arrancó de cuajo la puerta y desprendió del techo una gran cantidad de escayola; pero yo sabía que él estaba en la parte delantera en el momento de la explosión. Bajé las escaleras: estaban cubiertas de escombros y de pedazos de barandilla. El recibidor estaba hecho un desastre. Al principio no pude ver a Maurice, pero luego vi que su brazo sobresalía por debajo de la puerta. Le toqué la mano: podría haber jurado que era una mano muerta. Cuando dos personas se han amado, no pueden disimular la falta de afecto que hay en un beso, así que, al tocarlo, ¿no habría sabido reconocer la vida si aún quedara algo de ella? Sabía que si le cogía la mano y

tiraba para sacarlo de debajo de la puerta, la mano se desprendería y me quedaría solo con ella. Ahora me doy cuenta de que estaba sufriendo un ataque de histeria. Y me dejé engañar: no estaba muerto. ¿Somos responsables de lo que prometemos cuando sufrimos un ataque de histeria? ¿O son promesas que podemos romper? Ahora mismo, al escribir todo esto, estoy histérica. Pero no hay una sola persona en el mundo a la que le pueda decir que soy infeliz, porque todas empezarían a preguntarme por qué lo soy y no pararían de hacerme preguntas y yo me vendría abajo. No debo venirme abajo porque estoy obligada a proteger a Henry. Ah, Henry, que se vaya al infierno, que se vaya al infierno. Necesito a alguien que acepte la verdad de mi vida y al que yo no tenga que proteger. Y si soy una zorra y una farsante, ¿no habrá nadie en el mundo que ame a una zorra y a una farsante?

Me arrodillé en el suelo. Hacer aquello fue una locura: nunca me habían obligado a hacerlo de niña, ya que mis padres no creían en las oraciones, y yo tampoco. No tenía ni idea de lo que podía decir. Maurice estaba muerto. Extinguido. No había en él nada parecido a un alma. Hasta la semifelicidad que yo le había dado había sido extraída de su cuerpo como si fuera sangre. Jamás volvería a tener la oportunidad de ser feliz. Con nadie, pensé. Alguna otra persona podría haberlo amado y haberlo hecho más feliz que yo, pero ahora ya no tendría esa oportunidad. Me arrodillé y apoyé la cabeza en la cama, y deseé poder creer. Amado Dios, dije —¿por qué amado, por qué amado?—, haz que crea. Yo no creo. Haz que crea. Dije: soy una zorra y una farsante y me odio a mí misma. No sirvo para nada bueno. Haz que crea. Cerré los ojos y los apreté muy fuerte y me clavé las uñas en las palmas de las manos hasta que no sentí nada más que dolor. Y dije: creeré. Deja que viva y yo creeré. Dale una oportunidad. Deja que disfrute de su felicidad. Hazlo y yo creeré. Pero eso no era suficiente. Amar no hace daño, así que dije: lo amo y haré lo que sea con tal de que le permitas vivir. Dije muy despacio: lo dejaré para siempre si permites que viva y le das una oportunidad, y me clavé las uñas con mucha más fuerza hasta que sentí el desgarrón de la piel, y dije: la gente se ama sin verse, ¿no es cierto?, y la gente te ama durante toda la vida sin haber llegado a verte. Y entonces él apareció por la puerta, y estaba vivo, y pensé: ahora empieza la agonía de tener que vivir sin él, y deseé que volviera a estar muerto debajo de la puerta.

9 de julio de 1944.

He tomado el tren de las 8:30 con Henry. Vagón de primera clase vacío. Henry me ha leído en voz alta los debates de la comisión parlamentaria. Hemos cogido un taxi en Paddington y he dejado a Henry en el ministerio. Le he hecho prometer que llegaría pronto a casa por la noche. El taxista se ha equivocado y me ha llevado por el lado sur, pasando por delante del número catorce. Han arreglado la puerta y las ventanas delanteras están protegidas con tablones. Es horrible sentirse muerta. Una necesita sentirse viva de nuevo, sea como sea. Cuando he llegado al lado norte había muchas cartas que no me habían reexpedido al campo porque yo había dado órdenes de que no me enviaran nada. Catálogos de libros viejos, facturas atrasadas, una carta marcada con la inscripción: «Urgente. Reenviar a nueva dirección destinatario». Quise abrirla para comprobar si yo aún estaba viva, pero la hice trizas junto con los catálogos.

3

10 de julio de 1944.

Pensé que no rompería mi promesa si me encontraba por casualidad con Maurice en el parque, así que salí a pasear tras el desayuno, y luego después de comer, y luego al caer la tarde, pero por mucho que caminé no llegué a verlo. No pude quedarme después de las seis porque Henry tenía invitados a cenar. En el parque estaban los mismos oradores que en junio pasado y el hombre de la marca en la mejilla seguía atacando al cristianismo, aunque nadie le escuchaba. Pensé: ojalá este hombre pueda convencerme de que no debemos respetar las promesas que le hemos hecho a alguien en quien no creemos, pues los milagros no existen, así que estuve escuchándolo un rato, pero me pasé todo el tiempo pendiente de si aparecía Maurice. El hombre habló de las fechas de composición de los Evangelios y dijo que el más antiguo de todos no se escribió hasta cien años después del nacimiento de Cristo. Yo no sabía que se hubieran escrito tan pronto, aunque me parecía que tenía muy poca importancia el momento exacto en que se creó la leyenda. Y luego dijo que Jesús nunca proclamó en los Evangelios que fuera Dios, pero ¿existió alguna vez un hombre como Jesucristo? ¿Y qué importan los Evangelios, comparados con el dolor de estar esperando y no ver llegar a Maurice? Una mujer de pelo gris repartía tarjetas en las que venía escrito el nombre del orador: Richard Smythe, con su dirección en Cedar Road, e invitaba a la gente a acudir a su domicilio a conversar con él en privado. Hubo gente que se negó a aceptar la tarjeta y se fue de allí como si la mujer estuviera pidiendo dinero para una colecta, y otros la tiraron al suelo (vi cómo la mujer recogía las tarjetas de la hierba, para ahorrar gastos, supongo). Todo me pareció muy triste: la horrible marca de nacimiento, que hablara de algo que no interesaba a nadie y las tarjetas arrojadas al suelo como si fueran propuestas de amistad rechazadas de plano. Me metí la tarjeta en el bolsillo con la esperanza de que el hombre me hubiera visto hacerlo.

Ha venido a cenar sir William Mallock. Fue uno de los asesores de Lloyd George en la creación del sistema de pensiones y es un hombre muy mayor y muy importante. Por descontado que Henry ya no tiene nada que ver con las pensiones, pero sigue interesado en el tema y le gusta recordar aquellos tiempos. ¿No estaba trabajando en las pensiones de viudedad cuando Maurice y yo fuimos a comer por primera vez y empezó todo? Henry se ha pasado un buen rato discutiendo con Mallock y citando un montón de estadísticas para demostrar que, si revalorizaran las pensiones de viudedad en un solo chelín, alcanzarían el mismo nivel que hace diez años. Los dos no se han puesto de acuerdo sobre el coste de la vida y ha sido una discusión muy académica, aunque al final han llegado a la conclusión de que el país no puede permitirse el lujo de subir las pensiones. A mí me ha tocado conversar con el jefe de Henry en el Ministerio de Seguridad Nacional y no se me ha ocurrido otro asunto que las bombas V1, y de pronto he sentido el deseo de contarle a todo el mundo que aquel día había bajado las escaleras y me había encontrado a Maurice sepultado bajo la puerta. Y he sentido el impulso de añadir: por supuesto que iba desnuda porque no me había dado tiempo a vestirme. ¿Se habría dignado sir William Mallock a volver siquiera la cabeza? ¿Me habría oído Henry? Tiene la maravillosa facultad de no oír nada más que el tema que le interese en un determinado momento, y el tema que le interesaba en aquel momento era el índice del coste de la vida en 1943. Pero yo quería decirles que iba desnuda porque Maurice y yo habíamos estado haciendo el amor durante toda la tarde.

He observado al jefe de Henry. Es un hombre que se llama Dunstan. Tiene la nariz partida y su rostro destartado parece haber sido moldeado por un alfarero muy torpe: un rostro defectuoso que sería declarado inservible para la exportación. Me ha dado la impresión de que lo único que hacía era sonreír: no se enfadaba ni se mostraba indiferente, sino que lo aceptaba todo como si formara parte de la naturaleza humana. He sentido que me bastaría hacer un pequeño avance y él respondería de inmediato. Y me he preguntado: ¿por qué no lo hago? ¿Por qué no debería huir de este desierto, aunque solo sea por media hora? No he hecho ninguna promesa sobre desconocidos, sino sobre Maurice. Y no puedo pasarme toda la vida sola con Henry, sin que nadie me admire y nadie se excite al verme, mientras escucho a Henry hablando con

otras personas y me voy fosilizando bajo el lento goteo de la conversación, igual que esas estalagmitas que forman la figura de un bombín en las cuevas de Cheddar.

15 de julio de 1944.

He ido a almorzar con Dunstan al Jardin des Gourmets. Ha dicho...

21 de julio de 1944.

He tomado unas copas en casa con Dunstan, mientras él esperaba a Henry. Al final todo ha sido...

22 de julio de 1944.

He ido a cenar con D. Luego ha venido a casa a tomar otra copa. Pero no ha funcionado, no ha funcionado.

23 de julio de 1944 – 30 de julio de 1944.

Telefoneó D. Yo había dejado dicho que no estaba en casa porque había ido a acompañar a Henry en una visita de inspección. Defensa Civil en el sur de Inglaterra. Reuniones con los jefes de vigilancia y con los jefes de obras públicas del distrito. Problemas de destrucción causada por los bombardeos. Problemas en los refugios subterráneos más profundos. Problemas al fingir que estoy viva. Henry y yo dormimos uno al lado del otro, noche tras noche, como dos estatuas yacentes en una sepultura. En el nuevo refugio reforzado con hormigón de Bigwellon-Sea, el jefe de vigilancia me besó. Henry había ido a inspeccionar la segunda galería con el alcalde y el jefe de obras públicas, y yo le toqué el brazo al jefe de vigilancia, interrumpiendo su marcha, para hacerle una pregunta sobre las literas de acero, una pregunta estúpida acerca de por qué no había literas de matrimonio para las parejas casadas. Quería hacerle ver que quería que me besara. Me apretujó contra una litera, haciendo que el metal se clavara dolorosamente en mi espalda, y me besó. Después, el hombre tenía tal expresión de asombro que yo me eché a reír y le besé a él. Pero no funcionó. ¿No volverá a funcionar nunca más? El alcalde volvió con Henry. Decía: «En un periquete podemos encontrar espacio suficiente para doscientas personas». Aquella noche, mientras Henry estaba en

una cena de trabajo, pedí una conferencia para hablar con Maurice. Me tendí en la cama esperando que pasaran la llamada. Le dije a Dios: he cumplido mi promesa durante seis semanas. No creo en ti, no te amo, pero he cumplido mi promesa. Si no vuelvo a estar viva, no seré más que una zorra, una puñetera zorra. Voy a destruirme a mí misma por propia voluntad. Cada año estaré más degradada. ¿Preferirás eso a que traicione mi promesa? Seré como esas mujeres que se ríen demasiado en los bares y que están acompañadas por tres hombres a los que toquetean sin ningún pudor. Ahora mismo ya me estoy cayendo a pedazos.

Me puse el auricular entre el hombro y la cara. La telefonista dijo: «Estamos llamando a su número». Le dije a Dios: si contesta, volveré mañana mismo. Yo sabía dónde tenía el teléfono, justo al lado de la cama. Una vez hasta llegué a derribarlo mientras dormía cuando lo golpeé sin querer con el puño. Una voz de chica respondió «¿Diga?» y estuve a punto de colgar. Yo quería que Maurice fuese feliz, pero ¿deseaba de verdad que encontrara tan pronto la felicidad? Sentí una especie de náusea en el estómago hasta que la lógica vino en mi ayuda y logré que mi cerebro discutiera conmigo misma: ¿por qué no debería Maurice hacer eso? Tú lo abandonaste y tú querías que fuera feliz. Dije: «¿Podría hablar con el señor Bendrix?». Pero se interrumpió la comunicación. A lo mejor, Maurice ya no quería que yo rompiera mi promesa; a lo mejor había conocido a alguien que quisiera quedarse con él, comer con él, acompañarlo a todas partes y dormir cada noche a su lado hasta que se convirtiera en una costumbre dulce y rutinaria; alguien que, en definitiva, contestara el teléfono por él. Luego la voz dijo: «El señor Bendrix no está. Se ha ausentado durante unas semanas. Yo ocupo el apartamento hasta que vuelva».

Colgué el teléfono. Al principio me alegré, pero luego volví a sentirme desgraciada. No sabía dónde estaba Maurice. No teníamos ningún contacto. Probablemente vivíamos en el mismo desierto y buscábamos los mismos pozos de agua, pero no podíamos vernos en ningún sitio y siempre estábamos solos. Pero es que si estuviéramos juntos no viviríamos en un desierto. Le dije a Dios: «Muy bien, empiezo a creer en ti, pero si creo en ti también empezaré a odiarte. Poseo el libre albedrío que me permitiría traicionar mi promesa, ¿no es cierto?, pero no tengo el poder de ganar nada a cambio de traicionarla.

Dejas que le llame por teléfono, pero luego me das un portazo en las narices. Dejas que peque, pero luego me arrebatas los frutos de mi pecado. Dejas que haya intentado evadirme con D., pero no me has permitido dis-frutarlo. Me obligas a eliminar el amor, pero luego me reprochas que no sienta lujuria por ti. ¿Qué es lo que esperas ahora de mí, Señor? Y a partir de ahora, ¿qué hago?»

Cuando iba al colegio tuve que estudiar la historia de un rey —uno de los Enriques, el que hizo matar al arzobispo Becket— que juró, al ver que sus enemigos habían arrasado su ciudad natal, que en vista de que Dios le había hecho aquello, «ya que Tú me has robado la ciudad que más amo, el lugar en el que nací y fui criado, yo te arrebataré lo que Tú más amas en mí». Es curioso que recuerde esa plegaria dieciséis años más tarde. Un rey hizo ese juramento, montado en su caballo, hace setecientos años, y ahora yo misma repito esa oración, en una habitación de hotel de Bigwell-on-Sea, o sea, Bigwell Regis. Voy a arrebatarte, Señor, lo que más amas en mí. Nunca me he sabido de memoria el padrenuestro, pero recuerdo muy bien ese juramento (¿es una oración?). Lo que más amas en mí.

¿Y qué es lo que tú más amas? Si creyera en ti, supongo que creería en el alma inmortal, pero ¿es eso lo que tú amas? ¿Eres capaz de percibirla bajo la piel? Ni siquiera un Dios puede amar algo que no existe: no puede amar algo que no se puede ver. Cuando me mira, ¿será capaz de ver algo que yo no puedo ver? Eso que ve debe de ser una cosa muy bonita, si luego es capaz de amarla. Pero que yo llegue a creer que hay algo bonito en mí es exigirme demasiado. Me gusta que los hombres me admiren, pero eso es un truco que aprendes en el colegio: un movimiento de ojos, un tono de voz, el ademán a la hora de tocarte el hombro o la cabeza con la mano. Si los hombres creen que los admiras, te admirarán a ti porque tienes muy buen gusto, y si ellos te admiran, te crees la ilusión momentánea de que hay algo en ti que es digno de ser admirado. Durante toda mi vida he intentado vivir instalada en esa ilusión, una droga que me apacigua y que me permite olvidar que soy una zorra y una farsante. Pero entonces, ¿qué es lo que vas a amar tú en una zorra y una farsante? ¿Dónde vas a hallar el alma inmortal de la que tanto se habla? ¿Y dónde ves tú esa cosa bella que hay en mí: en mí, que no soy más que una mujer cualquiera, una más entre todas las mujeres? Entiendo que puedas hallar eso en Henry; en mi

Henry, quiero decir: es una persona delicada y buena y paciente. Y lo puedes hallar en Maurice, que cree que odia cuando en realidad ama, ama continuamente; incluso ama a sus enemigos. Pero en esta zorra y farsante, ¿dónde vas a poder hallar tú algo que sea digno de ser amado?

Dímelo, Señor, y me entregaré a la tarea de arrebatártelo para siempre.

¿Cómo hizo el rey para ser fiel a su promesa? Ojalá pudiera acordarme. Lo único que recuerdo es que dejó que los monjes lo azotaran sobre la tumba de Becket. Pero eso no me parece la respuesta adecuada, así que tuvo que ser algo que ocurriera mucho antes.

Henry vuelve a estar fuera esta noche. Si voy al bar y elijo a un hombre y me lo llevo a la playa y me acuesto con él entre las dunas, ¿no estaré arrebatándote lo que más amas? Pero eso no funciona. Eso ya no funciona. No puedo hacerte daño con algo de lo que no logro extraer ningún placer. Más valdría que me clavara alfileres como hace esa gente del desierto. El desierto. Quiero hacer algo que me haga disfrutar y que al mismo tiempo te haga daño. Porque si no es así, lo que haga no será nada más que mortificación, y la mortificación es una manifestación de la fe. Y créeme, Señor, no creo aún en ti. No creo aún en ti.

4

12 de septiembre de 1944.

He almorzado en Peter Jones y he ido a comprar una lámpara nueva para el estudio de Henry. Ha sido un almuerzo muy formal, rodeada de otras mujeres. No se veía un hombre por ningún sitio. Era como formar parte de un regimiento: casi una sensación de paz. Después he ido a un cine de Piccadilly donde solo proyectan noticiarios y he visto ruinas en Normandía y la llegada de un político americano. Nada que hacer hasta las siete, cuando volvía Henry. Me he tomado unas cuantas copas yo sola. Ha sido un error. ¿También tendré que dejar de beber? Si lo elimino todo, ¿cómo voy a poder existir? Yo era alguien que amaba a Maurice y salía con hombres y disfrutaba tomando copas. ¿Qué sucede si dejas de hacer todas las cosas que forman tu yo? Ha llegado Henry. Era evidente que estaba muy contento por algo y que quería que yo le preguntara el motivo, pero no le he dicho nada. Así que al final él mismo ha tenido que decírmelo: «Me han propuesto para Oficial de la Orden del Imperio Británico».

—¿Y eso qué es? —le he preguntado.

Le ha sorprendido que no lo supiera. Me ha explicado que el siguiente paso, dentro de un año o dos, cuando ya sea jefe de departamento, será que lo nombren Comendador del Imperio Británico. «Y después —ha dicho—, cuando me jubile, probablemente me nombrarán Caballero».

—Qué complicado —he dicho—, ¿por qué no usan nombres más sencillos?

—¿No te gustaría ser lady Miles? —me ha preguntado Henry, pero yo he pensado con rabia: lo que quiero es ser la señora de Maurice Bendrix, y he tenido que abandonar ese deseo para siempre. En cambio, lady Miles es la mujer que no tiene un amante ni bebe porque se pasa la vida charlando con sir William Mallock sobre pensiones de viudedad. ¿Dónde estaré yo durante todo ese tiempo?

Anoche miré a Henry cuando estaba dormido. Durante el tiempo que fui lo que las leyes denominan la parte culpable, podía observarlo con cariño, como si fuera un niño que necesitase mi protección. Pero ahora que soy lo que se suele llamar una persona inocente, vivir a su lado me vuelve loca de rabia. Henry tenía una secretaria que a veces le llamaba a casa. Decía: «Ah, señora Miles, ¿está H. M.?». Todas las secretarias usaban esas iniciales insoportables, que no denotaban intimidad, pero sí una cierta camaradería. H. M. Mientras lo miraba dormir, pensé: H. M., Honorable Majestad, y la consorte de su Honorable Majestad. A veces sonreía en sueños. Era una sonrisa tímida y breve de alto funcionario, como si estuviera diciendo: «Sí, es muy divertido, pero ahora será mejor que nos concentremos en el trabajo, ¿no?».

Una vez le pregunté:

—¿Alguna vez has tenido un *affaire* con una secretaria?

—¿Un *affaire*?

—Sí, un *affaire* amoroso.

—No, claro que no. ¿Qué te hace pensar una cosa así?

—No sé, simplemente se me ha ocurrido.

—Nunca he amado a nadie más —dijo, y se puso a leer el periódico de la tarde. No pude evitar pensar: ¿será mi marido tan poco atractivo que ninguna mujer lo ha querido nunca? Salvo yo, claro. Porque yo, a mi modo, debí de quererlo alguna vez, aunque ya he olvidado por qué lo quería; por entonces era demasiado joven para saber por qué lo había elegido a él. Todo es tan injusto... Mientras amaba a Maurice amaba a Henry, y ahora que soy lo que se denomina una buena mujer, no amo a nadie en absoluto. Y a Ti, menos que a nadie.

5

8 de mayo de 1945.

Fui a Saint James Park, al atardecer, a ver las celebraciones del Día de la Victoria. Todo estaba muy tranquilo junto al estanque iluminado por los proyectores que hay entre el cuartel de la Guardia Montada y el palacio. Nadie gritó ni cantó ni se emborrachó. La gente se sentó sobre la hierba, en pareja, cogida de la mano. Supongo que estaban contentos porque ahora vivíamos en paz y ya no habría más bombardeos.

—No me gusta la paz —le dije a Henry.

—Me pregunto a qué otro ministerio me trasladarán desde el Ministerio de Seguridad Interior.

—¿Al Ministerio de Información? —aventuré, procurando parecer interesada en el asunto.

—No, no, eso no me interesa. Está lleno de funcionarios sin plaza fija. ¿Qué te parece el Ministerio del Interior?

—Lo que tú prefieras, Henry —dije. Y entonces la familia real salió al balcón y la muchedumbre se puso a cantar muy decorosamente. No eran líderes como Hitler, Stalin, Churchill o Roosevelt; era una familia que no le había hecho daño a nadie. Deseé que Maurice estuviera a mi lado. Deseé poder empezar de nuevo. Deseé pertenecer a una familia.

—Qué conmovedor, ¿no te parece? —dijo Henry—. Bueno, al menos ahora todos podremos dormir tranquilos por la noche.

Lo dijo como si alguna vez, por la noche, hubiéramos hecho otra cosa aparte de dormir tranquilos.

10 de septiembre de 1945.

Tengo que actuar con sensatez. Hace dos días, cuando estaba vaciando mi viejo bolso —Henry me ha regalado por sorpresa un bolso nuevo, como «regalo por la paz», que le debe de haber costado una fortuna—, encontré una tarjeta que decía: «Richard Smythe, Cedar Road 16, 4-6, a diario para

consultas privadas. Todo el mundo es bien recibido». Pensé: ya me he llevado demasiados palos; ahora voy a probar una medicina distinta. Si ese hombre logra convencerme de que no ocurrió nada y de que mi promesa no cuenta, escribiré a Maurice y le preguntaré si quiere que sigamos juntos. A lo mejor hasta dejaré a Henry. No lo sé. Pero ante todo tengo que actuar con mucha sensatez. No volveré a ponerme histérica. Seré razonable. Así que fui y llamé al timbre de Cedar Road.

Ahora estoy intentando recordar lo ocurrido. La señora Smythe preparó el té y después del té me dejó a solas con su hermano. Me preguntó qué clase de dificultades tenía yo. Me senté en un sofá estampado de flores y él se sentó en una silla bastante incómoda con un gato sobre el regazo. Acariciaba al gato, y tenía las manos muy hermosas, pero a mí no me gustaban sus manos. Casi prefería la mancha, pero el hombre se sentó de tal manera que me dejaba a la vista la mejilla sana.

—¿Hará el favor de explicarme por qué está tan seguro de que no existe ningún Dios? —dije.

Se miró las manos mientras seguía acariciando al gato, y sentí lástima de él porque estaba orgulloso de sus manos. Si no fuera por la marca en la mejilla, quizá no habría sentido orgullo alguno.

—¿Ha escuchado usted lo que digo en el parque?

—Sí —contesté.

—Allí tengo que explicar las cosas de forma muy sencilla. Tengo que obligar a la gente a que piense por sí misma. ¿Ha empezado usted a pensar por sí misma?

—Creo que sí.

—¿En qué confesión ha sido educada usted?

—En ninguna.

—Entonces, ¿no es usted cristiana?

—Puede que me hayan bautizado; es una convención social, ¿no?

—Si no tiene usted fe de ninguna clase, ¿por qué viene en busca de mi ayuda?

¿Por qué había ido? De buenas a primeras no podía contarle lo de Maurice sepultado bajo la puerta y lo de la promesa que había hecho. Eso no podía hacerlo, al menos de momento. Y aún había más cosas, porque ¿cuántas

promesas había hecho e incumplido a lo largo de mi vida? ¿Y por qué me había mantenido fiel a aquella en concreto? En realidad era como un jarrón horrible que nos ha regalado un amigo y que en el fondo deseamos que la doncella rompa en cualquier momento; aunque luego van pasando los años y la doncella va rompiendo otras cosas que nos parecen valiosas, pero el jarrón horrible sigue intacto. Nunca me había atrevido a plantearme la pregunta que acababa de hacerme aquel hombre, así que tuvo que repetírmela.

—No estoy segura de no creer —contesté—, pero no quiero creer.

—Cuénteme —dijo, y como se olvidó de la belleza de sus manos y volvió la cara hacia mí y me mostró la mejilla marcada, bajando la guardia por su deseo de ayudar, me encontré de repente contándole... lo de aquella noche cuando explotó la bomba y la promesa estúpida que hice.

—Y usted cree —dijo— que tal vez...

—Sí.

—Piense en los miles y miles de personas que ahora mismo están rezando en todos los rincones del mundo, sin que nadie responda a sus plegarias.

—Había miles de personas muriendo en Palestina cuando Lázaro...

—Pero nosotros dos no vamos a creernos esa historia, ¿no es así? —dijo en un tono de complicidad.

—Por supuesto que no, pero hay millones de personas que sí se la creen. Deben de pensar que es una historia razonable...

—La gente no exige que una cosa sea razonable si esa cosa le conmueve. Los enamorados no son personas razonables, ¿no le parece?

—¿También es usted capaz de explicar el amor? —pregunté.

—Claro que sí —dijo—. En algunos no es más que un deseo de posesión, como la avaricia; en otros es el deseo de entregarse, o de perder el sentido de la responsabilidad, o el deseo de ser admirados. Y a veces no es más que el deseo de hablar con alguien, de librarse de una carga ante alguien con quien uno no se aburra. O el deseo de hallar un nuevo padre o una nueva madre. Y también, como es natural, el impulso biológico que está presente en todo momento.

Pensé que todo aquello era cierto, pero ¿no habría algo más? Yo había desenterrado todas aquellas ideas reflexionando sobre mí misma, y también sobre Maurice, pero el azadón no había topado aún con la roca.

—¿Y el amor de Dios? —pregunté.

—Es exactamente lo mismo. El hombre ha creado a Dios a su imagen y semejanza, de modo que es natural que lo ame. Seguramente habrá visto usted los espejos deformantes que hay en las ferias. Pues bien, el hombre también se ha fabricado un espejo embellecedor en el que se ve como una criatura hermosa y poderosa y sabia. Es la idea que se ha formado de sí mismo. Y se reconoce mucho más fácilmente en ese espejo que no en el otro que le hace reírse a carcajadas, y ¡cómo se ama al verse reflejado en ese espejo!

Cuando hablaba de espejos deformantes y embellecedores, perdí la cuenta de las cosas que me decía porque no podía quitarme de la cabeza la idea de que aquel hombre, desde la adolescencia, se habría estado mirando incontables veces en el espejo, intentando hacer que fueran espejos embellecedores en vez de deformantes por el simple hecho de girar la cara hacia un lado en vez del otro. Me pregunté por qué no se habría dejado crecer una barba que le ocultara la mancha: ¿sería porque no le crecía el vello en aquella parte de la cara, o bien porque odiaba los engaños? Se me ocurrió que era un hombre que amaba realmente la verdad, pero en cuanto volvió a surgir la palabra amor, se me hizo evidente que su amor a la verdad se había fragmentado en una multitud de deseos: el deseo de compensar aquella lacra de nacimiento, el deseo de tener poder, el deseo de ser admirado en extremo porque aquella cara lisiada nunca podría despertar el deseo físico. Sentí un impulso poderoso de tocarle la cara con la mano y de reconfortarlo con palabras de amor que fueran tan duraderas como la misma herida. Fue algo idéntico a lo que sentí al ver a Maurice sepultado por la puerta. Quise rezar para ofrecer un sacrificio desmesurado con el que pudiera curarse, pero ahora ya no tenía ningún sacrificio que poder ofrecer a nadie.

—Querida mía —dijo—, no meta usted a Dios en esto. Es una cuestión que solo afecta a su amante y a su marido. No vaya a confundirlo todo con una historia de fantasmas.

—Pero ¿cómo voy a tomar la decisión si el amor no existe?

—Tendrá usted que decidir cuál de los dos, a la larga, va a hacerla más feliz.

—¿Cree usted en la felicidad?

—No creo en nada que sea absoluto.

Pensé que la única felicidad que aquel hombre podía obtener era esta: la idea de que podía reconfortar, aconsejar, ayudar, la idea de que podía ser útil a los demás. Eso es lo que le impulsa a ir cada semana al parque a hablar a gente que no quiere escucharle, gente que nunca le hace preguntas y que tira sus tarjetas al suelo. ¿Cuántas veces va a verlo alguien como hoy he ido yo a verlo?

—¿Tiene usted muchas visitas? —le pregunté.

—No —contestó. Su amor a la verdad era mucho más poderoso que su orgullo—. Es usted la primera persona en mucho tiempo.

—Me ha sido muy útil hablar con usted —dije—. Ha aclarado usted mis ideas.

Era el único consuelo que se le podía dar: alimentar sus ilusiones.

—Si dispusiera usted de tiempo —sugirió con timidez—, podríamos empezar por el principio y remontarnos a la raíz de las cosas. Me refiero a los argumentos filosóficos y a las pruebas históricas.

Supongo que debí de darle una evasiva porque continuó hablando.

—Es muy importante. No debemos despreciar a nuestros enemigos. Tienen argumentos que pueden usar contra nosotros.

—¿Sí?

—No son argumentos sólidos, salvo si se examinan superficialmente. Son argumentos espurios.

Me observó con ansiedad. Creo que empezó a preguntarse si yo sería una de esas personas que se marchaban sin querer escucharle. Me pareció que no era mucho lo que pedía cuando dijo, nervioso:

—Sería solo una hora a la semana. Y resultaría de gran ayuda para usted.

Pensé: ¿no tengo ahora todo el tiempo del mundo? Si me pongo a leer un libro o voy al cine, no me entero de lo que leo ni recuerdo de qué trata la película. Yo y mi desgracia: eso es lo único que retumba en mi oído y llena mis ojos. Pero esta misma tarde, por un segundo, me he olvidado de todo eso.

—Sí, vendré. Le agradezco que pueda dedicarme ese tiempo —dije, arrojando todas las esperanzas que tenía sobre su regazo, mientras le rezaba al mismo Dios del que él me estaba prometiendo que me iba a curar: «Permíteme serle útil a este hombre».

2 de octubre de 1945.

Hoy ha hecho mucho calor y ha llovido muy fuerte, así que he ido a la iglesia oscura que hay en la esquina de Park Road y me he sentado un rato en los bancos. Henry estaba en casa y yo no tenía ganas de verlo. Cuando está en casa, procuro recordar que debo ser amable con él a la hora del desayuno, amable con él a la hora del almuerzo y también a la hora de cenar. A veces me olvido, pero él siempre se muestra amable conmigo. Eso somos: dos personas que serán amables la una con la otra durante toda su vida. Cuando he entrado en la iglesia y me he sentado y mirado a mi alrededor, he caído en la cuenta de que era una iglesia católica repleta de estatuas de escayola y de arte realista de pésima calidad. Detesto las estatuas, el crucifijo y toda la relevancia que dan al cuerpo humano. Si estaba allí, era justamente porque estaba intentando escapar del cuerpo humano y de todas sus exigencias. Pensé que podría llegar a creer en un Dios que no guardara ningún parecido con nosotros: una criatura vaga, amorfa, cósmica, a la que yo había prometido una cosa y que me había dado otra cosa a cambio; un Dios que surgiera de lo informe y se extendiera hasta las zonas de la vida humana de carne y hueso, como un vapor poderoso que se abriera paso entre las sillas y las paredes. Y algún día yo también pasaría a formar parte de ese vapor porque escaparía para siempre de mí misma. Pero entonces he entrado en esa iglesia a oscuras de Park Road y he visto los cuerpos que se erguían a mi alrededor desde todos los altares, esas horribles estatuas de escayola con sus rostros satisfechos de sí mismos, y he recordado que todos creían en la resurrección de la carne, de esa carne que yo quería ver destruida para siempre. Y además, ¿yo he hecho tanto daño con mi carne mortal! ¿Cómo voy a querer preservarla a lo largo de la eternidad? Y de pronto he recordado una frase de Richard, la de los seres humanos que se inventan doctrinas que satisfagan sus deseos, y he pensado que estaba completamente equivocado. Si yo tuviera que inventar una doctrina sería la de que el cuerpo, en vez de renacer, se pudre sin remedio con los gusanos. Es curioso cómo la mente humana va oscilando de un lado a otro y de un extremo a otro. ¿Se hallará la verdad en algún punto del balanceo del péndulo, en un punto que no se detiene jamás: pero no en ese punto medio que cuelga flácido, en perpendicular, como una bandera en un día de calma chicha, sino en el ángulo, más cerca de un extremo que del otro? Si se produjera un milagro que

podría detener el balanceo del péndulo en un ángulo de sesenta grados, una creería que la verdad está allí. Pues bien, hoy el péndulo ha estado oscilando, pero yo no he pensado en mi propio cuerpo, sino en el de Maurice. Y he pensado en ciertas arrugas que el tiempo ha incorporado a su rostro y que son tan personales como una línea de una frase escrita por él. Y he pensado en una cicatriz nueva que ahora tiene en el hombro, y que no habría estado allí si él no hubiera intentado proteger el cuerpo de otro hombre sobre el que se estaba derrumbando una pared. Nunca me contó por qué tuvo que pasarse tres días en el hospital; fue Henry quien lo hizo. Y esa cicatriz forma parte de su carácter lo mismo que sus celos. Así que he pensado: ¿quiero que ese cuerpo se convierta en vapor? (el mío sí, pero ¿y el suyo?), y entonces he sabido que deseaba que esa cicatriz se conservara durante toda la eternidad. Pero en ese caso, ¿podría mi vapor amar a esa cicatriz? Y entonces he empezado a desear el cuerpo que yo misma detestaba, el mío propio, pero solo porque ese cuerpo iba a seguir amando a esa cicatriz. Podemos amar con nuestras mentes, pero ¿podemos amar únicamente con ellas? El amor no para de crecer y de extenderse, así que podemos amar hasta con nuestras uñas insensibles. Incluso amamos con nuestra ropa, hasta el punto de que una manga es capaz de sentir a otra manga.

Por un momento he pensado que Richard tenía razón: hemos inventado la resurrección de la carne porque necesitamos poseer nuestros propios cuerpos, y justo después de reconocer que tenía razón y que eso era un cuento de hadas que nos contamos unos a otros para consolarnos, ya no he sentido ningún odio hacia las estatuas. Eran como malas ilustraciones a color en un volumen de Hans Christian Andersen, o como mala poesía, pero alguien había sentido la necesidad de escribirla, y esa persona no era tan vanidosa como para ocultarla en vez de exhibir su estupidez. He recorrido la iglesia, mirando las estatuas una detrás de otra: frente a la más fea de todas —no sé a quién representaba— estaba rezando un hombre de mediana edad. Se había quitado el bombín y lo tenía a su lado; dentro del sombrero, envueltos en papel de periódico, había varios tallos de apio.

Y en el altar, desde luego, también había un cuerpo: un cuerpo muy conocido, un cuerpo mejor conocido que el de Maurice, aunque hasta ahora nunca me había parecido un cuerpo real formado con todas las partes de un

cuerpo, incluidas las partes ocultas por el taparrabos. Me he acordado de uno que vi con Henry en una iglesia española, y que tenía el cuerpo cubierto de sangre chorreante, pintada de bermellón, que le caía de los ojos y de las manos. Aquel cuerpo me hizo sentir náuseas. Henry quería que contemplara las columnas del siglo xii, pero yo estaba mareada y necesitaba salir a tomar el aire. Pensé que aquella gente amaba la crueldad: el vapor nunca horrorizaría a nadie con sangre y con gemidos.

Cuando salí a la plaza, le dije a Henry:

—No puedo soportar esas heridas pintarrajeadas.

Henry reaccionó de forma muy razonable (siempre era una persona muy razonable).

—Por supuesto, se trata de una fe muy materialista —dijo—. Hay mucha magia en...

—¿Puede ser materialista la magia?

—Sí. Ojo de lagartija, pata de rana, dedo de criatura estrangulada al nacer. No hay nada más materialista que eso. En la misa todavía creen en la transubstanciación.

Yo conocía todas esas cosas, pero creía que más o menos habían desaparecido con la Reforma protestante, salvo para los pobres, claro está. Henry tuvo que aclararme las cosas (cuán a menudo ha contribuido Henry a aclarar mis pensamientos más confusos).

—El materialismo es mucho más que una simple actitud relacionada con los pobres —dijo—. Algunas de las mentes más brillantes de la historia han sido materialistas: Pascal, Newman. Tan sutiles en algunas cosas, y al mismo tiempo tan groseramente supersticiosos en otras. Algún día descubriremos por qué fue así, y tal vez todo se deba a una deficiencia glandular.

Así que hoy he estado mirando un cuerpo material clavado a una cruz material, y me he preguntado si habría sido posible que el mundo clavara un vapor en aquel mismo lugar. Aunque es evidente que un vapor no siente ni dolor ni placer: tan solo era mi superstición la que imaginaba que aquello podía responder a mis plegarias. Amado Dios, había dicho yo, pero en realidad debería haber dicho: Amado Vapor. Antes he dicho que te odiaba, pero ¿se puede odiar a un vapor? En cambio, sí que podría odiar esa figura clavada a la cruz que reclama mi gratitud («He sufrido todo esto por tu bien»),

pero un vapor... Y sin embargo, Richard creía en algo que era aún menos que un vapor. Aquel hombre odiaba las fábulas, luchaba contra las fábulas y se tomaba una fábula en serio. Yo no podía odiar a Hansel y Gretel, yo no podía odiar su casita de chocolate tal como él odiaba la leyenda celestial. Cuando yo era una niña podía odiar a la reina malvada de Blancanieves, pero Richard no odiaba a su diablo de cuento de hadas. El diablo no existía y el cielo tampoco, y aun así, todo su odio se dirigía contra el buen cuento de hadas y no contra el malo. ¿Por qué? Volví a mirar aquel cuerpo tan conocido, retorciéndose en un dolor imaginario y con la cabeza caída como si fuera un hombre dormido. Pensé que a veces yo había llegado a odiar a Maurice, pero ¿habría llegado a odiarlo si al mismo tiempo no lo hubiera amado? Oh, Dios, si pudiera llegar a odiarte, ¿qué significaría realmente ese odio?

Me he preguntado si yo no sería también, después de todo, una persona materialista. ¿Será que tengo una deficiencia glandular que me impide interesarme por las cosas y las causas verdaderamente importantes y nada supersticiosas, como la Comisión de Beneficencia o el índice del coste de la vida o el incremento de calorías para la mejora de las condiciones de vida de la clase obrera? ¿Seré una persona materialista porque creo en la existencia individual del hombre del bombín, del metal de la cruz, de estas manos con las que no puedo rezar? Supongamos que Dios existe, supongamos que sea un cuerpo como ese del crucifijo, ¿qué hay de malo en creer que ese cuerpo existió igual que existe el mío? ¿Sería posible que alguien le amara o le odiara si no hubiera tenido un cuerpo? Yo no puedo amar un Vapor que una vez fue Maurice. Amar un cuerpo sería rudimentario, sería salvaje, sería materialista, ya lo sé, pero ¿por qué no puedo ser yo rudimentaria y salvaje y materialista? He salido de la iglesia inflamada por la furia, y desafiando a Henry y a todas las personas razonables e indiferentes, he hecho lo mismo que había visto hacer a la gente en las iglesias de España: he mojado los dedos en lo que ellos llaman agua bendita y he trazado la señal de la cruz sobre mi frente.

6

10 de enero de 1946.

Esta noche no soportaba estar en casa, así que he salido a la calle y me he puesto a caminar bajo la lluvia. He recordado aquella ocasión en que me clavé las uñas en la palma de la mano, y aunque yo no lo supiera, Tú te introdujiste en mí a través del dolor. Aquella vez dije: «Deja que viva», aunque yo no creía en Ti, pero mi falta de fe no te importó. La incorporaste a tu amor y la aceptaste como una ofrenda, y esta noche la lluvia me estaba empapando la gabardina y la ropa y me mojaba la piel, y yo tiritaba de frío, y ha sido la primera vez en que me ha parecido que estaba a punto de amarte a Ti. He llegado caminando bajo la lluvia hasta tus ventanas y quería quedarme toda la noche apostada allí solo para demostrarte que después de todo yo también puedo aprender a amar y ahora ya no le tengo miedo al desierto porque Tú estás allí. He vuelto a casa y me he encontrado a Maurice con Henry. Ha sido la segunda vez que Tú me lo has devuelto. La primera vez te odié por ello, pero Tú aceptaste mi odio igual que habías aceptado mi falta de fe y lo convertiste en tu amor, y te los guardaste para enseñármelos más tarde, para que así los dos pudiéramos reírnos juntos, igual que en ocasiones yo me reía de Maurice y le decía: «¿Recuerdas lo tontos que hemos sido...?».

7

18 de enero de 1946.

He ido a almorzar con Maurice por primera vez en estos dos años. Le llamé por teléfono y le pedí que nos viéramos. El autobús se me metió en un atasco en Stockwell y he llegado diez minutos tarde. Por un instante he sentido el mismo temor que me asaltaba en los viejos tiempos: que ocurriera algo que nos echara a perder el día y que al final él se enfadara conmigo. Pero ahora yo no tenía ningún deseo de enfrentarme a él oponiéndole mi propio enfado. Como muchas otras cosas, la facultad de enfadarse parece haber muerto en mí. En todo caso, quería verle para preguntarle acerca de Henry. Henry está muy raro últimamente. No es propio de él salir y tomarse una copa con Maurice en un pub, ya que Henry solo bebe en casa o en el club. Pensé que a lo mejor había hablado con Maurice. Si es así, sería muy extraño que estuviera preocupado por mí: nunca ha habido menos motivos que ahora para que esté preocupado, porque, después de todo, nos casamos hace mucho tiempo y seguimos casados. Pero cuando yo estaba con Maurice no parecía existir otra razón para estar con él salvo la de estar con él. En el almuerzo no he descubierto nada nuevo sobre Henry. De vez en cuando, Maurice intentaba hacerme daño y lo conseguía, porque en realidad se estaba haciendo daño a sí mismo. Y yo no puedo soportar que se haga daño a sí mismo.

¿He roto mi antigua promesa al almorzar con Maurice? Hace un año hubiera creído que sí, pero ahora ya no pienso lo mismo. En aquellos días me lo tomaba todo al pie de la letra porque tenía miedo, porque no tenía ni idea de lo que estaba pasando y porque no tenía ninguna confianza en el amor. Hemos almorzado en Rules y me ha hecho feliz poder estar con él. Solo me he sentido triste durante unos instantes, cuando nos despedíamos junto a la verja y creí que iba a besarme otra vez y he deseado que lo hiciera, pero me ha asaltado un ataque de tos y la oportunidad ha pasado. Cuando se iba, yo sabía que estaba pensando en toda clase de cosas que no eran verdad y que esas

cosas le hacían mucho daño, y a mí también me hacía mucho daño que él se sintiera así.

Necesitaba llorar sin que me viera nadie, así que he ido a la National Portrait Gallery, pero era el día del estudiante y había demasiada gente. He tenido que volver a Maiden Lane y me he metido en la iglesia que siempre está tan oscura que no puedes ver al vecino. Me he sentado en un banco. No había nadie, salvo yo y un hombrecito que ha entrado y se ha puesto a rezar en silencio en un reclinatorio de la parte de atrás. He recordado la primera vez que me metí en una de esas iglesias y lo mucho que me disgustaron. No he rezado: ya llevo demasiado tiempo rezando. Solo le he dicho a Dios, igual que le podría haber dicho a mi padre (si hubiera podido acordarme de que alguna vez tuve un padre): Amado Dios, estoy muy cansada.

3 de febrero de 1946.

Hoy he visto a Maurice, pero él no me ha visto a mí. Iba al pub Pontefract Arms y me he puesto a caminar a cierta distancia detrás de él. Antes he estado una hora de visita en Cedar Road: una hora agotadora intentando seguir los argumentos del pobre Richard y extrayendo de ellos nada más que la sensación de estar llegando a una especie de fe a la inversa. ¿Cómo es posible que se tome tan en serio una leyenda y que argumente de tal modo contra ella? Las pocas veces que he conseguido sacar algo en claro no ha sido más que un hecho raro que antes desconocía y que casi nunca servía para confirmar su punto de vista, como por ejemplo las pruebas que demuestran la existencia de un hombre real llamado Cristo. He salido de casa de Richard cansada y triste. Si recurrí a él fue para que me librara de una superstición, pero cada vez que voy a verlo, su fanatismo hace que la superstición arraigue más y más en mí. Y si yo, como creo, le he estado ayudando en algo, él en cambio no me ha ayudado en absoluto. ¿O sí lo ha hecho? Durante una hora apenas me he acordado de Maurice, pero al salir, allí estaba él, cruzando la calzada al final de la calle.

Le he seguido hasta su destino sin perderlo de vista. ¡Habíamos ido tantas veces juntos al Pontefract Arms! Yo sabía a qué bares le gustaba ir y qué clase de bebidas solía tomar. Me he planteado entrar y pedir una copa y esperar a que se diera la vuelta para que todo volviera a empezar otra vez. Las mañanas

se nos llenarían de esperanza porque yo podría llamarlo en cuanto Henry se fuera al trabajo, y también podríamos disfrutar de largas veladas, hasta el anochecer, cada vez que Henry me avisara de que iba a llegar tarde a casa. Y ahora, además, tal vez me atrevería a dejar a Henry porque ya he hecho por él todo lo que podía. Por otra parte, tengo muy poco dinero que aportarle a Maurice, porque sus libros dan lo justo para ir tirando, pero si yo le ayudase a pasar los manuscritos a máquina podríamos ahorrarnos cincuenta libras al año. No le tengo miedo a la pobreza. A veces resulta más sencillo amoldarte a lo poco que tienes que disfrutar de una vida regalada.

Me he quedado en la entrada del pub y lo he observado mientras se acercaba a la barra. Si se da la vuelta y me ve —le he dicho a Dios—, entraré detrás de él, pero no se ha girado. He regresado caminando a casa sin poder quitármelo de la cabeza. Durante los últimos dos años hemos vuelto a ser dos desconocidos. En ese tiempo yo no tenía ni idea de lo que hacía a ninguna hora del día, pero hoy ya no era un desconocido para mí porque sabía dónde estaba, igual que en los viejos tiempos: seguro que se tomaría otra cerveza y luego volvería a la habitación de siempre y continuaría escribiendo. Seguía manteniendo los mismos hábitos de siempre, y yo los amo como una puede amar un abrigo viejo. Ahora, además, me siento protegida por ellos. Nunca me ha gustado sentirme extraña con alguien.

He pensado que me resultaba muy fácil hacerlo feliz. Y en ese momento también he sentido que me hubiera gustado verlo riéndose de felicidad. Henry no estaba en casa. Al salir de la oficina tenía un almuerzo de trabajo y me había telefonado para decirme que no llegaría a casa hasta después de las siete. He decidido esperar hasta las seis y media y luego llamar a Maurice. Tenía pensado decirle: voy a pasar esta noche contigo y también todas las que vengan después. Estoy harta de vivir sin ti. Iba a preparar la maleta grande azul y la otra marrón más pequeña. Me llevaría la ropa suficiente como para pasar un mes de vacaciones. Henry es una persona civilizada, así que en un mes habríamos arreglado los asuntos legales y se habría disipado el rencor mutuo, y yo podría volver a casa a buscar todo lo que necesitara sin problemas. No habría odio entre nosotros porque hace mucho tiempo que hemos dejado de ser amantes. Nuestro matrimonio se ha convertido en una

especie de amistad, y tras una breve interrupción, esa misma amistad podría continuar como antes.

De repente me he sentido libre y feliz. No voy a preocuparme más de ti, le he dicho a Dios mientras cruzaba el parque, y me da igual si existes o no existes, o si le has dado realmente a Maurice una nueva oportunidad o si todo han sido imaginaciones mías. Y se me ha ocurrido que quizá fuera aquella la nueva oportunidad que yo pedía para él: voy a hacerlo feliz, esa será mi nueva promesa, Dios, y ahora, si puedes, atrévete a detener mis pasos, atrévete a detener mis pasos.

He subido a mi habitación y he empezado a escribir a Henry. Queridísimo Henry, he escrito, pero eso sonaba muy hipócrita. Lo de queridísimo era una mentira, de modo que he preferido dirigirme a él como si fuera un simple conocido con un «querido Henry». Así que he escrito: «Querido Henry, me temo que te vas a llevar un buen chasco, pero durante los últimos cinco años he estado enamorada de Maurice Bendrix. Desde hace casi dos años no nos hemos visto ni nos hemos escrito, pero eso ya no funciona. No soy capaz de ser feliz sin él, así que me marché de casa. Sé que durante mucho tiempo no he sido una buena esposa, y desde junio de 1944 tampoco he sido una buena amante, así que me he comportado mal con todo el mundo. Antes creía que podía embarcarme en esta historia de amor hasta que se fuera desvaneciendo poco a poco y de una forma satisfactoria para todos nosotros, pero las cosas no han ocurrido así. Amo a Maurice más de lo que lo amaba en 1939. Imagino que he actuado de forma pueril, pero ahora me doy cuenta de que más tarde o más temprano una tiene que elegir si no quiere estropearlo todo en todas partes. Adiós. Que Dios te bendiga». He tachado «Que Dios te bendiga» con garabatos muy fuertes para que no se pudiera leer la frase. Sonaba ñoño, y además Henry no cree en Dios. Luego he intentado añadir «Te quiero», pero la frase no me ha parecido adecuada, aunque yo sé que es verdad. Aunque sea a mi desastrada manera, yo quiero a Henry.

He metido la carta en un sobre y lo he marcado como «Muy personal». He supuesto que al ver esa indicación Henry no abriría el sobre en presencia de nadie, ya que a lo mejor se traía un amigo a casa y yo no quería herir su orgullo a la vista de los demás. He sacado la maleta y he empezado a llenarla de ropa; entonces me he dado cuenta de que no sabía dónde había dejado la

carta. La he encontrado enseguida, pero en ese momento se me ha ocurrido que con las prisas a lo mejor se me olvidaba dejársela y Henry me iba a esperar inquieto durante horas y horas, así que la he bajado y la he dejado en el recibidor. Por entonces casi había terminado de preparar la maleta —solo me faltaba meter un traje de noche—, y aún faltaba media hora para que llegara Henry.

Acababa de dejar la carta en la mesita del recibidor, encima del correo que el cartero reparte por la tarde, cuando he oído una llave en la puerta. He vuelto a coger la carta, no sé por qué, y en ese momento ha entrado Henry. Tenía mal aspecto: se le veía demacrado y apesadumbrado. Ha dicho: «Vaya, ¿estás aquí?», ha pasado de largo y se ha metido en su estudio. He esperado un segundo y luego he ido detrás de él. Me he dado cuenta de que iba a tener que darle la carta en mano y que eso me iba a exigir mucho más valor. Cuando he abierto la puerta lo he visto sentado en su sillón frente a la chimenea, que ni siquiera había encendido. Estaba llorando.

—¿Qué te pasa, Henry? —le he preguntado.

—No es nada, solo tengo una jaqueca horrible.

He encendido la chimenea.

—Te traeré paracetamol.

—No hace falta —ha dicho—, ya estoy mucho mejor.

—¿Cómo ha ido el día?

—Lo habitual, como siempre. Hoy me he cansado un poco.

—¿Con quién has ido a almorzar?

—Con Bendrix.

—¿Con Bendrix? —he preguntado.

—¿Por qué te extraña que haya ido con Bendrix? Me ha invitado a almorzar en su club. La comida ha sido horrorosa.

Me he acercado al sillón, me he situado detrás de él y he puesto la mano sobre su frente. Ese ademán es una cosa muy rara cuando una está a punto de abandonar a alguien para siempre. Pero él solía hacer eso cuando acabábamos de casarnos y yo tenía jaquecas terribles porque nada salía como a mí me gustaba. Por un segundo, me he olvidado de que solo *fingía* curarme gracias a aquel remedio. Henry ha levantado la mano y ha apretado la mía contra su frente.

—Tú sabes que te quiero —ha dicho—, ¿no es cierto?

—Sí —he contestado, aunque debería odiarlo por haber dicho eso: era como si estuviera estableciendo sus derechos de propiedad sobre mí. Si realmente me amaras, he pensado, te comportarías como cualquier otro marido agraviado. Te pondrías furioso y tu rabia me ayudaría a librarme de ti.

—No puedo vivir sin ti —ha dicho.

Sí que puedes, me hubiera gustado protestar. Tal vez te resulte molesto, pero puedes hacerlo. Una vez cambiaste de periódico y enseguida te acostumbraste al nuevo. Y lo que dices son solo palabras, palabras convencionales de un marido convencional, así que no significan nada en absoluto. Pero entonces he levantado la vista y he visto su rostro en el espejo: seguía llorando.

—Henry, ¿qué te pasa?

—Nada, ya te lo he dicho.

—No te creo. ¿Te ha pasado algo en el trabajo?

Ha contestado con una amargura poco habitual en él.

—¿Qué me podría haber pasado en el trabajo?

—¿Te ha dicho Bendrix algo que te haya molestado?

—Claro que no. ¿Cómo iba a decirme algo así?

Yo quería apartar la mano, pero Henry la sujetaba con fuerza. Temía lo que iba a decirme a continuación y el fardo insoportable que iba a cargar sobre mi conciencia. A aquella hora, Maurice ya debería de estar llegando a su casa; si Henry no hubiera vuelto antes de tiempo, yo habría llegado a su apartamento al cabo de cinco minutos. Y entonces habría visto felicidad en vez de desdicha. Cuando una no ve la desdicha, no cree en ella. Por eso es tan fácil hacer sufrir a la gente desde la distancia.

—Querida —ha dicho Henry—, no he sido un buen marido.

—No sé de qué estás hablando.

—Contigo soy muy aburrido. Mis amigos son aburridos. Y ahora ya no hacemos nada... bueno, ya sabes, nada juntos.

—En todos los matrimonios —he dicho— llega un momento en que eso se acaba. Pero nosotros somos buenos amigos.

Esa era la escapatoria que yo tenía pensada: en cuanto me diera la razón, yo le entregaría la carta, le contaría lo que tenía decidido hacer y luego me

marcharía definitivamente de su casa. Pero él no ha dicho nada y yo sigo aquí y la puerta se ha cerrado para Maurice. Solo que ahora no puedo echarle la culpa a Dios: he sido yo la que le ha cerrado la puerta.

—No te puedo considerar una amiga. Si solo fueras una amiga, podría vivir sin ti. —Me ha mirado desde el espejo y ha añadido—: No te vayas, Sarah. Quédate unos cuantos años más. Yo intentaré...

Su mente no ha logrado descubrir qué era eso que iba a intentar. Habría sido mucho mejor para los dos que yo lo hubiera dejado hace años, pero no puedo hacerle daño a alguien cuando lo tengo delante, así que ahora siempre va a estar aquí porque yo he visto de cerca su desdicha.

—No te dejaré —he dicho—. Te lo prometo.

Era otra promesa que tendría que mantener, y justo cuando he terminado de hacerla he sabido que no podría soportar vivir más con él. Henry ha ganado y Maurice ha perdido y le odio por haber vencido. ¿Habría odiado a Maurice si él fuera el vencedor? He subido al piso de arriba y he roto la carta en trocitos muy pequeños para evitar que alguien pudiera reconstruirla, y con el pie he empujado la maleta debajo de la cama porque estaba demasiado cansada como para deshacerla, y luego me he puesto a escribir esto. El dolor de Maurice se cuele en sus libros: en sus frases se puede oír el crujido de sus nervios que se retuercen. Pues bien, si el dolor es capaz de hacer de alguien un escritor, yo también estoy aprendiendo a serlo, Maurice. Me gustaría poder hablar contigo una sola vez. Con Henry no puedo hablar. No puedo hablar con nadie. Amado Dios, permíteme hablar con alguien.

Ayer me compré un crucifijo, uno barato y feo porque lo tuve que comprar a toda prisa. Me puse roja cuando lo pedí en la tienda, ya que alguien podría verme comprándolo. En esas tiendas deberían poner cristales esmerilados en la puerta como hacen en las tiendas donde venden preservativos. Cuando me encierro con llave en mi dormitorio puedo sacarlo del fondo de mi joyero. Ojalá me supiera una oración que no fuera yo, yo, yo, mí, mí, mí, me, me, me. Ayúdame. Déjame ser feliz. Haz que me muera pronto. Me, me, me. Mí, mí, mí.

Déjame pensar en la horrible mancha que tiene Richard en la mejilla. Déjame ver la cara de Henry cuando las lágrimas ruedan por sus mejillas. Deja que me olvide de mí. Amado Dios, he intentado amarte, pero lo he liado

todo. Si supiera amarte, también sabría amarlos a todos ellos. Creo en tu leyenda. Creo que naciste de verdad. Creo que quisiste morir por todos nosotros. Creo que eres Dios. Enséñame a amar. No me preocupa mi dolor; lo que no puedo soportar es el dolor de todos ellos. Deja que mi dolor se haga eterno, pero no dejes que ellos sufran. Amado Dios, si pudieras descender de la cruz por un momento y dejar que me pusiera yo en tu lugar. Si yo pudiera sufrir como sufres tú, yo también podría sanar a los demás.

4 de febrero de 1946.

Henry se ha tomado un día libre en el trabajo. No sé por qué. Me ha invitado a almorzar y luego hemos ido a la National Gallery y después hemos cenado temprano y hemos ido al teatro. Ha sido como un padre que se presentara en el colegio para llevarse a su hijo de paseo. Solo que él era el hijo.

5 de febrero de 1946.

Henry tiene pensado que los dos hagamos un viaje al extranjero en primavera. Todavía no ha decidido si prefiere visitar los castillos del Loira o ir a Alemania, donde podría redactar un informe sobre la moral de los alemanes bajo los bombardeos. Yo nunca quiero que llegue la primavera. Y ya volvemos a lo mismo de siempre: yo quiero; yo no quiero. Si pudiera amarte a Ti, podría amar también a Henry. Dios se hizo hombre. Y se convirtió en Henry con su astigmatismo y en Richard con su marca de nacimiento, además de en Maurice. Si pudiera amar las llagas de un leproso, ¿no podría llegar a amar también lo aburrido que es Henry? Pero imagino que me apartaría de un leproso si lo tuviera delante de mí, del mismo modo que me niego a dejar entrar a Henry en mi vida. Siempre me inclino por el melodrama: creo estar dispuesta a soportar el dolor que sentiste en la cruz, pero luego no me atrevo a soportar veinticuatro horas de mapas y de guías Michelin. Amado Dios, no sirvo para nada. Sigo siendo la misma zorra y la misma farsante. Quítame ya de en medio.

6 de febrero de 1946.

Hoy he vivido una escena terrible con Richard. Me estaba hablando de las contradicciones que hay entre las diversas iglesias cristianas, y yo estaba intentando escucharle, pero no lo lograba y él se ha dado cuenta. De repente me ha dicho:

—¿A qué viene usted aquí?

Antes de que pudiera recuperarme de la sorpresa, le he contestado:

—A verle a usted.

—Creía que venía usted a aprender —ha dicho, y yo le he replicado que eso era justamente lo que buscaba.

He visto que no me creía y he pensado que se sentiría herido en su orgullo y se enfadaría conmigo, pero no se ha enfadado en absoluto. Se ha levantado de su silla barata, se ha acercado y se ha sentado junto a mí en el sofá estampado, por el lado que no me dejaba ver su mejilla desfigurada.

—Para mí significa mucho poder verla cada semana —me ha dicho.

Enseguida me he dado cuenta de que tenía la intención de declararme su amor. Me ha puesto la mano sobre la muñeca y me ha preguntado:

—¿Le caigo bien?

—Sí, claro que sí; si no, no vendría aquí a verle.

—Entonces, ¿querría casarse conmigo? —me ha preguntado, y su orgullo le ha impulsado a hacerme la pregunta como si estuviera ofreciéndome otra taza de té.

—Henry podría oponerse a esa idea —he dicho, procurando tomármelo a broma.

—Por nada del mundo va a querer dejar a Henry, ¿no?

Furiosa, he pensado: si no lo he dejado para irme con Maurice, ¿por qué diablos te atreves a imaginar que vaya a abandonarlo por ti?

—Estoy casada.

—Eso no significa nada ni para usted ni para mí.

—Oh, sí que significa —he dicho. Al fin y al cabo, tenía que decírselo antes o después. Y lo he hecho—: Creo en Dios y en todo lo demás. Usted me ha enseñado a hacerlo. Usted y Maurice.

—No la entiendo.

—Mire, usted me ha dicho siempre que los curas le enseñaron a perder la fe. Pues bien, también puede ocurrir a la inversa.

Se ha mirado sus hermosas manos (al menos le quedan las manos) y ha dicho muy despacio:

—No me importa lo que usted crea. Por mí, puede usted creerse todas las sartas de mentiras de esa gente. La amo, Sarah.

—Lo siento.

—La amo a usted mucho más de lo que odio todo eso que hablamos. Si tuviera hijos con usted, dejaría que usted los corrompiese.

—No debería decir eso.

—No soy rico. El único soborno que puedo ofrecerle es renunciar a mi fe.

—Amo a otra persona, Richard.

—Usted no puede amar de verdad a esa persona si se siente obligada a respetar la promesa idiota que hizo.

—He hecho todo lo que he podido para romper esa promesa, pero nunca lo he logrado —he contestado, desconsolada.

—¿Me toma por loco?

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Por confiar en que alguien pueda amar a un hombre que tiene esto en la cara. —Ha vuelto hacia mí su mejilla desfigurada—. Usted cree en Dios, pero eso es muy fácil. Usted es hermosa y no tiene nada que reprochar a nadie. Pero ¿cómo puedo amar a un Dios que le hizo este regalo a un niño?

—Querido Richard, esto no es una desgracia irremediable...

He cerrado los ojos y he apretado mis labios contra su mejilla. Por un instante he sentido náuseas porque odio la deformidad, pero él se ha mantenido en su sitio, sin decir nada, y ha dejado que lo besara. He pensado: estoy besando el dolor y el dolor te pertenece a Ti, mientras que la felicidad, en cambio, nunca es cosa tuya. Te amo en tu dolor. He creído notar un sabor a sal y a metal en la piel, y he pensado: qué bueno eres. Podrías habernos matado con la felicidad, pero prefieres que lleguemos a Ti a través del dolor.

He notado que se apartaba bruscamente de mí y he abierto los ojos.

—Adiós —me ha dicho.

—Adiós, Richard.

—No vuelva. No puedo soportar su lástima.

—No es lástima.

—Me he portado como un idiota.

He salido de su casa. No me habría servido de nada quedarme más tiempo. No he podido decirle que le envidiaba porque llevaba consigo, fuera adonde fuese, la marca del dolor, así que cada día podía verte a Ti en el espejo en vez de ver esa anodina cosa humana que llamamos belleza.

10 de febrero de 1946.

No tengo ninguna necesidad de escribirte ni de hablar contigo: así empezaba una carta que Te escribí hace algún tiempo. Pero me sentí tan avergonzada de mí misma que la hice pedazos, porque me parecía una cosa estúpida escribirte una carta a Ti, que lo sabes todo antes de que yo misma lo sepa. Antes de amarte a Ti, ¿llegué a amar a Maurice tanto como lo amo ahora? ¿O era a Ti a quien he amado durante todo el tiempo? ¿Te estaba tocando a Ti cuando lo tocaba a él? ¿Y podría haberte tocado a Ti, si antes no lo hubiera tocado a él como nunca antes había tocado a Henry ni a nadie más? Y él me amó y me tocó como nunca antes lo había hecho con otra mujer. Pero ¿me quería a mí o en realidad te amaba a Ti? Porque él odiaba las cosas que hay en mí que Tú también odias. Desde el primer momento, sin saberlo, había tomado partido por Ti. Tú querías que nos separásemos y él también lo quería. Se esforzaba por lograrlo con sus celos y su rabia, y también se esforzaba por lograrlo con su amor. Porque él me dio tanto amor, y yo le di tanto amor a él, que al final, cuando terminamos, no nos quedó nada más que Tú. Ni a él ni a mí. Podría haberme pasado toda la vida derrochando un poquito de amor, escatimándolo por aquí y por allá y entregándoselo a un hombre u otro. Pero incluso la primera vez, en aquel hotel cerca de Paddington, gastamos todo lo que teníamos. Tú estabas allí, enseñándonos a malgastar igual que le enseñaste al hombre rico, para que un día no nos quedara nada más que el amor que sentimos por Ti. Pero Tú eres demasiado bueno para mí. Cuando te pido dolor, me das paz. Dásela también a él. Dale mi paz, ya que él la necesita mucho más que yo.

12 de febrero de 1946.

Hace dos días tuve una gran sensación de paz y serenidad y amor. La vida prometía volver a ser feliz, pero anoche soñé que estaba subiendo por una

escalinata para ver a Maurice, que estaba arriba. Yo seguía siendo feliz porque cuando llegara arriba íbamos a hacer el amor. Le grité que estaba llegando, pero no me contestó la voz de Maurice: fue la de un desconocido que retumbó como las sirenas de niebla que avisan del peligro a los barcos que han extraviado el rumbo, y eso me asustó. Pensé: se ha ido de su apartamento y se ha marchado de aquí y no sé dónde está, y al bajar las escaleras el agua me llegaba hasta la cintura y el recibidor estaba envuelto en niebla. Y entonces me desperté. Ahora ya no estoy tranquila. Lo quiero como lo quería en los viejos tiempos. Quiero comer sándwiches con él. Quiero estar tomando una copa en un bar con él. Estoy cansada y no quiero sufrir más dolor. Quiero a Maurice. Quiero un amor corruptible y humano y normal. Amado Dios, sabes que necesito querer Tu dolor, pero no lo quiero ahora. Apártalo de mí por un tiempo y dámelo en otro momento.

LIBRO CUARTO

1

Tuve que dejar de leer. Continuamente había tenido que saltarme los pasajes que me resultaban demasiado dolorosos. Lo que yo buscaba era averiguar cosas sobre Dunstan, aunque no tantas como había descubierto, pero ahora que lo había leído todo, la cuestión había retrocedido tanto en el tiempo que era como una fecha intrascendente en un libro de historia. Todo aquello ya no tenía ninguna importancia para mí. La entrada que no podía quitarme de la cabeza era muy reciente, de solo una semana antes: «Quiero a Maurice. Quiero un amor corruptible y humano y normal».

Pensé que aquello era lo único que podía darle. Yo no conocía ninguna otra clase de amor, pero si ella creía que lo había malgastado todo, se equivocaba. Aún quedaba lo suficiente para nuestras dos vidas, sobre todo cuando pensaba en aquel día en que ella se había puesto a hacer la maleta y yo estaba trabajando aquí, sin saber que tenía la felicidad al alcance de la mano. Me alegró no haber sabido nada en su momento y ahora me alegraba saberlo. Porque ahora podía actuar. Dunstan no tenía ninguna importancia. El jefe de vigilancia antiaérea tampoco. Descolgué el teléfono y marqué el número.

Contestó la doncella.

—Soy el señor Bendrix. Quisiera hablar con la señora Miles.

Me pidió que esperara un momento. Mientras aguardaba a oír la voz de Sarah sentí que me había quedado sin aliento, como si estuviera llegando al final de una larga carrera de velocidad, pero la voz que oí fue de nuevo la voz de la doncella, que me dijo que Sarah no estaba en casa. No sé por qué, no la creí. Esperé cinco minutos y después, distorsionando la voz con un pañuelo extendido sobre el auricular, volví a llamar.

—¿Estaría el señor Miles?

—No, señor.

—¿Podría hablar entonces con la señora Miles? Sir William Mallock al aparato.

Hubo solo una pausa muy breve y Sarah contestó.

—Buenas noches. Aquí la señora Miles.

—Lo sé —dije—, conozco tu voz, Sarah.

—¿Eres tú? Yo creía que...

—Sarah, ahora mismo voy a verte.

—No, por favor, no lo hagas. Escúchame, Maurice: estoy en cama. Tengo que hablar desde mi dormitorio.

—Mejor que mejor.

—No seas tonto, Maurice. Estoy enferma.

—Entonces, más razón para que nos veamos. ¿Qué te pasa, Sarah?

—No es nada, solo un resfriado muy fuerte. Escúchame, Maurice. —Fue espaciando sus palabras como si fuera una institutriz y eso me alteró los nervios—. Por favor, no vengas. No puedo verte.

—Te amo, Sarah, y ahora mismo voy a verte.

—No estaré aquí. Saldré de casa. —Pensé que si iba corriendo solo tardaría cuatro minutos en cruzar el parque y ella no tendría tiempo de vestirse y salir—. Voy a decirle a la doncella que no deje entrar a nadie.

—Esa mujer no tiene la complexión de un matón de bar. Y a mí me tendrá que impedir el paso un matón, Sarah.

—Por favor, Maurice... Te lo pido por favor. Hace mucho tiempo que no te pido nada.

—Salvo que una vez me pediste que fuera a almorzar contigo.

—Maurice, no me encuentro nada bien. Hoy no puedo verte. La semana que viene...

—Ya han pasado demasiadas semanas. Quiero verte ahora mismo. Esta misma noche.

—¿Por qué, Maurice?

—Porque me quieres.

—¿Y cómo lo sabes?

—Eso da igual. Quiero pedirte que te vengas a vivir conmigo.

—Bueno, eso te lo puedo responder por teléfono. Y mi respuesta es no.

—No puedo tocarte por teléfono, Sarah.

—Maurice, cariño, haz el favor: prométeme que no vas a venir.

—Ahora mismo voy.

—Escúchame, Maurice. Estoy muy mal. Y hoy tengo un dolor muy fuerte. No quiero levantarme.

—No tienes por qué.

—Te juro que me levantaré de la cama y me vestiré y saldré de casa si no me prometes que...

—Sarah, esto es mucho más importante para nosotros dos que un resfriado.

—Por favor, Maurice, por favor... Henry volverá enseguida.

—Pues que vuelva.

Y colgué el teléfono.

Era una noche mucho más desapacible que cuando un mes antes me había topado con Henry. Ahora caía cellisca en vez de lluvia. Eran goterones puntiagudos, casi en forma de nieve, que parecían abrirse paso a cuchilladas a través de los ojales de la gabardina, y que oscurecían tanto la luz de las farolas del parque que era imposible correr, aunque de todos modos yo no puedo correr por culpa de mi cojera. Eché de menos mi linterna de la época de la guerra, ya que me llevó unos ocho minutos llegar a la casa del lado norte. Estaba a punto de cruzar la calzada cuando la puerta se abrió y Sarah salió a la calle. Pensé, jubiloso, que ahora iba a ser mía. Y supe con una certeza absoluta que antes de que se terminara la noche los dos habríamos vuelto a dormir juntos. Y una vez que se hubiera reanudado aquella costumbre, todo podría volver a empezar de nuevo. Nunca la había conocido como la conocía en aquel momento y nunca la había amado tanto. Pensé: cuanto más conocemos a una persona, más la amamos. Al fin había regresado al territorio de la confianza mutua.

Ella tenía tanta prisa, y la cellisca era tan fuerte, que no me vio al otro lado de la amplia calzada. Giró a la izquierda y se alejó a toda prisa. Pensé que al poco rato tendría que detenerse a descansar en algún sitio y que allí podría acorralarla. La seguí a unos veinte metros de distancia sin que ella volviera la vista atrás en ningún momento. Bordeó el parque y pasó junto al estanque y la librería que había sido bombardeada durante la guerra, como si se dirigiera al metro. Si se hacía necesario, pensé, me atrevería a hablar con ella incluso en medio de un vagón atiborrado. Bajó por las escaleras del metro y se dirigió a las taquillas, pero no llevaba bolso y cuando rebuscó en los

bolsillos descubrió que no tenía dinero suelto, ni siquiera las tres monedas de medio penique que le habrían permitido viajar a cualquier sitio hasta la medianoche. Volvió a subir las escaleras y cruzó la calle por donde circulan los tranvías. En su mente, un mundo había dejado de rodar, pero otro se le había aparecido y se dirigía hacia él. Yo me sentía triunfante. Ella tenía miedo, pero no de mí, sino de ella misma y de lo que iba a suceder cuando nos viéramos. Pensé que ya había ganado la partida y que podía darme el lujo de sentir una cierta lástima de mi víctima. Tuve el impulso de decirle: «No te preocupes, no tienes nada que temer: los dos seremos felices dentro de nada porque la pesadilla casi se ha terminado».

Pero entonces la perdí de vista. Confiando demasiado en mí mismo, le había dejado cobrar la delantera. Había cruzado la calle veinte metros por delante de mí (yo me había retrasado a causa de mi cojera al subir las escaleras), y luego pasó un tranvía y ella desapareció de mi vista. Quizá había doblado a la izquierda y se había metido en High Street, o bien había seguido recto por Park Road. El caso es que no la veía. No me preocupé demasiado, porque si no la encontraba aquel día, la encontraría al siguiente. Ahora que conocía la absurda historia de su promesa, ahora que estaba seguro de su amor, no tenía ninguna duda de ella. Cuando dos personas se aman, acaban durmiendo juntas; era una fórmula matemática que había sido puesta a prueba y demostrada por la experiencia humana.

Había un cine de la cadena ABC en High Street y me asomé a mirar. No estaba allí. Entonces recordé la iglesia que hay en la esquina de Park Road y enseguida me di cuenta de que tenía que haberse metido allí. Seguí adelante y, en efecto, allí estaba, sentada en un banco de las naves laterales, muy cerca de una columna y de una horrible estatua de la Virgen. No estaba rezando; simplemente estaba sentada, con los ojos cerrados. Pude verla gracias a la luz de las velas que ardían ante la estatua, ya que toda la iglesia estaba a oscuras. Me senté detrás de ella, tal como había hecho el señor Parkis, y esperé. Ahora que sabía el final de la historia podría haberla esperando durante años y años. Estaba empapado y tenía frío, pero me sentía muy feliz; incluso podía mirar con misericordia el altar y la figura que colgaba en él. Sarah nos ama por igual a los dos, pensé, pero si se plantea un conflicto entre una imagen y un hombre, yo sé muy bien quién va a ganar. Al fin y al cabo, yo podía poner mi mano

sobre el muslo de Sarah o mi boca sobre su pecho; él, en cambio, estaba aprisionado detrás del altar y no podía moverse para hacer valer su causa.

De pronto, Sarah empezó a toser y tuvo que sujetarse el costado con la mano. Vi que estaba sufriendo un fuerte dolor y no fui capaz de dejarla sola en medio de aquel sufrimiento. Me senté a su lado y le puse la mano sobre la rodilla; ella siguió tosiendo. Pensé: ojalá alguien tuviera una mano capaz de curar. Cuando se terminó el acceso de tos, me dijo: «Por favor, ¿por qué no me dejas en paz?».

—Nunca voy a dejarte en paz —contesté.

—¿Qué te ha pasado, Maurice? El otro día, en el almuerzo, no eras así.

—Estaba muy enfadado. No sabía que me amabas.

—¿Y por qué estás tan seguro de que te amo? —preguntó, aunque no apartó mi mano de su rodilla.

Como ahora ya no quería que hubiera más mentiras entre nosotros, le conté que el señor Parkis le había robado el diario.

—Vaya cosa fea —dijo.

—Es cierto.

Empezó a toser de nuevo y cuando terminó estaba tan agotada que tuvo que apoyar el hombro contra mí.

—Cariño —dije—, todo ha terminado. Ya no tendremos que esperar más. Nos vamos a ir los dos juntos.

—No —dijo.

Le rodeé el hombro con el brazo y le toqué el pecho.

—Vamos a empezar de nuevo —dije—. He sido un mal enamorado, Sarah, y todo por culpa de mi inseguridad. No confiaba en ti ni te conocía lo suficiente. Pero ahora me siento seguro.

No dijo nada, aunque seguía recostada contra mi hombro. Me pareció que estaba dándome su aprobación.

—Te diré lo que vamos a hacer —continué—. Vuelve a casa y métete en cama unos cuantos días. Nadie puede viajar con un resfriado como el que tienes. Te llamaré a diario para ver cómo estás. Cuando te hayas recuperado, iré a tu casa y te ayudaré a hacer las maletas. No nos quedaremos en Londres: tengo un primo en Dorset que tiene una casita de campo vacía que podremos usar. Pasaremos unas semanas allí para descansar. Terminaré mi libro y luego

ya nos ocuparemos de los abogados. Los dos necesitamos descansar. Estoy agotado y estoy harto de no poder estar contigo, Sarah.

—Yo también.

Sarah hablaba tan bajo que yo no habría sido capaz de entender la frase si no estuviera acostumbrada a oírla, porque era como una sintonía que había sonado a lo largo de toda nuestra relación, desde el mismo día que hicimos el amor en el hotel de Paddington. «Yo también» significaba la soledad, las penas, las decepciones, el placer y la desesperación: en una palabra, la necesidad de compartirlo todo.

—No nos va a sobrar el dinero —dije—, pero tampoco pasaremos apuros. Me han encargado una biografía del general Gordon y el anticipo nos permitirá vivir decentemente unos tres meses. Después ya tendré lista la novela y podré cobrar el anticipo. Los dos libros saldrán este año y con lo que nos den podremos vivir hasta que tenga listo el siguiente. Contigo a mi lado trabajaré sin parar. Y ya verás que dentro de nada voy a dar el gran salto. Tendré un éxito de ventas con una novela vulgar, y tú odiarás que lo tenga y yo también odiaré tenerlo, pero podremos comprarnos muchas cosas y darnos nuestros caprichitos y divertirnos a base de bien, porque estaremos los dos juntos.

De repente me di cuenta de que se había quedado dormida. Agotada por la caminata, se había dormido con el cuerpo apoyado contra mi hombro, como antes le había pasado docenas de veces en taxis y en autobuses o en los bancos del parque. Me quedé quieto y la dejé tranquila. No había nada que la molestara en la iglesia a oscuras. Las velas ardían en torno a la figura de la Virgen y no había nadie más aparte de nosotros dos. El dolor que se iba apoderando del brazo sobre el que ella reclinaba el cuerpo fue el mayor placer que he experimentado en mi vida.

Los niños se dejan influenciar, según dicen, por las palabras que les susurramos cuando están dormidos, así que empecé a susurrarle a Sarah, en voz tan baja que no pudiera despertarla, confiando en que mis palabras fueran hundiéndose de forma hipnótica en su mente inconsciente. «Te amo, Sarah», susurré. «Nadie te ha amado nunca tanto como yo. Seremos felices los dos. Henry solo sufrirá por su amor propio, pero el amor propio se cura muy pronto. Se buscará una nueva rutina con la que pueda sustituirte y tal vez se

dedique a coleccionar monedas griegas. Nos vamos a ir, Sarah, nos vamos a ir.» Dejé de hablar cuando empecé a pensar si debería comprarme una maleta nueva. Y justo entonces ella se despertó con un nuevo ataque de tos.

—Me he quedado dormida —dijo.

—Tienes que irte a casa, Sarah. Has cogido frío.

—Yo no tengo casa, Maurice —dijo—. Y no quiero irme de aquí.

—Hace mucho frío.

—No me importa el frío. Y todo está a oscuras. Cuando todo está a oscuras, me lo puedo creer todo.

—Pues entonces cree en nosotros dos.

—Eso es justamente lo que quería decir.

Cerró de nuevo los ojos. Miré el altar, y con una sensación de triunfo, como si el crucificado fuera un rival viviente, pensé: «Ya ves, estos son los argumentos que acaban triunfando», y rocé delicadamente el pecho de Sarah con los dedos.

—Seguro que estás muy cansada —dije.

—Muchísimo.

—No deberías haber huido de mí.

—No estaba huyendo de ti. —Apartó el hombro de mí—. Y ahora, Maurice, vete, por favor.

—Deberías meterte en cama.

—Ahora me iré. No voy a regresar contigo y quiero despedirme de ti aquí mismo.

—Prométeme que no vas a quedarte mucho tiempo.

—Lo prometo.

—¿Me llamarás por teléfono?

Asintió con la cabeza, pero mirándose la mano que tenía caída sobre el regazo como si fuera algo que hubiera querido tirar a la basura. Ví que tenía los dedos cruzados.

—¿Me estás diciendo la verdad? —le pregunté, receloso. Le cogí la mano y le hice descruzar los dedos—. ¿No estarás planeando volver a escaparte de mí?

—Maurice, querido Maurice —dijo—, no tengo fuerzas para escaparme.

Empezó a llorar y se frotó los ojos con los puños como hacen los niños.

—Lo siento —dijo—. Y ahora vete. Por favor, Maurice, ten un poco de compasión.

Todo el mundo se cansa de fastidiar y de maquinar cosas: y yo no podía continuar haciéndolo después de haber oído aquella súplica. Le besé el pelo áspero y enmarañado, y cuando aparté la mano, me encontré con sus labios, salados y con el carmín corrido. «Que Dios te bendiga», dijo. Y pensé que aquella frase era la que había tachado en la carta que le había escrito a Henry. Siempre se dice «adiós» cuando otro dice «adiós», a menos que uno sea Smythe, pero en mi caso fue un acto involuntario devolverle su bendición; y aun así, cuando salía de la iglesia y me di la vuelta y la vi acurrucada frente a las velas, como un mendigo que hubiera entrado a refugiarse del frío, pude imaginar que hubiera un Dios que la bendijese, o incluso un Dios que la amase de verdad. Cuando empecé a escribir nuestra historia, creí haber empezado a escribir una historia de odio, pero de algún modo el odio se ha disipado y todo lo que sé es que ella, a pesar de sus fallos y a pesar de su inconstancia, era mucho mejor que la mayoría de los hombres. Y es justo que al menos uno de nosotros dos crea en ella, ya que ella nunca llegó a creer en sí misma.

2

A lo largo de los días siguientes tuve que hacer un gran esfuerzo para conservar el sentido común. Ahora, además, tenía que trabajar para mantenernos a los dos. Por la mañana me imponía una cuota mínima de setecientas cincuenta palabras para la novela, aunque por lo general lograba escribir unas mil palabras antes de que dieran las once. Es tan asombroso el efecto que obra en nosotros la esperanza, que la novela que durante el último año se me había resistido avanzaba ahora a toda velocidad hacia su conclusión. Yo sabía que Henry solía irse al trabajo a eso de las nueve y media, así que lo más probable era que Sarah me llamara entre esa hora y las doce y media. Y como últimamente Henry había adoptado la costumbre de almorzar en su casa (de eso me había informado Parkis), era imposible que me llamara antes de las tres de la tarde. Por lo tanto, decidí revisar todo el trabajo del día y despachar mi correspondencia hasta las doce y media, ya que a partir de esa hora me libraba de la angustia de la espera (aunque el desánimo jamás me abandonaba). Después, hasta las dos y media, disponía del tiempo suficiente para trabajar en la sala de lectura del British Museum, tomando notas para la biografía del general Gordon. Sin embargo, me costaba mucho concentrarme en la lectura y en la labor de documentación, a diferencia de lo que me ocurría con la novela, porque mis recuerdos de Sarah se inmiscuían en mi trabajo sobre la vida del general y sobre la actividad de los misioneros cristianos en China. Me preguntaba a menudo por qué me habrían propuesto escribir aquella biografía, pues habría sido mucho mejor que eligieran a un escritor que creyera en el mismo Dios en el que creía el general Gordon. A decir verdad, yo admiraba la desesperada resistencia del general en Jartum, igual que su odio hacia los políticos que le daban órdenes desde la confortable seguridad de su tranquila vida en la metrópoli, pero la Biblia que él siempre tenía en su escritorio pertenecía a una dimensión moral que no era la mía. Se me ocurrió que a lo mejor el editor esperaba que mi visión cínica del cristianismo de Gordon causara un *succès de scandale*. Pero, si era así, yo no

tenía ninguna intención de complacerle: el Dios de Gordon también era el Dios de Sarah, y yo no estaba dispuesto a arrojar piedras contra el fantasma que ella creía amar. En aquel periodo de mi vida yo no sentía ningún odio hacia Dios, ya que, al fin y al cabo, ¿no había demostrado ser mucho más poderoso que él?

Un día, en la sala de lectura, cuando me estaba comiendo los sándwiches —en los que a veces quedaban marcas de mis lápices de mina imborrable—, una voz conocida me saludó desde el escritorio de enfrente, en un tono amortiguado por respeto a nuestros compañeros de trabajo.

—Espero que vaya todo bien, señor, y le ruego que disculpe esta intromisión.

Levanté la vista por encima de mi escritorio y divisé el inconfundible bigote.

—Todo bien, Parkis, muchas gracias. ¿Le apetece un sándwich ilícito?

—Oh, no, de ninguna manera.

—Venga, hombre. Imagínese que está incluido en la lista de gastos semanales.

Cogió un sándwich a regañadientes y, al abrirlo, lo observó con una especie de reacción de temor, como si hubiese aceptado una moneda que resultó ser de oro:

—¡Pero si es jamón de verdad!

—Mi editor me ha mandado una lata desde Estados Unidos.

—Es demasiado amable por su parte, señor.

—Todavía guardo su cenicero, Parkis —susurré, ya que uno de mis vecinos de mesa me había dirigido una mirada de desaprobación.

—Pero eso solo tiene un valor sentimental —susurró a su vez.

—¿Cómo está su hijo?

—Ha estado un poco indispuerto con vómitos y mareos.

—Me extraña encontrármelo aquí, Parkis. ¿Ha venido por trabajo? Espero que no nos esté vigilando a ninguno de nosotros.

No se me podía pasar por la cabeza que ninguno de aquellos polvorientos usuarios de la sala de lectura —hombres que se protegían del frío con sombreros y bufandas pese a que estaban en un lugar resguardado, el hindú que se empeñaba con gran esfuerzo en estudiar las obras completas de George

Eliot, o el hombre que siempre se quedaba dormido con la cabeza apoyada junto a la misma montaña de libros— pudiera estar relacionado con un drama de celos e infidelidades sexuales.

—Ah, no, en absoluto, señor. No he venido a trabajar. Hoy tengo el día libre y el chico ha vuelto por fin al colegio.

—¿Y qué está leyendo?

—Las crónicas de tribunales del *Times*, señor. Hoy estoy estudiando el caso Russell. En cierta forma, las crónicas sirven de apoyo al trabajo que hacemos, señor: nos permiten distanciarnos de los detalles superfluos. Llegué a conocer a uno de los testigos de este caso, señor. Coincidimos por un tiempo en la misma oficina. Solo que él ha logrado pasar a la historia, cosa que a mí no me ocurrirá jamás.

—Nunca se sabe, Parkis.

—Sí, sí se sabe, señor. Eso es lo más desalentador de todo. Mi mayor éxito fue el caso Bolton, pero la ley que prohíbe la publicación de los testimonios en los casos de divorcio supone un golpe mortal para las personas que ejercen nuestro oficio. El juez, señor, nunca quiere mencionar nuestro nombre, y por lo general se muestra siempre muy hostil hacia nuestra profesión.

—Nunca se me había ocurrido —comenté con simpatía.

Hasta el mismo Parkis era capaz de despertar la añoranza: yo nunca había podido verlo sin evocar de inmediato el recuerdo de Sarah. Volví a casa en metro, echando de menos la compañía que me faltaba, y mientras esperaba, muerto de impaciencia por si sonaba el teléfono, volví a comprobar que mi compañera me abandonaba de nuevo y la espera había sido en vano. A las cinco en punto marqué el teléfono, pero volví a colgar nada más oír el tono de llamada: temía que Henry hubiera vuelto ya a casa. Desde que yo había resultado vencedor, dado que Sarah me amaba y había decidido abandonar a Henry, yo ya no era capaz de hablar con él. Una victoria que se demora puede destrozarse los nervios con la misma intensidad que una prolongada derrota.

Pasaron ocho días antes de que sonara el teléfono. No fue a la hora del día que me imaginaba, ya que sonó antes de las nueve de la mañana, y cuando dije «¿Sí?», me contestó Henry.

—¿Bendrix? —preguntó. Había algo muy raro en su voz. Me pregunté si ella se lo habría contado todo.

—Sí, al aparato.

—Ha pasado una cosa terrible y tienes que saberlo: Sarah ha muerto. De qué forma tan convencional nos comportamos en esos momentos.

—Lo siento mucho, Henry —dije.

—¿Haces algo esta noche?

—No.

—Me gustaría que te pasaras a tomar una copa. No me apetece estar solo.

LIBRO QUINTO

1

Pasé la noche en casa de Henry: fue la primera vez que dormía en su casa. Solo tenían una habitación de invitados y la ocupaba Sarah (ella se había trasladado a aquella habitación una semana antes, para evitar molestar a Henry con sus toses), así que tuve que dormir en el sofá de la salita donde habíamos hecho el amor. Yo no quería pasar la noche allí, pero Henry me suplicó que me quedase.

Creo que entre los dos nos bebimos una botella y media de whisky. Recuerdo que Henry dijo:

—Qué raro es, Bendrix, que uno no pueda sentir celos de alguien que ha muerto. Hace solo unas horas que ha muerto y yo ya quería que estuvieras aquí conmigo.

—Ya no tenías motivos para estar celoso. Hace mucho tiempo que terminó todo.

—No quiero que me intentes consolar diciendo eso, Bendrix. Lo vuestro nunca terminó. Pero yo fui el afortunado porque ella fue mía durante todos estos años. ¿Me odias?

—No lo sé, Henry. Antes creía que sí; ahora no lo sé.

Estábamos en su estudio, con las luces apagadas. La chimenea de gas no tenía la suficiente potencia para que pudiéramos vernos las caras, de modo que solo me daba cuenta de los momentos de llanto de Henry por el tono de su voz. La estatuilla del Discóbolo apuntaba hacia nosotros desde la oscuridad.

—Cuéntame lo que ha pasado, Henry.

—¿Recuerdas la noche que nos vimos en el parque? Fue hace tres semanas, o quizá cuatro, ¿no? Aquella noche pilló un catarro muy fuerte, pero no quiso curárselo, y yo no me di cuenta de que tenía el pecho afectado. No hablaba con nadie de esas cosas.

Pensé que Sarah ni siquiera hablaba de esas cosas en su diario, donde no había ni una sola referencia a su enfermedad. No había querido perder tiempo hablando de sus males.

—Al final tuvo que meterse en cama —dijo Henry—, pero se empeñaba en levantarse continuamente y no quiso llamar a un médico. No creía en los médicos. Hace una semana se levantó y salió a la calle; Dios sabe adónde fue o por qué lo hizo. Dijo que necesitaba hacer ejercicio. Cuando llegué a casa vi que no estaba aquí. No volvió hasta las nueve y estaba mucho más empapada que la primera vez. Se ve que había estado caminando horas y horas bajo la lluvia. Tuvo fiebre alta durante toda la noche y estuvo delirando y hablando con alguien, no sé con quién; pero no era ni conmigo ni contigo, Bendrix. Al día siguiente llamé a un médico. Dijo que si le hubiera puesto penicilina una semana antes, podría haberla salvado.

Lo único que podíamos hacer era seguir sirviéndonos whisky. Pensé en el desconocido al que había hecho seguir por Parkis: al final aquel desconocido había acabado ganando la partida. No, pensé, yo no odiaba a Henry. Es a Ti a quien odio, si es que existes. Recordé lo que ella le había dicho a Richard Smythe: que yo le había enseñado a creer. Ni aunque me colgaran habría conseguido averiguar cómo lo había logrado, pero al pensar en todo lo que yo había echado a perder, también empecé a odiarme a mí mismo.

—Ha muerto a las cuatro de la madrugada —dijo Henry—. Yo no estaba con ella. La enfermera no me ha llamado a tiempo.

—¿Dónde está la enfermera?

—Ha hecho un trabajo muy eficiente. Tenía otro caso urgente que atender y se ha ido antes de la hora de comer.

—Me gustaría poder ayudarte en algo.

—Ya lo haces estando aquí conmigo. Ha sido un día horrible, Bendrix. ¿Sabes?, nunca había tenido que enfrentarme a una muerte. Y además, siempre imaginé que yo sería el primero en morir y que Sarah sabría muy bien lo que tenía que hacer conmigo. Suponiendo, claro, que se hubiera quedado a mi lado durante todo ese tiempo. En cierta forma es un trabajo de mujer, igual que tener un niño.

—Me imagino que el médico te habrá ayudado.

—Este invierno ha estado terriblemente ocupado. Él mismo ha tenido que llamar a la funeraria porque yo no sabía qué hacer. No tenemos un listín telefónico de profesionales. Pero el médico no es quién para decirme lo que tengo que hacer con la ropa, y Sarah tenía los armarios hasta los topes.

Polveras, perfumes... ¿Qué hago con todo eso: lo tiro a la basura? Ojalá tuviera una hermana que pudiera ayudarme...

Se interrumpió de golpe porque la puerta de entrada se abrió y se cerró, igual que había ocurrido aquella otra noche cuando Henry dijo que era la doncella y yo le dije que era Sarah. Nos pusimos a escuchar los pasos de la doncella subiendo la escalera. ¡Qué vacía puede llegar a quedarse una casa aunque haya tres personas dentro! Apuramos el whisky y serví otra copa.

—Tengo un montón de whisky —dijo Henry—. Sarah había localizado un buen proveedor que...

Pero una vez más volvió a interrumpir la frase: Sarah siempre lograba aparecerse al final de todos los caminos. Intentar rehuirla, aunque fuera durante unos segundos, no servía de nada. Pensé: ¿por qué nos has hecho esto? Si Sarah no hubiera creído en Ti, ahora estaría viva y nosotros dos seguiríamos siendo amantes. En aquel momento, al recordar mi antigua situación, me pareció triste e incomprensible que yo me hubiera sentido a disgusto con ella. Ahora la habría compartido de buena gana con Henry.

—¿Cuándo será el entierro? —pregunté.

—Bendrix, no sé qué hacer. Ha ocurrido una cosa muy extraña. La enfermera me ha dicho que, mientras deliraba, Sarah ha pedido un cura. O al menos no paraba de decir: «Padre, padre». Seguro que no se refería al suyo propio porque nunca llegó a conocerlo. Es evidente que la enfermera sabía que no somos católicos. Es una mujer muy inteligente y la calmó, pero estoy muy preocupado, Bendrix.

Pensé con rabia y amargura: al menos podrías haber dejado en paz al pobre Henry. Al fin y al cabo, llevábamos años haciendo nuestra vida sin Ti. ¿Por qué tuviste que empezar a entrometerte en nuestras vidas como un pariente lejano recién llegado de las antípodas?

—Viviendo en Londres —continuó Henry—, lo más fácil es la cremación. Antes de que la enfermera me contara eso, tenía pensado llevarla al crematorio de Golders Green. El hombre de la funeraria llamó al crematorio y logró que le hicieran un hueco a Sarah para pasado mañana.

—Estaba delirando —dije—. No tienes por qué tener en cuenta lo que dijo.

—A lo mejor tendría que consultarlo con un cura. ¡Sarah hacía tantas cosas a escondidas! Hasta es posible que se hubiera hecho católica. En realidad se había estado comportando de una forma muy rara durante estos últimos meses.

—No, no, Henry. Ella no creía en nada, igual que tú y que yo.

Yo quería que la incineraran, yo quería poder decir: «Atrévete a resucitar este cuerpo si es que puedes». A diferencia de los celos de Henry, los míos no se habían extinguido con la muerte de Sarah. Para mí era como si siguiera estando viva y viviera en compañía de un enamorado al que había preferido por encima de mí. Me habría encantado poder enviar a Parkis a seguirla para echarle a perder la eternidad.

—¿Estás del todo seguro?

—Del todo, Henry.

Pensé que tenía que actuar con sumo cuidado. Por nada del mundo debía comportarme como Richard Smythe y por nada del mundo debía empezar a odiar, porque si empezaba a odiar también estaría empezando a creer, y si yo empezaba a creer, el triunfo final sería Tuyo y de Sarah. Pero hablar de venganza y de celos no era más que simple teatro: una excusa para tener el cerebro ocupado y así poder olvidarme de lo irremediable de su muerte. Hace una semana solo habría tenido que decirle: «¿Recuerdas nuestra primera vez y que yo no tenía una moneda de un chelín para encender la calefacción?», y los dos habríamos evocado a la vez esa escena. Pero ahora yo era el único que podía evocarla. Ella había perdido para siempre todos nuestros recuerdos, y al morir, era como si me hubiera robado una parte de mí mismo. Yo estaba perdiendo mi individualidad. Y los recuerdos que iban desprendiéndose de mí como miembros gangrenados eran como la primera fase de mi propia muerte.

—Odio el barullo de las oraciones y de los sepultureros, pero si Sarah lo quiso así, yo intentaría organizarlo a su gusto.

—Pero ella quiso casarse en el registro civil —dije—, o sea que no habría querido un entierro cristiano.

—No, la verdad es que eso es cierto.

—El registro civil y la cremación son cosas que van juntas. —En la penumbra, Henry levantó la cabeza y me escrutó como si sospechara que había un atisbo de ironía en mis palabras—. Deja que yo me ocupe de todo en lugar

de hacerlo tú —le sugerí, igual que una vez, en aquella misma habitación, frente a la misma chimenea de gas, le había propuesto visitar al señor Savage en su lugar.

—Es muy amable de tu parte, Bendrix. —Sirvió en los vasos el último whisky que quedaba en la botella, con sumo cuidado y de forma equitativa.

—Son las doce —dije—. Deberías dormir un poco, si es que puedes.

—El médico me ha dado pastillas —dijo. Pero no quería quedarse solo. Sabía muy bien cómo se sentía, porque yo también, después de haber pasado un día con Sarah, hacía todo lo posible por postergar el regreso a la soledad de mi cuarto.

—Me olvido continuamente de que ha muerto —dijo Henry.

Yo también había experimentado aquella sensación durante todo el año 1945, el año malo, y me olvidaba al despertarme de que nuestra relación había terminado y de que el teléfono me traería cualquier voz menos la suya. En aquella época, ella había estado tan muerta para mí como lo estaba ahora. Pero al llegar el nuevo año, durante un mes o dos, un fantasma me había torturado con un doloroso atisbo de esperanza, solo que el fantasma se había desvanecido y el dolor se iba a extinguir muy pronto. Cada día yo iría muriendo un poquito más, pero era muy fuerte el deseo de retener aquel dolor. Siempre que uno sufra, uno puede creer que sigue vivo.

—Ve a acostarte, Henry.

—Me da miedo soñar con ella.

—No soñarás si te tomas las pastillas que te ha dado el médico.

—¿Quieres una, Bendrix?

—No.

—¿Te importaría quedarte a pasar la noche aquí? Hace un tiempo de perros.

—El tiempo me da igual.

—Pero me harías un gran favor.

—Entonces me quedo.

—Te bajaré sábanas y mantas.

—No te molestes, Henry.

Pero ya se había ido. Miré el suelo de parqué y recordé el tono exacto del grito que ella había exhalado. En el escritorio que usaba para escribir sus

cartas había un montón de cosas, y cada objeto me sugería una clave secreta para descifrarlo. Pensé que ni siquiera había tirado aquel guijarro: los dos nos habíamos reído de la forma que tenía, pero allí estaba el guijarro, como si fuera un pisapapeles. ¿Qué haría Henry con él? ¿Y con la botella de licor en miniatura que nos importaba un pimiento a los dos? ¿Y con un trozo de cristal pulimentado por el mar? ¿Y con el conejito de madera que me había traído de Nottingham? ¿Debería coger todos aquellos trastos y llevármelos a casa? Si no lo hacía, todos terminarían en el cubo de la basura cuando Henry se decidiera a hacer limpieza, pero ¿sería yo capaz de soportar su presencia a mi lado?

Estaba mirando todo aquello cuando Henry volvió a entrar cargado con las mantas.

—Se me ha olvidado decirte, Bendrix, que si hay alguna cosa que quieras llevarte... No creo que ella haya hecho testamento.

—Gracias, te lo agradezco.

—Soy yo el que debe estar agradecido a todos los que la han amado.

—Si puedo, me gustaría quedarme con esta piedrecita.

—Qué cosas más raras le gustaba guardar. Te he traído un pijama mío, Bendrix.

Henry olvidó traerme una almohada, y cuando tuve que apoyar la cabeza en uno de los cojines del sofá imaginé que estaba aspirando el perfume de Sarah. Estaba claro que ahora deseaba tener cosas que jamás podría volver a tener porque no había nada que pudiera sustituirlas. No lograba dormir. Me clavé las uñas en la palma de la mano, igual que había hecho ella, para que el dolor me impidiera tener la mente en funcionamiento, pero el péndulo de mi deseo iba oscilando de forma agotadora, pasando del deseo de olvidar al de recordar, del deseo de estar muerto al deseo de seguir vivo un poco más. Al final logré quedarme dormido. Soñé que iba caminando por Oxford Street y estaba preocupado porque tenía que comprar un regalo y todos los escaparates de las tiendas estaban repletos de alhajas baratas que brillaban bajo las luces ocultas. De vez en cuando creía ver algo bonito y me acercaba al escaparate, pero cuando miraba la alhaja de cerca resultaba ser un objeto tan artificial como todos los demás: tal vez un horrible pájaro verde con ojos rojos que fingían ser rubíes. Se me agotaba el tiempo y tenía que darme prisa. Pero de repente Sarah salió de una tienda y yo supe que me iba a ayudar. «¿Has

comprado algo, Sarah?» «Aquí no», me decía, «pero más abajo tienen unas botellitas maravillosas».

—No tengo tiempo —le suplicaba—, ayúdame, por favor. Tengo que encontrar algo porque mañana es el cumpleaños.

—No te preocupes, siempre acabas encontrando algo. En serio, no te preocupes.

Y de repente dejaba de preocuparme. Oxford Street desembocaba en un vasto campo gris invadido por la niebla; yo llevaba los pies descalzos, iba solo e iba pisando el rocío. Me desperté al tropezar con una zanja poco profunda, con la misma frase que seguía resonando en mis oídos: «No te preocupes», como si fuera un susurro que se hubiera alojado en mi oído, como un sonido llegado desde un verano de cuando era niño.

A la hora del desayuno Henry seguía durmiendo. La doncella a la que Parkis había logrado sobornar entró con una bandeja de café y tostadas para mí. Descorrió las cortinas y pude ver que la cellisca se había convertido en nieve deslumbrantemente cegadora. Yo estaba medio adormilado por la falta de descanso y por la alegría que me había proporcionado aquel sueño, pero me sorprendió que la mujer tuviera los ojos enrojecidos por las lágrimas. «¿Se encuentra mal, Maud?», le pregunté, pero ella depositó la bandeja frente a mí y salió enfadada de la habitación. En aquel momento me desperté del todo y me di cuenta de que estaba en una casa vacía y en un mundo vacío. Subí al piso de arriba y me asomé al cuarto de Henry. Estaba aún profundamente dormido a causa de las pastillas y sonreía como un perro. Sentí envidia de él. Luego bajé a la planta baja e intenté comerme las tostadas.

Sonó el timbre de la puerta y oí que la doncella acompañaba a alguien al piso de arriba: pensé que debía de ser el hombre de la funeraria, ya que luego se abrió la puerta de la habitación de invitados. Aquel tipo iba a verla muerta, cosa que yo no había hecho, pero yo tenía el mismo deseo de verla muerta que de sorprenderla en brazos de otro hombre. Hay gente que se excita con esas cosas, pero yo no: conmigo la muerte no iba a hacer de alcahueta. Conseguí centrar mis pensamientos, y se me ocurrió razonar que ahora que se había terminado todo, yo tenía que volver a empezar desde el principio. Si me había enamorado una vez, también podía enamorarme de nuevo. Pero ese

razonamiento no me convenció del todo: tenía la convicción de que había derrochado todo el sexo que poseía.

Volvió a sonar el timbre. Qué actividad reinaba en la casa mientras Henry seguía durmiendo. Esta vez Maud entró a verme.

—Hay un caballero que pregunta por el señor Miles, pero no quiero despertarlo.

—¿Quién es?

—Es el amigo de la señora Miles —dijo, y por primera vez reconoció haber tomado parte en nuestra innoble complicidad.

—Es mejor que le deje subir —dije. Ahora que yo estaba ocupando el estudio de la casa de Sarah y llevaba puesto el pijama de Henry y sabía muchas cosas de Smythe, en tanto que él no sabía nada de mí, yo me sentía muy por encima de él. Smythe me miró perplejo mientras los copos de nieve resbalaban de su ropa y caían sobre el parqué.

—Nos conocemos. Soy amigo de la señora Miles.

—Ah, sí, usted iba con un chico.

—Correcto.

—He venido a ver al señor Miles —dijo.

—¿Se ha enterado de lo que ha pasado?

—Por eso mismo he venido.

—Ahora está durmiendo. El médico le ha dado pastillas para dormir. — Y añadí como un idiota—: Esto nos ha dejado conmocionados a todos.

Smythe inspeccionó la estancia. En Cedar Road, recién salida de la nada, Sarah era tan volátil como un sueño. Pero aquella habitación le daba solidez porque también formaba parte de Sarah. La nieve iba amontonándose en el antepecho de la ventana como si alguien arrojara tierra con un azadón. Nuestra estancia también iba a ser enterrada como Sarah.

—Volveré en otro momento —dijo.

Se dio la vuelta, apesadumbrado, y apartó la vista dejando ver su mejilla desfigurada. Pensé que allí era donde se habían posado los labios de Sarah. Ella siempre se dejaba llevar por la lástima.

—He venido a ver al señor Miles para decirle cuánto lo siento... — repitió, estúpidamente.

—En estas ocasiones lo habitual suele ser enviar una nota de condolencia.

—Pensé que tal vez podría ayudarle en algo —dijo con voz débil.

—No hace falta que intente convertir al señor Miles.

—¿Convertir? —preguntó, incómodo y confuso.

—Convertirlo al hecho de que no va a quedar nada de ella. Al fin absoluto. A la aniquilación definitiva.

—¡Quería verla! ¡Por eso he venido! —exclamó de repente.

—El señor Miles ni siquiera sabe que usted existe, Smythe. No es muy considerado por su parte haber venido aquí.

—¿Cuándo es el entierro?

—Mañana en Golders Green.

—Eso no es lo que ella habría preferido —dijo, y su frase me tomó por completo desprevenido.

—Ella no creía en nada, igual que usted dice no creer en nada —contesté.

—¿Cómo es posible que no se hayan enterado? Se había hecho católica.

—Eso son tonterías.

—Me envió una nota en la que me lo contaba. Se había decidido. Y nada que yo pudiera decirle la habría hecho cambiar de opinión. Estaba empezando a ir a catequesis. ¿No es esa la palabra que usan?

Pensé que Sarah seguía teniendo sus secretos. No había contado nada de aquello en su diario, del mismo modo que no había contado nada de su enfermedad. ¿Qué más cosas íbamos a descubrir de ahora en adelante? Solo de pensar en ello me sentí desesperado.

—Eso fue muy duro para usted, ¿no?

Quise hacerle daño, intentando transmitirle el mismo dolor que sentía yo.

—Ah, sí, claro que me irritó. Pero no todos podemos creer las mismas cosas.

—Eso no es lo que usted solía decir en otro tiempo.

Me miró como si no fuera capaz de entender mi hostilidad.

—¿No será usted por casualidad Maurice?

—Sí.

—Ella me habló de usted.

—Y yo he leído cosas acerca de usted. Se ve que nos engañó a los dos.

—Desde luego, yo no fui muy sensato con ella. —Y luego añadió—: ¿Le parece bien que la vea?

Oí las pesadas botas del hombre de la funeraria bajando por la escalera, y el crujido en el peldaño de siempre.

—Está en el piso de arriba. La primera puerta a la izquierda.

—¿Y si el señor Miles...?

—No lo despertará, no se preocupe.

Cuando volvió a bajar, yo ya me había vestido.

—Gracias —me dijo.

—No me dé las gracias. Ella ya ha dejado de ser mía igual que en su día dejó de ser de usted.

—Sé que no tengo ningún derecho a pedírselo —dijo— , pero me gustaría que... Sé que usted la amaba. —Y añadió enseguida, como si se estuviera tomando una cucharada de una medicina muy amarga—: Ella también lo amaba a usted.

—¿Qué está intentando insinuar?

—Me gustaría pedirle que hiciera algo por ella.

—¿Por ella?

—Permita que la entierren según el rito católico. Es lo que ella hubiera querido.

—¿Y qué importa eso ahora? ¿Va a hacer que cambie algo?

—Para ella no va a cambiar nada. Pero a nosotros sí que nos compensa ser generosos.

—¿Y yo qué tengo que ver con todo eso?

—Ella siempre decía que su marido le tenía un gran respeto a usted.

Estaba apretando demasiado la tuerca del absurdo. Me habría gustado estallar en carcajadas hasta hacer añicos la mortal quietud que invadía aquella estancia. Me senté en el sofá y me dejé llevar por un estallido de risa. Pensé en Sarah, muerta en el piso de arriba, y en Henry durmiendo con una sonrisa estúpida dibujada en el rostro, y en el enamorado con la marca de nacimiento en la mejilla discutiendo sobre el entierro con el amante que había contratado al señor Parkis para que echara polvos especiales en el timbre de su puerta. Mientras me reía a carcajadas las lágrimas rodaban por mis mejillas. Una vez, durante los bombardeos, vi a un hombre que no podía dejar de reírse a

carcajadas frente a la casa donde habían quedado sepultados su mujer y su hijo.

—No entiendo nada —dijo Smythe.

Levantó el puño como si se dispusiera a defenderse de un ataque. Pero es que había tantas cosas que ni él ni yo entendíamos... El dolor era como una explosión inexplicable que nos había arrojado el uno en brazos del otro.

—Tengo que irme —dijo, y posó la mano izquierda sobre la manecilla de la puerta. Se me ocurrió una idea de lo más disparatada porque nunca se me había pasado por la cabeza que fuera zurdo.

—Perdóneme usted —dije—. Estoy deshecho. Todos estamos deshechos.

Le tendí la mano. Vaciló, aunque luego la rozó con su mano izquierda.

—Smythe —dije—, ¿qué lleva en la mano? ¿Ha cogido algo de la habitación?

Abrió la mano y me mostró un mechón de pelo.

—Esto —dijo.

—No tenía usted derecho a coger nada.

—Pero es que ella ya no pertenece a nadie —dijo, y de golpe la vi tal como ella era ahora: un desperdicio a punto de ser eliminado. ¿Por qué no arrancarle un manojo de pelo, si lo necesitabas, o por qué no arreglarle las uñas, si le dabas valor a esas cosas? Al igual que les pasaba a los santos, la gente se podría repartir sus huesos, si es que alguien tenía necesidad de ellos. Si dentro de poco iban a incinerarla, ¿por qué no iba la gente a llevarse lo que quisiera de ella? Qué tonto había sido yo durante aquellos tres años al creer que había poseído de algún modo a Sarah. Nadie posee a nadie. Ni siquiera nosotros nos poseemos a nosotros mismos.

—Lo siento —dije.

—¿Sabe usted lo que me escribió? —preguntó Smythe—. Fue hace solo cuatro días.

Pensé con tristeza que había tenido tiempo de escribirle a él, aunque a mí ni siquiera me había llamado por teléfono.

—Me escribió: «Rece por mí». ¿No le parece raro que me pidiera a mí que rezara por ella?

—¿Y qué hizo usted?

—Ah —contestó—, cuando me enteré de que había muerto, recé por ella.

—¿Y se sabe usted alguna oración?

—No.

—Entonces no parece muy correcto rezar a un Dios en el que uno no cree.

Salí de la casa poco después que él: no tenía sentido quedarme más tiempo hasta que se despertara Henry. Tarde o temprano tendría que enfrentarse al hecho de que ahora estaba solo, igual que me había pasado a mí. Miré a Smythe, que cruzaba el parque por delante de mí, avanzando a trompicones, y pensé que era un tipo histérico. La incredulidad, lo mismo que la fe, podía ser una consecuencia de la histeria. La nieve húmeda, que se había fundido en los lugares por donde pasaba la gente, se me filtraba a través de las suelas de los zapatos y me recordaba el rocío que había pisado en sueños; pero cuando intenté recordar la voz que decía «No te preocupes», descubrí que no tenía memoria auditiva de ninguna clase. Por mucho que lo intentara, no conseguía recordar cómo era su voz. Ni siquiera era capaz de caricaturizarla. Y cuando intentaba recordarla, me salía una voz anónima como cualquier otra voz de mujer. Estaba claro que había iniciado el proceso de olvidarme de ella. Deberíamos conservar discos de gramófono con las voces de las personas amadas, igual que conservamos sus fotografías.

Subí por los peldaños rotos y entré en el vestíbulo. Lo único que seguía siendo igual que aquella noche de 1944 eran los cristales emplomados. Nadie sabe cuál va a ser el comienzo de nada. Sarah creía de verdad que el final empezó cuando vio mi cuerpo. Nunca habría querido reconocer que el final había empezado mucho antes: cuando disminuyeron las llamadas telefónicas por esta o por cualquier otra razón equivocada, o cuando yo me enzarzaba en mis peleas con ella porque me había dado cuenta del peligro de que se agotara nuestro amor. Los dos habíamos empezado a mirar lo que había más allá del amor, aunque yo era el único consciente del rumbo al que nos veíamos arrastrados. Si la bomba hubiera caído un año antes, Sarah no habría hecho su promesa, sino que se habría destrozado las uñas intentando liberarme de los escombros. Cuando nos acercamos hacia nuestro final como seres humanos, procuramos engañarnos con la fe en Dios, como un *gourmet* que pide salsas cada vez más raras para acompañar la comida. Miré el recibidor, limpio como una celda, horrible a causa de la pintura verde que le habían puesto, y pensé que ella me había querido dar una segunda oportunidad y que ahora la tenía

justo delante de mí: una vida vacía, sin olores, antiséptica, la vida de una cárcel. Se lo recriminé como si sus plegarias hubieran obrado ese cambio. ¿Qué llegué a hacerte para que me condenaras a la vida? Las nuevas escaleras y la nueva barandilla crujían mientras subía los escalones. Ella nunca subió por la escalera reparada. Hasta los arreglos de la casa formaban parte del proceso de olvidarla. Hace falta un Dios que exista al margen del tiempo para que pueda recordar cómo eran las cosas antes de que cambiaran por completo. Me pregunté si seguía amándola o si solamente echaba de menos el amor.

Entré en mi cuarto y me encontré una carta de Sarah sobre el escritorio.

Llevaba muerta veinticuatro horas y había estado inconsciente desde hacía más tiempo aún. ¿Cómo era posible que una carta hubiera tardado tanto en cruzar un tramo del parque? Pero luego vi que Sarah había puesto un número equivocado en la dirección de mi casa, y entonces volvió a salir a flote la vieja amargura de siempre. Dos años atrás no se habría confundido de número.

La idea de ver su letra me causaba tanto dolor que estuve a punto de quemar la carta en la chimenea de gas, pero la curiosidad suele ser más poderosa que el dolor. La carta estaba escrita a lápiz, ya que debió de escribirla en la cama.

«Queridísimo Maurice —decía—, quería escribirte la otra noche, después de que te fueras, pero no me sentía bien cuando llegué a casa y además Henry se enfadó conmigo por haber salido. Te escribo en vez de llamarte por teléfono. No puedo llamarte porque no quiero oír cómo se te cambia la voz cuando me oigas decir que no me voy a ir contigo. Porque no me voy a ir contigo, Maurice, mi queridísimo Maurice. Te amo, pero no quiero volver a verte. No sé cómo voy a sobrevivir con este dolor y este deseo de verte, y le rezo todo el tiempo a Dios para que no sea cruel conmigo y no me mantenga más tiempo con vida. Mi muy querido Maurice, como todo el mundo, yo también quiero tenerlo todo aunque eso sea imposible. Hace dos días, antes de que me llamas por teléfono, fui a ver a un cura y le dije que quería hacerme católica. Le conté lo de mi promesa y se lo conté todo sobre ti. Le dije que en realidad yo ya no estaba casada con Henry: desde el primer año que pasé contigo, Henry y yo ya no dormíamos juntos. Y además le dije que mi matrimonio no era una boda de verdad, ya que nadie podía casarse en un

registro civil. Le pregunté si podía hacerme católica y casarme contigo. Yo sabía que no te importaría casarte en una ceremonia religiosa. Cada vez que le hacía una pregunta al cura me invadía la esperanza: era como abrir las ventanas de una casa nueva para ver el paisaje que tenían delante; pero al final resultó que todas las ventanas daban a un muro ciego. No, no, no, imposible — decía el cura—, usted no se puede casar con ese hombre. Y tampoco podía seguir viéndote, sobre todo si quería hacerme católica. Al diablo con ellos, pensé, y salí a toda prisa de la habitación dando un portazo para hacerle ver lo que pensaba de los curas. Para mí estaba claro que los curas se interponían entre nosotros y Dios. Al fin y al cabo, Dios es mucho más misericordioso que ellos. Luego, al salir de la iglesia, vi el crucifijo que tenían colgado allí, y entonces pensé que sí, que él era misericordioso, solo que era una clase de misericordia tan rara que a veces parecía un castigo. Maurice, amor mío, tengo una jaqueca horrible y me siento morir. Me gustaría no ser tan fuerte como un toro. No quiero vivir sin ti, y sé que un día me toparé contigo en el parque y ese día mandaré a paseo a Henry y a Dios y todo lo demás. Pero ¿de qué servirá, Maurice, de qué servirá? Creo que hay un Dios, creo en toda la sarta de mentiras, no hay ninguna que no me crea, e incluso si dividieran la Trinidad en doce partes, yo me la seguiría creyendo. Si se descubriera un documento que probase que Jesús fue un invento de Pilatos, que necesitaba un ascenso y lo consiguió gracias a ese engaño, yo seguiría creyendo en Jesús. Se me ha contagiado la fe como si fuera una enfermedad. He caído en la fe igual que antes caí en el amor. Nunca he amado a nadie como te amo a ti, y nunca he creído en nada como ahora creo. Ahora estoy segura del todo, mientras que antes nunca estuve segura de nada. Cuando apareciste en la puerta con la cara manchada de sangre, estuve segura del todo. De una vez y para siempre, aunque en su día yo no lo supiera. Y eso que luché contra la fe durante mucho más tiempo del que me pasé luchando contra el amor. Solo que ahora ya no me quedan fuerzas para luchar.

»Querido Maurice, no te enfades. Apiádate de mí, pero no te enfades. Soy una farsante y una impostora, pero en esto no hay ni un átomo de farsa ni de impostura. Creía estar segura de mí misma y de lo que estaba bien y estaba mal, pero tú me enseñaste a no estar segura de nada. Hiciste que me desprendiera de todas las mentiras y todos los engaños con que me embaucaba

a mí misma, igual que cuando limpian una carretera de escombros para dejar vía libre a un personaje de importancia, y ahora ese personaje acaba de llegar, pero fuiste tú quien le abriste paso. Cuando escribes procuras ser exacto, y por eso me enseñaste a desear la verdad, y por eso me señalabas cada ocasión en que yo no estaba diciendo la verdad. Solías decir: ¿te crees eso de verdad, o únicamente te crees que lo crees? De modo que todo ha sido culpa tuya, Maurice. Y rezo a Dios para que no me mantenga con vida si tengo que seguir viviendo de esta manera.»

La carta terminaba así. Se diría que Sarah se las había arreglado para que sus plegarias fueran atendidas incluso antes de haber sido formuladas, porque ¿no empezó a morir esa noche, cuando llegó a su casa después de haber caminado bajo la lluvia y me encontró charlando con Henry? Si yo estuviera escribiendo una novela, haría que terminara aquí. Una novela, tal como solía pensar yo, tenía que terminar en algún sitio; pero ahora estoy empezando a creer que mi realismo ha errado el tiro durante todos estos años, porque ahora no hay nada en la vida que parezca tener fin. Los químicos dicen que la materia no se destruye por completo, y los matemáticos dicen que, si se divide por la mitad cada paso que uno da hasta el otro extremo de una habitación, uno nunca llega al otro lado, así que yo sería un optimista sin remedio si creyera que esta historia termina aquí. Pero no lo soy. Y además, igual que Sarah, yo también desearía no ser tan fuerte como un toro.

2

Llegué tarde al funeral. Había quedado en el centro con un hombre llamado Waterbury que iba a escribir un artículo sobre mi obra en una de esas pequeñas revistas literarias. Eché una moneda al aire para decidir si debía ir a verlo o no: conocía de sobra las frases pomposas con que llenaba sus artículos, los sentidos ocultos que descubría en mis libros y de los que yo era por completo inconsciente, y los defectos que yo mismo había visto mucho antes que él. Al final, con la actitud condescendiente típica de su gremio, situaría mi obra un poquitín por encima de... la de Maugham, solo porque Maugham es famoso y yo no he cometido aún ese crimen; aún no, de momento, pero a pesar de que conservo una pizca del prestigio elitista de los escritores que no tienen éxito, las pequeñas revistas, como los buenos detectives, tienen un olfato especial para seguirles el rastro.

¿Por qué eché la moneda al aire? A decir verdad, no me interesaba en absoluto ver a Waterbury ni quería que escribieran un artículo sobre mi obra. Ahora mismo ya he agotado el interés que antes sentía por mi trabajo, y no hay reseña elogiosa que me complazca ni crítica feroz que pueda hacerme daño. Cuando empecé a escribir la novela sobre el alto funcionario todavía estaba interesado en mi obra, pero cuando Sarah me dejó empecé a valorarla por lo que en realidad era: una droga sin importancia, algo así como el tabaco, que ayudaba a hacer pasar las semanas y los años. Si nos vamos a extinguir con la muerte, tal como aún intento creer, ¿qué sentido tiene dejar a la posteridad unos libros en lugar de unos frascos de perfume, unas prendas de ropa o unas baratijas? Y si Sarah está en lo cierto, qué poca importancia tiene toda la supuesta importancia del arte. De modo que eché la moneda al aire simplemente porque me sentía solo. No tenía nada que hacer antes del funeral y necesitaba animarme tomando una o dos copas (puede que a uno le deje de importar su obra, pero jamás deja de preocuparse por las convenciones, según las cuales un hombre no debe perder la compostura llorando en público).

Waterbury me estaba esperando en una taberna especializada en jerez que hay cerca de Tottenham Court Road. Llevaba pantalones de pana negra y fumaba cigarrillos baratos, e iba acompañado por una chica mucho más alta y mucho más guapa que él y que llevaba los mismos pantalones y fumaba los mismos cigarrillos. Era muy joven y se llamaba Sylvia, y uno se daba cuenta enseguida de que la chica había emprendido una larga carrera de estudios empezando por el curso dedicado a Waterbury, dado que estaba en la fase de imitar todo lo que hacía su maestro. Me pregunté qué iba a ser de aquella chica tan guapa, con aquellos ojos vivaces y benévolo y con aquella cabellera tan dorada como el pan de oro. ¿Se acordaría al cabo de diez años de Waterbury y de aquella taberna cerca de Tottenham Court Road? Me dio lástima de él. Estaba muy orgulloso de sí mismo y se comportaba con extrema condescendencia con la chica y conmigo, pero estaba claro que militaba en el bando de los perdedores. En un momento dado, mientras yo estaba tomando un sorbo de jerez, mi mirada se cruzó con la de la chica justo en el instante en que él hacía un comentario rimbombante sobre el flujo de conciencia, y se me ocurrió que incluso en aquel mismo momento me resultaría facilísimo arrebátarsela. Al fin y al cabo, sus artículos venían envueltos en papel, mientras que mis libros se editaban en tapa dura con un forro de tela. Ella, seguro, sabía que podía aprender mucho más conmigo que con él. Y aun así, el pobre diablo tenía la cara dura de menospreciarla cada vez que ella hacía un simple comentario sin pretensiones intelectuales. Me hubiera gustado advertirle del triste futuro que le esperaba, pero en vez de hacerlo pedí otra copa y dije: «No puedo quedarme mucho tiempo. Tengo que ir a un funeral en Golders Green».

—¡Un funeral en Golders Green! —exclamó Waterbury—. Qué apropiado para uno de sus personajes. Tenía que ser Golders Green, claro que sí.

—Yo no elegí el sitio.

—La vida imita al arte.

—¿Es el funeral de un amigo? —preguntó Sylvia con afecto, y Waterbury la fulminó con una mirada de desaprobación por lo irrelevante que era su pregunta.

—Sí.

Vi que la chica estaba cavilando. ¿Sería un hombre? ¿Una mujer? ¿Y qué clase de amigo? Aquello me gustó, pues para ella yo era un ser humano y no solo un escritor: un hombre cuyos amigos se morían y que tenía que acudir a sus funerales, un hombre que sentía placer y dolor, un hombre que incluso necesitaba ser consolado, y no únicamente un artesano que conocía su oficio y cuya obra, tal vez, suscitaba más simpatías que la de Maugham, aunque por supuesto no pudiéramos situarla en el mismo nivel que...

—¿Qué opina usted de Forster? —preguntó Waterbury.

—¿Forster? Uy, lo siento. Estaba calculando cuánto tardaré en llegar a Golders Green.

—Calcule unos cuarenta minutos —dijo Sylvia—. Tendrá que tomar el metro que va a Edgware.

—Forster —repitió Waterbury, irritado.

—Y al llegar a la estación tendrá que tomar un autobús —dijo Sylvia.

—Oye, Sylvia, Bendrix no ha venido aquí a hablar del trayecto a Golders Green.

—Lo siento, Peter, pensaba que...

—Cuenta hasta seis antes de pensar, Sylvia —dijo Waterbury—. Y ahora, ¿podríamos volver al tema de E. M. Forster?

—¿Es necesario? —pregunté.

—Sería interesante, ya que usted y él pertenecen a escuelas literarias muy distintas.

—¿Forster pertenece a una escuela literaria? Ni siquiera sabía que yo mismo perteneciera a una. ¿Está preparando usted un manual de literatura?

Sylvia sonrió y Waterbury captó su sonrisa. A partir de aquel momento supe que iba a afilar el hacha de la crítica cuando escribiera el artículo, pero me dio igual. La indiferencia y el orgullo se parecen mucho, y supongo que él debió de imaginar que yo era una persona orgullosa.

—Ahora sí que tengo que irme —dije.

—Pero solo ha estado cinco minutos con nosotros. Para mí es muy importante que este artículo salga bien.

—Para mí lo importante es no llegar tarde a Golders Green.

—No veo la razón.

—Voy a Hampstead —intervino Sylvia—. Puedo acompañarle y así le indico el camino, si quiere.

—No me habías dicho nada —dijo Waterbury, receloso.

—Pero si sabes que todos los miércoles voy a ver a mi madre.

—Pero hoy es martes.

—Pues así no tendré que ir mañana.

—Es muy amable de su parte —dije—. Me apetece que me acompañe.

—Usted usó la técnica del flujo de conciencia en una de sus novelas —dijo Waterbury con ansiosa rapidez—. ¿Por qué abandonó esa técnica?

—Pues no lo sé. ¿Por qué se cambia uno de piso?

—¿Pensó que al usarla no había logrado lo que pretendía?

—Pienso eso de todas mis novelas. Bueno, adiós, Waterbury.

—Le enviaré una copia de mi artículo —dijo, como si me estuviera lanzando una amenaza.

—Gracias.

—No tardes, Sylvia. A las seis y media dan el concierto de Bartok en Radio 3.

Cruzamos juntos la zona bombardeada de Tottenham Court Road.

—Gracias por haber disuelto la reunión —dije.

—Ah, bueno, sabía que usted tenía ganas de irse.

—¿Cuál es su apellido?

—Black.

—Sylvia Black —dije—. Es una buena combinación. Casi demasiado buena.

—¿Era una persona muy amiga de usted?

—Sí.

—¿Una mujer?

—Sí.

—Lo siento —dijo, y tuve la impresión de que estaba diciendo la verdad. Todavía le quedaba mucho que aprender en materia de libros y de música, y también acerca de cómo tenía que vestirse y conversar, pero nunca tendría que aprender humanidad. Bajó conmigo al metro atiborrado de gente y nos agarramos del asa uno al lado del otro. Al sentirla a mi lado se reavivó mi deseo. ¿Sería siempre así a partir de ahora? No deseo, sino una simple

reactivación del deseo. En Goodge Street se dio la vuelta para hacerle sitio a un pasajero que acababa de subir al vagón, y noté que su muslo se pegaba a mi pierna con la misma sensación con que uno recuerda algo que sucedió hace mucho tiempo.

—Es el primer funeral al que voy —dije para tener un motivo de conversación.

—Entonces, su padre y su madre están vivos, ¿no?

—Mi padre sí, pero mi madre murió cuando yo estaba interno en el colegio. Pensé que me darían unos días de permiso, pero mi padre no quiso molestarme con la ceremonia y al final no fui. Lo único que sucedió aquella noche, cuando me dieron la noticia, es que no tuve que participar en la hora obligatoria de estudio.

—No me gustaría que me incineraran —dijo Sylvia.

—¿Prefiere que se la coman los gusanos?

—Sí.

Teníamos las cabezas tan juntas que podíamos hablar sin levantar la voz, pero no podíamos vernos las caras por la presión de la gente que había a nuestro alrededor.

—A mí me da igual una forma que otra —dije.

Al instante me pregunté por qué me había tomado la molestia de decir esa mentira, porque a mí me había importado, tenía que haberme importado, ya que al final fui yo el que convenció a Henry para que no la enterraran.

3

La tarde anterior, Henry había flaqueado. Me telefoneó pidiéndome que fuera a verlo. Era extraño comprobar hasta qué punto nos había acercado la muerte de Sarah. Ahora él dependía de mí tanto como antes había dependido de Sarah, puesto que yo era la clase de persona a la que le tenía confianza y con la que no le resultaba difícil convivir. A veces yo hasta fingía fantasear con la idea de que, una vez terminado el funeral, Henry me propondría compartir la casa, aunque yo no sabía aún qué respuesta podría darle. Desde el punto de vista del olvido de Sarah, era imposible elegir entre una casa u otra, ya que ella había pertenecido a las dos.

Cuando llegué, Henry seguía amodorrado por las drogas, cosa que me facilitó mucho las cosas. En su estudio, sentado muy rígido en el filo de un sillón, había un sacerdote. Era un hombre de rostro enjuto y pálido, probablemente uno de los redentoristas que los domingos rendían culto al infierno en la umbría iglesia donde había visto por última vez a Sarah. Era evidente que llevaba un buen rato discutiendo con Henry y eso me ayudó.

—Es el señor Bendrix, el escritor —dijo Henry, presentándonos—. Este es el padre Crompton. El señor Bendrix era un buen amigo de mi esposa.

Tuve la impresión de que el padre Crompton conocía ya esa circunstancia. Su nariz le recorría el rostro como el contrafuerte de una fortaleza y se me ocurrió que tal vez fuese el hombre que le había cerrado a Sarah, de un portazo, todas las puertas de la esperanza.

—Buenas tardes —dijo el padre Crompton de tan mala gana que sentí que la campanilla y los cirios no podían andar muy lejos de nosotros.

—El señor Bendrix me ha ayudado muchísimo con todas las gestiones —explicó Henry.

—Si lo hubiera sabido, yo mismo podría haberme encargado de todo.

Hubo un tiempo en que yo odiaba a Henry, pero ahora aquel odio me parecía mezquino. Henry era tan víctima como yo, y el vencedor era aquel hombre adusto con el estúpido alzacuellos.

—No creo que usted pudiera haberse encargado de las gestiones porque ustedes se oponen a la cremación —dije.

—Pero yo podría haber organizado un sepelio católico.

—Pero ella no era católica.

—Había manifestado su deseo de convertirse.

—¿Basta con eso para considerarla católica?

El padre Crompton se expresó por medio de una fórmula. Y nos la presentó como si fuera un billete de banco.

—Reconocemos el bautismo por deseo.

El billete se quedó frente a nosotros, esperando que alguien lo cogiera. Nadie hizo ademán de cogerlo.

—Aún hay tiempo para cancelar todas sus disposiciones —dijo el padre Crompton. Y repitió—: Yo mismo me encargaré de todo. —Lo hizo en un tono admonitorio, como si estuviera dirigiéndose a Lady Macbeth con la promesa de ofrecerle un producto de limpieza de manos mucho más eficiente que los perfumes de Arabia.

—¿Realmente importa tanto? —dijo Henry de repente—. Por supuesto que no soy católico, padre, pero no veo que...

—Ella se habría sentido mucho más feliz.

—¿Por qué?

—La Iglesia entraña privilegios, señor Miles, del mismo modo que exige responsabilidades. Hay misas especiales para nuestros difuntos. Y oraciones que rezamos periódicamente. Nosotros nos acordamos de nuestros muertos.

Pensé, enfurecido: ¿y cómo recordáis a los muertos? Vuestras teorías están bien. Predicáis la importancia del individuo. Decís que Dios sabe cuál es el número exacto de nuestros cabellos, pero yo todavía siento la presencia de los cabellos de Sarah en la palma de la mano, y recuerdo muy bien la pelusilla que le cubría la parte inferior de la columna vertebral cuando estaba tendida boca abajo en mi cama. Nosotros, a nuestra manera, también recordamos a nuestros muertos.

Al ver que Henry flaqueaba, mentí con firmeza:

—No tenemos ningún motivo para creer que quería hacerse católica.

—Pero también es cierto que la enfermera nos dijo... —balbuceó Henry.

Le interrumpí.

—Sí, pero en ese momento ella ya estaba delirando.

—Nunca se me habría pasado por la cabeza irrumpir en su casa si no tuviera un motivo muy serio, señor Miles —dijo el padre Crompton.

—Yo tengo una carta de la señora Miles escrita menos de una semana antes de morir —le dije—. ¿Cuándo la vio usted por última vez?

—Más o menos en ese mismo tiempo. Hará unos cinco o seis días.

—Me parece muy raro que no me dijera nada del asunto en la carta.

—Tal vez, señor..., señor Bendrix, no fuera usted una persona de su absoluta confianza.

—Tal vez, padre, se dedique usted a extraer conclusiones precipitadas. Hay gente que se interesa por su fe y que les hace consultas a ustedes sin que ello signifique necesariamente que quiera hacerse católica.

Me volví hacia Henry.

—Sería ridículo cambiarlo todo ahora. Ya hemos dado las instrucciones. Ya hemos mandado las invitaciones. Sarah nunca fue una fanática. Sería la última persona en desear la menor molestia por culpa de un simple capricho. Después de todo —continué, con los ojos fijos en Henry—, será una ceremonia perfectamente cristiana. Y eso que Sarah no era siquiera cristiana, o al menos no nos dio ninguna prueba de ello. En cualquier caso, puedes darle dinero al padre Crompton para que diga una misa.

—No hace falta. Esta mañana ya he dicho una misa en su memoria.

Mientras hablaba, hizo un movimiento con las manos sobre el regazo, el único gesto que vino a turbar su rigidez; fue como ver que un muro muy sólido temblaba y se tambaleaba tras la caída de una bomba.

—Y voy a seguir recordándola todos los días en misa —añadió.

—Se lo agradezco mucho, padre —comentó Henry aliviado, como si aquello fuera a zanjar el asunto.

Acto seguido, le acercó una pitillera.

—Decirle esto ahora puede sonarle raro e impertinente, señor Miles, pero no creo que se dé usted cuenta de que su mujer era una persona extraordinaria.

—Ella lo era todo para mí —dijo Henry.

—Muchísima gente la quería —añadí yo.

El padre Crompton volvió la vista hacia mí como el director de un colegio al oír que un mocoso situado al fondo del aula le interrumpió la clase.

—A lo mejor no la quisieron lo suficiente —dijo.

—Bueno —corté—, volvamos al asunto que estábamos discutiendo. Ahora no creo que debamos cambiar las cosas, padre. La gente podría empezar a rumorear. Y no creo que te haga gracia que la gente empiece a rumorear, ¿no es cierto, Henry?

—Oh, no, claro que no.

—Ya hemos publicado la esquila en el *Times*. Y ahora tendríamos que añadir una corrección. La gente se fija mucho en estas cosas, y luego empieza a hablar. Después de todo, eres una persona conocida, Henry. Y luego tendríamos que enviar telegramas. Hay mucha gente que ya ha mandado las coronas de flores al crematorio. Ya ve usted lo que eso supondría, padre.

—Pues la verdad es que no lo veo.

—Lo que usted nos pide no es nada razonable.

—Usted parece tener un código de valores muy raro, señor Bendrix.

—Pero no es posible, padre, que usted crea que la incineración vaya a impedir la resurrección del cuerpo.

—Claro que no. Pero ya les he explicado mis razones. Y si al señor Miles no le parecen convincentes, no tengo nada más que decir.

Se levantó del sillón y resultó ser un hombre muy feo. Sentado, conservaba al menos la prestancia del poder a pesar de que tenía las piernas demasiado cortas con respecto al cuerpo; pero cuando se puso en pie demostró tener una talla ridícula. Daba la impresión de que se hubiera alejado muchísimo de nosotros.

—Si hubiera venido antes, padre... —dijo Henry—. Pero, por favor, no crea usted que...

—No pienso nada malo de usted, señor Miles.

—¿Y qué piensa usted de mí, padre? —pregunté con deliberada impertinencia.

—No se preocupe, señor Bendrix. A ella, nada de lo que usted haga podrá ya afectarla.

Supongo que el confesionario enseña a los hombres a reconocer el odio. El cura le tendió la mano a Henry, pero a mí me dio la espalda. Yo quería

decirle: «Se equivoca usted conmigo, padre: yo no odio a Sarah. Y se equivoca usted también con Henry: él es el corruptor, y no yo». Y también quería defenderme diciéndole: «Yo la amaba», porque el confesionario tiene que enseñar también a los hombres a reconocer esa emoción.

4

—La próxima parada es Hampstead —dijo Sylvia.

—¿Tiene que bajarse aquí para ir a ver a su madre?

—Puedo seguir hasta Golders Green para indicarle el camino. Hoy no es el día en que suelo ir a verla.

—Eso sería una obra de caridad —dije.

—Creo que va a tener que tomar un taxi si quiere llegar a tiempo.

—Pero no creo que pase nada si llego con la ceremonia empezada.

Me acompañó hasta la salida de la estación y luego dijo que tenía que regresar. Me extrañó que se hubiera tomado tantas molestias por mí: nunca he creído poseer una sola cualidad que pueda hacerme atractivo ante las mujeres, y mucho menos en un momento como aquel. El dolor y el desengaño actúan como el odio: fuerzan a los hombres a volverse feos a causa de la autocompasión y la amargura. Y además, qué egoístas nos hacen. Yo no tenía nada que ofrecerle a Sylvia y nunca podría ser uno de sus profesores; pero me daba miedo enfrentarme a la siguiente media hora de mi vida y a los rostros que iban a escrutar mi soledad intentando captar por mi actitud cuál había sido mi relación con Sarah y quién había dejado a quién, y sentí que necesitaba la belleza de aquella chica para darme ánimos.

—Pero no puedo acompañarle con esta ropa —protestó cuando le pedí que no se fuera. Vi que le había complacido mucho que le pidiera que me acompañara, y entonces supe que se la podía arrebatarse a Waterbury en el momento que quisiera. La arena del reloj de aquel hombre se había agotado. Si yo quisiera, tendría que escuchar él solito el concierto de Bartok.

—Nos quedaremos en la parte de atrás —dije—. La tomarán por una desconocida que se ha asomado a ver qué pasa.

—Por lo menos son negros —dijo, refiriéndose a sus pantalones.

En el taxi dejé la mano sobre su pierna como si fuera una promesa, pero no tenía ninguna intención de cumplirla. La torre del crematorio echaba humo y los charcos del camino de grava estaban medio congelados. Había un montón

de desconocidos y supuse que venían de una incineración anterior. Todos tenían el aire enérgico y alegre de la gente que ha conseguido salir de una reunión aburrida y ahora puede dedicarse a hacer algo mucho más divertido.

—Es por aquí —dijo Sylvia.

—Parece conocer muy bien este sitio.

—Hace dos años trajimos aquí a papá.

Cuando llegamos a la capilla todo el mundo se estaba yendo. Las preguntas de Waterbury sobre el flujo de la conciencia me habían retrasado más de la cuenta. Sentí una rara punzada de dolor convencional, ya que al final no había podido despedirme de Sarah, y pensé descorazonado que el humo que flotaba sobre los jardines de los suburbios era el suyo. Henry salió sin saludar a nadie, solo. Había estado llorando y no me vio. Yo no conocía a nadie, excepto a sir William Mallock, que llevaba sombrero de copa. Me lanzó una mirada ceñuda y pasó de largo. Había media docena de hombres con aspecto de funcionarios. ¿Sería Dunstan uno de ellos? Pensé que aquello ya no tenía importancia. Algunos hombres iban acompañados de sus esposas; al menos ellas tenían un motivo de alegría al acudir a la ceremonia, a juzgar por los sombreritos que se habían puesto. La muerte de Sarah les había quitado a todas una preocupación de la cabeza.

—Lo siento mucho —dijo Sylvia.

—No es culpa suya.

Pensé que, si pudiéramos haber embalsamado a Sarah, las mujeres no se habrían podido quitar aquella preocupación de la cabeza. Aunque solo fuera un cuerpo muerto, sus maridos habrían tenido una referencia por la cual seguir juzgando a sus esposas.

Smythe salió y se alejó a toda prisa, sin hablar con nadie, metiendo los pies en los charcos. Oí que una mujer decía: «Los Carter nos han invitado a pasar en su casa el fin de semana del día 10».

—¿Preferiría que me fuera? —preguntó Sylvia.

—No, no —contesté—. Me gusta que esté conmigo.

Me acerqué a la puerta de la capilla y me asomé a su interior. La rampa con la cinta que transportaba el ataúd al horno estaba vacía, y al mismo tiempo que alguien se llevaba las viejas coronas de flores, alguien más estaba colocando las nuevas. Una viejecita estaba arrodillada, rezando

incongruentemente como un actor de otra escena al que hubiera sorprendido el levantamiento inesperado del telón. Una voz conocida dijo a mis espaldas:

—Es para mí una dolorosa satisfacción encontrarle aquí, señor, donde todo lo pasado, pasado está para siempre.

—Ha venido usted, Parkis —exclamé.

—Vi la esquila en el *Times*, señor, así que le pedí permiso al señor Savage para tomarme la tarde libre.

—¿Tiene usted la costumbre de seguir a la gente hasta un sitio como este?

—Era una dama encantadora, señor —replicó con tono de reproche—. Una vez, en la calle, me preguntó el camino, sin saber, claro está, la razón de mi presencia en las inmediaciones. Y en la recepción en su casa ella misma me ofreció una copita de jerez.

—¿Jerez sudafricano? —le pregunté, desconsolado.

—No sabría decirle, señor, pero ¡de qué manera me tendió la copita! Había muy pocas mujeres como ella. Y mi chico... él tampoco para de hablar de ella.

—¿Cómo está su hijo, Parkis?

—No está bien, no está nada bien. Tiene violentos dolores de estómago.

—¿Ha ido al médico?

—Todavía no, señor. Creo que es mejor que la naturaleza siga su curso. Hasta cierto punto, por supuesto.

Eché un vistazo a los grupos de extraños que habían conocido a Sarah.

—¿Quién es esa gente, Parkis? —pregunté.

—A la señorita no la conozco, señor.

—Viene conmigo.

—Le pido disculpas. El hombre que se aleja hacia el horizonte es sir William Mallock, señor.

—A ese lo conozco.

—El caballero que acaba de sortear un charco, señor, es el jefe del departamento del señor Miles.

—¿Dunstan?

—En efecto, señor.

—Cuántas cosas sabe usted, Parkis.

Yo creía que los celos habían muerto con ella, y hasta llegué a creer que sería capaz de compartirla con toda clase de hombres si ella pudiera volver a la vida; pero ver a Dunstan despertó en mí, por unos segundos, el antiguo odio.

—Sylvia —dije en voz muy alta, como si Sarah pudiera oírme—, ¿dónde va usted a cenar esta noche?

—Le prometí a Peter que...

—¿Quién es Peter?

—Waterbury.

—Olvídese de él.

¿Estás ahí?, le pregunté a Sarah, ¿me estás viendo? Pues mira qué bien me desenvuelvo sin ti. No es nada difícil. Mi odio era capaz de creer en su supervivencia; mi amor, en cambio, sabía que ella tenía ahora la misma existencia que un pájaro muerto.

La capilla se estaba llenando con los asistentes a un nuevo funeral, y la mujer arrodillada frente a la rampa de los ataúdes se levantó, toda confusa, al ver que entraban unos desconocidos. A punto estuvo de verse sorprendida en la cremación equivocada.

—Bueno, supongo que puedo avisarle por teléfono.

El odio y el tedio amenazaban con turbar la velada que íbamos a pasar juntos. Yo ya me había comprometido: sin amor, tendría que repetir los gestos del amor. Sentí el remordimiento antes de haber cometido el crimen, el crimen de engañar a una inocente para encerrarla en mi propio laberinto. El acto del amor puede no ser nada, pero cuando uno alcanza mi edad descubre que en cualquier momento puede acabar siéndolo todo. Yo no corría ningún peligro, pero ¿quién sabe qué clase de neurosis podría despertar en aquella chica? Al final de la velada haría el amor con torpeza, y la misma torpeza, o incluso la impotencia —si resultaba que aquella noche era impotente—, podrían dar el pego; o si no, haría el amor con soltura, y mi experiencia también conseguiría el mismo efecto. Supliqué a Sarah: «Líbrame de todo esto, líbrame de todo esto, y hazlo por el bien de la chica y no por el mío».

—Puedo decirle que mi madre se ha puesto enferma —dijo Sylvia.

Ya estaba dispuesta a mentir: aquello era el final de Waterbury. ¡Pobre Waterbury! Bastaría con aquella primera mentira para que la chica y yo nos convirtiéramos en cómplices. Y ahora la tenía allí delante, con sus pantalones

negros de pana, entre los charcos helados, y pensé que allí mismo podía empezar un largo futuro para los dos. Supliqué a Sarah: «Líbrame de todo esto. No quiero empezar de nuevo y acabar haciéndole daño. No soy capaz de amar a nadie que no seas tú, que no seas tú». Y en aquel momento la viejecita arrugada se desvió de su camino y se acercó a mí, haciendo crujir el hielo.

—¿Es usted el señor Bendrix? —preguntó.

—Sí.

—Sarah me contaba... —empezó a decir, y mientras vacilaba buscando las palabras con que continuar la frase, me asaltó la salvaje esperanza de que tuviera un recado para mí, ya que los muertos eran capaces de hablar.

—...que usted era su mejor amigo... Me lo decía a menudo.

—Sí, yo era uno de sus amigos.

—Soy su madre.

Ni siquiera me acordaba de que su madre estaba viva. En los años que pasamos juntos siempre tuvimos tantas cosas que contarnos que vastas áreas de nuestras vidas se habían quedado en blanco, como mapas antiguos que había que ir completando a medida que pasaba el tiempo.

—Usted no sabía nada de mí, ¿no es cierto? —dijo.

—Pues la verdad es que...

—Yo no le caía bien a Henry. Y como las cosas se ponían muy tensas entre nosotros, prefería mantenerme alejada.

Hablaba en un tono sereno y muy razonable, a pesar de que las lágrimas rodaban por sus mejillas como si tuvieran plena autonomía de movimiento. Los hombres y sus esposas se habían marchado ya. Los desconocidos, de camino a la capilla, se abrían paso a través del grupo que formábamos nosotros tres. La única persona que se había quedado con nosotros era Parkis, pensando —imagino— que podía serme de utilidad facilitándome más información; pero se mantenía a cierta distancia, ya que aquel hombre sabía muy bien, como él mismo decía, cuál era el lugar que le correspondía en el mundo.

—Tengo que pedirle un favor muy importante —dijo la madre de Sarah. Intenté recordar su apellido; empezaba con C: tal vez Cameron o Chandler—. He venido hoy a toda prisa desde Great Missenden... —Se secó las lágrimas

con un gesto tan indiferente como si estuviera usando un trapo de cocina. Y entonces recordé el apellido: Bertram, sí, era Bertram.

—Diga usted, señora Bertram —dije.

—Y se me ha olvidado meter el dinero en el bolso negro.

—Pídame lo que necesite, señora.

—Si pudiera usted prestarme una libra, señor Bendrix. Verá usted, tengo que cenar en la ciudad antes de volver a casa. En Great Missenden todos los locales cierran muy temprano.

Mientras hablaba, volvió a enjugarse las lágrimas. Había algo en ella que me recordó a Sarah: una especie de pragmatismo en el dolor, y quizá también cierta ambigüedad moral. ¿Le habría dado demasiados sablazos a Henry?

—Venga a cenar conmigo.

—Pero usted no querrá que le molesten.

—Yo quería mucho a Sarah —dije.

—Y yo también.

Me llevé aparte a Sylvia y le expliqué la situación.

—Es la madre de Sarah y tendré que invitarla a cenar. Lo siento mucho. ¿Puedo llamarla por teléfono para quedar otro día?

—Claro que sí.

—¿Está usted en la guía?

—No, pero Waterbury sí —dijo entristecida.

—La llamo la semana que viene.

—Me encantaría. —Extendió la mano y dijo—: Adiós.

Noté que ella sabía que ya no volvería a presentarse la oportunidad. A Dios gracias, aquello no tenía mucha importancia: la chica sentiría una leve desilusión y una cierta curiosidad hasta llegar a la parada del metro; después le haría a Waterbury un comentario desagradable acerca del concierto de Bartok. Volviéndome de nuevo hacia la señora Bertram, creí volver a hablar con Sarah. «Ya ves, te amo». Pero el amor no sonaba tan convincente como el odio.

Cuando llegamos a las puertas del crematorio, me di cuenta de que Parkis había desaparecido. No lo había visto marcharse. Debía haberse dado cuenta de que ya no lo necesitaba.

La señora Bertram y yo cenamos en el Isola Bella. Yo no quería ir a ninguno de los restaurantes a los que había ido con Sarah, y como es natural, enseguida empecé a comparar aquel restaurante con todos los que habíamos frecuentado juntos. Sarah y yo nunca tomábamos Chianti, pero ahora, al beber una botella, me acordé de aquel hecho. Más valdría que hubiéramos tomado nuestro clarete favorito, dado que yo seguía sin poder quitármela de la cabeza. Incluso el vacío estaba lleno a rebosar de ella.

—No me ha gustado el funeral —dijo la señora Bertram.

—Lo siento.

—Me ha parecido inhumano. Como una cinta transportadora.

—Creí que sería lo más adecuado. A fin de cuentas, se han rezado oraciones.

—Y ese clérigo..., pero ¿era realmente clérigo?

—No me he fijado en él.

—Estuvo hablando del Gran Todo. Me ha costado entender lo que decía; creía que estaba hablando del Gran Dodo.

Se puso a llorar de nuevo y las lágrimas cayeron en el plato de sopa.

—He estado a punto de echarme a reír y Henry me ha visto. Enseguida me he dado cuenta de que me lo iba a tener en cuenta como si hubiera hecho algo malo.

—No se llevan nada bien, ¿no?

—Es un hombre muy tacaño —dijo. Se secó los ojos con la servilleta y luego hizo chocar la cuchara contra el plato mientras removía violentamente los fideos—. Una vez tuve que pedirle diez libras porque había venido a pasar unos días en Londres y me había olvidado el bolso. Son cosas que nos pasan a todos.

—Claro que sí.

—Estoy muy orgullosa de no deberle nada a nadie.

Su conversación era como el diseño del metro: se movía en círculos y en curvas. Cuando estábamos tomando café empecé a reconocer las estaciones más habituales en su línea: lo tacaño que era Henry, su honradez en materia de dinero, su amor por Sarah, su desagrado por la ceremonia fúnebre, el Gran Todo, y desde allí los trenes volvían a dirigirse a Henry.

—Lo del Gran Todo ha sido tan divertido —dijo—, pero que conste que yo no quería reírme: nadie quería a Sarah más que yo. —Cómo nos gusta hacer una afirmación así, y cómo nos molesta oírlo en boca de los demás— . Pero Henry se negaba a reconocerlo. Es un hombre muy frío.

Hice un gran esfuerzo por cambiar de conversación.

—No veo qué otra clase de ceremonia podríamos haber organizado.

—Sarah era católica —dijo. Cogió su copa de oporto y apuró la mitad de un sorbo.

—Tonterías —dije.

—Oh, sí —dijo la señora Bertram—, pero es que ni siquiera ella lo sabía.

De golpe, inexplicablemente, empecé a tener miedo, como un hombre que ha cometido un crimen casi perfecto cuando descubre la primera grieta en la pared de su engaño. ¿Hasta dónde llegará la grieta? ¿Podrá repararse a tiempo?

—No entiendo ni una palabra de lo que está usted diciendo.

—¿Sarah nunca le dijo que yo había sido católica?

—No.

—La verdad es que no lo fui mucho. Mi marido odiaba esa historia. Fui su tercera esposa, y cuando en nuestro primer año me enfadaba con él, solía decirle que no estábamos casados como era debido. Era un hombre muy tacaño —añadió mecánicamente.

—Pero que usted fuera católica no significa que Sarah también lo fuese.

Volvió a apurar un trago de oporto.

—Nunca se lo había dicho a nadie. Y ahora quizá lo hago porque estoy un poco achispada. ¿Cree que estoy achispada, señor Bendrix?

—Claro que no. Tómese otra copa de oporto.

Mientras esperábamos que el camarero nos trajera la copa, la madre de Sarah intentó cambiar de conversación, pero yo me mostré implacable y volví a sacarla a relucir.

—¿Qué ha querido decir cuando ha dicho que Sarah era católica?

—¿Me promete que no se lo dirá a Henry?

—Se lo prometo.

—Una vez fuimos de viaje a Normandía. Sarah acababa de cumplir dos años. A mi marido le gustaba ir a Deauville. Eso decía él, pero yo sabía que iba a verse con su primera mujer. Aquello me enfurecía. Sarah y yo estábamos dando un paseo por las dunas de la playa. Ella quería sentarse, pero yo dejaba que descansara un poco y luego la obligaba a continuar el paseo. Le dije: «Es un secreto entre tú y yo, Sarah». Incluso a aquella edad ya era muy buena guardando secretos... si quería guardarlos, claro. Me da miedo contarlos, pero fue una buena venganza, ¿no cree?

—¿Venganza? No la estoy entendiendo muy bien, señora Bertram.

—Una venganza contra mi marido, por supuesto. Y no fue solo por lo de su primera mujer. Ya le he contado, ¿no?, que no me dejaba ser católica. Cada vez que yo intentaba ir a misa me montaba una escena, así que se me ocurrió una idea: haría que Sarah fuera católica sin que él lo supiera, y nunca se lo diría a menos que me enfadara de verdad con él.

—¿Y llegó a contárselo alguna vez?

—Me dejó un año después de aquello.

—¿Y entonces usted pudo volver a ser católica?

—Bueno, la verdad es que yo no creía mucho, ¿sabe usted? Y luego me casé con un judío que también resultó ser una persona muy difícil. La gente dice que los judíos son muy generosos, pero no se crea nada de nada. Uf, pero qué tacaño era aquel hombre.

—Y al final, ¿qué pasó en la playa?

—No, no pasó en la playa. Lo que quería decir es que íbamos caminando por la playa. Dejé a Sarah en la entrada y fui a buscar al cura. Tuve que contarle unas cuantas mentiras —mentiras piadosas, claro— para explicarle las cosas. Por supuesto que le eché toda la culpa a mi esposo. Le conté que me lo había prometido antes de casarnos, pero que después traicionó su promesa. No saber hablar francés me ayudó mucho: uno suena muy convincente cuando no conoce las palabras adecuadas. En cualquier caso, lo hizo allí mismo y tomamos el autobús de vuelta con tiempo de llegar a la hora de comer.

—Pero ¿qué fue lo que hizo?

—La bautizó como católica.

—¿Y eso fue todo? —pregunté, aliviado.

—Bueno, es un sacramento, o eso dicen.

—Al principio me ha dado la impresión de que usted iba a decir que Sarah era católica de verdad.

—Bueno, es que lo era, solo que no lo sabía. Y por eso me hubiera gustado que Henry la enterrara como es debido —dijo la señora Bertram, e inició de nuevo el grotesco derramamiento de lágrimas.

—Si ni siquiera Sarah lo sabía, no puede echarle la culpa a Henry.

—Pero yo siempre tuve el deseo de que eso «prendiera», como si fuera una vacuna.

—Pues no parece haber prendido mucho con usted —No pude evitar contestarle aquello. La mujer no se ofendió.

—Ah —dijo—, he tenido muchas tentaciones en la vida, aunque confío en que al final todo salga bien. Sarah tuvo mucha paciencia conmigo: era una buena chica. Nadie la quiso tanto como yo. —Bebió un poco más de oporto y continuó—: Es una lástima que usted no pudiera llegar a conocerla bien. Ay, si la hubiéramos criado como es debido, y si yo no me hubiera casado con hombres tan miserables, estoy segura de que Sarah habría podido ser una santa.

—Pero aquello no prendió —dije con rabia, y avisé al camarero para que me trajera la cuenta. El aleteo de esos gansos grises que vuelan sobre nuestras futuras tumbas me había provocado un escalofrío en la espina dorsal, o a lo mejor había pillado un resfriado por haber pasado tanto tiempo sobre el suelo helado. Ojalá hubiese sido un escalofrío mortal como el que tuvo que sufrir Sarah.

No, aquello no había prendido, me repetía a mí mismo mientras volvía a casa en el metro, después de haber dejado a la señora Bertram en Marylebone y haberle prestado tres libras más «porque mañana es miércoles y tengo que esperar a la mujer de la limpieza y no puedo ir al banco». Pobre Sarah, lo que sí había prendido en su vida era aquella ristra de maridos y padrastros. Su madre le había enseñado de un modo muy eficiente que un solo marido no bastaba para toda una vida, pero ella había descubierto por sí misma la falsedad de todos los matrimonios de su madre. Y por eso, cuando se casó con Henry, se casó con él para toda la vida, tal como yo hube de descubrir para mi propia desesperación.

Pero aquella sabiduría de Sarah no tuvo nada que ver con la ceremonia clandestina que se celebró cerca de la playa en Normandía. No fuiste Tú lo que prendió, le dije al Dios en el que no creía, aquel Dios imaginario al que Sarah atribuía haberme salvado mi vida (¿con qué motivo?) y que a pesar de su inexistencia había destruido la única felicidad real que yo había experimentado en mi vida. Ah, no, no fuiste Tú el que prendió, porque eso hubiera sido cosa de magia y yo creo en la magia tanto como creo en Ti. Y tu cruz y tu resurrección de la carne y tu santa Iglesia católica y tu comunión de los santos no son más que magia, pura magia.

Me tendí boca arriba en la cama y me puse a mirar las sombras movedizas de los árboles en el techo. Pensé que no era más que una coincidencia, una horrible coincidencia que casi logró que Tú la recuperaras al final. Pero no puedes apropiarte para toda la vida de una niña de dos años con un poco de agua y una oración. Si yo empezara a creerme estas cosas, empezaría a creer en el cuerpo y en la sangre. No fuiste Tú el que la poseyó durante todos estos años, fui yo. Al final saliste ganando Tú, eso no hace falta que me lo recuerdes, pero ella no me estaba engañando contigo cuando estaba tendida a mi lado, en esta misma cama, con esta almohada bajo la cabeza. Cuando ella se quedaba dormida, era yo el que estaba con ella, y no Tú. Y era yo el que la penetraba, no Tú.

Se apagaron todas las luces, la oscuridad se cernió sobre la cama y soñé que estaba en una feria y que tenía una escopeta en las manos. Estaba disparando a una hilera de botellas que parecían de vidrio, aunque hacían rebotar las balas como si estuvieran blindadas con placas de acero. Yo disparaba y disparaba, pero ni una sola botella caía hecha pedazos, y a las cinco de la madrugada me desperté con exactamente la misma idea en la cabeza: durante todos estos años tú fuiste mía, y no de Él.

5

Si alguna vez llegué a pensar que Henry me propondría algún día compartir su casa, solo fue por una especie de broma macabra. La verdad es que nunca imaginé que aquella propuesta pudiera hacerse real, así que cuando se produjo me pilló totalmente desprevenido. Y también me sorprendió que Henry viniera a verme a mi casa, una semana después del funeral: antes de aquel día, Henry nunca había puesto los pies en mi casa. Incluso dudo que llegara a internarse por el lado sur del parque mucho más allá de lo que llegó aquella noche cuando nos encontramos bajo la lluvia. Oí que sonaba el timbre y me asomé a la ventana porque no quería ver a nadie (se me había ocurrido que podría ser Waterbury acompañado por Sylvia). La farola que había junto al plátano de la acera iluminó el sombrero negro de Henry. Bajé al recibidor y abrí la puerta.

—Pasaba por aquí —mintió Henry.

—Entra.

Se quedó de pie, sin saber qué hacer, un tanto avergonzado, mientras yo sacaba la botella y las copas de un armario.

—Pareces interesado en el general Gordon —dijo.

—Me han encargado una biografía.

—¿Y vas a escribirla?

—Supongo que sí, aunque ahora no tengo muchas ganas de trabajar.

—A mí me pasa lo mismo.

—¿Sigue reuniéndose la comisión parlamentaria?

—Sí.

—Al menos eso te tiene entretenido.

—¿Tú crees? Bueno, sí, supongo que sí, hasta que paramos para almorzar.

—De todas formas, es un trabajo importante. Toma, aquí tienes tu jerez.

—No hay una sola persona en el mundo a la que esa comisión le interese de verdad.

Qué distinto era aquel Henry del que había aparecido en la engreída foto del *Tatler* y que tanto me había irritado. En mi escritorio, boca abajo, yo tenía un retrato de Sarah que era una ampliación de una foto. Henry le dio la vuelta.

—Esta foto la hice yo —dijo.

Sarah me había contado que la foto se la había hecho una amiga. Supongo que me había mentado para no herir mis sentimientos. En la foto parecía mucho más joven y mucho más alegre, pero no más guapa que en los años en que yo la había conocido. Ojalá hubiera logrado que ella tuviera aquel mismo aspecto cuando estaba conmigo, pero el destino de un enamorado es ver cómo la desdicha va formando un molde de escayola que va aprisionando el cuerpo de su amada.

—Recuerdo que me puse a hacer el tonto para que ella se riera —dijo Henry—. ¿Resulta un personaje interesante ese general Gordon?

—En cierta forma, sí.

—Últimamente la casa se me ha vuelto muy rara — continuó—. Procuro pasar en ella el menor tiempo posible. ¿Podrías cenar hoy conmigo en el club?

—Tengo un montón de trabajo pendiente.

Echó un vistazo a mi cuarto.

—Aquí no tienes mucho espacio para tus libros —dijo.

—La verdad es que no. A veces los tengo que meter debajo de la cama.

Cogió una revista que me había mandado Waterbury antes de la entrevista para mostrarme qué clase de trabajo hacía.

—En mi casa hay sitio de sobra —dijo—. Prácticamente podrías disponer de un piso para ti solo.

Me quedé tan helado que no supe qué contestar. Henry añadió enseguida, sin dejar de hojear la revista como si en realidad no le diera importancia a su propuesta:

—Piénsatelo. No hace falta que lo decidas ahora.

—Es muy amable por tu parte, Henry.

—Me harías un favor, Bendrix.

Pensé: ¿y por qué no? La gente cree que los escritores son personas muy poco convencionales. ¿Va a resultar ahora que soy más convencional que un alto funcionario de un ministerio?

—Anoche soñé con todos nosotros —dijo Henry.

—¿Sí?

—No lo recuerdo muy bien, pero estábamos tomando una copa juntos. Éramos felices. Al despertarme, creía que ella no había muerto.

—Yo ya no sueño con ella.

—Lamento que aquel cura no lograra imponer su criterio.

—Eso hubiera sido absurdo, Henry. Ella era tan católica como tú o como yo.

—¿Crees en la otra vida, Bendrix?

—Si te refieres a una vida después de la muerte, no.

—Pero no hay forma de probar que es imposible, Bendrix.

—No hay casi nada que no sea imposible de probar. Si escribo una historia, ¿cómo puedes demostrar que nunca sucedieron los hechos que cuento? Escucha esto: hoy me he cruzado en el parque con un hombre que tenía tres piernas.

—Qué horror —dijo Henry de buena fe—. ¿Consecuencia de un aborto?

—Y encima las tenía cubiertas de escamas.

—Me estás tomando el pelo.

—Pues demuéstremelo, Henry. Pero no puedes refutar mi historia. Y tampoco puedes refutar la existencia de Dios. Pero aun así, yo sé que es una mentira y que mi historia también lo es.

—Pero siempre hay argumentos que...

—Sí, pero yo también podría inventarme un argumento filosófico para mi historia basado, qué sé yo, en Aristóteles.

Henry cambió bruscamente de tema.

—Si vinieras a vivir conmigo podrías ahorrar un poco. Sarah decía que tus libros no tenían el éxito que se merecían.

—Bueno, la amenaza del éxito parece ir cerniéndose sobre ellos. — Pensé en el artículo de Waterbury—. Llega un momento en que ya estás viendo a los críticos más populares escribir las reseñas que van a provocar los aplausos, antes incluso de que hayas empezado a escribir el libro. Todo es cuestión de tiempo.

Yo no paraba de hablar porque no había decidido aún qué iba a contestarle.

—Entre nosotros ya no hay antipatía, ¿no, Bendrix? Me enfadé contigo en el club por culpa de aquel hombre. Pero ahora, ¿qué importa ya todo eso?

—Me equivoqué. Aquel tipo no era más que un demagogo racionalista, y encima medio chiflado, que había interesado a Sarah con sus ideas. Olvídate de él, Henry.

—Sarah era buena, Bendrix. Diga lo que diga la gente, Sarah era buena. No fue culpa suya que yo no pudiera..., en fin, amarla como se merecía. Ya sabes que soy una persona extremadamente prudente, cautelosa. No tengo el temperamento de un enamorado. Ella prefería a alguien como tú.

—Pero me dejó. Y siguió su camino, Henry.

—¿Sabes que he leído una de tus novelas? Sarah me animó a hacerlo. Y en esa novela describías una casa justo después de la muerte de la mujer.

—*El huésped ambicioso*.

—Exacto. En su momento me pareció muy buena. Todo resultaba muy verosímil. Pero te habías equivocado por completo, Bendrix. En tu novela, el marido tenía la sensación de que la casa estaba terriblemente vacía. Iba de una habitación a otra y cambiaba de sitio las sillas porque necesitaba crear una impresión de movimiento, como si hubiera otra persona viviendo en la casa. A veces servía las bebidas en dos copas.

—Ya me he olvidado de todo eso. Pero suena demasiado literario.

—Pero es que no tiene nada que ver con la realidad, Bendrix. El problema es que la casa en ningún momento te parece vacía. Mira, hace tiempo, cuando yo volvía a casa del trabajo y ella había salido —y a lo mejor estaba contigo—, yo siempre la llamaba y no me contestaba. Entonces sí que la casa parecía vacía. Tanto que a veces hasta creía que se habían llevado todos los muebles. Ya sabes que yo la quería a mi manera, Bendrix. Y en estos últimos meses, cada vez que yo llegaba a casa y ella no estaba, temía encontrarme una carta esperándome en el recibidor. «Querido Henry...» Bueno, tú ya sabes cómo son las cosas que se escriben en las novelas.

—Sí, claro.

—Pero ahora la casa nunca me parece vacía como me parecía entonces. No sé cómo expresarlo. Ahora que ella siempre está fuera, nunca lo está. Es como si ya no pudiera estar en ningún otro sitio. Y ahora que no ha salido a

almorzar con alguien ni se ha ido al cine contigo, ahora es cuando ya solo puede estar en casa.

—Pero ¿dónde está su casa? —dije.

—Ah, Bendrix, tienes que disculparme. Estoy nervioso y agotado. Duermo mal. Y ya sabes que lo único que te consuela, cuando ya no puedes hablar con ella, es hablar de ella. Y eso solo puedo hacerlo contigo.

—Pero ella tenía un montón de amigos. Sir William Mallock, Dunstan...

—Con esta gente no puedo hablar de ella. Ni tampoco con ese hombre, ese tal Parkis.

—¡Parkis! —exclamé. ¿Iba aquel hombre a alojarse para siempre en nuestras vidas?

—Me contó que una vez vino a una fiesta que dimos en casa. Qué gente más rara conocía Sarah. Y por cierto, me dijo que también te conocía a ti.

—¿Y por qué demonios fue a verte?

—Me dijo que Sarah había sido muy cariñosa con su hijo. Dios sabe cuándo fue eso. El caso es que el chico está enfermo. Y me dio la impresión de que el hombre quería llevarse algo de Sarah como recuerdo. Le di uno o dos cuentos suyos de cuando era niña. En su cuarto guardaba casi todos sus cuentos infantiles, todos llenos de garabatos a lápiz. Fue una buena forma de hacer limpieza. Al fin y al cabo, esos cuentos no se pueden vender en Foyle's, ¿no? No creo que hiciera mal al dárselos, ¿no crees?

—No. Ese hombre trabaja en la agencia de detectives de Savage. Fue el que yo contraté para que la siguiera.

—Dios santo, si llego a saber eso... Pero en cualquier caso parecía quererla mucho.

—Parkis es un ser humano —dije—, y se conmueve con facilidad.

Eché un vistazo a mi habitación. Seguro que Sarah estaba tan presente en mi casa como lo estaba en el lugar del que venía Henry; o incluso allí podría estar menos presente que aquí, ya que allí se habría ido diluyendo.

—Voy a instalarme contigo, Henry, pero tienes que dejarme pagar la mitad del alquiler.

—Me alegra mucho, Bendrix. Pero la casa es propiedad mía. Solo tendrías que contribuir a pagar los gastos.

—Y tienes que avisarme con tres meses de antelación para que pueda buscar otro alojamiento cuando vuelvas a casarte.

Henry se tomó mis palabras al pie de la letra.

—Nunca lo haré. No soy una persona casadera. Ya le hice un gran daño a Sarah cuando me casé con ella. Ahora me doy cuenta.

6

Y así fue como me mudé al lado norte del parque. Perdí una semana del alquiler que ya tenía pagado porque Henry quería que me trasladase enseguida, y tuve que pagar cinco libras al transportista que llevó mis libros y mi ropa hasta el lado norte. Me instalé en la habitación de invitados, que tenía un baño en el piso de arriba, y Henry trasladó su estudio al trastero. También había trasladado su dormitorio al vestidor, y el dormitorio de matrimonio que habían compartido los dos, con las dos gélidas camas individuales, se quedó libre para alojar a unos invitados que nunca venían. A los pocos días empecé a comprobar lo que Henry había querido decir cuando me contó que la casa nunca estaba vacía. Yo trabajaba en la sala de lectura del British Museum hasta que cerraba, y luego volvía a casa y esperaba que llegase Henry y los dos solíamos ir a tomar una copa al Pontefract Arms. En una ocasión, cuando Henry tuvo que asistir a una conferencia en Bournemouth, me fui a buscar una chica y la llevé a casa. Todo salió mal. Desde el primer momento supe que era impotente, y para no herir sus sentimientos, le conté que le había prometido a una mujer que amaba que nunca volvería a hacer el amor con otra. La chica se mostró muy afectuosa y comprensiva: las prostitutas sienten un profundo respeto por los sentimientos. Esta vez yo no me había propuesto cumplir una venganza, y lo único que sentí fue tristeza por tener que abandonar una actividad que antes me había gustado tanto. Después soñé con Sarah: volvíamos a ser amantes en mi cuarto del lado sur del parque, pero tampoco ocurría nada, salvo que esta vez no sentí tristeza al comprobarlo. Éramos felices y no nos reprochábamos nada.

Pocos días después abrí un armario de mi dormitorio y me encontré con una pila de viejos cuentos infantiles. Debió de ser de aquel armario de donde Henry sacó los regalos para el hijo de Parkis. Había varios cuentos de hadas de Andrew Lang con las cubiertas coloreadas, muchos libros de Beatrix Potter, *Los cautivos del bosque*, *El Golliwog en el Polo Norte*, y también había uno o dos libros para lectores de más edad: la *Última expedición* del

capitán Scott y los poemas de Thomas Hood, este último encuadernado en cuero con un marbete que decía que había sido un premio entregado a Sarah Bertram por sus buenas notas en álgebra. ¡Álgebra! Cómo cambian las cosas con el paso de los años.

Aquella noche no pude trabajar. Me quedé sentado en el suelo con los libros, intentando completar algunos de los muchos espacios en blanco que me quedaban en la vida de Sarah. Hay momentos en los que un enamorado quiere ser también padre y hermano de la mujer que ama, ya que se siente celoso de los años que no ha podido compartir con ella. *El Golliwog en el Polo Norte* debió de ser el primer cuento de Sarah porque estaba lleno de garabatos, trazados sin ningún orden y de forma destructiva con tizas de colores. En uno de los libros de Beatrix Potter, Sarah había escrito su nombre a lápiz, solo que una de las letras mayúsculas estaba escrita al revés, de modo que decía SA AH. En *Los cautivos del bosque* había anotado, con letra muy pulcra y esmerada: «Este libro es de Sarah Bertram. Por favor, si quieres leerlo, pídelo prestado. Y si lo robas, cometerás un acto malvado». Eran las huellas de todos los niños que han vivido en el mundo: marcas tan anónimas como las huellas de las patas de los pájaros que se ven en invierno. Y cuando volví a cerrar el libro, esas huellas quedaron sepultadas por el inexorable paso del tiempo.

Dudo que Sarah llegara a leer los poemas de Thomas Hood: las páginas estaban tan impolutas como cuando la directora del colegio o un visitante ilustre le regalaron el libro. Estaba a punto de devolverlo a su lugar en el armario cuando se desprendió un folleto ilustrado que debía de ser el programa de la ceremonia de entrega de premios escolares. Escrita con una letra muy fácil de reconocer (aunque nuestra caligrafía empieza siendo joven, también va envejeciendo con los fatigosos arabescos del tiempo), leí esta frase: «Vaya estupidez». Imaginé a Sarah escribiendo aquella frase y enseñándosela a su vecina de asiento mientras la directora volvía al estrado y los padres aplaudían respetuosamente. No sé por qué, aquella frase escolar rebosante de impaciencia, incomprensión y seguridad en sí misma me trajo a la memoria otra frase de Sarah: «Soy una farsante y una impostora». Ahora, al tener bajo mis dedos su inocencia, sentí una lástima enorme al ver que Sarah había vivido veinte años más para descubrir que solo era una farsante y una impostora. ¿Sería una de las frases que yo le había dicho en uno de mis

arrebatos de furia? Sarah se tomaba muy en serio las críticas; en cambio, los elogios le resbalaban como si fueran copos de nieve.

Miré el reverso del folleto y leí el programa del 23 de julio de 1926: la *Música acuática* de Haendel interpretada por la señorita Duncan, del Real Conservatorio de Música; un recitado del poema *Erraba solitario como una nube*, por Beatrix Collins; madrigales de la era Tudor, por la School Glee Society; recital de violín del *Vals en la bemol*, de Chopin, por Mary Pippit. La soñolienta tarde estival de veinte años atrás extendió sus sombras hasta llegar a mí y me asaltó el odio hacia la vida, que nos va alterando y siempre nos convierte en seres mucho peores de lo que éramos. Pensé que aquel verano yo había empezado a escribir mi primera novela, y cuando me ponía a trabajar, qué entusiasmo, qué júbilo, qué ambición y qué esperanza sentía. En aquella época yo no era una persona amargada, sino feliz. Volví a colocar el folleto en el libro que nadie había leído y dejé el volumen en la parte trasera del armario, oculto por el *Gollywog* y los libros de Beatrix Potter. Los dos habíamos sido felices cuando solo nos separaban diez años y unos pocos condados de distancia, y luego nos habíamos juntado sin otra razón aparente que la de hacernos sufrir el uno al otro. Cogí la *Última expedición* del capitán Scott.

Ese había sido uno de mis libros preferidos cuando era niño. Pero ahora parecía muy pasado de moda, con aquel heroísmo que tan solo tenía que enfrentarse al hielo y con aquel sentido del sacrificio que no exigía más muertes que la de uno mismo. Claro que dos guerras nos separaban de los expedicionarios del capitán Scott. Miré las fotos: las barbas y las gafas de sol, los pequeños montículos de nieve, la bandera británica, los ponis de largas crines que parecían tocados antiguos entre las rocas veteadas. Incluso la muerte parecía «de época», y también era de época la alumna que había llenado aquel libro de frases anotadas en los márgenes y de signos de exclamación, y que había escrito con buena letra al margen de la última carta del capitán Scott a su familia: «¿Y ahora qué viene? ¿Será Dios? Robert Browning». Pensé que incluso en aquellos años ya se le había aparecido Él, tan sigiloso como un amante y aprovechándose de los estados de ánimo pasajeros, como un héroe que se dedicara a seducir con sus historias

inverosímiles y sus leyendas. Volví a dejar el último libro en su sitio y cerré el armario con llave.

7

—¿Dónde has estado, Henry? —pregunté.

Siempre solía ser el primero en desayunar, y a veces se había ido ya de casa cuando yo bajaba, pero aquella mañana su plato estaba intacto cuando oí el ruido débil de la puerta de entrada que se cerraba, justo antes de que él apareciera en el comedor.

—Ah, he ido a dar un paseo por aquí cerca —dijo sin querer entrar en detalles.

—¿Has estado fuera toda la noche? —pregunté.

—No, claro que no. —Y para no tener que soportar un cargo de conciencia, me contó la verdad—: Hoy el padre Crompton ha dicho una misa en memoria de Sarah.

—¿Sigue dedicándole misas?

—Una al mes. Y me pareció que lo más educado era hacer acto de presencia.

—Pero si ni siquiera te habrá visto.

—Cuando ha terminado la misa, me he acercado a saludarlo y darle las gracias. Y además, le he invitado a cenar aquí.

—Entonces yo cenaré fuera.

—Me gustaría que te quedaras, Bendrix. Después de todo, a su manera, ese hombre era amigo de Sarah.

—¿No te estarás convirtiendo en creyente?

—No, claro que no. Pero ellos tienen el mismo derecho que nosotros a creer en lo que les dé la gana.

Así que el cura vino a cenar. Feo, demacrado, con su tosca nariz de Torquemada, aquel era el hombre que había apartado a Sarah de mí. Él le había dado ánimos para que respetara la absurda promesa que debería haber olvidado al cabo de una semana. Y fue a su iglesia adonde ella se dirigió en busca de refugio, aunque al final lo único que encontró fue su propia muerte. A mí me resultaba muy difícil comportarme con un mínimo de cortesía y Henry

tuvo que sobrellevar él solo la tortuosa velada. El padre Crompton no tenía la costumbre de cenar fuera. Y daba la impresión de que se lo tomaba como una obligación que le costaba mucho trabajo. No era un hombre capaz de chismorrear y sus respuestas parecían árboles que caían de repente en medio de una carretera.

—Supongo que en esta zona hay muchos pobres que usted tendrá que atender —dijo Henry, casi agotado, cuando estábamos comiendo el queso. Ya había intentado sacar sin ningún éxito otros temas de conversación: la influencia de las novelas, el cine, un viaje reciente a Francia, el posible estallido de la tercera guerra mundial.

—Ese no es el problema —dijo el padre Crompton.

Henry lo intentó de nuevo.

—¿Y la inmoralidad? —preguntó, con ese tono de falsa superioridad moral que va implícito en la palabra misma.

—Eso tampoco es un problema —dijo el padre Crompton.

—Lo digo porque..., en el parque..., por las noches...

—Eso pasa en todos los lugares al aire libre. Y además, ahora estamos en invierno.

—¿Quiere un poco más de queso, padre?

—No, gracias.

—Imagino que es difícil, en un barrio como este, recolectar dinero para... las obras de caridad.

—La gente da lo que puede.

—¿Quiere tomar un coñac con el café?

—No, gracias.

—Le molesta si nosotros...

—Claro que no. Si no lo tomo es porque no me deja dormir y tengo que levantarme a las seis de la mañana. Eso es todo.

—¿Por qué se levanta tan temprano?

—Para rezar. Pero uno se acostumbra.

—Me temo que nunca he sido capaz de rezar gran cosa —dijo Henry—. Al menos no desde que era niño. En esa época rezaba para que me aceptaran en el segundo equipo de rugby del colegio.

—¿Y le aceptaron?

—Me aceptaron en el tercero. Me temo que esas oraciones no sirven de nada, ¿no es así, padre?

—De todas maneras, cualquier clase de oración es mejor que nada. Al menos es un reconocimiento del poder de Dios, y eso supone una alabanza, tal como yo lo veo.

Era la frase más larga que le habíamos escuchado al cura en toda la cena.

—Yo creía —dije— que era como tocar madera o evitar las rayas en las baldosas de la acera. A esa edad, claro.

—Bueno —repuso el cura—, no estoy en contra de que haya un poquito de superstición. Así la gente piensa que este mundo no lo es todo. —Me dirigió una mirada reprobatoria por encima de su nariz—. Y eso siempre puede servir de vía de acceso a la sabiduría.

—Pero su Iglesia favorece la superstición a gran escala: San Jenaro, las estatuas que sangran, las apariciones de la Virgen, todo eso.

—Procuramos evitar esas cosas. ¿Y no resulta más sensato creer que puede suceder cualquier cosa en vez de...?

Sonó el timbre.

—Le he dicho a la doncella que podía irse a dormir. ¿Me disculpa un segundo, padre? —dijo Henry.

—Voy yo —me apresuré a decir.

Me alegró ausentarme de aquella presencia tan asfixiante. Aquel hombre tenía respuestas fáciles para todo, y el aficionado no tenía ninguna esperanza de pillarlo desprevenido; era como un prestidigitador que aburre a su público por su excesiva destreza técnica. Abrí la puerta de la calle y me encontré con una mujer regordeta, vestida de negro, que tenía un paquete en las manos. Por un instante creí que era la doncella, hasta que dijo:

—¿Es usted el señor Bendrix?

—Sí.

—Tengo que entregarle esto.

Depositó el paquete a toda prisa en mis manos, como si contuviera un explosivo.

—¿Quién lo manda?

—El señor Parkis, señor.

Le di la vuelta, perplejo. Se me ocurrió que podría haber encontrado unas pruebas que había perdido en su momento y que me enviaba ahora, cuando ya era demasiado tarde. Qué ganas tenía de poder olvidarme de una vez por todas del señor Parkis.

—¿Podría darme un recibo, señor? Se me encargó que le entregara el paquete a usted en persona.

—No tengo ni papel ni lápiz. Y la verdad, no creo que valga la pena molestarse.

—Usted ya sabe lo meticuloso que es el señor Parkis en cuestión de recibos, señor. Tengo un lápiz en el bolso.

Le firmé el recibo en el reverso de un sobre usado. Lo guardó con mucho cuidado y luego se escabulló hacia la cancela del jardín como si quisiera alejarse de allí lo más aprisa posible. Yo me quedé en el recibidor, sopesando el paquete.

—¿Quién era, Bendrix? —oí que me preguntaba Henry desde el comedor.

—Un paquete de parte de Parkis —dije. La frase parecía un trabalenguas.

—Supongo que habrá devuelto los cuentos.

—¿A esta hora? El paquete viene a mi nombre.

—Bueno, mira a ver qué es.

No quería abrir el paquete: ¿no estábamos los dos inmersos en el doloroso proceso de olvidar? Sentí que ya había recibido un castigo suficiente por haber ido a ver al señor Savage a su agencia.

—Tengo que irme, señor Miles —dijo el padre Crompton.

—Pero si todavía es temprano.

Pensé que si no volvía al comedor y no me veía obligado a sumarme a la educada despedida, aquel hombre se iría antes. Abrí el paquete.

Henry tenía razón: era uno de los cuentos de hadas de Andrew Lang, pero había un folio doblado metido entre las páginas. Era una carta de Parkis.

«Querido señor Bendrix», leí, y como creí que se trataba de una nota de agradecimiento, mis ojos se posaron impacientes en las últimas frases: «De modo que, debido a las presentes circunstancias, prefiero no guardar el libro en casa, y confiando en que usted se lo explique todo al señor Miles para que no le quepa duda de que no hay ingratitud alguna por mi parte, suyo afectísimo, Alfred Parkis».

Me senté en el recibidor.

—No crea que soy una persona de mente cerrada, padre Crompton... —oí que decía Henry.

Empecé a leer la carta de Parkis desde el principio.

Querido señor Bendrix, le escribo a usted y no al señor Miles por estar seguro de su afecto debido a nuestra estrecha aunque también dolorosa relación y por ser usted un caballero imaginativo que se dedica a la literatura y por tanto está acostumbrado a los sucesos más insólitos. Usted sabe que mi hijo no ha estado bien de salud últimamente con horribles dolores de estómago y, al no ser debidos al consumo de helados, temí que pudiera tratarse de una apendicitis. El doctor aconsejó operar, eso no podría hacerle ningún daño, dijo, pero a mí me da mucho miedo que mi pobre hijo tenga que pasar por el bisturí, dado que su madre murió por su causa y debido, estoy seguro, a una negligencia, ¿y qué haría yo si perdiera a mi hijo de la misma manera? Me quedaría completamente solo. Perdóneme por haberle contado todos los detalles, señor Bendrix, pero en mi oficio se nos enseña a ordenar los hechos y a explicar las cosas según su importancia, lo importante primero y luego lo demás, para que así el juez no pueda quejarse de que se le han expuesto los hechos de forma confusa. Así que el lunes le dije al médico: esperemos hasta estar seguros. A veces pienso que todo se debe al frío que cogió cuando estuvo esperando y vigilando frente a la casa de la señora Miles, y usted me excusará si digo que era una dama muy buena que merecía que la dejaran en paz. En nuestro oficio no podemos elegir los trabajos, pero desde el primer día en Maiden Lane hubiera preferido tener que vigilar a cualquier otra mujer que no fuese ella. En cualquier caso, mi hijo sufrió muchísimo cuando se enteró de que la pobre señora había muerto. Solo habló una vez con ella, pero de algún modo se le metió en la cabeza la idea de que su madre había sido como ella, solo que no lo era, aunque sí fue a su modo una mujer buena y fiel a la que echo de menos todos los días de mi vida. Pues bien, cuando tuvo treinta y nueve y medio de fiebre, que es una temperatura muy alta para un chico de su edad, empezó a hablar con la señora Miles tal como lo había hecho

en la calle, pero le contó que la estaba vigilando, cosa que por supuesto sabía que no debía hacer, ya que posee orgullo profesional incluso a una edad tan temprana. Pero luego empezó a llorar cuando la mujer se fue, y después se quedó dormido, pero cuando se despertó seguía teniendo treinta y nueve de fiebre y pidió el regalo que ella le había prometido en el sueño. Por eso molesté al señor Miles y le engañé, cosa de la que me avergüenzo, pues no había una razón profesional para hacerlo, solo el bien de mi pobre chico.

Cuando conseguí el libro y se lo di, mi hijo se tranquilizó mucho. Pero yo estaba preocupado porque el médico había dicho que no quería correr más riesgos y que el miércoles mismo iba a ingresar a mi hijo en el hospital, y si hubiera habido una cama libre lo habría hecho ingresar aquella misma noche. Así que ya puede usted imaginar que fui incapaz de dormir de lo preocupado que estaba por mi pobre mujer y mi pobre chico y del miedo que le tenía al bisturí. No me molesta decirle a usted, señor Bendrix, que me puse a rezar con toda mi alma. Recé a Dios y luego recé a mi mujer pidiéndole que hiciera todo lo posible, porque si hay alguien en el cielo, seguro que es ella, y también le pedí a la señora Miles, por si estuviera allí, que hiciera todo lo que estuviera en su mano. Pues bien, si un hombre adulto hace esas cosas, señor Bendrix, ya puede usted imaginar qué se le estaría pasando por la cabeza a mi hijo. Cuando me he despertado esta mañana, la temperatura era de treinta y siete con dos y no le dolía nada, y cuando el médico ha pasado a verlo no tenía molestias, así que ha dicho que esperemos un poco más, y el niño ha estado bien durante todo el día. Solo que le ha dicho al médico que la señora Miles fue a verle y le quitó el dolor —tocándole en el lado derecho del estómago, si me disculpa usted la vulgaridad— porque había escrito algo para él en el libro. Pero el médico dice que el niño tiene que estar tranquilo y que el libro le excita mucho, así que en vista de las circunstancias preferiría no tener el libro en casa...

Cuando di la vuelta a la carta, vi que había una postdata.

Hay algo escrito en el libro, pero es evidente que se escribió hace muchos años, cuando la señora Miles era una niña, solo que no puedo explicarle eso a mi pobre niño por miedo a que vuelva a sentirse mal. Respetuosamente suyo, A. P.

Miré la guarda y allí estaba la deforme caligrafía garabateada a lápiz que yo había visto en los demás libros donde la niña Sarah había escrito sus máximas:

Estando enferma, mi madre me regaló este libro.
Si una persona sana lo roba, sufrirá un peligro.
Pero si estás enfermo, te pones el pijama
y podrás leerlo a gusto en la cama.

Volví al comedor con el libro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Henry.

—Traigo el libro —dije—. Antes de dárselo a Parkis, ¿habías leído lo que Sarah había escrito?

—No. ¿Por qué?

—Es una simple coincidencia. Pero está claro que no hace falta pertenecer a la Iglesia del padre Crompton para ser supersticioso.

Le di la carta a Henry. La leyó y se la tendió al padre Crompton.

—Esto no me gusta nada —dijo Henry—. Sarah ha muerto. Me molesta ver que todo el mundo se la está pasando de mano en mano.

—Sé lo que sientes. A mí me pasa lo mismo.

—Es como si unos desconocidos estuvieran hablando de sus cosas más íntimas.

—Pero no dicen nada malo de ella —dijo el padre Crompton dejando la carta sobre la mesa—. Y ahora tengo que irme. —Pero no se movió y se quedó mirando la carta—. ¿Y la inscripción? —preguntó.

Empujé el libro por encima de la mesa y lo dejé a su lado.

—La escribió hace mucho tiempo —dije—. Como a todos los niños, le gustaba escribir esa clase de cosas en sus cuentos.

—El tiempo es una cosa muy extraña —dijo el padre Crompton.

—Por supuesto que ese niño no sabía que eso se había escrito en el pasado.

—San Agustín se preguntaba de dónde viene el tiempo. Decía que viene del futuro, que aún no existe, y llega al presente, que no tiene duración, y después va al pasado, que ya ha dejado de existir. Supongo que ninguno de nosotros está capacitado para entender el tiempo mucho mejor de lo que lo entiende un niño.

—Yo no pretendía decir...

—Bueno —dijo el sacerdote, poniéndose en pie—, no debe usted tomárselo tan a pecho, señor Miles. Eso solo demuestra que su esposa era una buena mujer.

—Pero eso no es ninguna ayuda para mí. Ahora ya forma parte del pasado que ha dejado de existir.

—El hombre que ha escrito esa carta tiene mucho sentido común. No hay nada malo en rezar a los muertos ni en pedir por ellos. —Y entonces repitió la misma frase— : Era una buena mujer.

De repente perdí los estribos. Me irritaban sus aires de suficiencia, la certeza de que ningún argumento intelectual podría alterarlo, la convicción de que poseía un conocimiento íntimo de alguien a la que solo había tratado durante unas pocas horas o unos pocos días, y a la que nosotros, en cambio, conocíamos desde hacía años.

—¡No lo era! —dije.

—¡Bendrix! —exclamó Henry, muy serio.

—Era capaz de cegar a cualquier hombre —dije—, incluso a los curas. Y le engañó a usted, padre, igual que engañó a su marido y me engañó a mí. Era una mentirosa compulsiva.

—Nunca fingió ser lo que no era.

—Yo no fui su único amante.

—¡Cállate! —dijo Henry—. No tienes derecho a...

—Déjelo hablar —dijo el padre Crompton—. Deje que ese pobre hombre siga delirando.

—No quiero su compasión profesional, padre. Guárdese la para sus feligreses.

—Usted no puede ordenarme a quién debo compadecer, señor Bendrix.

—Se entregaba al primero que pasaba. —Me hubiera gustado poderme creer lo que decía, porque en ese caso no tendría nada que lamentar ni que añorar. Si fuera así, yo ya no estaría ligado a ella, estuviera donde estuviese, y podría ser libre.

—Y usted tampoco puede enseñarme nada sobre la penitencia, señor Bendrix. Llevo veinticinco años en el confesionario. Todo lo que podemos hacer ya lo han hecho los santos mucho antes que nosotros.

—No tengo nada de que arrepentirme, salvo de haber fracasado. Vuelva con los suyos, padre, vuélvase a su maldito cepillo y a sus malditos rosarios.

—Allí me encontrará siempre que me necesite.

—¿Necesitarle yo a usted, padre? No quiero ser maleducado, pero yo no soy Sarah. No, no soy Sarah.

—Lo siento mucho, padre —dijo Henry, avergonzado.

—No tiene por qué sentirlo. Sé muy bien cuándo un hombre sufre.

Era imposible atravesar el grueso pellejo de su autocomplacencia. Eché la silla atrás.

—Se equivoca, padre. Lo que siento no es una cosa sutil como el dolor. Yo no siento dolor, yo siento odio. Odio a Sarah porque era una pelandusca. Odio a Henry porque ella quiso quedarse con él. Y le odio a usted y a su Dios imaginario porque ustedes nos la arrebataron.

—Parece usted disfrutar odiando —dijo el padre Crompton.

Yo tenía el rostro bañado en lágrimas porque me sentía incapaz de hacerles daño.

—Idos todos al infierno —dije.

Cerré la puerta de un portazo y los dejé ahí el uno frente al otro. Que aquel hombre derramara su bendita sabiduría sobre Henry, pensé, porque yo prefería estar solo. Quiero estar solo. Y si no puedo tenerte a ti, siempre estaré solo. Y eso que soy tan capaz de creer como cualquier otra persona. Me bastaría con cerrar los ojos del entendimiento durante el tiempo suficiente para creer que habías ido a ver al hijo de Parkis por la noche y que lo habías curado con el roce de tu mano. El mes pasado, en el crematorio, te pedí que salvases a aquella chica de mí y enseguida apareció tu madre para interponerse entre nosotros dos, o al menos eso se podría pensar. Pero si empiezo a creer en esas cosas, también tendré que creer en tu Dios. Y luego

tendré que empezar a amar a tu Dios. Solo que a mí me sería más fácil empezar a amar a los hombres con los que te acostaste.

Tengo que ser razonable, me decía a mí mismo mientras subía las escaleras. Sarah llevaba ya mucho tiempo muerta, y uno no puede seguir amando a los muertos con la misma intensidad; uno solo puede amar así a los vivos, y ella no estaba viva, ella no podía estar viva. Tenía que negarme a creer que estuviera viva. Me tendí en la cama y cerré los ojos y procuré ser razonable. Si la odio tanto como la odio a veces, ¿cómo podré amarla? ¿Se puede amar y odiar a la vez? ¿O es a mí mismo a quien en realidad odio? Porque odio los libros que escribo gracias a la trivial e insignificante pericia técnica; odio mi mente de artesano, tan ávida de imitar que me impuse seducir a una mujer que no amaba solo por el deseo de sonsacarle información; odio este cuerpo que tanto gozó, pero que se mostró incapaz de expresar lo que sentía su corazón; y odio mi mente, que no es capaz de confiar en nadie y que puso a Parkis a vigilar y a espolvorear los timbres y a escudriñar los cestos de los papeles y a robar todos tus secretos.

Saqué su diario del cajón de mi mesilla de noche y lo abrí al azar. Bajo una fecha del pasado enero leí:

«Oh, Dios, si pudiera llegar a odiarte, ¿qué significaría eso?»

Pensé que odiar a Sarah solo significaba que amaba a Sarah, y odiarme a mí mismo solo significaba que me amaba a mí. Pero no soy digno de odio. Maurice Bendrix, novelista, autor de *El huésped ambicioso*, *La imagen coronada*, *La tumba en la orilla*, Bendrix el escritorzuelo... Nadie, ni siquiera Sarah, «es digno de nuestro odio si Tú existes, solo Tú, nadie más que Tú. Y pensé que a veces había odiado a Maurice, pero ¿lo hubiera odiado si no lo hubiera amado? Oh, Dios, si pudiera odiarte...»

Recordé cómo Sarah había rezado a un Dios en el que no creía, y me puse a hablar con la Sarah en la que yo tampoco creía. Le dije: una vez nos sacrificaste a los dos para devolverme la vida, pero ¿qué clase de vida es esta sin ti? Está muy bien que tú ames a Dios: estás muerta y ahora lo tienes. Pero yo, que estoy harto de vivir, ahora mismo estoy podrido de salud. Si empiezo a amar a Dios, no me resultará fácil morir. Tendré que hacer algo al respecto. A ti tenía que tocarte con mis propias manos, a ti te tenía que pasar la lengua por el cuerpo para averiguar el sabor que tenías; no es posible amar sin hacer eso.

Y no sirve de nada que me digas que no me preocupe, como una vez hiciste en un sueño. Si alguna vez llegara a amar así, sería el final de todo. Amándote no tenía hambre de comida ni sentía deseo alguno de otra mujer, pero amarlo a él significaría no sentir ningún placer, ya que él está siempre lejos de nosotros. Incluso perdería mi trabajo y dejaría de ser Bendrix. Sarah, tengo miedo.

Aquella noche, a las dos de la madrugada, yo seguía despierto. Bajé a la despensa y me serví unas galletas y un vaso de agua. Lamenté haber dicho delante de Henry aquellas palabras sobre Sarah. El sacerdote había afirmado que todo lo que hacíamos lo había hecho ya algún santo antes de nosotros. Eso podía ser cierto cuando se trataba de adulterios o de crímenes, pecados truculentos, pero ¿sería posible que un santo hubiera cometido alguna vez el pecado de la envidia y de la mezquindad? Mi odio era tan mezquino como mi amor. Sin hacer ruido, abrí la puerta y me asomé a mirar a Henry. Estaba dormido con la luz encendida y el brazo tapándole los ojos. Cuando no se le podían ver los ojos, todo su cuerpo parecía anónimo. No era más que un hombre cualquiera, uno más entre todos nosotros. Era como el primer soldado enemigo que un hombre se encuentra en el campo de batalla, muerto e indistinguible de los demás, ni un blanco ni un rojo, sino un ser humano como uno mismo. Dejé dos galletas en la mesilla de noche, por si se despertaba, y apagué la luz.

Mi libro no iba bien (el acto de escribir se me antojaba una irremediable pérdida de tiempo, pero ¿qué otra forma tenía de pasar el tiempo?) y fui a dar una vuelta por el parque para escuchar a los oradores. Había un hombre que me divertía en los días anteriores a la guerra, y me alegró ver que ocupaba sano y salvo su lugar de siempre. No tenía ningún mensaje específico como los oradores políticos y religiosos. Había sido actor y se limitaba a contar historias y a recitar tiradas de versos. Desafiaba al público a que le pidiera unos versos que él no se supiera de memoria. Alguien gritaba: «*La balada del viejo marinero*», y enseguida, con gran énfasis, el hombre recitaba una estrofa. Un bromista gritó: «El soneto treinta y dos de Shakespeare», y el hombre recitó cuatro versos al azar, y cuando el guasón protestó, el hombre dijo: «Usted lo ha leído en una edición muy mala». Eché un vistazo a mi alrededor y descubrí a Smythe entre el público. Quizá me había visto ya, pues tenía la mejilla buena vuelta hacia mí, la mejilla que Sarah no había besado, pero en cualquier caso hacía todo lo posible para no encontrarse conmigo.

¿Por qué me empeño en hablar con todas las personas que Sarah había conocido? Me abrí paso y me acerqué a él.

—Hola, Smythe.

Se tapó con un pañuelo la mejilla desfigurada y se volvió hacia mí.

—Ah, el señor Bendrix.

—No había vuelto a verlo desde el funeral.

—He estado de viaje.

—¿Ya no viene a hablar aquí?

—No. —Vaciló y luego comentó de mala gana—: He dejado de hablar en público.

—Pero imagino que seguirá dando sus charlas en casa —dije para fastidiarle.

—No. También he dejado de recibir gente en casa.

—¿Ha cambiado de ideas?

—Ahora ya no sé lo que creo —dijo apesadumbrado.

—Usted no creía en nada. Y sin duda tenía razón.

—Eso era antes. —Se apartó un poco del grupo y me topé con la mejilla mala. No pude evitar seguir fastidiándole un rato más.

—¿Tiene usted dolor de muelas? —pregunté.

—No. ¿Por qué lo dice?

—Con ese pañuelo, parece que lo tiene.

No contestó, pero se quitó el pañuelo de la cara. Ya no había ninguna mancha que ocultar. La piel era tersa y joven, con la excepción de un puntito insignificante.

—Me harto de tener que dar explicaciones cuando me encuentro con mis conocidos.

—¿Ha hallado una cura?

—Sí, ya le he dicho que me he ido de viaje.

—¿Ha estado en una clínica?

—Sí.

—¿Se ha operado?

—No exactamente. —Y añadió a regañadientes—: Ha sido a través del tacto.

—¿Una curación por la fe?

—No tengo fe. Jamás he ido a ver a un curandero.

—¿Y qué tenía usted? ¿Urticaria?

Para zanjar el asunto, dijo de mala gana:

—Métodos modernos. Electricidad...

Volví a casa e intenté concentrarme de nuevo en mi libro. Cuando empiezo a escribir una novela, siempre hay un personaje que se resiste obstinadamente a cobrar vida. No hay nada psicológicamente falso en él, pero se queda rezagado, hay que hacerlo avanzar a empujones y hay que buscarle las palabras adecuadas. Toda la destreza técnica que he ido adquiriendo a lo largo de estos laboriosos años se hace necesaria para lograr ante mis lectores que ese personaje parezca vivo. A veces obtengo una amarga satisfacción cuando un crítico lo elogia como el personaje mejor trazado de la novela; pero en realidad, más que haberlo trazado, he tenido que arrastrarlo con gran esfuerzo. Cuando empiezo a trabajar, ese personaje reposa pesadamente en mi

imaginación como una comida mal digerida reposa en el estómago, privándome del placer de la creación en todas las escenas en las que está presente. Nunca hace nada inesperado, nunca me sorprende, nunca toma la iniciativa. Los demás personajes siempre me ayudan; este solo me obstaculiza.

Sin embargo, es imposible escribir una novela sin ese personaje. Y puedo imaginarme a un Dios que sienta exactamente lo mismo con algunos de nosotros. Hay que suponer que los santos, en cierta medida, se crean a sí mismos. Ellos cobran vida sin ayuda de nadie, son capaces de realizar el acto sorprendente o de decir la palabra insólita, y se mantienen al margen de la acción, que no los condiciona en absoluto. Pero a nosotros alguien tiene que hacernos avanzar a empujones. Nos empeñamos en no existir. Y estamos tan inextricablemente unidos a la acción, que un Dios hastiado tiene que empujarnos por aquí y por allá, según sean sus intenciones, a nosotros, esos personajes sin poesía y sin libre albedrío, y cuya única importancia es que, en algún sitio, en algún momento, contribuimos a amueblar la escena por la que un personaje vivo actúa y habla, proporcionando tal vez a los santos la oportunidad de ejercer su libre albedrío.

Me alegró oír que se cerraba la puerta y que los pasos de Henry resonaban en el recibidor. Ya tenía una excusa para dejar de trabajar. El personaje sin vida podía quedar inerte hasta la mañana siguiente: ahora había llegado por fin el momento de ir al Pontefract Arms. Esperé a que Henry viniera a verme (al cabo de un mes ya nos habíamos acostumbrado tanto el uno al otro que parecíamos dos solteros que llevaban viviendo muchos años juntos), pero no pasó a verme y oí que se metía en su estudio. Esperé un rato y luego fui a verlo: me apetecía tomar una copa.

Recordé el día en que volví con él por primera vez; se sentó en el mismo sitio, al lado del discóbolo verde, preocupado y abatido; pero esta vez, al mirarle, no sentí ni envidia ni placer.

—¿Vamos a tomar una copa, Henry?

—Sí, sí, claro. Pero antes me cambio los zapatos.

Tenía un par de zapatos para la ciudad y otro para el campo, y para él, el parque era el campo. Se agachó y se puso a forcejear con el cordón porque no sabía deshacer el nudo; siempre fue muy torpe usando las manos. Se cansó de

forcejear y tiró del zapato hasta que logró sacárselo. Lo cogí y deshice el nudo.

—Gracias, Bendrix.

A lo mejor hasta un gesto tan insignificante de camaradería le proporcionaba algo de confianza en sí mismo.

—Hoy ha pasado una cosa muy desagradable en la oficina —dijo.

—Cuéntame.

—Ha llamado la señora Bertram. Supongo que no la conoces.

—Pues sí que la conozco. La vi el otro día.

Usé una frase muy rara: el otro día, como si todos los días hubieran sido iguales excepto ese día en concreto.

—Nunca nos hemos llevado bien.

—Ella misma me lo dijo.

—Sarah sabía apañárselas muy bien con estas cosas y siempre la mantuvo a distancia.

—¿Ha ido a pedirte dinero?

—Sí. Quería diez libras. Me contó la historia de siempre: había venido al centro, había ido de compras y se había quedado sin dinero cuando los bancos ya estaban cerrados... Bendrix, no soy un hombre tacaño, pero me molesta mucho la forma en que se comporta esa mujer. Tiene una renta de dos mil libras al año. Es casi lo que gano yo.

—¿Le diste el dinero?

—Sí. Siempre lo hago, pero el problema es que no pude evitar soltarle un sermón. Y se puso furiosa. Le recordé cuántas veces le había dado dinero y cuántas veces me lo había devuelto, cosa muy fácil porque solo lo hizo la primera vez que se lo presté. Sacó la chequera y me dijo que me iba a extender un cheque allí mismo para devolverme todo lo que me debía. Estaba tan furiosa que estoy seguro de que decía la verdad. Lo malo es que ya se le había olvidado que se había gastado todos los fondos que tenía: pobre mujer, quería humillarme, aunque lo único que consiguió fue humillarse a sí misma. Pero claro, eso lo empeoró todo.

—¿Y qué hizo?

—Me acusó de no haberle dado un entierro digno a Sarah. Y luego me contó una historia muy rara...

—La conozco. Me la contó después de haberse tomado varias copas de oportó.

—¿Crees que miente?

—No.

—Es una coincidencia asombrosa, ¿no crees? La bautizaron cuando tenía dos años, y después empezó a volver atrás hacia algo que ni siquiera ella misma podía recordar. Es como una infección.

—Es lo que dices, una coincidencia asombrosa. —Si antes yo ya le había suministrado a Henry la fortaleza necesaria para hacer frente a la situación, ahora tampoco iba a dejar que flaqueara—. Conozco casos más asombrosos aún —continuó—. Durante este último año, Henry, he estado tan aburrido que hasta me he dedicado a fijarme en las matrículas de los coches. Y eso te enseña muchas cosas sobre las coincidencias. De entre diez mil posibles números y de entre Dios sabe cuántas combinaciones posibles, una y otra vez me he encontrado con dos coches que tenían la misma numeración, uno al lado del otro, parados frente a un semáforo.

—Sí, supongo que las cosas ocurren de ese modo.

—Jamás perderé la fe en las coincidencias, Henry.

El teléfono sonaba débilmente en el piso de arriba; hasta aquel momento no lo habíamos oído, ya que el sonido estaba apagado en el estudio.

—Caramba —dijo Henry—, no me sorprendería que fuera esa mujer otra vez.

—Pues no contestes —dije, y el teléfono dejó de sonar mientras yo aún estaba hablando.

—Oye, no es por una cuestión de dinero. No soy tacaño —dijo Henry—. Creo que todo lo más me habrá pedido unas cien libras en estos diez años.

—Vámonos a tomar una copa.

—Sí, claro. Pero antes tengo que ponerme los zapatos.

Se agachó y pude verle la calva en la coronilla; era como si las preocupaciones le hubieran ido desgastando poco a poco (y yo había sido una de sus preocupaciones).

—No sé qué haría sin ti, Bendrix —dijo.

Le sacudí de los hombros unas pocas escamas de caspa.

—No digas eso, Henry.

Antes de que saliéramos, volvió a sonar el teléfono.

—No contestes —dije.

—Será mejor que sí, nunca se sabe quién puede ser.

Se levantó con los cordones sueltos y se acercó a su escritorio.

—¿Diga? —dijo—. Miles al aparato.

Me pasó el auricular y me dijo, aliviado:

—Es para ti.

—¿Sí? —dije—, Bendrix al habla.

—Señor Bendrix —dijo una voz masculina—, tenía que llamarle. Esta tarde no le he dicho la verdad.

—¿Quién es usted?

—Smythe —dijo la voz.

—No entiendo de qué me está hablando.

—Le he dicho que fui a una clínica. Pero no es verdad.

—Pero es que eso no tiene ninguna importancia para mí.

La voz de Smythe se volvió más impaciente.

—Claro que le importa. Haga el favor de escucharme bien. Nadie me curó la cara. Se curó sola, de repente, una noche.

—¿Qué? Sigo sin...

—Usted y yo sabemos cómo ocurrió —dijo en un tono insoportable de conspirador—. No hay forma de negarlo. No hice bien al ocultar eso. Fue un...

Colgué el auricular antes de que pudiera decir esa estúpida palabra que usan los periodistas y que supone una alternativa a la palabra «coincidencia». Recordé su mano derecha apretada contra la mejilla, recordé la rabia que sentí al ver que podemos repartirnos a los muertos igual que nos dividimos sus ropas. Pensé: es tan orgulloso que necesita sentir que se ha producido una revelación en su vida. Dentro de una semana o dos volverá a dar sus discursos en el parque y enseñará su mejilla curada. Hasta saldrá en los periódicos: «Predicador racionalista convertido gracias a una cura milagrosa». Intenté aferrarme a mi fe en las coincidencias, pero solo pude pensar —y con envidia—, dado que no tenía una reliquia suya, en la mejilla desfigurada posándose una noche sobre los cabellos de Sarah.

—¿Quién era? —preguntó Henry.

Dudé si debía decírselo o no, pero entonces pensé: No, no confío en él. Seguro que se pone de parte del padre Crompton.

—Smythe —dije.

—¿Smythe?

—Aquel tipo al que Sarah iba a visitar.

—¿Y qué quería?

—Se le ha curado la cara, eso es todo. Le he pedido el nombre del especialista. Tengo un amigo...

—¿Con un tratamiento a base de electricidad?

—No estoy seguro. He leído en algún sitio que la urticaria puede tener un origen histérico. Habrá sido una combinación de psiquiatría y radioterapia.

Sonaba verosímil. Y quizá hasta pudiera ser la verdad. Otra coincidencia: dos coches con el mismo número de matrícula, y me pregunté, hastiado, cuántas coincidencias más iban a ocurrir en el futuro. Su madre presentándose en el funeral, el sueño del niño. ¿Va a continuar un día sí y otro también? Me sentí como un nadador que ha agotado sus fuerzas y sabe que la marea es mucho más fuerte que él, pero, aunque yo me ahogase, tenía decidido mantener a flote a Henry hasta el último momento. ¿No era ese, después de todo, el deber de un amigo? Si me tragaba esa historia y acababa saliendo en los periódicos, nadie sabía hasta dónde podían llegar las consecuencias. Recordé el caso de las rosas de Manchester y lo mucho que costó que alguien desenmascarase aquel fraude. ¡La gente es tan proclive al histerismo en estos tiempos! A lo mejor hasta acabaría formándose un grupo de buscadores de reliquias, con oraciones y procesiones y todo eso. Henry no era una persona desconocida y el escándalo podría alcanzar proporciones mayúsculas. Los periodistas empezarían a meter las narices en la antigua vida de la pareja y alguien acabaría desenterrando esa historia absurda del bautizo cerca de Deauville. Sabiendo lo vulgar que solía ser la prensa piadosa, imaginé los titulares, titulares que a su vez provocarían más «milagros». Teníamos que cortar todo aquello de raíz.

Recordé el diario que guardaba en el cajón del piso de arriba y pensé que también tenía que desprenderme de él porque podía ser interpretado a su manera. Era como si tuviéramos que destruir sus rasgos uno por uno si queríamos salvarla para nosotros. Hasta sus cuentos infantiles podían ser

peligrosos. Y también había fotos, como aquella que había tomado Henry, que no debían caer en manos de los reporteros. ¿Y podíamos confiar en Maud? Nosotros dos habíamos intentado crear juntos un hogar provisional, pero incluso nuestro hogar podía acabar hecho añicos.

—¿Qué hay de la copa? —preguntó Henry.

—Espera un poco. Voy en un minuto.

Fui a mi habitación y saqué el diario. Arranqué las tapas. Eran duras y el relleno de algodón salió como un puñado de hebras. Fue como romper los miembros de un pájaro, y al instante el diario yacía sobre la cama, un amasijo de papel, malherido y sin alas. La última página quedó boca arriba y volví a leerla: «Tú estabas allí, enseñándonos a malgastar, para que un día no nos quedara nada más que el amor que sentimos por Ti. Pero Tú eres demasiado bueno para mí. Cuando te pido dolor, me das paz. Dásela también a él. Dale mi paz, ya que él la necesita mucho más que yo».

Pensé: ahí has fallado, Sarah. Como mínimo una de tus plegarias no ha sido atendida. No tengo paz ni tengo amor, excepto el amor que siento por ti, por ti. Y le dije: soy un hombre que odia; aunque la verdad es que apenas sentía odio. También acusaba a la gente de ser histérica, cuando yo mismo hablaba con un exceso de vehemencia. Hasta yo me daba cuenta de mi falta de sinceridad. Y lo que sentía no era odio, sino miedo. Porque si este Dios existe, pensaba, y si incluso tú —con tu lujuria y tus adulterios y las tímidas mentiras que solías contarme— pudiste cambiar tanto, todos podríamos volvernos santos solo con dar el mismo salto que diste tú, cerrando los ojos y dando el paso definitivo: y si tú eres una santa, entonces no es tan difícil ser un santo. Y eso es algo que Él puede pedirnos a todos, que demos el salto, solo que yo no lo daré. Me senté en la cama y le dije a Dios: Tú te la has llevado, pero aún no me tienes a mí. Sé lo astuto que eres. Nos haces subir al lugar más alto y nos ofreces todo el universo. Por eso, Dios, eres un demonio que nos tienta para que demos el gran salto. Pero no quiero tu paz ni quiero tu amor. Lo que yo quería era una cosa muy sencilla y muy fácil: yo quería a Sarah para toda la vida, pero Tú me la arrebataste. Con tus grandes planes nos destrozamos la felicidad igual que una cosechadora destroza el escondrijo de un ratón. Te odio, Dios, te odio como si existieras.

Miré el amasijo de papel. Era mucho más impersonal que un mechón de cabello. Pero el cabello se puede tocar con los labios y con los dedos, y estaba harto de tener que usar la mente. Yo había vivido para su cuerpo y necesitaba su cuerpo. Pero todo lo que tenía de ella era aquel diario, así que volví a meterlo en un armario, porque ¿no habría sido una nueva victoria de Él que yo lo destruyera para perder lo poco que me quedaba de ella? Le dije a Sarah: de acuerdo, hazlo a tu manera. Creo que estás viva y que Él existe, pero va a hacer falta mucho más que tus oraciones para que el odio que siento por Él se convierta en amor. Me robó lo que era mío, y como aquel rey del que escribiste una vez, yo le voy a robar lo que quiere de mí. El odio está en mi cerebro, no en mi estómago ni en mi piel. No se puede extirpar como una roncha o como un dolor pasajero. ¿No te quería tanto como te odiaba? ¿Y no me odio ahora a mí mismo?

—¡Estoy listo! —le grité a Henry.

Fuimos caminando por el parque hacia el Pontefract Arms. Todas las luces estaban apagadas y los enamorados se citaban en las intersecciones de los caminos, y al otro lado del césped estaba la casa con los peldaños rotos donde Él me devolvió esta desesperada vida de tullido.

—Siempre espero con impaciencia estos paseos que damos juntos cuando se hace de noche —dijo Henry.

—Yo también.

Me dije: por la mañana llamaré a un médico y le preguntaré si es posible que existan las curas por medio de la fe. Pero luego pensé que sería mejor no hacerlo: mientras uno no sepa nada, puede imaginar toda clase de curaciones posibles. Agarré con la mano el brazo de Henry. Ahora tenía que ser fuerte por los dos, y él aún no había empezado a sentirse inquieto de verdad.

—Estos paseos son la única cosa que ahora espero con impaciencia —dijo.

Al comienzo escribí que esta era una historia de odio, pero mientras caminaba al lado de Henry en dirección a nuestra jarra de cerveza vespertina, descubrí cuál era la oración que parecía ajustarse al estado de ánimo invernal: Oh, Señor, ya has hecho lo que querías, ya me has arrebatado demasiadas cosas. Ya soy demasiado viejo y estoy demasiado cansado como para aprender a amar. Ahora déjame en paz para siempre.

Epílogo

Milagros en el siglo xx

El fin de la aventura de Graham Greene

A Graham Greene le irritaba sobremanera que lo llamaran «un escritor católico», y en el segundo volumen de su elusiva autobiografía, *Ways of Escape*, explicó que no era «a Catholic writer but a writer who happens to be a Catholic». Sin embargo, lo cierto es que las tres mejores novelas de su vasta obra, *The Power and the Glory*, *The Heart of the Matter* y *The End of the Affaire*, en las que se acercó más a la obra maestra que nunca llegó a escribir, giran en torno de la religión, del problema de la fe, y, más concretamente, del drama que significa ser católico en el mundo moderno.

Donde con más audacia desarrolló este tema fue en *El final del affaire* (1951), cuyo arranque es uno de los mejores con que haya empezado jamás una novela («Una historia no tiene ni principio ni fin...»), comparable a las más hechiceras frases inaugurales de una historia (como «En un lugar de la Mancha» o «Digamos que me llamo Ismael»), que inmediatamente subyugan al lector y lo instalan en un clima psicológico que la continuación del relato irá espesando. Fue la primera ficción que Greene narró en primera persona, dice que por influencia de *Great Expectations* de Dickens, que estaba leyendo en diciembre de 1948, en el Hotel Palma de Capri, al empezar a escribir esta historia.

Ella narra, en el marco de un Londres sórdido, triste y pobretón, aturdido por constantes bombardeos de la aviación alemana, los amores adúlteros de un mediocre novelista ateo, Maurice Bendrix, con Sarah Miles, esposa de su amigo Henry, un funcionario apagado, eficaz y, en cierto modo, emblemático. La sencillez estructural del relato es engañosa, porque encierra una compleja trama espiritual de la que el lector va tomando conciencia tardíamente, al igual que el propio protagonista, el retorcido Bendrix, quien solo luego de la muerte de Sarah descubre la explicación de su extraña conducta, algo que él,

estúpidamente, trataba de esclarecer haciéndola seguir por un detective privado (el amable y juicioso Parkis, que inyecta algo de humor al mundo asfixiantemente depresivo en que fluye la historia).

En verdad, el tema profundo de *El final del affaire*, que la torturada relación de Bendrix y Sarah sirve para ilustrar, es si Dios existe y si su existencia, tal como está concebida por la teología católica, es compatible con una vida que no exija de los creyentes el heroísmo, la santidad, que congenie con los vaivenes y quebrantos de la normalidad. La respuesta que la novela ofrece a esta indagación es enigmática, o, mejor dicho, librada a cada lector, porque el narrador-personaje de la historia, aunque nos transmite todos los elementos de juicio necesarios para decidir al respecto, es incapaz él mismo de sacar una conclusión, salvo —situación recurrente en las ficciones de Graham Greene— la de, pese a reconocer que la trascendencia existe, que hay un más allá y un ser superior al que sin duda el alma de Sarah ha accedido, persistir en su ateísmo y rechazar a Dios.

No es de extrañar que la novela erizara los cabellos de un príncipe de la Iglesia católica, el cardenal Griffin, quien, según cuenta Greene en *A Sort of Life*, lo llamó a Westminster Cathedral para decirle, sin ambages, que aquel libro debía ser excomulgado por el Santo Oficio. El pío purpurado no había comprendido que las novelas de Greene, como los misioneros, no orientan sus empeños hacia los creyentes convencidos, sino a los dudosos y atormentados, y a los no creyentes, a los que muy sutilmente tratan de ganar para la fe. Es la superioridad, en términos literarios, del catolicismo de Graham Greene sobre el de escritores como François Mauriac o Paul Claudel, cuyas obras, cuando abordan el tema de la fe, la presuponen en el lector, y el que no la comparte o la comparte con traumas queda excluido de su mundo. Si a alguien se asemeja Greene es más bien al olvidado Georges Bernanos o a Miguel de Unamuno, que vivieron también la fe como drama y agonía y supieron llegar en sus libros a creyentes e incrédulos por igual.

La relación de Bendrix y Sarah comienza a alterarse por culpa de él, no de ella, y no por falta sino exceso de amor. Porque la desea y goza con ella más que con ninguna otra mujer, Maurice la cela e importuna, como si, de manera inconsciente, temiera la felicidad y quisiera atajarla. La aventura concluye de manera abrupta. Un encuentro casual, tiempo después, parece

reavivarla, pero no llega a suceder por una recóndita resistencia de Sarah, que, sin embargo, quiere a Maurice tanto como él a ella. La sustracción de un diario de Sarah, por obra de Parkis, revela a Maurice la verdad. Es decir, la conversión de Sarah al catolicismo en medio y a raíz de sus amores clandestinos, y el dilema que la desgarraba desde entonces entre su pasión y su fe.

Esta historia pasablemente convencional experimenta un brusco trastorno cuando, a pocos, con astucia, como sin quererlo ni advertirlo, el narrador nos revela que la conversión de Sarah no fue un acto espontáneo, sino de alguna manera inducido por el más allá. ¿Cómo? A través de un milagro. Este episodio, el cráter de la novela, está admirablemente contado, según un dato escondido que, de manera ambigua y demorada, va transpareciendo hasta hacerse visible, pero siempre de modo que quede, respecto a su naturaleza profunda, un margen de duda, una interpretación que permita rechazarlo —es lo que hace Bendrix— como hecho sobrenatural. Una de las tardes en que la pareja se encuentra en la pensión de Maurice para hacer el amor, sobreviene uno de los periódicos bombardeos nazis, y los amantes divisan incluso por la ventana algunos de los cohetes y proyectiles con paracaídas que lanza el enemigo contra la ciudad. Uno de ellos estalla en el edificio, mientras Bendrix bajaba las escaleras hacia la salida, enterrándolo bajo los escombros. Cuando recobra el sentido y vuelve a la habitación, Sarah, de rodillas, está rezando. Solo mucho después averiguamos que, en el intervalo, algo ocurrió que Bendrix ignoraba. Luego de la explosión, Sarah corrió en su busca y lo encontró sepultado bajo los restos de la escalera. Tocó su mano yerta y supo que estaba muerto. Entonces, imploró a Dios que hiciera un milagro y (según ella) lo hizo.

Ese episodio desencadena o acelera el proceso de conversión que devolverá a Sarah a la Iglesia (había sido secretamente bautizada por su madre al nacer, pero ella nunca lo supo), la apartará de Maurice y, en cierto modo, pondrá fin a su vida terrenal. Pero no a la otra, la trascendente, la eterna, desde la cual una invisible Sarah seguirá discretamente manifestándose en los últimos capítulos al privilegiado grupo de personas que la conoció y amó. No creo que haya hazaña más difícil, en una novela contemporánea, que narrar *un milagro* con poder de persuasión suficiente para hacerlo verosímil a

creyentes y no creyentes por igual. Y Greene lo consigue en este caso, gracias a la destreza con que descoloca y disimula los datos que conforman lo ocurrido. Pero que, además de este milagro, haya otros dos más, es demasiado, literariamente hablando. Por más dominio técnico, por más rodeos y precauciones verbales que el narrador adopte para referirlas, aquellas misteriosas ocurrencias que por acción de Sarah parecen haber sucedido —la desaparición de la marca que afeaba la cara del predicador racionalista Smythe y la curación *in extremis* del hijo de Parkis— fuerzan la credibilidad del lector de manera excesiva. Es verdad que Maurice Bendrix, curándose en salud, se resiste a aceptarlos como milagros, que se empeña en rebajarlos a la miserable condición de sucesos naturales, hablando de coincidencias y excepciones científicas. Pero no le creemos porque —basta arañar la superficie de sus palabras para descubrirlo— él tampoco se lo cree. Y la prueba es que este ateo termina blasfemando contra Dios.

Estos dos excesos disminuyen, pero en modo alguno desaparecen, el vigor de la novela. Aunque la relación de Sarah y Maurice es su espina dorsal, hay en ella otros episodios singulares, trenzados con habilidad al principal. Como la inesperada y entrañable complicidad que surge, luego de la muerte de Sarah, entre el marido de esta y Bendrix. Llegan a vivir juntos, a olvidar celos y rencores de antaño, y a sostenerse mutuamente, hermanados se diría y tal vez hasta bendecidos —describo, no hago una broma— por la mujer que, para no tener que optar en este mundo por el uno contra el otro, se martirizó en silencio hasta alcanzar la misteriosa santidad.

El final del affaire es una novela que difícilmente convencería a un agnóstico, pero que conmueve a todo lector sensible, por la eficacia de su estilo y la delicadeza de su construcción. Aunque no tenga el colorido y el sustrato épico que da tanta viveza a *El poder y la gloria*, en ella Greene consiguió una profundidad y complejidad de la que por lo general están exentas sus ficciones. Es sabido que él dividió estas entre *entertainments* y obras serias, una nomenclatura sumamente discutible. La verdad es que todas sus novelas fueron siempre «diversiones», aunque algunas, como el trío que he citado, encararan asuntos morales de turbia consistencia, principalmente la tensión a que está condenado el creyente que trata de domesticar sus instintos, emociones y apetitos —la naturaleza humana— para vivir de acuerdo con los

postulados de su fe. Este es un tema que Greene vivió en carne propia, desde que, a los veintidós años, en Nottingham, se convirtió al catolicismo. Y sabemos, por sus biógrafos, que lo atormentó a lo largo de toda su vida, y volvió problemática su relación con sus varias amantes, sobre todo con aquella que sirvió de modelo al personaje de Sarah Miles y a quien está dedicada *El final del affaire*. Pero, incluso en estas novelas en que volcaba asuntos tan personales y vívidos, Graham Greene nos parece un escritor más superficial y previsible —más cerca de la cultura comercial y popular del mero entretenimiento que de la artística y creativa— que un E. M. Forster, una Virginia Woolf o un William Faulkner. Esto no se debe a los temas que trataba, que eran a veces, en potencia, como el de esta novela, de riquísima proyección moral y psicológica, sino a lo convencional y simple de la forma en que los plasmaba, una forma que, al mismo tiempo que los volvía fáciles y entretenidos, los aligeraba y a veces banalizaba a niveles cinematográficos. (Por eso sus historias pasaban con tanto éxito a la pantalla; y algunas de las que escribió directamente para el cine, como *El tercer hombre*, son magníficas.) En literatura el tema no es nunca lo esencial; lo son el estilo y el orden —la forma—, pues ellos determinan que una obra sea profunda o vacua, espléndida o exangüe de significados. Con el tema más truculento y disparatado que cabe imaginar, Faulkner escribió novelas tan imperecederas como *Santuario* y *Mientras agonizo*.

En *El final del affaire* el estilo y la estructura de las ficciones de Graham Greene alcanzan su apogeo y muestran sus límites. La claridad y la transparencia del lenguaje son tan extremas que raspan el ideal flaubertiano de la invisibilidad: se diría que la historia se autogenera ante nosotros, sin necesidad de palabras. La estructura se ciñe al tema con precisión y economía de medios. Además de Bendrix, hay un segundo narrador-personaje, ya que el diario de Sarah está transcrito literalmente —ella habla en primera persona en esos capítulos— y la cronología, que muda entre dos instancias del pasado, una remota y otra próxima, sirve para impregnar de expectativa e incertidumbre el relato. El puñado de personajes está caracterizado con la solvencia con que solía hacerlo Greene, aunque todos ellos, incluido Bendrix, parezcan instrumentales, dóciles a la voluntad del narrador. La excepción es Sarah, el mejor personaje femenino de toda su obra, que, en el curso del

relato, se crece y emancipa hasta cortar totalmente los vínculos con la persona que cree evocar su antiguo amante. Cuando, luego de muerta, se revela la intensidad del drama de Sarah, sus escrúpulos, su pureza y el indecible sufrimiento con que lo vivió, se agiganta un personaje que hasta entonces parecía una mujercita de clase media malcasada, sin misterio ni vida interior. En esas páginas, que son casi las últimas, la historia alcanza una nueva valencia, retroactivamente se carga de una dimensión espiritual y moral insospechadas en lo que fingía ser una vulgar historia de adulterio muy bien contada.

Nunca volvió a estar tan cerca de la obra maestra Graham Greene como en *El final del affaire*. ¿Por qué no llegó a escribirla, teniendo el excelente oficio, la buena cultura y la pasión por la literatura que tenía? ¿Qué le faltó? Dos ingredientes, difíciles de definir, que asoman detrás de todas las grandes novelas, pero nunca en las suyas: una ambición desmesurada y cierta dosis de insensatez (puede llamársele locura). Greene, viajero incansable, aventurero al que su curiosidad llevó a vivir guerras, revoluciones, plagas, y a frecuentar, por todos los rincones del planeta, a los tipos humanos más pintorescos y diversos, a la hora de sentarse a escribir perdía aquellos ímpetus, aquella vocación de riesgo que lo llevó de adolescente a jugar a la ruleta rusa, y se volvía un eficiente escritor, tímido y funcional, que se sentía satisfecho contando con acierto una historia que hiciera pasar un rato feliz y distraído a toda clase de lectores. Desde luego que consiguió lo que se propuso como escritor, pero lo que se propuso fue siempre poco y por debajo de su talento.

Mario Vargas Llosa

«Entenderlo todo es perdonarlo todo.»

EVELYN WAUGH

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *El final del affaire*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



* En español en el original. (*N. del T.*)

Nota biográfica

Graham Greene (1904-1991) fue uno de los escritores ingleses más importantes del siglo xx. Fue subeditor de *The Times* y crítico de cine y editor literario de *The Spectator*, además de haber trabajado para el Ministerio de Asuntos Exteriores británico, experiencia que le proporcionó material para sus historias. Es autor de una amplia y variada obra, que comprende desde novelas de intriga hasta otras de corte más literario. Entre sus libros destacan *El poder y la gloria* (1940), *El revés de la trama* (1948), *El tercer hombre* (1950), *El americano tranquilo* (1955), *Nuestro hombre en La Habana* (1958), *El cónsul honorario* (1973) y la extraordinaria *El final del affaire* (1951)

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *El final del affaire*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

[Un fin de semanas](#), de Peter Cameron

[En lugar seguro](#), de Wallace Stegner

[El sermón del fuego](#), de Jamie Quatro



Libros del Asteroide 

Graham Greene El final del affaire

Traducción de Eduardo Jordá

Epílogo de Mario Vargas Llosa

